Douglas Kennedy

Isabelle por la tarde

«El maestro absoluto de las historias de amor con giros desgarradores». *The Times*

Profundamente erótica y conmovedora, la novela indaga en el laberinto de la infidelidad. Años 70, París. Sam, un estudiante americano recién llegado a la Ciudad de la Luz para disfrutar brevemente de la vida bohemia, conoce a una mujer en una librería. Isabelle es enigmática, hermosa, catorce años mayor que Sam, con gran experiencia en las vicisitudes del amor…, y casada. Lo que comienza como un encuentro fortuito, se convierte en una aventura furtiva, apasionada y constreñida en el tiempo, pero que durará décadas. Una aventura que consigue esquivar la monotonía y la rutina.

Acompañaremos a Sam en un viaje hacia la madurez. Predestinado a ser un abogado de prestigio, late en él permanentemente un deseo de fondo: volver a tener entre sus brazos a Isabelle, en cuerpo y alma. Pero ¿está ella dispuesta a sacrificar su vida acomodada por él?

Isabelle por la tarde es una novela sensual y delicada sobre amores frustrados, el destino que nos forjamos y la manera de compartir nuestra verdadera intimidad.

Douglas Kennedy

Isabelle por la tarde

ePub r1.0

Titivillus 30.08.2024

Título original: *Isabelle in the Afternoon*
Douglas Kennedy, 2020
Traducción: María Blázquez, 2021
Diseño de cubierta: Anna Juvé

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«La misma cama, diferentes sueños».

PROVERBIO CHINO

1

Antes de Isabelle no sabía nada de sexo.

Antes de Isabelle no conocía la libertad.

Antes de Isabelle no conocía París, donde el sexo y la libertad son dos de sus temas eternos.

Antes de Isabelle no sabía nada de la vida.

Antes de Isabelle…

Visto desde la perspectiva que te dan los recuerdos…

Antes de Isabelle no era más que un chaval.

¿Y después de Isabelle?

Después del «antes» y antes del «después»… En eso se sustentan todas las historias. Sobre todo aquellas que están eclipsadas por asuntos íntimos.

Y con Isabelle siempre fue una cuestión íntima. Incluso cuando no pasábamos la tarde en los brazos del otro.

Las tardes e Isabelle.

La trayectoria exhaustiva de este pequeño relato que, para mí, es una gran historia. Porque es la historia de mi vida.

Todas las vidas son relatos fugaces. Es precisamente eso lo que hace que mi narrativa, tu narrativa, *nuestra narrativa*, sea fundamental. Cada vida tiene su propio significado, sin importar lo efímero o secundario que pueda resultar. Cada vida es una novela. Y cada vida, si se lo permiten, disfruta de sus tardes con Isabelle. Donde todo es posible e infinito, y tan fugaz como una tormenta de arena en el Sáhara.

Las tardes e Isabelle.

Ese lugar en el que, en un punto de inflexión de mi vida, me crucé con el constructo más escurridizo: la felicidad.

París.

La primera vez que la vi fue cuando tenía veintiún años, allá por

1978. Eran las ocho y dieciocho de la mañana, según mi reloj de pulsera. Tres minutos después, pasé bajo el reloj de estilo *art déco* suspendido sobre los gélidos terrenos de la Gare du Nord.

Enero en París. Todo *noir et blanc* y una oscuridad que lo invade todo. Acababa de bajarme del tren nocturno procedente de Ámsterdam. Una travesía de ocho horas interrumpida por instantes de sueño fugaces mientras iba sentado completamente recto en un estrecho vagón. Durante todo el viaje pude sentir los efectos obnubilantes de la marihuana que había inhalado en un *coffeeshop* de Prinsengracht, justo antes de mi partida. A la entrada del metro había una pequeña panadería en donde, con un *croissant* y un café cortado, calmé los efectos de una noche en ayunas. Al lado había un *tabac*. Pagué tres francos por un paquete de Camel que me duró un día. Unos instantes después, como todos los demás que esperaban el tren de la *ligne* 5 con dirección sur, era totalmente esclavo del cigarrillo de primera hora de la mañana.

El metro. A estas horas tan próximas al amanecer, aún había margen para moverse en uno de sus vagones de segunda clase. Todo el mundo exhalaba nubes de humo y de aire helado. El metro de aquel entonces se caracterizaba por un olor penetrante a madera quemada y a axilas que no conocen el desodorante. Las tenues luces fluorescentes arrojaban un fulgor subterráneo de color aguamarina a sus vagones de madera. Y los carteles te invitaban a ceder tu asiento a los mutilados en la guerra.

Tenía la dirección de un hotel en Jussieu, en el distrito 5, no muy lejos del Jardin des Plantes. Era un hotel de medio pelo con un precio tirado: cuarenta francos por noche. Seis dólares americanos. Lo que me dejaba con otros cuarenta al día para alimentarme y comprar bebida e ir al cine y fumar cigarros y visitar cafeterías y…

No sabía cómo acabar esa frase. No tenía un plan secreto ni ninguna treta preconcebidos. Me acababa de graduar antes de lo previsto por una universidad estatal del Medio Oeste. Ya había aceptado una beca en una facultad de Derecho que garantizaba a sus graduados una trayectoria sin obstáculos hacia los niveles más altos de la sociedad.

Ahora que el dinero que papá había gastado en mi educación estaba justificado, por fin me merecía sus mayores alabanzas:

—Qué bien lo has hecho, hijo —me dijo.

Lo que no le pareció tan acorde con su visión del mundo fue que, una vez que las vacaciones de Navidad acabasen, yo cruzara el Atlántico en avión.

Mi padre. Un individuo distante y taciturno. No era un monstruo, ni un autoritario espantoso, pero estaba ausente. A pesar de que nunca viajaba y de que casi todos los días estaba en casa a las seis de la tarde. Era propietario de una pequeña empresa dedicada a los seguros compuesta por él y otros tres empleados. Su padre fue un soldado profesional al que todo el mundo se dirigía como «el coronel». Una vez, en un momento de rara sinceridad, después de que mi madre muriera debido a un cáncer virulento y veloz, papá me confesó que pasó la mayor parte de su infancia temiendo al hombre de la mano de hierro. Nunca fue severo conmigo, sobre todo porque siempre fui un chico prudente, un buen estudiante. Mantuve mi cabeza gacha y trabajé duramente con el objetivo de complacer a un padre que no era capaz de mostrarme demasiado afecto.

Mi madre era una estoica. Una mujer callada, maestra de profesión, que parecía resignada a su gélido destino junto al hombre con el que aceptó casarse. Nunca discutió con mi padre, siempre se mostró como un ama de casa hacendosa que me crio con la idea de convertirme en «un buen chico destinado a cosas más importantes». De ella heredé el interés por los libros. Me compró un atlas y me picó el gusanillo por conocer el mundo más allá de nuestras rústicas fronteras. A diferencia de papá, era cuidadosamente cariñosa conmigo. Sentí su amor, me quería a su manera, aunque de forma reposada.

Cuando enfermó, yo acababa de cumplir doce años. Mi miedo a perderla era inconmensurable. Seis semanas fue lo que duró la pesadilla, desde el diagnóstico hasta su muerte. Me dijeron que su cáncer era terminal cuando solo le quedaban diez días de vida. Yo sabía que estaba enferma. Pero ella escuchaba a mi padre y seguía negando que el final de su vida acechaba de manera irrevocable. Solo fue capaz de decirme directamente que se moría la noche antes de que se la llevaran a un hospital en Indianápolis, a una hora de casa. Los siguientes días, deambulé en un estado de trauma silencioso. Ese viernes, papá vino a la escuela sin avisar, hablando entre susurros con mi tutor y, después, me hizo señas para que me

fuera con él. Cuando salimos me confesó:

—A tu madre solo le quedan unas horas de vida. Nos tenemos que dar prisa.

Pero cuando llegamos, mi madre ya estaba en coma. Mi padre dejó que el oncólogo de guardia hiciera lo propio y nos confirmase que no había esperanzas de que sobreviviera a esa noche. Mamá no salió nunca del coma. No pude hablar de nuevo con ella, ni decirle adiós.

Un año después de su muerte, mi padre me comunicó su intención de casarse con una mujer llamada Dorothy. La había conocido en su iglesia. Era contable. Poseía la misma faceta reservada que papá y me trataba con una amabilidad distante. Cuando me marché a la universidad estatal para empezar mi primer año de estudios allí, ella lo convenció para vender la casa familiar y adquirir una propiedad conjunta. Yo, de hecho, respiré aliviado cuando esto sucedió. Estaba satisfecho con que papá conociera a esta mujer tan esquiva. La presión de ser un apoyo para mi padre desapareció, incluso aunque él no hubiera demostrado necesitarlo ni por asomo. Porque eso hubiera significado mostrarse vulnerable frente a su hijo. Y papá nunca se lo hubiera permitido. Dorothy me dijo que considerase la habitación de invitados como mi hogar. Le di las gracias y la usé durante las festividades importantes como Acción de Gracias o Navidad, pero, por lo general, me mantuve alejado. Ambos dijeron lo que se esperaba de ellos cuando entré en la élite de las facultades de Derecho. Pero a mi padre, siendo como era un tipo que no confiaba en el enorme y horrible mundo más allá de su propia y reducida experiencia vital (nunca había salido del país, excepto cuando estuvo en la Marina durante la guerra), no le complació la idea de que me fuera a París.

—Hijo, lo teníamos que haber hablado.

—Lo estamos hablando ahora.

Y le expliqué sin alzar la voz cómo, gracias a todos esos veranos trabajando de asistente en un despacho de abogados local, a las diez horas por semana apilando libros en la biblioteca de la universidad y a mi esmero por ser tan austero como él me enseñó, había reunido el dinero suficiente como para asumir los gastos en los que pudiera incurrir durante unos meses más allá de las fronteras de Estados Unidos. La carga extra de trabajo que había asumido los dos últimos

semestres suponía que me libraría de la universidad, y de los costes que esta conllevaba, en tan solo unas semanas.

—No estoy de acuerdo, hijo.

Pero no volvió a sacar el tema, especialmente después de que Dorothy le hiciera ver que le acababa de ahorrar unos cuantos miles de dólares al haber terminado mi carrera unos meses antes de lo estipulado. La noche que me fui, papá me llevó al aeropuerto e incluso me entregó un sobre con doscientos dólares en efectivo como un «regalo de despedida». Me dio uno de sus abrazos superficiales y me dijo que le escribiera de vez en cuando. Era su forma de decirme: «arréglatelas por tu cuenta». Aunque, a decir verdad, siempre lo había tenido que hacer.

En el metro, una mujer pocos años mayor que yo miraba detenidamente mi chaqueta de plumas azul, mi mochila y mis botas de montaña. Me la imaginaba juzgándome *ipso facto*: «Muchachito universitario estadounidense en el extranjero y perdido». Sentí la imperiosa necesidad de romper con ese cliché, de acabar con todas las limitaciones y el sistemático conformismo de mi vida hasta la fecha. Y quise pedirle su número de teléfono y decirle: «Ya verás cuando lleve un atuendo más a la moda». Pero no sabía francés.

En Jussieu había una tienda de excedentes del ejército en la que vendían chaquetones de marinero negros, *importé des États-Unis*. Me probé uno. Parecía un Kerouac errante. Valía cuatrocientos francos; un precio elevado para mí. Aunque era un abrigo que llevaría todos los días durante el invierno. Y era un abrigo que me permitiría integrarme en el paisaje urbano; me haría olvidarme de mi condición de estadounidense ansioso en el extranjero.

Y estaba ansioso.

Porque estaba solo. Y apenas conocía el idioma. Y no tenía amigos. Y carecía del sentido estricto que había definido mi vida hasta este momento.

La ansiedad es el vértigo de la libertad.

Y ahora tenía libertad.

Y París.

Y un chaquetón negro de marinero.

Y la sensación de que, por primera vez, mi vida era una *tabula rasa*.

Con frecuencia, empezar de cero puede causar pavor.

Especialmente cuando has crecido con la creencia de que es necesario contar con una certeza delimitada.

Una vez en el hotel, pagué una semana de alojamiento, cogí la llave, subí por las escaleras y cerré la puerta, dando paso a unas cuantas horas en estado de inconsciencia. Me desperté pensando: «No me debo a nada ni a nadie».

Un descubrimiento desconcertante.

Mi habitación del hotel: una cama antigua de metal con un finísimo colchón. Un lavabo de porcelana con manchas y unos grifos parcialmente oxidados. Un armario de madera de caoba agujereado, una mesita de café antigua y una silla. Papel pintado floral amarillento por el paso de los años y el humo de los cigarrillos. Un pequeño radiador que no dejaba de repiquetear con un compás rítmico. Vistas al callejón. Paredes que dejaban escapar los sonidos; una ruidosa máquina de escribir, un hombre con una tos seca incesante. Aun así, dormí hasta bien entrada la tarde. El aseo estaba al final del pasillo. Un inodoro para evacuar de pie y en cuclillas. Horrible. Al lado, una cabina de ducha con una vieja cortina de vinilo verde y una manguera con una alcachofa. El agua estaba caliente. Me enjaboné el cuerpo y el pelo, eliminando así los restos de mi larga siesta. Usé la toalla de baño áspera que habían dejado sobre mi cama para secarme y taparme mientras corría de vuelta a mi habitación. Me vestí y salí a ver mundo.

Nevaba. París estaba emblanquecido. Tenía hambre; no había comido nada caliente desde hacía más de un día. Encontré un lugar pequeño escondido detrás del *boulevard* Saint-Michel: *steak frites*, medio litro de vino tinto, un *crème caramel* por veinticinco francos. «Estoy demasiado pendiente del dinero —pensé—, del precio y del valor contradictorio de todas las cosas». La moderación y el sacrificio habían sido los dos credos principales que me habían inculcado en casa desde bien pequeño. Me quería deshacer de ellos. Sin embargo, en cierto modo, también quería sobrevivir los siguientes cinco meses sin tener que volver corriendo a casa para buscar trabajo. El 1 de junio me esperaba una pasantía estival junto a un juez federal en Minneapolis. Pero, antes de todo ello, tenía por delante esta coyuntura, este espacio sin más obligaciones que mantenerme dentro de mi presupuesto.

Caminé la mayor parte de la noche, ajeno al frío y a la nieve que todavía caía. Si no has crecido rodeado de una grandeza urbanística épica, o de cualquier cosa que contenga tan siquiera un ápice de monumentalismo histórico, París te hace sentir diminuto. A pesar de que su arquitectura me deslumbró por completo, mi atención se centró en otros lugares: en las callejuelas y los laberintos de callejones estrechos. Se podía sentir que el sexo lo impregnaba todo, desde las mujeres de la noche pescando clientes en los bordes de las aceras hasta las parejas enmarañadas en abrazos apoyadas en las paredes, las farolas e incluso contra la barandilla de piedra del Pont Neuf. Seguí el recorrido del Sena; agua gélida y oscura en un movimiento incesante. Me daban envidia los amantes. Me daba envidia cualquiera que estuviera ligado a otra persona, que no se sintiera solo en la oscuridad.

Aprendí a andar sin rumbo.

Mi primera semana en París fue simplemente eso: una caminata prolongada sin dirección concreta. Ahora, para mí, amanecía sobre las diez de la mañana. Había una cafetería al lado del hotel en la que desayuné lo mismo todas y cada una de las mañanas: *citron pressé, croissant, grand crème*. Era un lugar frecuentado por trabajadores locales (basureros, trabajadores de las carreteras), así que era barato. El dueño: mala dentadura, ojos cansados, siempre profesional, siempre detrás de la barra. Al cuarto día, me saludó inclinando la cabeza: «*La même chose?*», me preguntó. Le respondí con un *bonjour* y otro saludo con la cabeza. Nunca nos dijimos nuestros nombres.

Un *International Herald Tribune* diario no tenía cabida en mi presupuesto, pero el dueño de la cafetería tenía la edición del día anterior todos los días detrás de la barra.

—Un compatriota tuyo del hotel siempre lo compra antes del desayuno y luego lo deja en la mesa cuando se marcha —me explicó.

O al menos es lo que creo que me dijo, ya que mi francés era precario.

—*Il arrive quand?*

Me había comprado un cuaderno, una pluma estilográfica barata, un diccionario y un libro de verbos básicos. Me había fijado la tarea diaria de aprender diez palabras nuevas y de conjugar dos

verbos en *présent, passé composé et futur proche* cada día.

—Todos los días a las siete. Creo que no duerme mucho. Un hombre cuya mirada es el fiel reflejo de una vida de penurias.

Me gustó tanto esa descripción —«*Un homme aux yeux trop mâchés par la vie*»— que la escribí en mi cuaderno.

El café se llamaba Le Select. Toda una contradicción puesto que no había nada de selecto en él. Era un lugar pequeño, básico, con un puñado de mesas y sin espacios destinados al ocio. Yo no tenía experiencia en cafeterías. Solo conocía las americanas, los *diners*, con café americano de filtro, con gramolas y linóleos sucios, y camareras que mascaban chicle y exhibían una sonrisa cansada. El alcohol formaba parte del ritual matutino del local. La mayoría de los basureros (*les éboueurs*) se bebían un calvados con el café, y un par de gendarmes pasaban a menudo a por su *vin rouge* escanciado de botellas de un litro sin etiqueta. Nunca pagaban por sus bebidas. En Le Select aprendí el arte de procrastinar intencionadamente. Me sentaba allí hasta bien entrada la mañana con mi desayuno, mi periódico del día anterior, mis cigarrillos, mi cuaderno y mi pluma estilográfica. Nunca me echaron, nunca me molestaron. Fue así como acabé captando una idea clave de las cafeterías: la sensación de comunidad improvisada y de refugio caluroso en medio de la fría indiferencia de las calles de la ciudad.

Alrededor del mediodía, me iba a merodear a otra parte, con frecuencia a los cines de la rue Champollion. Películas del oeste antiguas, cine negro clásico, musicales desconocidos, eventos dedicados a directores: Hitchcock, Hawks, Wells, Huston… Todo en versión original en inglés, con los subtítulos en francés paseando por la parte inferior de la pantalla. Un lugar en el que esconderse por diez francos cada *séance*.

Séance: una sesión, pero también una reunión. Una suerte de ritual donde encontrarse.

Otra palabra para mi cuaderno.

Decidí explorar a pie los veinte distritos. Frecuenté museos y galerías. Era un habitual de las librerías con libros en inglés. Iba a garitos de *jazz* en la rue des Lombards. Me comí un tayín por primera vez. Estaba desesperado por mantenerme ocupado; un antídoto a la soledad de mis días y noches. Me dije que vagar aplacaría la soledad. Sin embargo, caminar sin rumbo aumentó mi

sensación de nostalgia. No era infeliz en París, era infeliz conmigo mismo y era incapaz de identificar el porqué. No echaba de menos mi hogar, ni añoraba en absoluto Estados Unidos. Disfrutaba de lo novedoso que tenía por delante. Pero la tristeza, como si de una mancha persistente se tratase, se negaba a desaparecer.

La pareja de la habitación de al lado siempre estaba discutiendo. El recepcionista nocturno —Omar, un bereber del sur de Marruecos — me dijo que eran serbios. Refugiados, siempre enfadados el uno con el otro.

—Su mundo se vendría abajo si fueran amables entre sí. Así que se aferran al enfado.

El sonido de la máquina de escribir también era una constante de las noches en el hotel. No me molestaba. Me afectaba como un metrónomo; el *tac, tac, tac* me arrullaba en el mundo de los sueños. Una noche de mi segunda semana, al llegar tarde de una *séance* en un club de *jazz*, vi que la puerta de mi vecino estaba entornada. El humo ensombrecía la luz del interior.

—Puedes entrar —dijo una voz entre una espesa bruma. Una voz americana.

Abrí la puerta y me encontré en una versión idéntica de mi habitación, salvo porque el inquilino la había tomado como su residencia a tiempo completo. Sentado en una silla de madera curvada había un chico de unos veintitantos. Pelo por los hombros, gafas redondas de acero, con un cigarrillo entre los dientes, con la mirada empañada.

—¿Eres mi vecino? —preguntó—. ¿Debería hablarte en mi pésimo francés?

—En inglés me va bien.

—¿El sonido al teclear no te deja dormir?

—No duermo con el abrigo puesto.

—Así que has visto mi puerta abierta… ¿y has decidido pasar a saludarme?

—Puedo marcharme.

—También puedes sentarte.

Así fue como conocí a Paul Most.

—Sí, escribo. No, no he publicado ni una sola palabra. No, no te voy a contar de qué trata mi novela, lo que demuestra un gran autocontrol por mi parte. Sí, soy de Nueva York y sí, tengo un fondo

fiduciario lo suficientemente grande como para que sea mi perdición.

Era un refugiado de un padre autoritario, un banquero de inversiones. De clase alta. Con contactos. Park Avenue. Episcopal de Alta Iglesia.

—El combo colegio privado más Ivy League. Entré en Harvard. Me echaron de Harvard. Falta de interés en el trabajo. Dos años en la Marina Mercante. Ey, a Eugene O'Neill le fue bien. Volví a entrar en Harvard gracias a los contactos de papá. Aprobé por los pelos. Pasé un año en el Cuerpo de Paz, enseñando a casos perdidos en Alto Volta. Superé la gonorrea, la sífilis, la tricomoniasis. Cambié Uagadugú por París hace quince meses. Encontré este hotel, negocié un acuerdo y aquí paso las noches, escribiendo hasta entrada la madrugada.

—¿Tu padre no ha intentado llevarte a casa y meterte en el mundo de Wall Street?

—Papaíto me ha dado por perdido. Mientras estuve en Alto Volta, en un instante de locura ocasionado por la fiebre del dengue, respondí a la petición del *Harvard Magazine* para mandarles las llamadas «Class Notes», unas breves noticias personales de los graduados. ¿Y qué fue lo que les envié? «Paul Most, promoción del 74, convive en el oeste de África con un caso de gonorrea crónica». En fin, me pareció ingenioso.

—¿Lo publicaron?

—Qué va. Pero las paredes de los Ivy oyen. Papá me escribió a través del American Express de París para decirme que a partir de entonces estaba solo, sin su generosidad, ante el malvado y enorme mundo. Por supuesto, él sabía que no podía impedirme disfrutar del fondo que su padre había creado para sus cinco nietos. Me tenían que pagar mi parte de la cuota del interés del capital cuando cumpliera los veinticinco años… Eso pasó hace siete meses, casi al mismo tiempo que papá cortó la red. Ahora tengo una paga mensual de ochocientos dólares perfectamente establecida. Dado que he negociado un descuento con los dueños de esta morada descuidada a veinticinco francos la noche, tengo mi pequeña cama en París por poco más de cien dólares al mes. E incluso me cambian las sábanas dos veces por semana.

Entonces, me preguntó dónde me había criado. Se lo conté y su

respuesta fue la siguiente:

—Menudo lugar pequeño y aburrido al que llamar hogar.

Le señalé el aguardiente, un Vieille Prune, y me sirvió un vaso. Cogí uno de sus Camel. Me preguntó dónde había ido a la universidad y le conté todo por lo que me preguntaba.

—Cielos, ¿no serás el señorito «universidad estatal»? ¿Y ahora qué estás haciendo? ¿Disfrutando de un gran *tour* tirado de precio antes de volver para formar parte de la aseguradora agraria de tu papi?

—Empiezo en la Facultad de Derecho de Harvard en septiembre.

Eso llamó su atención.

—¿De verdad?

—De verdad.

—*Chapeaux*. Un camarada de Harvard.

«Y alguien que no entró gracias a papaíto».

Pero ese pensamiento se quedó en el tintero.

Cambió de tema y jamás volvió a preguntarme sobre mi vida. Aunque, tras dos cigarros y tres aguardientes, hizo este comentario:

—Sé por qué estabas detrás de mi puerta esta noche. La agonía de París. La ciudad es cruel para todo aquel que está por su cuenta. Ves que todo el mundo está interconectado y eso amplifica tu estatus de chiquillo perdido. Eso, y que vuelves a la vacía y barata cama.

—Ya somos dos.

—Oh, yo tengo a alguien. Solo que no está aquí esta noche. Pero tú estás solo y eres incapaz de conectar con nadie.

Quería contradecirle, protestar, reprocharle su crueldad. Sin embargo, sabía que eso me llevaría a una lucha dialéctica, que es donde él quería que acabase. Era consciente de la trampa que me estaba tendiendo, así que contesté:

—Culpable.

—Vaya, vaya, un hombre honesto.

—¿Alguna idea de cómo me puedo sentir menos solo aquí? —pregunté.

—Asumo que sabes poco o nada de francés.

—Lo básico. No puedo mantener una conversación.

—Te podría invitar a una fiesta mañana por la noche. La presentación de un libro de un amigo de Sabine.

—¿Quién es Sabine?

—La mujer que debería estar aquí esta noche. No me pidas explicaciones.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Un campesino con garra.

—No me crie en una granja —le espeté.

Respondió con una sonrisa de satisfacción.

—Si te invito, debo advertirte: ni seré tu acompañante, ni te presentaré a nadie.

—¿Entonces por qué me invitas?

—Porque has dicho que te sentías solo. Llamémoslo una obra de caridad.

Tomó un cuaderno y garabateó una dirección.

—Mañana por la noche a las siete.

Miró detenidamente mis vaqueros grises de campana, mi jersey marrón de cuello redondo, mi camisa azul con botonadura.

—Estamos en París. Quizá deberías ponerte algo negro.

Volví a la tienda de excedentes del ejército, donde me atendió el mismo hombre con cara de boxeador. Le dije lo que necesitaba y puntualicé que mi presupuesto era limitado. Me tomó las medidas de un vistazo. «Delgaducho», susurró. Después se fue a hurgar entre las estanterías. Sacó un jersey de cuello alto negro de lana que costaba treinta y cinco francos y un par de pantalones de lana negros por cuarenta y cinco francos. Tuvo que sacudirles el polvo antes de que me los probara. Me quedaban bien.

—Tengo unas botas de invierno negras de la *Légion étrangère*. De cuero suave y ya amoldadas. Calientes, pero no pesadas y con buena suela. Perfectas para París. Sesenta francos.

Me las probé. Me valían.

—Dame ciento diez francos por todo —agregó—. Ahora eres *une symphonie en noir*.

—Parece como si acabases de bajar del *USS East Village*.

Me saludó Paul Most casi antes de que entrara en la librería.

—Me dijiste que cambiara de estilo.

—Y veo que lo has hecho, marinero.

La librería se llamaba La Hune. Most estaba fuera fumando un

Camel. Había una mujer con él, delgadísima, con el pelo encrespado, una chaqueta de motorista y una bufanda de seda negra.

—Esta es Sabine —explicó.

Le tendí la mano. Sabine contempló esta acción divertida y se inclinó y me dio un beso en cada mejilla.

—Mi amigo novato no tiene ni idea del protocolo local —replicó Most.

La respuesta de Sabine fue como un bofetón verbal.

—*Tu sais que je refuse de parler en anglais*.

Most le respondió con un torrente de francés rápido en un tono que rozaba lo agresivo. Sabine hizo un puchero y le espetó:

—*T'es un con*.

Le acababa de llamar imbécil. Oportuno.

—¿Has visto lo que has provocado? —me comunicó Most, sonriente.

Se dirigió a la puerta.

—Te veo en la barra.

La librería no era muy grande. Había estanterías repletas por todas partes, libros apilados, una multitud densa. Busqué la barra y eché mano al vino. Me choqué contra una estantería con un letrero que decía: *Philo*. Eché una ojeada y miré fijamente el desfiladero de volúmenes de Beauvoir, Deleuze, De Maistre, Democritus, De Morgan, Derrida, Descartes, Diderot, Dworkin…

—*Êtes-vous obsédé par les philosophes dont le nom commence par «D»?*

La voz era tranquila, grave, en tono de broma. Me giré para encontrarme frente a una mujer con una gran melena roja y ondulada. Unos ojos intensos y verdes: transparentes, observadores e ingeniosos. Su cara era suave, con pecas, sin maquillaje. Llevaba un vestido, negro y ajustado, medias negras y botas negras. Con un cigarro entre los largos dedos, las cutículas un poco mordisqueadas. Un anillo de oro en el dedo anular izquierdo. Lo primero que pensé: vulnerable. Lo segundo: hermosa. Lo tercero: me he quedado prendado. Lo cuarto: maldigo ese anillo de matrimonio.

—¿Americano? —dijo.

—Eso me temo.

—No hace falta que te avergüences por ello.

Su inglés era inmaculado.

—Me avergüenzo de no saber francés. ¿Por qué hablas tan bien inglés?

—Práctica. Viví dos años en Nueva York. Debería haberme quedado, pero no lo hice.

—¿Y ahora?

—Ahora vivo aquí.

—¿A qué te dedicas?

Otra sonrisa divertida.

—Te gusta realizar interrogatorios. ¿Eres un abogado criminalista?

—Voy por ese camino. Déjame adivinar. ¿Eres profesora?

—¿Por qué tanta insistencia en saber lo que hago?

—Es mi necesidad natural de plantear preguntas.

—La curiosidad es digna de admiración. Soy traductora.

—¿Del inglés al francés?

—Y también del alemán al francés. Y viceversa.

—¿Dominas tres idiomas?

—Cuatro. Mi italiano es aceptable.

—Me siento un patán.

—No conozco esa palabra: «patán».

—Alguien proveniente de un lugar remoto, rústico. Un paleto.

—A ver si lo adivino, ¿el que inventó esa palabra era neoyorquino?

—Sin lugar a dudas.

Rebuscó en el diminuto bolso negro de cuero que llevaba colgado del hombro, y sacó un pequeño cuaderno negro y un bolígrafo plateado.

—¿Cómo se escribe «patán»?

Lo deletreé.

—Me encanta el argot. Es la verdadera naturaleza de los idiomas.

—Ponme un ejemplo de argot parisino.

—*Grave de chez grave*.

—*Chez* significa «en casa de», ¿no?

—Estoy impresionada; para ser alguien que dice no saber francés…

Le expliqué lo que hacía para aprender vocabulario.

—Qué diligencia. Entonces indudablemente no eres *grave de chez grave*, ya que significa «estúpido».

—A veces me siento así, estúpido.

—¿En general o solo aquí en París?

—Aquí. Ahora. En esta librería. Con toda esta gente inteligente y cosmopolita.

—¿Y te estás diciendo a ti mismo que no eres más que un «patán» —¿lo he pronunciado bien?— que proviene de un lugar remoto?

—Captas el argot con rapidez.

—Cuando eres traductora, las palabras lo son todo.

—Por lo tanto, también eres curiosa.

—Sin remedio.

Me rozó levemente el brazo, posando por un momento los dedos. Le sonreí y me devolvió la sonrisa.

—Me llamo Isabelle.

—Yo soy Sam. Es curioso que me hayas preguntado sobre los filósofos. Estaba mirando todos esos nombres en los lomos de los libros, todos los que empezaban por D, y no pude evitar pensar en lo limitados que son mis conocimientos.

—Pero te das cuenta de que tienes carencias, de que quieres aventurarte a lugares intelectuales que has evitado hasta ahora; es maravilloso. Para mí, la curiosidad lo es todo. Así que deja de llamarte «patán». Has llegado hasta aquí esta noche y has tropezado con un evento tan ridículamente parisino. ¿Conoces el libro que se está presentando o a la autora?

—Soy un intruso.

—Entonces, te admiro aún más si cabe. Mira hacia allí, a la mujer más bien menuda de rizos indomables. Ella es Jeanne Rocheferand. *Philosophe. Normalienne*. Será *académicienne* antes del fin de la década.

Era diminuta, de unos sesenta años, extremadamente delgada. Llevaba unos pantalones y una camiseta con estampado de leopardo. Tenía el pelo negro y abundante. Un chico de unos veintiocho años con aspecto de motorista francés y gafas de aviador verdes la rondaba. La charla le aburría y tenía la mano puesta sobre las nalgas de la mujer.

—No entiendo ninguno de esos conceptos —dije.

—¿Y por qué deberías hacerlo? Son importantes aquí, dentro de nuestro propio mundo. Quédate el suficiente tiempo, aprende el idioma y todo cobrará sentido.

—Tan solo me voy a quedar unos meses. Y me marcharé.

—Pues no aprenderás mucho, aunque quizá no se trate de eso.

—Desconozco cuál es el objetivo.

—«Objetivo». Qué palabra y concepto tan americanos.

—¿Es un problema?

Un roce delicado con los dedos de nuevo.

—Es adorable. Aquí nadie hablará nunca de objetivos, de metas. Todos teorizamos en demasía, cegándonos con palabrería intelectual. Pero todo en la vida se reduce a permitirnos lo que queremos. O a crear límites, fronteras para nosotros mismos.

—¿Eres una persona libre?

—Sí y no. Y sí, me permito ciertas cosas y me impido traspasar los límites hacia lugares en los que podría encontrar más libertad. Los riesgos y los compromisos habituales propios de un determinado tipo de vida urbanita.

—Yo no soy urbanita.

—Estás aquí. Es un comienzo.

Echó un vistazo a su reloj.

—La hora, la hora. Tengo una cena…

Sin pensarlo ni planearlo, le tomé la mano. Cerró los ojos. Y los abrió. Aflojó los dedos y dio un paso atrás.

—Un placer, Sam.

—Un placer, Isabelle.

Silencio.

Ella le puso fin.

—Pídeme mi número.

—¿Me darías tu número de teléfono?

Nuestros ojos se encontraron.

—Te lo podría dar.

Buscó rápidamente en su bolso, de donde sacó una pequeña tarjeta.

—Aquí tienes. Estoy disponible en este número la mayoría de las mañanas y de las tardes.

Se inclinó sobre mí y me besó en ambas mejillas. Sentí un arrebato de deseo por alguien a quien acababa de conocer. Ella se

dio cuenta y sonrió.

—*À bientôt.*

Y se marchó.

Me quedé ahí, sosteniendo la tarjeta. Contemplé su tipografía simple y de color negro.

ISABELLE de MONSAMBERT
Traductrice
9 rue Bernard Palissy
75006 Paris
01 489 62 33

Saqué mi cartera y coloqué la tarjeta en una pequeña ranura. Quería pensar que la llamaría al día siguiente.

—Así que has conseguido el número de Isabelle. —Paul Most hablaba a mi lado con una botella de vino en la mano.

—¿Cómo sabes su nombre?

—La conocí en otro evento literario la semana pasada. Empezamos a hablar y le pedí su número. No me lo dio. Parece que eres el elegido, colega, si es que eliges serlo. Has obtenido la tarjeta, pero la pregunta ahora es: ¿te atreves a usarla?

Most desapareció con una Sabine malhumorada. Hice un gesto de despedida con la cabeza a la escritora; fue un hola y adiós. Ella sonrió y el novio motero frunció el ceño. Miré alrededor, la fiesta se estaba dispersando. Salí a la noche oscura de París. Eché un vistazo al menú del Café de Flore, estaba fuera de mi presupuesto. Regresé al distrito 5 y encontré una *brasserie* barata donde me comí un *croque monsieur* y me bebí dos vasos de *vin ordinaire* mientras repasaba mentalmente mi conversación con Isabelle. Abrí mi cartera para volver a mirar su tarjeta. Seguía pensando en el anillo de matrimonio que tenía en el dedo anular izquierdo. Su invitación: «*À bientôt*». Si es que elegía llamarla.

Saqué un aerograma que había comprado en una oficina de correos local y mi pluma. Escribí una breve nota a mi padre contándole que seguía vivo y coleando, que París era «interesante» (prefería los eufemismos), que tenía ganas de pasar el verano con el juez y de ir a Harvard después. Añadí esa última frase para asegurarle que haría lo correcto y que, sin lugar a dudas, volvería a casa. Todavía necesitaba satisfacer la autoridad que él representaba

para mí. Si papá hubiera sido un hombre totalmente distante, me hubiera resultado más fácil tener perspectiva con respecto a su indiferencia hacia mí. Que nunca fuera gélido conmigo, pero que tampoco me apoyara, no hacía más que aumentar la culpa; la sensación de que algo en mi interior era responsable de su infinita reserva.

Firmé la carta con un «Con cariño, Sam», me acabé la última copa de vino y me fumé un Gauloise antes de volver al hotel. Saqué la tarjeta de Isabelle de la cartera y la dejé en un rincón de la mesa que ahora hacía las veces de escritorio. La coloqué debajo de un cuaderno, donde quedó intacta durante dos días. Proseguí con mi rutina: desayunar, ir al cine, deambular por la ciudad. En una ocasión, llamé a la puerta de Paul Most en busca de compañía, pero no hubo respuesta. Rellené más páginas de mi cuaderno, vi dos películas del Oeste en un cine de la rue Champollion, en donde era el único cliente de la sala, y encontré el barrio chino en el distrito 13 de París, donde me comí una manita de cerdo de Sichuan sin otro motivo que comerme una manita de cerdo de Sichuan. Dormí a rachas intermitentes. No paraba de repetirme: coge la tarjeta, haz la llamada. Me imaginé su voz divertida diciéndome: «No me interesa en absoluto un patán como tú».

A altas horas de la noche, sobre las tres de la madrugada, escuché cómo discutía la pareja de al lado. El hombre la hostigaba. La mujer lloraba, tratando de suplicarle, demandándole clemencia. Daba igual que el serbocroata fuera un idioma extraño para mí. La jerga de la rabia expresada por una pareja no necesita traducción. Tanto si se canalizaba en una avalancha de reproches como si se ponía de manifiesto mediante largos silencios en la mesa (la forma favorita de mis padres de transmitir un mensaje), ese sentimiento de desprecio es inconfundible. *Desprecio*. ¿Era ese el sentimiento subyacente que daba paso al detonante final de las relaciones más íntimas? Salí de la cama y me serví una copa de vino de la botella de un litro de tinto a quince francos que había comprado el día anterior. Se podía beber, era barato. Me encendí un cigarro mientras escuchaba cómo la pelea llegaba a su punto álgido. Ahora la mujer contraatacaba reprendiendo al hombre, hundiéndole con su menosprecio. Era el turno de él para sollozar e implorar. Me estiré y encendí la pequeña radio que había traído conmigo desde el

otro lado del Atlántico y encontré una emisora de *jazz* en el dial FM donde cantaba una mujer con un tono *mezzosoprano* melancólico en su búsqueda de «alguien que me cuide». Ese anhelo universal… Aunque, a estas alturas de mi vida, lo estaba empezando a comprender: todo el mundo, en el fondo, está solo en medio del caos de la vida. Bebí más vino mientras la cantante seguía interpretando con estridente ambición la búsqueda de esa alma gemela escurridiza. Al lado, acababan de arrojar un objeto que se hizo añicos, seguido de gritos y puertas que se abrieron. Los vecinos se quejaron. Subí el volumen del *jazz*, me acabé el cigarrillo. Manoseé la tarjeta que estaba metida a medias en mi cuaderno y tomé la decisión de llamar a Isabelle cuando amaneciera.

En Le Select había un teléfono público. Un *jeton* (la ficha que se compraba para que funcionara) estaba atascado en su ranura. Le pregunté al chico de detrás del mostrador si podía usar el teléfono de baquelita roja ubicado cerca de las botellas de Pernod Ricard. Lo colocó delante de mí en el mostrador de cinc. El dial rotatorio sonó como una ruleta que daba vueltas a medida que marcaba el número.

—*Oui, allô?*

Respondió al tercer tono.

—*Bonjour, Isabelle?*

—*Oui?*

Parecía titubeante. Como si dijera: «¿Quién es?».

—*C'est moi*… Sam.

—¿Sam?

—*L'américain*. Hace tres días… en la librería.

—Oh… *Samuel*. Qué agradable sorpresa.

Sem-you-el. Le otorgó una musicalidad extravagante a mi nombre.

—Me preguntaba si…

No era capaz de acabar la frase. *Merde*.

—¿Querrías tomar algo conmigo?

Ella acababa de terminar la frase por mí. Doble *merde*.

—Sí, me gustaría.

—Bien.

Podía apreciar un tono de regocijo en su voz. Podía imaginármela pensando: «Un chaval. Un chavalín americano asustado».

—Si tienes mi número de teléfono, entonces también tienes mi dirección.

Miré de reojo la tarjeta. Todo era un territorio novedoso y vertiginoso para mí.

—Sí, la tengo.

—¿Tienes algo en donde escribir?

Revolví en el bolsillo de mi chaqueta en busca de mi cuaderno y un bolígrafo.

—Listo.

Me dio el código de la puerta. Me indicó que la calle desembocaba en la rue de Rennes y que debía coger el metro a Saint-Germain-des-Prés.

—¿A las cinco? —preguntó.

—¿Qué día?

—Hoy. A menos que estés ocupado.

¿Ocupado con qué?

—Allí estaré.

—*À très bientôt*.

La última (y única) vez que habíamos hablado, ella había dado por finalizada la conversación con un «*À bientôt*». Ahora ese «hasta pronto» había subido de categoría gracias a un *très*. Mi francés aún era básico, pero había comenzado a distinguir las complejidades sutiles, los símbolos y los significados que conllevaba la incorporación de un más atractivo *très*.

Un día claro de enero. Frío, con un cielo de un azul intenso. Anduve y me adentré en el distrito 10. Un canal, calles mugrientas, edificios ruinosos. Seguí caminando para apaciguar la ansiedad de mi interior. El canal se dirigía hacia la Bastilla. ¿Por qué ese miedo interno? Esa tarde, en el canal, mientras intentaba disipar mis preocupaciones caminando, ¿era ese el instante preciso en que esa percepción se arraigó? En mi infancia me habían inculcado una culpabilidad atroz. Una creencia ratificada por mi padre de que merecía que me mantuvieran apartado, sin ser realmente digno de amor. Un punto de vista paterno que ahora me hacía plantearme: ¿cómo una mujer tan peculiar e intelectual como Isabelle iba a

considerar que este ingenuo chiquillo del Medio Oeste podría ser digno de su interés?

Cuando el canal se desvaneció, me sumergí en el metro. Minutos más tarde estaba sobre el nivel del suelo en Saint-Germain-des-Prés, de noche. La danza eléctrica de las farolas, de los haces de luz de los coches y de los neones. Atravesé la rue de Rennes. Bernard Palissy era una calle corta y angosta; el número 9, un edificio ancho y bajo. Una editorial ocupaba la planta baja y tenía una exposición de sus últimas obras en un pequeño escaparate. Marqué el código en el teclado y la puerta se abrió con un enérgico clic. Entré al patio adoquinado, lleno de ventanas estrechas. Isabelle me había dicho que tenía que dirigirme hacia el final y buscar su nombre en una lista de timbres. Llamé una vez. Otro enérgico clic. Abrí la puerta y descubrí unas escaleras angostas. Una voz —su voz— desde arriba:

—Es una escalada alpina.

La barandilla era una cuerda, las escaleras tenían forma de espiral ascendente con una pendiente muy pronunciada. En cada rellano diminuto había dos puertas pintadas de color granate. Llegué al quinto descansillo. La cumbre. Isabelle estaba de pie junto a una puerta abierta, con un jersey de cuello alto y una falda de lana negra, estrecha y larga que envolvía con firmeza su complexión estrecha y larga. Sujetaba un cigarro entre sus dedos. Fui consciente de que me estaba evaluando. Sonrió y, acto seguido, se inclinó para darme un beso en cada mejilla.

—Te mereces un trago por el esfuerzo.

La seguí hacia dentro. Me encontré en un pequeño apartamento, un lugar rectangular y estrecho. Los techos eran bajos, casi los rozaba con la cabeza.

—Me preocupaba que estuvieras algo apretujado aquí.

—Las desventajas de ser alto.

—Me gusta tu altura. La mayoría de franceses son pequeños, en todos los sentidos de la palabra.

Tomó mi abrigo, rozando con los dedos la manga de mi jersey. Quería rodearla con los brazos. En cambio, me encendí un cigarrillo. Isabelle se dirigió a una estantería situada en el hueco de la cocina y cogió dos grandes copas. Las dejó sobre la mesa y fue a por una botella de vino y un sacacorchos. Extrajo el corcho con una facilidad innata y sirvió aproximadamente tres dedos de vino en

cada vaso. Un remolino de un rojo tánico intenso. Quería beberme el mío de un trago: un poco de coraje líquido.

—Tenemos que esperar cinco minutos. Un vino debe respirar.

Di una calada profunda y firme a mi cigarrillo. Isabelle me agarró, pasando los dedos por la mano que no tenía ocupada. Me senté en el sofá, repitiéndome: no tires de ella hacia ti.

Se dejó caer a mi lado y me apretó los dedos con más intensidad.

—Bésame.

Y en un abrir y cerrar de ojos estábamos entrelazados. Mis labios contra los suyos, sus manos en mi cabeza, nuestras lenguas unidas. Ella, con las piernas abiertas, rodeándome. Meciéndome hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. La pasión aumentando: instintiva, delirante. Quitándonos la ropa el uno al otro. Su ropa interior negra, simple. Cogió mi cinturón, me bajó los pantalones y me aferró con su mano. Su piel pecosa como su cara, translúcida. Su triángulo de vello. Dejó escapar un gemido silencioso en respuesta a mi caricia. Me agarró guiándome hacia dentro y yo la penetré todo lo profundamente que pude. Ahora sus gemidos ya no eran silenciosos. Me clavaba las uñas en la espalda. Estábamos poseídos, fuera de control. No había conocido nunca tal locura, tal libertad. Traté de contenerme todo lo que pude. Terminé con una explosión salvaje, un efecto eléctrico. Reprimí mis suspiros. Me desplomé junto a ella. Aún temblaba. Era consciente del ritmo acelerado de su corazón, de la humedad de nuestra piel, de la forma en la que estábamos unidos. Su mano tomando la mía, aferrándose a ella. La solidaridad de la pasión compartida. Me sujetó la cabeza con ambas manos mientras me miraba profundamente y con detenimiento a los ojos. En los suyos pude ver preguntas. Me besó. Me pasó el dedo índice desde la frente hasta los labios.

—Puedes volver —dijo.

Sonreí, tratando así de esconder mi ansiedad. La ansiedad causada por estar tan cautivado por ella. Encendió un cigarrillo para cada uno. Alcanzó las copas de vino, me pasó una y, a continuación, hizo chinchín contra la mía.

—*À nous* —brindó. Por nosotros.

Esa noche llamé a la puerta de Paul Most.

—Estoy escribiendo —gritó por encima del *tac-tac* aletargado de

su máquina de escribir.

—Te invito a tomar algo si necesitas una excusa para dejar de escribir.

—Excusa aceptada —concedió.

Cinco minutos después estábamos acaramelados con unos calvados y unos cigarrillos en una esquina de Le Select.

—¿Y cuándo te has enamorado? —me preguntó.

Esta pregunta me desestabilizó. Porque me hizo plantearme: ¿acaso soy tan transparente?

—No sé de qué hablas —le contesté.

—Y una mierda. Acabas de entrar a formar parte del club de los enamorados. A ver si adivino, ¿la bella y huidiza Isabelle…?

No dije nada mientras miraba mi rojizo brandi de manzana. Most cogió mi paquete de cigarrillos.

—Tu silencio te delata; eres culpable.

Era mi turno para encenderme un nuevo pitillo.

—¿Alguna vez te has enamorado del todo? —pregunté al final.

—Claro. Unas treinta y tres veces. Y siempre acompañado por un sentimiento de ironía durante la caída en picado. Pero tú no eres así, muchachito. Como dice la canción: «¿Cómo hacer que vuelvan a la granja cuando ya han visto París?» [*].

Apreté los labios. Agoté al límite el cigarrillo y apuré los restos de mi calvados.

—Vamos, llámame gilipollas.

Mantuve el silencio.

—Así eres tú; el chico de la granja, siempre tan educado.

—No me crie en una puta granja —protesté. Most sonrió.

—Jaque mate. Déjame adivinar: nunca antes te habías sentido así, nunca habías conocido una pasión parecida… —se jactó.

Levanté la mano, como un policía deteniendo el tráfico.

Volvió a sonreír.

—La cuestión es la siguiente —dijo—. He tenido un par de estos rollos desde que estoy aquí. Funcionan con la condición de que comprendas que la mujer casada francesa tiene un conjunto de normas… No vas a salir herido mientras aceptes sus normas y no pienses que puedes imponerle las tuyas. Confía en mí, tu corazón no va a conseguir aquello que tanto anhela.

No podía parar de pensar en aquello que no sabía cómo

expresar:

¿Cómo podíamos Isabelle y yo haber hecho el amor de esa forma si no estábamos enamorados?

Llamé a las diez de la mañana. Error. Demasiado pronto. Demasiado ansioso. Mientras el dial del teléfono de Le Select giraba como una ruleta, me decía a mí mismo: «Todavía no, no ahora mismo. Espera». Aunque ella había dicho «Llámame mañana» cuando me marché aquella primera tarde. Desde entonces, había repasado cada momento de lo que había sucedido. Cegado por todo ello. Con miedo de poder perderlo.

¿Es lo que se conoce como dualidad? ¿La iniciación a la pasión verdadera te tiende una trampa por medio de un embriagador baile frenético ante la posibilidad de que todo se te escape entre los dedos? Lo cual te genera más ansiedad cuando intentas contenerlo. Aunque en una etapa tan precoz no tienes ni la más remota idea de lo que podría llegar a ser, si es que acaso llegara a tener continuidad.

—*Bonjour*, Samuel. Qué temprano —contestó con un tono formal, divertido, correctivo—. ¿Qué has estado haciendo desde ayer?

—Echarte de menos.

Joder. Demasiado abierto en canal.

—Me alegra oír eso. Fueron unas horas fantásticas.

—¿Cuándo podemos pasar las próximas horas fantásticas?

—*Mon jeune homme*…

—Puedo acercarme más tarde.

—Me encantaría. Pero debo irme de fin de semana en unas horas. ¿El lunes a las cinco de la tarde?

—Mmm, vale.

—Parece que dudas.

—No dudo. Solo soy un estúpido.

—No tienes ni un pelo de estúpido, Samuel. Será un gran placer disfrutar de nuestra próxima cita.

Me sentí desesperado. ¿Por qué tenía la sensación de que era un enamoramiento unidireccional? Pero tan pronto como se cruzaron estos pensamientos por mi mente, los silencié. En cambio, contesté:

—Nos vemos el lunes, entonces.

—*Merveilleux. Bon weekend*, Samuel.

Fin de la conversación.

«Debo irme de fin de semana en unas horas».

El lunes me resultaba una fecha lejana, distante. Me rondaba un deseo temerario: llamarla de nuevo e insistir en disfrutar de una hora apasionada hoy mismo. O aparecer en la rue Bernard Palissy y…

Destruirlo todo gracias a la inmadurez de mi impulsividad.

Aparté el teléfono. Pedí otro café. Regresé a mi periódico y a mi cuaderno. Abrí *Pariscope* y busqué películas y conciertos de *jazz* y recitales de órgano gratuitos que tenían lugar en iglesias. Con ellos llenaría mi tiempo hasta el lunes. Así tendría la sensación de estar ocupado.

El fin de semana se diluyó con lentitud. Intenté no divagar por el mundo de las expectativas exacerbadas. Traté de aplacar el miedo que me provocaba una posible cancelación de última hora, a pesar de que ella no había dejado entrever hasta el momento que tal cosa fuera posible.

La mañana del lunes llegó de la mano de un golpe a una puerta exterior. Cuando me dirigía al pasillo para ir al aseo, vi a Paul Most en el pasillo con dos maletas a los pies.

—Anda, qué pasa —me saludó.

—Llamé a tu puerta dos veces. No obtuve respuesta.

—Estaba ocupado. Y ahora me estoy yendo.

—¿Por qué motivo?

—Mi padre murió hace dos noches.

—Lo siento mucho.

—Valoro el tópico.

—Lo decía con el corazón.

—Ya lo sé. Estoy de mal humor. Papá no era un tipo agradable. Pero debo hacer lo correcto. El entierro es el miércoles. Mi madre me ha dicho que no me han excluido del testamento. Eso también es su forma de decirme que no sea irrespetuoso, que si la apoyo no meterá a los abogados por medio.

—Entonces esto es todo. La despedida definitiva. ¿Sin regreso?

—Mi tiempo en este lugar ya ha concluido. Estoy en un momento en el que tendría que dejar de ser un nómada y conseguir una casa, lograr una *carte de séjour*, encontrar trabajo y hacer de

París mi hogar. Para conseguir los papeles, debería casarme. Hay candidatas para ello. Pero hay que tener cuidado con estas mujeres francesas bohemias que propugnan el amor libre sin ataduras. Todas tienen un lado burgués. Empezarán a hablar de compromiso, propiedad, bebés. Se las programa para ello a una edad influenciable. La fachada de libertad sexual a menudo oculta una trampa de la cotidianidad.

—¿Conseguirás evitar todo eso cuando vuelvas a casa?

—Desde luego que no. En cinco años estaré casado y me dedicaré a algo académico y limitante. A menos que antes de eso haya aceptado el pacto con el diablo y esté siguiendo los pasos de papá en el mundo de la publicidad. Era el ejecutivo de J. Walter Thompson por antonomasia. Hábil, inteligente, con mucho éxito, sin mucha presencia. Nunca me tuvo en estima.

Le pasé la mano por el hombro. Él se zafó.

—¿Es tu idea de consuelo? —me preguntó.

—Soy solidario.

—¿Y eso qué me aporta?

—La creencia pasajera de que alguien lo entiende.

—América me espera.

—Tengo ganas de leer tu libro.

—Nunca se publicará.

—¿Por qué dices tal cosa?

—Porque reconozco lo que es una mierda cuando lo leo.

Tras rechazar mi ofrecimiento de ayuda, bajó las escaleras con dificultad. Eché un vistazo a su habitación. Había dejado todos sus libros. Pilas de cuadernos sin usar. Botellas de vino y de alcohol. Le llamé.

—¿Qué vas a hacer con todas tus cosas?

—Pertenecen al pasado. Sírvete tú mismo.

—Qué amable.

—Soy de todo menos amable. Y sé que, en el futuro, este idilio parisino también te parecerá el último oasis de libertad antes de hacer lo que acabamos haciendo la mayoría de los yanquis: bailar al son de la danza del conformismo.

Nuestras últimas palabras. Un portazo a la puerta principal. Se había ido.

Fui a su habitación. Más de cien libros. Una pila de blocs de

notas amarillos. Una colección de bolígrafos. Casi media docena de cuadernos negros vacíos. Papel cuadriculado. Lápices. Cuatro botellas de tinto sin abrir. Dos de aguardiente Vieille Prune. Los restos de una vida en tránsito. Sentí un extraño escalofrío en la nuca. Esa sensación de que acabamos abandonando irremediablemente todo eso que acumulamos, todo lo que amontonamos, todo y a todos con los que conectamos. Ninguno de nosotros elude este destino. Es por lo que debemos sortear la timidez con respecto al presente. Aquello que tenemos, en definitiva, está aquí y ahora.

Lo único que tenía —y quería— en aquel preciso momento era a Isabelle.

Caímos sobre la cama en cuanto crucé su puerta. El uno encima del otro. Instantes después, estábamos desnudos sobre el edredón. El parón de cuatro días había agrandado el inmenso deseo. Atrayéndome hacia sí, abrió las piernas para que entrase más profundamente para luego cerrarlas obligándome a llegar aún más allá. Sus gemidos iban en aumento. Mis brazos la rodeaban. El aroma de su perfume, con tintes sutiles a lavanda, flotaba a mi alrededor. Mis dedos se posaron sobre sus pezones, escuchando cómo aumentaba su respiración. El compás enloquecido de nuestro vaivén hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Sus gritos iban en aumento. Con la mano metida en la boca mientras se dejaba llevar. Instantes después, mi presión interna detonó en forma de explosión repentina, como si se tratara de un golpe en la cabeza y, a continuación, se convirtió en un sentimiento parecido a la más profunda de las liberaciones. Me dejé caer sobre la almohada, agotado. Se giró hacia mí, acariciándome la cara con los dedos.

—*Mon amour*.

Lo dijo entre suspiros.

—*Mon amour* —susurré.

Un beso largo, profundo. Cuando salió de la cama, una vela centelleante sobre su escritorio ensombreció su cuerpo alargado. El pelo rojo seductor le caía sobre el rostro. Sus ojos brillaban.

Aún conservo grabada una pequeña imagen: la belleza desnuda de Isabelle instantes después de que nos hubiéramos llevado el uno al otro a un momento de éxtasis. El balanceo de las estrechas

caderas al realizar movimientos rápidos y ventajosos para ambos. Abriendo una botella de vino, encontrando los vasos. Sacando el paquete de Camel Filters, un mechero Zippo de acero, un cenicero de una cafetería descascarillado.

Por aquel entonces entendía tan pocas cosas de la vida. Aun así, podía captar lo milagroso de que todos esos elementos simples convergieran y suscitaran algo similar al agradecimiento por pasar ese momento perfecto con una mujer impresionante de la que aún no sabía nada, pero con la que estaba en la cama en un edificio del siglo XVIII en el París del siglo XX.

—¿Qué tal tu fin de semana?

Tan pronto como salió esa pregunta de mi boca, me arrepentí de su banalidad, del tono seudoinquisitivo sobre sus asuntos personales. Sentí cómo se puso en tensión y le recorrió un escalofrío momentáneo de desagrado.

—Bien. Tranquilo.

—¿A dónde fuiste?

—A nuestra casa en Normandía. Cerca de Deauville. Tiene playa, la Mancha, el canal. Tiempo británico en Francia. Encantadoras tinieblas.

Nuestra casa. Era la primera vez que usaba un pronombre en plural para hacer referencia a su vida fuera de este pequeño espacio debajo de la cornisa.

—¿Lo elegiste por su tiempo plomizo?

—Por su playa. Porque está a dos horas de París. A mí me encanta el azul del sur, el esplendor de la luz, el olor del norte de África cuando bajas del tren en Marseille Saint-Charles…

—¿Y por qué no tienes una casa allí?

—El trayecto en tren de París a Marsella es de nueve horas. A un mundo de distancia. Poco práctico para un fin de semana fuera de la ciudad. Además, la familia siempre ha tenido una casa en Normandía.

—¿Tu familia?

—Qué va. Mi familia política; se remonta a muchos años atrás, con profundas conexiones en el mundo militar, los niveles superiores de la República y, por supuesto, dentro de entidades financieras.

—¿Y tú? ¿No tienes una familia adinerada?

—Mis padres eran ambos profesores de instituto. Amantes de los libros, interesantes, independientes, veladamente insatisfechos. Mi padre quería escribir novelas, mi madre creía que tenía que ser una académica de alto nivel. En cambio, daban clase en colegios. Por eso, por las limitaciones de la *vie quotidienne*, acabaron desencantados con su matrimonio. Así que ambos comenzaron una relación con otra persona, lo que dio paso al caos habitual. Se divorciaron y se casaron de nuevo con una copia exacta del otro. Los seres humanos tenemos la necesidad de repetir.

—¿Tienes hermanos?

—Hija única.

—Como yo.

—Es un tanto extraño ser el único producto derivado de todos sus años en la cama. Dime por qué fue tan triste para ti ser su único hijo.

—No he dado a entender…

—No es necesario. Se deduce en gran parte por la forma en que te comportas.

—¿Soy tan transparente?

—Para una compañera de andanzas como yo, sí. Es una de las múltiples cosas que percibí sobre ti aquella primera noche en la librería: un joven solo, y no solamente porque esté solo en París. Un tipo de soledad más profunda, tal vez una que conoció en la infancia.

No supe qué decir. Excepto:

—Y extrajiste todo eso simplemente de nuestra primera conversación.

—¿Te has ofendido?

—Para nada.

—Pero, por tu tono, pareces sorprendido.

—Sorprendido porque me hayas entendido tan bien y tan rápido.

Se inclinó para besarme.

—Bueno, cuéntame por qué fue tan solitaria.

Era lo último que quería relatar mientras estaba desnudo a su lado entre las sábanas retorcidas. Pero una voz interior me insinuó: si esquivas el tema, desaprovecharás una intimidad esencial entre los dos.

Así que le hablé de mamá y de papá, y de cómo fue crecer de manera corriente en Indiana sabiendo que mi futuro se estaba gestando en otro lugar… Sobre todo tras la muerte de mi madre. Me escuchó en silencio. Cuando acabé, me pasó el brazo por encima, atrayéndome hacia sí.

—Es posible que mi mundo haya sido diferente al tuyo. Pero tu infancia me resulta familiar. También viví lo mismo, pero con una madre tan independiente como papá. Atrincherada en sí misma.

Mediados de febrero. Nuestra cuarta semana juntos. Nuevas nevadas. Y luego una semana inhóspita de lluvia. Aprendí una nueva palabra: *glauque*. Sombrío. Lúgubre. Isabelle estaba resfriada. Su tos constante se acabó convirtiendo en una tos ronca.

«Tengo que dejarlo», dijo mientras apagaba un Camel Filter en el cenicero en equilibrio sobre mi pecho desnudo. Eran las seis de la tarde según su reloj europeo y estábamos en la cama. Nuestros encuentros seguían el mismo patrón: dos veces por semana de cinco a siete de la tarde, siempre con un intervalo de unos tres o cuatro días. Las normas. Sus normas. Nunca las cuestioné. No tras aquella llamada de la mañana después, cuando le sugerí abiertamente que la espera de cuatro días para verla me parecía eterna. Su respuesta fría lo dejó claro: «Estos son los límites. Acéptalos o largo».

Los acepté. Apretaba los labios cada vez que sentía que se me podía escapar una muestra de amor a pesar de que eso era exactamente lo que me sucedía: estaba enamorado. No había nada en el mundo que quisiera más que a ella. Somos el uno para el otro, pensaba, a todos los niveles.

Ella lo sabía. Sentía la convulsión romántica que se arremolinaba dentro de mí y le gustaba porque eso intensificaba la pasión que compartía con ella. Pero, en una ocasión, cuando iba a confesarle mis sentimientos (susurrando «*Je t'aime*»), me puso un dedo en los labios.

—*Arrête* —musitó.

Esa era otra de las normas: podíamos dirigirnos el uno al otro como amantes, pero no estábamos «enamorados». Si bien en la cama no se trataba de tener relaciones sexuales, sino de hacer el amor.

Seguí esas normas. Le formulé algunas preguntas sobre su vida y

averigüé que estaba traduciendo una novela de un autor austriaco que se especializaba en lo que ella denominaba la «narrativa fragmentada». A menudo ojeaba sus estanterías abarrotadas: volúmenes en cinco idiomas de numerosos autores que eran desconocidos para mí. Tenía enormes lagunas en mi limitada educación cultural que ahora quería paliar.

—Qué poca ficción he leído.

—Pues empieza desde ahora mismo.

Al día siguiente, con una lista, confeccionada por ella, de la mano, fui a Shakespeare and Company y compré novelas de Dreiser y Flaubert y Zola y Sinclair Lewis. Tenía otro elemento más para incorporar a mis días tan ociosos. Me fijé la tarea de leer al menos dos novelas por semana. Isabelle era mi profesora de literatura. Lo descubrí todo sobre la reescritura obsesiva de Flaubert en *Madame Bovary*, y que fue la primera novela que abordó el tema del hastío doméstico y el carácter tóxico del matrimonio.

—La mayoría se casa por amor —dijo ella—. Luego se despiertan años más tarde para encontrarse atrapados en la monotonía, la desgana de la relación conyugal a largo plazo.

—Pero obviamente esa no es tu historia.

Apretó los labios. Sabía que mi comentario provocaría esa respuesta. Y aun así, lo hice porque llevábamos varias semanas adentrados en nuestro romance —prefería la palabra *aventure* (descubrí que era uno de los múltiples sinónimos en francés para la palabra *affaire*)— y todavía no conocía nada de su vida más allá de nuestros encuentros vespertinos. Ni sobre su marido. Todas las conversaciones se alejaban de él, aquella tercera parte que se sobreentendía.

—Hablo en general —dijo—. De todas formas, una de las grandes verdades sobre *Madame Bovary* es que Emma no es muy inteligente y no logra reconocer desde el principio que Charles, el médico rural con el que se va a casar por interés, es un aburrido.

—¿Cómo se llama tu marido?

Una pausa.

—Charles.

Ahora tenía un nombre.

Algunos días más tarde descubrí su profesión: banquero de inversiones para una empresa financiera de París. Divorciado, sin hijos, ya que su mujer no podía concebir. Un tipo de lo más elegante; refinado, muy culto, con buenos contactos, discreto. Conoció a Isabelle en 1969 cuando ella rondaba la veintena y estaba escribiendo su tesis en la Sorbona. Acababa de dejar su relación con un «motero maoísta» llamado Edmond.

—Todo en Edmond era extremo. Su política, su visión del sexo, su enfado con todo lo establecido. Un año interesante, pero su agresividad se tornó peligrosa. Un día, simplemente decidí: ya no más; y de repente se convirtió en un niño pequeño. Llorando, pidiendo, suplicando otra oportunidad. La agresividad, el radicalismo de su perspectiva… era todo fachada. Y la dependencia es una cualidad tan poco atractiva en un hombre…

¿Me quería decir algo?

—Después di un giro radical y me enamoré de un hombre del mundo de las finanzas.

Acababa de hacerle un *cunnilingus*; un deseo postcoital por enterrar mi cabeza entre sus piernas. No se opuso. Al contrario, la última vez que habíamos estado juntos me había explicado cómo, cuando estaba dándole placer de esa forma, le gustaba que separase los labios y los acariciara con la lengua; cómo respondía mejor a un movimiento lento, pausado, hacia arriba y hacia abajo. Yo aprendía rápido. Al principio, ella dudó si confesarme lo que le daba placer. Le dije que tenía que contármelo todo.

Me enseñó a no apresurarme. A contenerme hasta que ella hubiera llegado al clímax, la forma que teníamos de intuirnos cuando estábamos unidos, cuándo aumentar el ritmo; cuándo ser delicado. Me interrogó sobre mi experiencia previa y admití que era limitada. En el instituto tuve una novia llamada Rachel cuya familia era fervientemente baptista. Cuando compartimos nuestra primera vez, me di cuenta de que le encantaba el sexo. «Sabes que te quiero. Y que lo haya hecho contigo significa eso». Pero teníamos diecisiete años. Éramos una típica pareja adolescente del Medio Oeste: sexo en el asiento de atrás del Buick de su hermano soldado, sexo por seis dólares la noche en un motel ubicado en el vecino estado libertino de Illinois, una falsa alarma de embarazo. Ella quería algo más serio y yo hui a la universidad estatal de Bloomington. Rachel

acabó en un instituto de formación del profesorado, donde uno de los profesores la dejó embarazada. Tuvo un hijo y se casó con un hombre veintitrés años mayor que ella.

—Al menos no soy tan vieja —dijo Isabelle.

—¿Cuántos años tienes?

—¿No sabes que es una pregunta prohibida?

—No cuando nos estamos acostando.

Una pausa. Apretó los labios. Luego:

—Tengo treinta y seis.

—Eso no es ser vieja.

—Eres demasiado amable. Y voy a cambiar de tema. Soy plenamente consciente de que yo he sacado a la luz la diferencia de edad que hay entre los dos.

—Me gusta que seas mayor que yo.

—Me gusta que seas menor que yo.

—¿Cuántos años tiene tu marido?

Alcanzó los cigarrillos.

—No me has hablado de tus otras amantes —esquivó mi pregunta.

—En la universidad estuve demasiado ocupado estudiando como para tener una novia fija.

—Pero te habrás acostado con mujeres durante estos cuatro años.

—Con tres o cuatro. Una graduada en economía llamada Elaine quiso tener algo serio conmigo.

—¿Pero querías huir del cautiverio?

—¿Y tu marido?

—¿Qué pasa con mi marido?

—¿Su edad?

—Cincuenta y uno.

—Así que tiene quince años más que tú… y yo tengo quince años menos.

—Casualidad.

Me enteré de que se habían conocido en una cena en casa de un amigo en común.

—¿Conoces la expresión *un coup de foudre*? Lo que los americanos llamáis «amor a primera vista». Es lo que sentimos Charles y yo en esa primera cena. Unas semanas después, dejó a su

mujer y buscó un apartamento para los dos.

—¿Aún le amas?

—Sí, mi amor por Charles sigue estando ahí, sigue siendo intenso.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—En la vida son necesarias varias habitaciones, varios habitáculos.

—¿Como el que compartes con un hombre más joven y oportunamente soltero como yo?

—¿Por qué ese tono de enfado?

—Nunca pensé que esto fuera un habitáculo. Un acuerdo.

—Yo tampoco lo veo así. Simplemente trataba de explicar que…

—Soy, metafóricamente, una habitación. Un lugar al que puedes acceder cuando te place sin los líos derivados de un compromiso para luego cerrar su puerta.

—Samuel, por favor…

—¿Por favor, *qué*? ¿Que acepte tu enfoque «racional» sobre lo que tenemos?

—¿Y qué es lo que tenemos?

—Amor.

—Estás confundiendo pasión con amor. La pasión es algo que creamos juntos a la perfección. Ansío estas horas juntos. Tocarte, sentir tu deseo, que te hago falta. Mientras espero que sientas mi deseo, que me haces falta.

—Tienes lo que siempre he querido.

—Pero apenas sabes nada sobre mí.

—¿Qué quieres decir?

—No compartimos nuestro día a día.

—Porque tú limitas nuestros encuentros. Dos veces a la semana, dos horas. Nada más.

—*Estoy* casada. Comparto mi día a día con alguien diferente. Una vida que no tengo pensado perturbar. Nunca has vivido con nadie, ¿a que no?

Negué con la cabeza, consciente de que mi falta de experiencia en tales cuestiones jugaba en mi contra; un espejo que me obligaría a sostener la mirada al caprichoso e inmaduro amante que en ese momento estaba sobrepasando todos los límites; el principal, querer más de todo lo que ya tenía con Isabelle. Suele desarrollarse así

cuando se trata de asuntos íntimos. Es imposible que estos no vayan más allá de un disfrute erótico del otro. Llega cierto punto en el que tienen que cobrar otro sentido y es entonces cuando la posibilidad de un futuro se suma a la ecuación. La pasión por sí misma resulta insuficiente. Aún tenía que trabajar en esa necesidad humana del compromiso y la propiedad. Isabelle me llevaba ventaja en ello.

—Cuando algún día tengas una relación de convivencia, verás cómo la vida estando juntos cambia. No importa lo profundo que sea el amor, la cotidianidad llegará. Te despertarás al lado del otro un día sí y otro también. La lujuria que habíais tenido el uno por el otro se calmará. Porque la novedad, la inmediatez apasionada se pierden. Y si tenéis hijos…

—¿Por qué no tenéis hijos?

—Es una conversación para otro momento.

Apagó el cigarrillo, abrió el edredón, salió de la cama, su cuerpo ágil (que ahora tan bien conocía) iluminado por la llama de la vela que había sobre la pequeña mesa en donde comía. Abrió la puerta del diminuto aseo y extrajo un albornoz de tejido de rizo de un gancho del interior. Mientras se lo ponía, anunció:

—Tengo una recepción y debería estar allí en menos de una hora.

—Entonces, ¿quieres que me vaya?

—Creo que ha sido suficiente hoy —afirmó.

—Te refieres a que he empezado a ponerme posesivo.

—Me refiero a que si no puedes aceptar que dentro de los límites impuestos hay mucho placer mutuo del que podemos disfrutar juntos, si insistes en que «necesitas más», entonces debo dar esto por terminado ahora mismo.

Parpadeé. En numerosas ocasiones. Observé con detenimiento su cara. Tensa, controlada, racional. Una voz interior me advirtió: «No pierdas todo esto por la estupidez de tu egoísmo».

—Lo siento.

—No lo sientas. En cierta manera, es conmovedor. Adorable.

—Voy a ser claro: no tengo una vida real más allá de eso.

—Estás *aquí*. Vives aquí *en París*.

—Y te tengo a ti. Dos veces por semana. Que es maravilloso.

—Así es.

Salí de la cama. Me acerqué a ella. Puse los brazos a su

alrededor y abrí su albornoz. La acerqué a mí, otra vez empalmado. Dio un paso a atrás y cerró el albornoz.

—No tengo tiempo —susurró.

—Tu evento es a las siete. Solo son las seis.

—Y se celebra en el *huitième*. Necesito media hora para llegar allí en metro y otra media antes para prepararme.

—Para borrar todo rastro de mí; de nosotros. Él va a estar allí, ¿no?

—¿Con «él» te refieres a mi marido? ¿A Charles? Sí, va a estar allí. Quien recibe el premio es un viejo amigo.

—*¿Por qué* no tenéis hijos? —pregunté sin pensar. La pregunta me salió disparada. Se frotó los ojos. Giró la cara y se puso de frente a mí.

—Se llamaba Cédric. Nació el 31 de diciembre de 1973. Las primeras semanas estuvieron llenas de una felicidad absoluta, incluso a pesar de las noches sin dormir, del cansancio, de la implacabilidad. Charles se entregó a él. Ser madre era todo lo que siempre había deseado, especialmente tras haber crecido con unos padres que estaban poco seguros sobre su paternidad, que siempre estaban a otras cosas.

Hizo el ademán de acercarse a los cigarrillos y al mechero que había en medio del desastre que habíamos provocado en su cama. Recogí ambos objetos, así como mis pantalones que estaban de camino. Mientras ella prendía un cigarrillo, yo me vestí a medias.

—Te estás vistiendo porque sabes lo que estoy a punto de contarte.

Cogí mi camiseta y la levanté por encima de la cabeza. Aunque acababa de decir la verdad —presentía lo que estaba por venir—, no dije nada. Me miró fijamente a los ojos. Los suyos no vacilaron mientras explicaba:

—La noche del 12 de marzo de 1974, dejé a Cédric en su cuna. Le abracé mientras le susurraba cuánto le quería y se quedó dormido poco después. Mi marido y yo nos fuimos a acostar y dormimos toda la noche sin interrupción. Cuando me desperté, ya eran casi las ocho. Charles y yo nunca nos levantábamos tan tarde porque el bebé nos servía como despertador. Pero esa mañana reinaba el silencio. Entré a la habitación y vi que nuestro bebé estaba ahí tumbado, en su cuna, sin moverse, con una sonrisa en el

rostro. Nunca me olvidaré de esa sonrisa, estará conmigo hasta el día en que abandone esta vida. Apenas unos instantes después de cogerlo en brazos, empecé a gritar. Porque no respiraba, porque no respondía a mis chillidos. Yo le suplicaba que me respondiese. Él no se movía de ninguna manera. Porque Cédric estaba muerto.

Silencio. Seguía perforándome con la mirada.

—Síndrome de muerte súbita del lactante. La policía, el médico forense que hizo la autopsia, el psiquiatra al que me enviaron cuando empecé a planear mi propia muerte ya que me parecía la única solución al inmenso y horrible dolor que me ahogaba… Todos los expertos me dijeron lo mismo: no había hecho nada mal. El síndrome de la muerte súbita del lactante no tiene sentido alguno. Fue como si el ángel de la muerte simplemente eligiera, de manera aleatoria, un niño sano y decidiera poner fin a su diminuta vida. Cédric tenía dos meses, dos semanas y dos días cuando murió. Los dos años siguientes a su muerte me convertí literalmente en una reclusa. Perdí quince kilos, nada de lo que me recetaban los médicos para dormir me hacía efecto durante más de tres horas. Ningún tranquilizante se llevaba consigo el dolor. Charles y yo hablamos en serio sobre internarme durante algún tiempo. No voy a decir que hubo un día en el que todo cambió, en el que pulsé un interruptor mental y la agonía se terminó. La agonía nunca terminará, pero no tuve más remedio que reanudar mi vida.

Cierta parte dentro de mí sabía que debía cogerle la mano. Pero a otra parte, a la más angustiada, le rondaba otra pregunta.

—Y tras esta tragedia…

Me interrumpió.

—¿Hemos intentado tener otro hijo?

Era el momento en que creía que ella apartaría la vista. No lo hizo.

—Aún no. Pero voy a dejar la píldora en cuanto vuelvas a Estados Unidos.

—¿Charles lo sabe?

—Charles es mi marido. Por supuesto que hemos hablado sobre este asunto tan importante. Es lo que hacen las parejas, Sam.

—Gracias por esa información *tan importante*.

—¿Por qué usas ese tono tan caprichoso?

—¿Caprichoso? ¿*Caprichoso*? Como un niño pequeño…

—No he dicho tal cosa.

—Pero es lo que me consideras: un joven inocente con cierta destreza sexual. Alguien a quien puedes ver durante unas horas aquí y allá, y luego abandonarlo en cuanto decidas que estás lista para tener un nuevo bebé.

—Mi decisión de verte, de disfrutar de estos momentos tan valiosos contigo, no tiene nada que ver con mi decisión de intentar tener un hijo de nuevo. Tras la muerte de Cédric, decidí que nunca volvería a tener un hijo porque no podía soportar la angustia de una posible pérdida. Y luego cambié de opinión.

—Sobre todo porque la estancia del chavalito americano aquí llega a su fin.

—Cómo te atreves a ser tan superficial —me espetó con un deje de enfado en su voz.

—¿Superficial? Acabo de ser tu pausa para follar, tu folleteo de «aún estoy pasando por un duelo». Al que vas a echar tan pronto como decidas…

—¿Dónde está tu empatía, Samuel? ¿Tu delicadeza?

—Nunca te plantearías tener un bebé conmigo.

Me lanzó una mirada asesina, con los ojos bien abiertos.

—Ah, ¿así que de eso se trata este berrinche? Debería ser con tu esperma…

—Te quiero…

—No tienes ni idea de lo que es el amor, Samuel. Porque aún no tienes ni idea de la vida.

—Mientras que tu anciano marido…

—No tiene ni pizca de anciano. Pero sí, tiene más del doble de años que tú y es un adulto maduro, hecho y derecho.

—No como yo.

—Sí, no como tú. Porque un hombre de verdad muestra compasión, y es comprensivo y altruista. Charles y yo perdimos a nuestro hijo en común, lo peor que le puede pasar a una pareja. Y Charles estuvo a mi lado mientras yo acariciaba con los dedos la locura. Eso es un hombre de verdad, no un adolescente malhumorado con una perspectiva limitada sobre las complejidades de…

Tomé mi jersey y mi chaqueta.

—No te voy a robar más tiempo.

Salí por la puerta y bajé las escaleras sin mirar atrás para comprobar si ella estaba observando cómo salía de su vida.

La noche siguiente, me encontraba en un tren con destino a Venecia. Para ahorrar, no compré una litera de segunda clase ni reservé un asiento. Mientras el atardecer se dibujaba en el cielo, una pareja de ancianos que acababa de subir a bordo en Chambéry me comunicó que estaba estirado en los asientos que habían reservado. Todo el compartimento estaba reservado. De hecho, el resto de compartimentos también lo estaban. Aún no estaba abierto el vagón restaurante y, de todas formas, estaba fuera de mi presupuesto. Pasé las siguientes horas eternas en el pasillo de ese vagón, usando mi mochila como respaldo. Me seguía repitiendo que mi salida de la vida de Isabelle estaba completamente justificada, que me había estado usando todo el tiempo. Como llegué a comprender más adelante, cuando somos culpables de haber hecho algo estúpido —de haber tomado una decisión equivocada—, a menudo reescribimos la historia para hacerla llevadera. Pero cuanto más intentaba falsificar la narrativa para justificar mi pésimo comportamiento, más me daba cuenta de que estaba esquivando el quid de la cuestión. En un intento por distraerme, volví a la novela que llevaba en mi mochila. *Madame Bovary*. Isabelle llevaba tanta razón sobre Flaubert. Un camaleón que fue pionero en lo literario al escribir la primera novela sobre el aburrimiento doméstico. Charles Bovary era un niño de mamá, triste y pueblerino. Un tipo aburrido. El Charles de Isabelle era un hombre cosmopolita de éxito. Habían encontrado el amor juntos, habían tenido un hijo juntos y luego habían soportado un dolor inimaginable juntos. Y yo había hecho caso omiso a su duelo. Estúpido orgullo. Y una falta de matices emocionales que ponía de relieve mi inmadurez.

La guardia de fronteras italiana subió al tren en Ventimiglia. Uno de los policías me pidió un cigarrillo después de estampar el sello de entrada en mi pasaporte con. Dentro de mi cabeza se estaba gestando un plan: bajarme del tren ahí, tomar el siguiente tren que cruzase la frontera de vuelta y regresar a París más tarde esa noche, pero no sin antes bajarme del tren durante una hora en Lyon para llamar a Isabelle y rogarle que me perdonase.

Lyon estaba a cinco horas en tren de París. Estaría de vuelta

antes de la medianoche. Caería rendido en la cama, dormiría profundamente como duermen los arrepentidos, los expiados. Cuando llegase la mañana, iría a Le Select y holgazanearía sin propósito. A las cinco me encontraría introduciendo el código de la puerta en el número 9 de la calle Bernard Palissy y estaría de vuelta en los indulgentes brazos de Isabelle.

¿Qué me impidió avanzar con ese plan y reparar el daño antes de que la distancia lo agravase? Aunque estuviera tan desesperado como para saltar del barco y salir corriendo a París, mi conocimiento de Isabelle —si bien limitado al contorno asombroso de su cuerpo— me indicó que consideraría ese acto como algo propio de adolescentes, de personas que mostraban claros signos de dependencia. Además, dados los acontecimientos del día anterior, tal vez hubiera decidido borrarme de su vida. ¿Y quién la podía culpar?

Venecia. Cielos de colores oscuros, lluvia ligera traicionera, las luces lóbregas de los canales. Un hotel de medio pelo con una cama incómoda y con vistas a un callejón donde unos gatos furiosos se pasaban gran parte de la noche copulando. Admiré la majestuosidad acuática barroca del lugar. Escuché cantar a Monteverdi en San Marcos y creí que era posible que Dios existiera, o al menos uno que permitiera tal música extasiante de las esferas. Andaba cinco o seis horas cada día, como si fuera una cura para mi tristeza, que iba *in crescendo*. Me aseguré de que, más allá de solicitar comida o servicios, no me hallara en ninguna situación que diera pie a entablar una conversación. Eran más medidas de castigo, pero una parte de mí tampoco quería hablar con nadie en ese momento. Reservé un pasaje en un barco postal con destino a Alejandría. Zarpaba en cuatro días y, dos días después de haber comenzado su trayecto, hacía escala en el puerto ateniense del Pireo. Sin embargo, antes de perderme en Grecia, decidí marcarme lo que se conoce en fútbol americano como un pase «Ave María»: un intento por dar la vuelta a una causa perdida. Fui a Western Union y le envié un extenso telegrama a Isabelle.

> Actué como un estúpido. Lo siento de veras; discúlpame por mi desconsideración, por herirte. Solo tienes que pedírmelo y volveré a París. Y no te exigiré nada más que nuestras preciadas tardes juntos. Estoy aquí, en Venecia, hasta este viernes.

Entenderé si dices que no, y no te molestaré más si esa es tu respuesta.

Pienso en ti con infinita ternura.

Con todo mi cariño.

Añadí una posdata en la que incluí la dirección de mi hotel por si quería contestarme. Y que después me podría localizar a través de American Express en Atenas.

No esperaba saber nada de ella.

No supe nada de ella. Mi sensación de derrota se agravaba con las horas, y Venecia, una de las ciudades más espectrales, siniestras y anegadas, no hacía más que aumentar mi pena silenciosa.

El último día tenía que dejar mi habitación antes del mediodía. Dejé mi mochila en recepción y acudí a una pequeña cafetería cercana para almorzar un plato de pasta barato. Me bebí dos vasos de vino. Cuando volví al hotel para recoger mi mochila y después tomar un *vaporetto* hasta el puerto, el dueño me entregó un sobre amarillo.

—Acaba de llegar hace cinco minutos —dijo—. Estás de suerte… o no.

Porque, claro, un telegrama siempre trae consigo o buenas o malas noticias.

Abrí el sobre.

Samuel:

Tu mensaje me ha emocionado. Independientemente de aquellas últimas horas que pasamos juntos, ten en cuenta que cuando vuelvas a París me encantaría recibirte de nuevo en el número 9 de la rue Bernard Palissy. Por la tarde, bien *sûr*.

Je t'embrasse,

Isabelle

«Por la tarde».

Ese sería nuestro futuro. Su forma de decirme de nuevo: «Esto es todo lo que puedo ofrecer». Abandoné el pensamiento de niño malcriado y lo sustituí por esta revelación: «Te está volviendo a abrir la puerta».

Me metí el telegrama en el bolsillo. Le pedí al chico del

mostrador que me guardase la mochila durante unas horas más y me dirigí a la agencia de viajes en la que había reservado mi pasaje en barco. Tras pagar un pequeño importe, me dejaron cambiarlo por un billete a París en segunda clase para esa noche. Después me encaminé hacia la oficina de correos y envié otro telegrama.

De vuelta en París mañana tarde.
Je t'embrasse fort.

Más tarde, llamé a mi hotel en París. El recepcionista me indicó que mi antigua habitación quedaría libre para la noche siguiente. La reservé para las próximas diez noches. Ya solo me faltaba una última tarea personal de la que encargarme: encontrar una oficina de la aerolínea TWA y reservar un vuelo de vuelta a Estados Unidos para dentro de unas semanas. Un vuelo sin escalas desde París a Nueva York a bordo de un 707 y, a continuación, una conexión hasta Minneapolis. Mi pasantía era inminente; la secretaria del juez me había escrito vía American Express unas semanas antes de mi huida para hacerme saber que me había encontrado alojamiento en un pequeño hotel enfrente de sus oficinas. El coste del hotel corría por su cuenta, pero todo lo demás lo tendría que cubrir con los cien dólares semanales que me pagarían. Qué ganas de contestarle ahora: «Que le jodan a tu pasantía, me quedo viviendo en París a precio de ganga». Era consciente de que, si cancelaba con tan poca antelación, eso supondría una mancha en mi futuro currículo jurídico. En cambio, envié un telegrama en el que manifestaba que estaba de acuerdo con todo lo que ella me había propuesto y que «tenía muchas ganas de aprovechar esa maravillosa oportunidad».

Mentiras, mentiras, puras mentiras.

Pero todos nos esforzamos para cumplir con nuestras obligaciones con la esperanza de que eso nos ayude a progresar.

La ansiedad de la libertad.

Y yo regresaba a todas las obligaciones que me había autoimpuesto.

Pero primero…

El tren a París. Reservé una litera. Dormí intermitentemente.

Tuve que salir de mi litera en el norte de Múnich. Un cambio de trenes. Ahora ocupaba un asiento estrecho de segunda clase hasta París. La Gare de l'Est al final de la tarde a comienzos de primavera,

una luz translúcida irradiada a través del techo de vidrio. Pasé por delante de dos cabinas telefónicas. No llamé.

—¡*Monsieur* Sam!

Omar me saludó mientras yo me arrastraba junto con mi mochila hacia el diminuto vestíbulo del hotel. Incluso me dio un beso en cada mejilla.

—¿Qué tal va todo, Omar?

—Normal. Sin cambios.

Mi antigua habitación. Deshice la mochila, cogí una toalla, recorrí el pasillo hasta la ducha y me quité de encima todas esas horas de viaje.

A la mañana siguiente, el dueño de Le Select me entregó el *Herald Tribune* del día anterior y el teléfono. Mientras el dial del teléfono de Le Select giraba como una ruleta siete veces en el sentido de las agujas del reloj, apareció a mi lado mi desayuno estándar: *citron pressé, croissant, grand crème*. Cerré los ojos cuando dio tono. Un tono. Dos tonos, tres, cuatro, cinco, seis… Mierda, había salido. Siete tonos, ocho, nueve…

—*Âllo?*

Parecía que se había quedado sin aliento, como si hubiera llegado corriendo.

—¿Isabelle?

—¿Sam?

—Sí, soy yo.

—Justo a tiempo.

—¿A las cinco?

—Eh, sí.

Me escondí en el cine y exploré una librería. Intenté rebajar mi ansiedad; ese miedo constante en mi interior, desde mi infancia, a que me rechazasen.

No tuve que consultar mi cuaderno para introducir el código de la puerta de Isabelle. Estaba grabado en mi interior. La puerta se abrió, crucé el patio y llegué a la *Escalier C*. Llamé al timbre que estaba al lado de su nombre. Un zumbido. Estaba dentro.

—Hola…

Su voz desde arriba. Me dije: «No subas las escaleras a la carrera». Subí las escaleras a la carrera mientras las suelas de mis zapatos golpeaban rítmicamente la madera gastada.

—Un hombre con prisa.

Su voz de nuevo, cada vez más cerca. La espiral de escaleras girando en cada piso. Hasta que allí estaba, frente a ella. Llevaba el pelo rojo suelto. Nos sonreímos. Quería lanzarme a sus brazos. En cambio, acepté la mano que me tendía. Me empujó a través de la puerta y esta se cerró detrás de nosotros. Tiró su cigarrillo al fregadero de la cocina, luego colocó una mano detrás de mi cabeza, agarrando mi pelo. Tiro de mí hacia delante, me besó deliberadamente con lentitud. Con los dedos que tenía libres, agarró la zona de mis vaqueros que ya estaba dura, desesperada por estar dentro de ella.

El aroma de Isabelle me envolvió. El deseo que había sentido durante semanas. La sensación de que no había nadie en el mundo como ella, no había nadie a quien deseara tanto. Ella, con la cabeza en mi pecho. Un gemido silencioso mientras me dejaba llevar. El equilibrio cogido por sorpresa. Perdí la noción del tiempo y del espacio, hasta que me dejé caer hacia un lado y ella tomó mis manos entre las suyas. Sus ojos radiantes. Pasando el dedo índice por el contorno de mi mandíbula, dejándome cubrirle la cara, los ojos con besos dulces.

Le dije que quería abrazarla desnuda. Me dejó quitarle el vestido y me liberé también de mi ropa. Se agachó y me besó.

—Te he echado de menos —dijo—. Más de lo que creía posible.

—Y yo a ti.

Me recorrió la cara con el dedo otra vez; la rodeé con los brazos. Unos instantes después, estábamos haciendo el amor de nuevo. Esta vez no se asemejó a un reencuentro pasional enloquecido. En cambio, hubo mucho mimo y una sensación intensificada de intimidad que no había conocido hasta entonces. El vínculo, la complicidad; eran territorios inexplorados para mí. Sobre todo porque Isabel respondía del mismo modo. Empujándome más dentro. Con los ojos fijos en los míos, como si en la vida no hubiera nada más que nosotros dos en ese preciso instante. Como si ambos hubiéramos encontrado algo tan grandioso como pasajero.

—Ha sido… extraordinario. E insólito —dijo mientras me miraba.

—Estoy de acuerdo, aunque hablo desde mi escasa experiencia…

—Créeme, lo que compartimos aquí cuando estamos juntos

nunca podría mantenerse en el día a día. Y por eso no quiero que cruces el Atlántico en… ¿Cuándo tienes que irte?

—En nueve días. Pero puedo volver… Cuando pueda escaparme.

—Y cuando yo esté disponible. Porque voy a dejar la píldora la próxima semana en cuanto te vayas. Tal vez me quede embarazada rápidamente o tal vez no. *On verra*. Ya veremos. Te mantendré informado, pero volverás conmigo, ¿sí?

Miré por la estrecha ventana más allá de los libros y papeles esparcidos en su escritorio. Observé las sombras de las gastadas tejas, el resplandor cobrizo del comienzo del atardecer, el hecho de que me encontraba en ese pequeño apartamento en lo alto de una escalera larga y estrecha en el distrito 6 de París, en la cama con esa mujer excepcional y extraordinaria que me estaba declarando su amor de una forma que yo no llegaba a comprender del todo. Pero ¿acaso tenía que entenderlo todo sobre ese momento que pasábamos entrelazados bajo unas vigas inclinadas del techo? ¿No acababa de contármelo todo?

Me incliné y la besé.

—Quiero volver a verte.

Cerró los ojos, con una sonrisa diminuta en los labios.

—Muy buena respuesta, Samuel.

2

Acordamos intercambiar dos cartas al mes. Su idea, sus normas. Normas que había establecido antes de que yo volviese a Estados Unidos para mi pasantía en Minneapolis. Odiaba la idea de despedirme de París, y la idea de estar tres meses en una ciudad de tamaño medio, en el medio de Estados Unidos, me atemorizaba. Temía separarme de Isabelle. Ella insistió en que me fuera, no solo por mis compromisos profesionales (algo que yo entendía), sino también porque de verdad estaba decidida a quedarse embarazada.

—Si estás aquí, querré estar contigo varias veces por semana y eso creará posibles problemas de paternidad. Este hijo… debe ser de Charles.

Estábamos, como siempre, en la cama. A tan solo unos días de mi partida hacia el oeste, con el equipamiento habitual tras hacer el amor: vino tinto, cigarrillos y charla. Yo había preguntado un par de veces si quizá podríamos salir a cenar, para así prolongar nuestro tiempo compartido hasta la noche. Isabelle rechazó esta idea de inmediato, señalando: «Este es nuestro tiempo especial juntos. Aquí y solamente aquí». Cuyo trasfondo era: «París es un pañuelo, los parisinos tienen tendencia al cotilleo y yo soy sumamente privada. Así que nadie nos va a ver juntos fuera de estas cuatro paredes». Nunca más volví a sacar la idea de salir por París, pero le pregunté:

—¿Charles tiene a otra persona en su vida?

—Sí, sí la tiene. No sabe que yo lo sé. Pero lo sé.

—¿Cómo?

—Por lo de siempre. Reuniones que se alargan. La necesidad de irse a la cama pronto —ergo, nada de sexo— después de un encuentro con su «amiga».

—¿Sabes quién es?

—Una editora de una de las casas editoriales más importantes. Una alemana muy alta de unos treinta y pico. El prototipo de mujer

soltera, desesperada por tener hijos.

—Conoces muchos detalles.

—*Paris est tout petit.*

—Como ya has señalado antes.

—Han visto a Charles con esta mujer en París y en otras partes. Espero que esté tomando precauciones para asegurarse de que Greta no se queda embarazada. Pero ¿cómo puedo yo insistirle al respecto?

Me recosté sobre las almohadas, sonriendo. Isabelle me dio un codazo.

—No me gusta tu sonrisa de suficiencia que parece insinuar: «Vaya, estos franceses…».

—Bueno, tenéis otras reglas.

—No incluyas a todos mis compatriotas. Muchos no demostrarían ninguna tolerancia ante el acuerdo que tenemos Charles y yo.

—Pero es un acuerdo tácito.

—Ya te habrás dado cuenta, mi queridísimo Samuel, de que ese es el mejor tipo de acuerdo. Sin normas ni reglas, sin peticiones, sin crear límites. Sin decir nada. Entendiéndolo todo de manera intuitiva.

—¿Y si tiene un hijo con ella?

—Tendremos que gestionar las dificultades derivadas de ello.

—Pero ¿y si te quedases embarazada de mí…?

—No permitiría que eso sucediera.

—Porque enfurecería a Charles.

—Porque Charles es mi marido y Charles fue el padre de Cédric. Y Charles será el padre de nuestro nuevo hijo, si me quedo embarazada de nuevo.

—Así que Charles puede tener un hijo con alguien distinto. Pero tú…

—No volvamos a lo mismo otra vez, Samuel. Es mi elección. Y debes respetarla. Así como debes entender que…

—Lo sé, lo sé… Soy muy joven e inmaduro.

—Eres un proyecto en desarrollo, Samuel, y tienes casi treinta años menos que Charles. No tienes hijos, ni deberías tenerlos en este momento de tu vida. Así como no deberías tener que sentir las ataduras del compromiso. Y eres un romántico empedernido; una de

las cosas que me encantan de ti. Pero si tuviéramos un hijo juntos, un hijo producto de la pasión que compartimos… ¿Serías realmente capaz de renunciar a la posibilidad de mantener el contacto con él o con ella? ¿Podrías soportar que otro padre lo criara?

Maldita sea. Me conocía mejor de lo que yo lo hacía.

—¿Está mal que desee tener un hijo contigo? —pregunté.

Se inclinó y me besó.

—Es un pensamiento precioso y conmovedor. Pero, a menudo, la vida se reduce a la confluencia de los ritmos vitales de dos personas. ¿Qué harías aquí? ¿Aprender el idioma? ¿Quizás encontrar la forma de conseguir una *carte de séjour* y un trabajo? ¿Esperarías que dejase a mi marido y crease una nueva vida a tu lado, cuando lo único que conozco de ti es por las tardes que pasamos aquí? Tardes fascinantes, la pasión que compartimos en esta cama… es inmensa porque es excepcional. Como intentar atrapar un genio en una botella. A diferencia de un matrimonio de muchos años en el que ya no existe ni la euforia ni el apremio, sino algo distinto; tal vez más profundo, tal vez rutinario. Todas las parejas a largo plazo hablan de manera implícita. Lo nuestro es diferente porque no pesa sobre ello la sombra del menosprecio. Hablamos entre líneas para evitar hacernos daño mutuamente. Y eso, *mon jeune homme*, es amor. Puede que ya no sea un amor apasionado, pero, al fin y al cabo, es amor.

Supe dejar de hacer preguntas.

—Me disculpo por haber sido algo posesivo antes con mi «¿Por qué no conmigo?».

Isabelle me dio un beso breve en los labios.

—Seremos más felices de esta forma —aseveró. Intenté no resultar demasiado empalagoso durante nuestra última tarde.

—Mañana a estas horas estaré en alguna parte del espacio aéreo americano.

—Y yo estaré lamentando tu ausencia. Te echaré mucho de menos. Dime que encontrarás la manera de volver a París.

—Si viniera en Navidad, es posible que estuvieras en un estado de gestación avanzado.

—En Navidad sería imposible, embarazada o no embarazada. Pero si vienes en primavera… Contaré con una niñera que me permitirá escaparme un par de horas para verte aquí.

Primavera de 1978. Dentro de un año. Como si me leyera el pensamiento, dijo:

—Un año no es nada. Nuestras tardes… proseguirán. Siempre serán parte de nosotros.

Su despedida.

El sentimiento de abandono era una emoción nueva para mí que no había saboreado con anterioridad. El juez de Minneapolis era un hombre de piedra; seco, exigente, se guiaba por su parte racional. Interpreté que esperaba coherencia y humildad de sus empleados y le di lo que pedía. Estábamos en la misma sintonía del Medio Oeste. Era parco en elogios, pero, dado que tuve un padre distante a mi lado durante todos mis años de formación, a mí no me perturbaba su semblante duro. El verano en Minneapolis era húmedo y plagado de insectos. El hotel era sencillo, austero. Trabajaba hasta tarde la mayoría de las noches, a menudo escribiendo informes hasta horas intempestivas. Casi todos los días corría junto al lago. Los fines de semana iba al cine y frecuentaba un bar en el que la cerveza siempre estaba fría, el aire acondicionado encendido y las diversas bandas de *blues* eran decentes. Esquivaba la atención de Lisa, la camarera, quien parecía intuir que vivía solo a la vuelta de la esquina de ese tugurio aceptable y que, en un par de ocasiones, me hizo saber que su novio camionero estaba fuera de la ciudad. No acepté ninguna de sus ofertas, a pesar de lo solo que me encontraba. Porque la sombra de Isabelle aún se cernía sobre mí.

Acabé la pasantía. El último día, el juez me dijo estas últimas cuatro palabras:

—Lo has hecho bien.

Y así terminó nuestra conversación.

Me fui a casa a visitar a mi padre durante el fin de semana. Oportunamente, mi madrastra no estaba en la ciudad.

—A Dorothy le ha dado mucha pena no estar aquí —dijo papá—. Pero su hermana Muncie necesitaba ayuda para elegir los muebles de su nuevo piso. La pobre tiene cincuenta y ocho años y todavía es una solterona.

Sospeché que Dorothy había planeado ese fin de semana diseñando interiores para evitar pasarlo conmigo. Aunque siempre me había mostrado prudente y correcto con ella, sentía que creía

que yo no había adoptado su estricta visión baptista del mundo por completo. Por eso, me sentía aliviado de que estuviera en otra parte, ya que me brindaba la oportunidad de pasar tiempo con mi padre. Como siempre, se alegró de verme; como siempre, parecía que no tenía mucho que contarme, y se mostró distante e incómodo cuando intenté establecer un ápice de conexión padre e hijo. No existía una antipatía entre nosotros, simplemente había una falta de vínculo prolongado en el tiempo. Papá me escuchó pacientemente y con una pizca de interés mientras le ofrecía la versión adulterada de mis andanzas en París (le hubiera horrorizado saber que había tenido un *affaire* con una mujer que estaba quebrantando el séptimo mandamiento). Le hablé sobre mi trabajo con el juez. Me preguntó sobre mis aspiraciones relacionadas con la Facultad de Derecho de Harvard. Intenté sonsacarle algo sobre su vida, aunque solo conseguí las habituales respuestas poco convincentes. Le ayudé a pintar el sótano, que Dorothy acababa de convertir en un apartamento de alquiler, salimos a caminar dos veces por lo más parecido a un bosque que hay en Indiana, cenamos en dos ocasiones en un asador situado por la zona de la empresa de papá… Conseguimos evitar los silencios incómodos que se colaban con frecuencia en nuestra conversación. Cuando me llevó al aeropuerto el domingo, le abracé a modo de despedida y le dije que le quería.

«Yo también te quiero, hijo», dijo con un tono neutro, vacío de una emoción auténtica. Embarqué. Mientras volaba hacia el este, pensé: «Así que siempre va a ser así con un padre que, aunque no es en absoluto ni mezquino ni malintencionado, nunca va a estar disponible emocionalmente hablando».

Aterricé en Boston. Crucé el río en taxi en dirección a Cambridge y después… La Facultad de Derecho. Toda esa charla previa sobre que éramos los talentosos, los elegidos, se desvaneció con el paso de las horas. En ese primer día de curso, nos infundieron un miedo: el descubrimiento, transmitido por cada profesor, de que estábamos en una pugna por nuestras vidas académicas. Se iba a convertir en una suerte de darwinismo social regido por las normas de la Ivy League.

Derecho penal, contratos, procedimientos civiles, responsabilidad civil, legislación, normativas, propiedad. Habitualmente, las clases tomaban forma socrática. Una manera

brutal de desprenderse de aquellos que no eran capaces de aguantar el rigor, la presión. El análisis de la supervivencia: una atención plena acentuada por la necesidad de ser constante. Mi profesor de responsabilidad civil me llamó la atención en un par de ocasiones durante mi primera semana por dar una respuesta errónea a una pregunta que me había formulado.

—¿Estás seguro de que este es tu sitio? —me preguntó.

No hubo risitas ni sonrisas burlonas por parte de mis compañeros. Sabían que su turno de humillación pública estaba al caer. Doce personas de mi clase abandonaron antes de que transcurrieran seis semanas. Uno de mis compañeros tomó una sobredosis de somníferos después de que le ridiculizaran tres veces seguidas en clase. El colega sobrevivió y con el tiempo se trasladó a la Escuela de Negocios. Nadie dijo nada sobre el profesor y su sadismo; se aceptaba como parte del decorado.

Había obtenido una habitación individual en una residencia de estudiantes. Solamente la usaba para dormir, para nada más. Cuatro horas de clase al día, ocho horas de estudio. La biblioteca de la Facultad de Derecho abría hasta medianoche. Siempre estaba llena. Nadie tenía amigos íntimos, todos estábamos demasiado atormentados, sobrecargados. Me obligaba a correr media hora diaria por un camino que discurría por la ribera del Charles. El otoño en Cambridge era prodigioso, típico de Nueva Inglaterra, si es que me permitía apreciarlo. Me concedí un día libre a la semana: el sábado. Cuando llegaba el domingo, me volvía a pasar nueve horas encorvado entre libros de derecho.

La facultad de Derecho. El sexo no formaba parte del orden del día y yo lo echaba de menos, lo necesitaba, pero no lo busqué. Demasiados recuerdos de París. A diferencia de muchos de mis compañeros de clase, yo no me quejaba de que Harvard ocupara toda mi atención puesto que no tenía nada más en mi vida.

Las cartas de Isabelle eran cortas, cariñosas, con menciones esporádicas a sus trabajos de traducción y, de vez en cuando, a alguna anécdota parisina. Siempre acababa con las mismas dos frases:

> Te llevo siempre en mis pensamientos, mi queridísimo Samuel.
>
> *Je t'embrasse.*

A mediados de octubre, su segunda carta del mes terminó con algo bastante diferente.

> Tengo que contarte algo importante, Samuel; hace tres meses descubrí que estaba embarazada. El bebé nacerá a mediados de marzo. Son unas noticias estupendas. Estoy tan feliz de que esta bendición (que es lo que de verdad es) me haya tocado de nuevo. De la misma manera que estoy atemorizada… Por las razones evidentes. Durante los próximos meses necesito concentrarme por completo en llevar a término este embarazo sin complicaciones. Así que voy a dar por finalizada nuestra correspondencia por el momento. Pero espero que la retomemos una vez que confirme que mi nuevo hijo está bien.
>
> Espero que te tomes estas noticias con sensatez, Samuel. Y que te alegres por mí.

Evidentemente, le respondí con una carta cordial en la que dejaba claro que me alegraba por ella, que esperaba que ese nuevo hijo le trajera mucha felicidad, que le deseaba todo lo mejor. Por dentro, me daba cuenta de que estaba pasando por un periodo de desaliento silencioso, de luto. Un presentimiento de que, aunque ella intentara confirmarme reiteradamente que un contacto futuro era posible, Isabelle estaba en realidad poniendo el punto final a nuestra breve e intensa historia. No estaba enfadado con ella, solo un poco perdido. «Me he pasado los últimos cuatro meses desde que volví de París aferrándome a la estúpida convicción de que podría existir la posibilidad de una vida en común», pensaba. La esperanza romántica a menudo es un ejercicio por esquivar el verdadero quid de la cuestión.

Como de costumbre, la brutal carga de trabajo de la Facultad de Derecho me engulló. Trabajar; el único antídoto contra la pérdida, o eso era al menos lo que no cesaba de repetirme. Hasta que entré en un bar no muy lejos de Symphony Hall, me senté en un taburete y me encontré al lado de una mujer cuyo nombre era Siobhan. Irlandesa, de algún lugar del lejano oeste llamado Connemara. Pelirroja, por supuesto. Acababa de terminar su licenciatura en Derecho en el Trinity College de Dublín y se encontraba en el último tramo de un viaje de seis meses por América. En una semana volvía a casa, a Dublín, donde le esperaba una oferta de trabajo como abogada en un bufete líder. Nuestras trayectorias

profesionales eran idénticas y a ella enseguida le llamó la atención que yo fuera «un tipo de los de la Facultad de Derecho de Harvard».

—Ahora bien, he conocido a unos cuantos chavales de Harvard —me dijo después de la segunda pinta de Guinness—, y la mayoría parece que os hayáis instruido en el arte de estar embelesados por el aroma de vuestra presuntuosidad. Pero o bien eres el ejemplo insólito de la modestia, o eres un maldito cantamañanas que se sirve de la timidez para coquetear.

Siobhan podía ser seria y estricta y desenfrenada de la misma manera que, tras unos vasos de *whisky*, podía volverse violenta. «Chiflada» era la palabra que utilizaba para describir su actitud durante aquellos momentos desmesurados. Hablaba por los codos. Y se sentía sola, como yo. Le acompañé al hotel barato de Copley Square en donde tenía reservada una habitación. Le dije que me encantaría volver a verla y le di un beso rápido en la mejilla a modo de buenas noches. Su respuesta fue agarrarme la parte posterior de la cabeza y meterme la lengua hasta la garganta. Minutos después, nos encontrábamos en su habitación cutre, quitándonos la ropa el uno al otro. Era carnívora: me desgarró la espalda desnuda con las uñas, me mordió las orejas en momentos de fervor desbocado. A partir de esa noche, me pasé los días sepultado por mis estudios de derecho y las noches todavía más sepultado por Siobhan. Golpeaba y empujaba y gritaba mientras hacíamos el amor. Cuando llegaba al orgasmo, el estallido siempre iba acompañado de la exclamación: «Joder, ¡por Dios!». Seguir su plan erótico suponía un esfuerzo titánico. Había un entusiasmo intrínseco al sexo, que con ella era vulgar y sucio y duro, y no tenía nada que ver con hacer el amor. Cuando terminaba el caos, me solía golpear levemente en el hombro y decirme:

—Nada mal.

Siobhan era inteligente y divertida e hiperracional. Captó mi esencia a la primera: la vena solitaria, la necesidad de conexión, la privación de calidez familiar.

Hizo esa declaración nuestra segunda noche juntos. Fue la noche en que Siobhan golpeó las finas paredes del hotel con el puño mientras hacíamos el amor, lo que provocó que el tipo de la habitación de al lado llamara a nuestra puerta y preguntara si estábamos peleándonos.

—Solo en mi puta cabeza —gritó a través de la puerta, riéndose como una loca, al mismo tiempo que me pasaba una botella de vino barato que había comprado cuando habíamos salido a cenar y que habíamos descorchado antes de quitarnos la ropa. Típico de mí, había vuelto a colocar el corcho en la botella antes de pasar a la cama. Me encontraba observando cómo mi enloquecida amante irlandesa sacaba el corcho con los dientes y echaba vino en dos pequeños vasos que había dejado para nosotros en el fregadero, para, acto seguido, subirse al fregadero y orinar.

—Me da pereza ponerme la puta ropa para ir al baño —espetó refriéndose a los aseos comunes del hotel al final del pasillo—. No te importa, ¿no?

—En absoluto —le contesté mientras encendía dos cigarrillos y pensaba en lo excepcionalmente absurda que era esa escena. Sobre todo cuando, instantes después, se acurrucó a mi lado en la cama llena de bultos, chocó su vaso contra el mío y dijo:

—Y ahora quiero saber qué piensa ese cerebrito jurídico americano tuyo sobre los elementos comparativos de la competencia desleal y el derecho de marcas.

Me interrogó mientras se fumaba un Lucky Strike. Siobhan tenía una mente completamente analítica. Le encantaba lo que llamaba «la dialéctica del derecho»; observar sus preceptos más áridos de la misma forma en que los matemáticos que yo conocía encontraban ritmos poéticos en el cálculo. Podía hablar durante horas sobre un caso en particular. Era consciente de que provenía del «lejano Oeste», como se refería a su provincia natal de Galway. A pesar de su confianza en sí misma, no paraba de usar la palabra *culchie* —una paleta del campo irlandés— para autodenominarse y parecía estar bastante obsesionada por dejar su impronta en el mundo jurídico de Irlanda.

—Sé que tu corazón no está aquí presente —señaló durante nuestra tercera noche juntos, cuando estábamos en un restaurante italiano barato del North End, con los platos de antipasti dispuestos sobre la mesa y una botella de vino de la casa vacía, a punto de ser sustituida por otra llena.

—¿Perdón? —contesté perplejo ante tal afirmación.

—Mírate, te pones a la defensiva. No juegues nunca al póquer, Sam. Te delatas tú solo.

—No hay nadie en mi vida.

—Sí, claro que hay alguien, joder… Y por mi tono puedes deducir que no te lo estoy reprochando.

—Yo nunca te he preguntado sobre tu vida en Dublín.

—Me he dado cuenta… Y, en cierto modo, lo agradezco. Pero para que lo sepas, hay un tipo que quiere casarse conmigo. Se llama Kevin. Inteligente, decente, sensato… Cree que soy lo mejor que le ha pasado en su vida. Estoy de acuerdo con su buen gusto, pero sé que no me casaré con él, porque puedo visualizar el aburrimiento acechando desde aquí y porque una parte de mí quiere estar un tiempo con un cabeza loca… Lo que te tacha de mi lista. No es que seas tan aburrido como tiende a serlo Kevin; eres callado, pero de una forma que deja entrever mucha tristeza interior. Y estás enamorado… Aunque no de mí. Tampoco es que espere que te enamores de mí, ni que esto dure más allá de esta semana. De hecho, no puede hacerlo… Tengo que volver a Dublín para empezar mi trabajo en el bufete de Hickey, Beauchamp, Kirwan & O'Reilly. Sin lugar a dudas, en dos años me compraré una casa… Es lo sensato. Sin lugar a dudas, conoceré a un abogado con más sangre en las venas que el pobre y entrañable Kevin… Y nos casaremos y tendremos una gran boda, y me quedaré preñada. Y probablemente acabaré teniendo un mini equipo de fútbol… Porque es lo que se espera de mí y, en cierto modo, lo que quiero. Como también quiero mandar un telegrama a Hickey, Beauchamp, Kirwan & O'Reilly y decirles que se metan el puesto por donde les quepa y, acto seguido, irme a tomar por culo a un lugar tipo Australia durante los próximos tres años y conseguir un trabajo sirviendo cervezas en un chiringuito y acostarme con surferos, para afirmarme a mí misma: «Esto sí que es la libertad». Aunque sé que la quinta puta vez que me despertara al lado de un tonto llamado Bruce me preguntaría por qué cojones no vuelvo a Dublín para labrarme un futuro. Lo que me trae de nuevo a la pregunta principal: ¿por qué cojones siempre queremos lo que no tenemos? Y cuando tenemos lo que queremos, nos sentimos inmediatamente insatisfechos con aquello que hemos perseguido durante tanto tiempo. Y ya lo sé, estoy bastante parlanchina, pero sé que voy a rechazar la naturaleza efímera de la libertad por algo más permanente y sólido, mientras que a la vez siento que en diez años echaré la vista atrás y pensaré: «Otros seis

minutos de sexo aburrido con mi marido barrigudo, otro día más de llevar a los niños al colegio… ¿Por qué cojones no estoy en París?». Pero, de todas formas, ¿qué haría en París?

—Podrías aprender francés.

—O sea, como tú.

—Nunca he mencionado que supiera francés.

—Pero me has dicho que has vivido en París durante algunos meses este año y sé que la mujer a quien está ligado tu corazón es francesa.

No dije nada, lo que, en realidad, me delataba.

—Entonces, ¿me vas a hablar de ella como yo te he hablado de mi Kevin?

—No hay nada que decir, excepto que se ha acabado.

—Y una mierda. Aún mantienes la esperanza de reencontrarte con tu amada… Aunque intentes decirte que se ha acabado.

Sentí como me ruborizaba ligeramente.

—¿Acaso soy un libro abierto? —le pregunté.

—Me guío por mi instinto, querido. Desde que te vi lo supe: no te dieron cariño en casa, te partieron el corazón en el extranjero, muy resuelto, muy ambicioso y muy prudente con respecto a mostrar tus puntos débiles a cualquiera… Sobre todo, a la mujer con la que compartes cama en la actualidad y que disfrutas con ello.

Me di la vuelta como si me hubieran abofeteado. No porque estuviera enfadado ni ofendido, sino porque todo lo que ella acababa de decir eran verdades como puños.

—¿Sabes qué es lo que temo? —contesté finalmente.

—Dime, cariño.

—Que acabaré sometiéndome a los mismos compromisos que tú.

Se inclinó y me besó.

—Entonces ya somos dos —dijo.

Llegó la nueva botella de vino.

—Vamos a emborracharnos y luego volvamos a la habitación y follemos como locos hasta desfallecer. Esto solo va a durar hasta el lunes, que es cuando tengo que coger un vuelo con destino a Dublín y mi jodido sino rimbombante. De todas formas, no es que lo nuestro fuera a durar mucho más.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque necesito un hombre al que poder mangonear. Y a

pesar de que tú no eres precisamente «don Varonil» —que me parece bien—, guardas las distancias. Eres solitario, pero no estás en contra de estar solo. Aunque lo que más deseas es conectar. Pero también eres independiente, extremadamente independiente. Aún no eres consciente de esa parte de ti mismo. Crees que el amor de una buena mujer compensará tu infancia solitaria, pero la verdad es que, a pesar de que encuentres algo que te parezca que es amor, añorarás otra realidad paralela. Nunca te conformarás, tu soledad siempre irá contigo porque te define.

Tras haber dicho todo lo anterior, rellenó los vasos casi hasta el borde. Después se inclinó hacia mí y me agarró la entrepierna mientras me besaba con intensidad.

—No me digas que no te sientes halagado por mi análisis de tu malestar. Te hace ser más interesante de lo que tú te crees.

—Nunca me he considerado interesante.

—Ves. *In vino veritas*. Pero permíteme advertirte: puedes, si así lo deseas, esquivar todas las trampas en las que yo voy a caer.

Encendí un cigarrillo y di un trago a mi vino.

—Lo tendré en cuenta —contesté.

—Aún no me has hablado sobre la mujer francesa.

—No tengo nada que decir al respecto.

—Tienes muchas cosas que decir sobre el tema, pero eso también forma parte de tu estilo taciturno. Un libro cerrado del Medio Oeste. Algo que, peculiarmente, me resulta sexi. Soy muy peculiar cuando se trata de hombres.

Llegó el fin de semana. La despedida de Siobhan se acercaba, así que ella insistió en que abandonara mis estudios hasta que subiera a aquel avión el lunes por la noche. Eso conllevaba saltarme un día de clases, pero decidí que, *grosso modo*, podía permitírmelo. Hicimos el amor como locos dos veces al día. La violencia que ella destilaba en la cama tenía una carga sensual, agresiva y decisiva. Me animaba a ser violento, a hacer pedazos su piel, a darle cachetes, a penetrarla por sitios que, hasta aquel momento, había considerado «prohibidos». Me reprendía cuando compartía con ella mis límites; ni la sodomía ni el sadomasoquismo eran campos sexuales que me interesasen.

—Estás un poco cohibido, ¿no? —me dijo.

—Es por mi educación baptista.

—Joder, y yo soy una irlandesa católica y no estoy en contra de que mi amante me dé unos cachetes ni de que me penetre por el culo.

—Qué palabras tan románticas.

—Dice el chavalito reservado del Medio Oeste que no quiere ensuciarse las manos. Quiero decir, ¿cómo sabes que no te va a gustar el sexo anal si no lo has probado?

—Quizás es que simplemente no quiera probarlo.

—Porque es un pecado atroz según un catequista charlatán mojigato que secuestró tu imaginación moral y espiritual durante diez malditos años de formación, cuyo resultado…

—Nuestras relaciones sexuales son muy buenas. —No gracias al baptista asqueroso que te dijo que nunca pusieras la…

—Aunque no lo creas, el reverendo Childs nunca nos instruyó sobre tales asuntos.

—Pero te apuesto lo que quieras a que llevaba uno de esos trajes azul claro a rayas y una pajarita.

—Qué perspicaz eres.

—O simplemente me voy inventando toda esta mierda sobre la marcha… Y algunas partes resultan ser ciertas.

A la mañana siguiente, mientras me disponía a salir de la cama para ir al aseo, ella me espetó:

—Creo que te he marcado para el resto de tu vida.

Llevaba días evitando mirarme la espalda en el espejo del baño. Sabía que me horrorizarían los trazos alocados de los arañazos provocados por las uñas afiladas de Siobhan. Las primeras veces que habíamos estado en la cama le había comentado que su forma de clavarme las uñas en la espalda era muy dolorosa, pero eso solo provocó que me acuchillara con más fuerza. Por eso dejé de quejarme. Los arañazos continuaron; nuestra intensidad en la cama permitía a Siobhan morder y arañar y tirar del pelo con creciente desenfreno. Acepté la parte oculta y turbia del sexo con la futura jueza del Tribunal Superior de Irlanda; una mujer con la que me reencontraría veintisiete años después en una gran conferencia jurídica internacional en Berna. No la reconocí, ya que había engordado unos quince kilos e iba vestida con un austero traje gris. Intercambiamos besos superficiales en la mejilla. Me habló de su magistratura y de que tenía cuatro hijos, el mayor de los cuatro

tenía veinticuatro años. Su marido, Conor —quien iba con ella—, era un hombre robusto y calvo; un promotor inmobiliario de éxito que perdió todo su interés en mí en cuanto supo que yo no tenía ni idea de golf. Aquella noche no pudimos hablar mucho, ya que estábamos sentados en mesas distintas, pero se acercó a mí tras los interminables discursos, con un vaso de vino en una mano, algo achispada, y con una tarjeta de visita entre los dedos de la mano que tenía libre.

—Por si alguna vez pasas por Dublín… —dijo mientras introducía la tarjeta en el bolsillo de mi traje.

—Nunca se sabe. Tienes buen aspecto, Siobhan.

—No digas estupideces. Parezco la matriarca rellenita en la que siempre te dije que me convertiría.

—No te hagas eso a ti misma.

—Pero es que me he hecho todo esto a mí misma —repuso pasando el revés de la mano por la pronunciada curva de sus caderas—. No como tú, que te has cuidado. Con una excepción; la tristeza en tus ojos. ¿De dónde proviene?

Giré la cara y me encogí de hombros.

—La vida. Nunca es sencilla, ¿no? —contesté.

—Lo que hace que lo que tuvimos —«compartimos»— hace tantos años…, fuera mágico a la par que absurdo, ¿no?

—Ciertamente.

—¿Ya no tienes marcas en la espalda?

—Cicatrizaron.

—¿Y qué me dices de las psíquicas?

—Solo tengo buenos recuerdos.

—Mentiroso.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Acaso tus recuerdos de nuestro tiempo juntos son tan malos?

—Qué va. Fue la última vez que disfruté de la libertad… O que, al menos, me dejé llevar por el espejismo de la libertad.

«El espejismo de la libertad…».

Mientras me quitaba la camiseta en esa sórdida habitación de un hotel de Boston a principios del invierno de 1977, sabía que las cicatrices de mi espalda eran profundas. Así que por eso decidí no examinarlas. Durante los últimos días que íbamos a estar juntos, ella clavaría aún más si cabe las uñas en mi piel; a sabiendas de que

lo nuestro estaba a punto de acabarse; que nos iríamos cada uno por nuestro lado; que todo ese sexo compartido, el levantarse el uno al lado del otro y el ocupar el tiempo juntos, esa quimera de estar en pareja; todo se desvanecería en cuanto cogiera ese vuelo de vuelta a Dublín y a su destino ya escrito.

Cuando llegó la mañana del lunes, me despertó a las nueve con la boca entre mis piernas. Una erección instantánea. Se colocó encima de mí, moviéndose arriba y abajo. Con una lentitud intensa, sin violencia, sin rabia enloquecida. Con una dulzura elegíaca en sus movimientos, una sensación de despedida sosegada. Estiré los dedos para acariciar la parte superior de su monte de Venus. Sus gemidos iban en aumento; la expectativa comedida, pero insistente, que anunciaba una liberación explosiva. Yo me aferraba a sus muslos mientras se sumía en mi interior y la recorrían unos escalofríos intensos. Ese día hubo una novedad: no me atacó con las uñas. Otra novedad de aquel día: llegamos al orgasmo a la vez. Se cayó sobre mí mientras su cuerpo temblaba por las réplicas de su clímax. La abracé, ella posó la cabeza en mi pecho y sollozó unos instantes. Luego me miró y me tocó la cara.

—Esto me ha hecho feliz —dijo—. Y no es algo que me suceda a menudo.

Más tarde, ese mismo día, me ofrecí a acompañarla al aeropuerto.

—No, nos despedimos aquí —me contestó mientras nos dirigíamos al vestíbulo del hotel para recoger la maleta que había dejado al botones al dejar la habitación al mediodía. La llevé afuera, y paró un taxi y la besé. Nuestro último beso. Se separó de mí y dijo:

—Paso… de lo inesperado a lo absolutamente esperable.

—Que tu vida sea interesante —manifesté—. Es lo mínimo que podemos hacer por nosotros mismos.

—Cállate —me espetó y luego me besó.

Mientras el taxi se alejaba de la acera, le dije adiós con la mano en dirección a la ventana en la que ella apoyaba la cabeza, pero no se percató de mi gesto de despedida. Porque ya estaba en otra parte.

Alrededor de una semana después de que Siobhan saliera de mi vida, recibí una carta de papá en la que me anunciaba que Dorothy y él habían decidido pasar la Navidad con una amiga de la infancia

de ella en Palm Springs. No me preguntaba si quería unirme a ellos durante su celebración navideña en el desierto, pero me informaba de que la casa de Indiana estaba libre en caso de que «quisiera volver a mi hogar». Releí la frase y me puse a pensar: «Ahora mismo, ¿qué es para mí un hogar?». El portero de la residencia de estudiantes de la Facultad de Derecho me confirmó que podía quedarme en mi habitación durante las vacaciones y usar la cocina común ubicada al final del pasillo. Escribí una tarjeta a mi padre para desearle a él y a Dorothy unas fiestas fantásticas e informarle de que me iba a quedar en Cambridge. Su respuesta me llegó en forma de cheque de doscientos dólares, al que acompañaba una nota con el número para ponerme en contacto con él cuando estuviera en el oeste.

> Espero que emplees este obsequio para comprarte algo que te guste. Llámanos el día de Navidad cuando aquí sea por la mañana.
>
> Con cariño, papá.

Le contesté para contarle que acababa de encontrar un trabajo con el que entretenerme durante las vacaciones y que le agradecía sinceramente el regalo tan generoso. También le dije que le quería. Era verdad. Al mismo tiempo, había conseguido aceptar que, a pesar de que él poseía en cierta medida sentimientos paternales por mí, simplemente era incapaz de permitir que me acercara a él.

Mi profesor de derecho constitucional, que se enteró por casualidad de que iba a estar solo durante las vacaciones, me consiguió un proyecto de investigación remunerado en un bufete de altos vuelos de Boston. Ochocientos dólares por comparar seis formas diferentes mediante las cuales una empresa farmacéutica podría eludir una demanda relacionada con un medicamento para la diabetes que había provocado una hipoglucemia grave a ocho pacientes de Nueva Inglaterra.

—Tu primer contacto con la facilidad que tenemos para mancharnos las manos con los trapos sucios de las grandes empresas —me reveló el socio del bufete en cuanto puse un pie en su oficina.

Antes de Nochevieja, ya había encontrado una cláusula que eximía al gigante farmacéutico; una artimaña jurídica que les permitiría librarse de las demandas millonarias de los pacientes

iracundos. El socio quedó asombrado y el tipo suizo trajeado de la gran empresa farmacéutica que dirigía las operaciones en el noreste también quedó perplejo. Me comunicó que las oficinas centrales de Zúrich me querían conceder una paga extra como agradecimiento: otros mil dólares. Acepté. Tras la reunión, accedí a tomar algo con el socio, quien, tras un segundo Martini Beefeater, se percató de la ambigüedad que sentía por el hecho de que me hubieran pagado tan bien (mil ochocientos dólares; una fortuna en 1977) por haber hecho el trabajo sucio a una empresa. Se llamaba Prescott y estaba casado con una mujer llamada Missy. Tenían dos hijas pequeñas, Clarissa y Emeline, y vivían en una gran casa colonial en Brookline. Prescott me contó, bajo los efectos del segundo vermú con ginebra, que se había casado a los veinticinco, había sido padre a los veintisiete, socio en su bufete a los veintinueve y padre de nuevo a los treinta y uno.

—Parece que los intervalos de dos años son lo mío —mencionó mientras se encendía un Tareyton—. Por eso no fumo más que dos de estos al día, normalmente acompañados de un cóctel vigorizante antes de irme a casa a disfrutar de mi admirada vida.

Quería preguntarle: «¿Admirada por quién?», pero no me atreví.

—¿Me imagino que harás todo esto pronto? —me preguntó el socio, apagando su segundo cigarro y encendiéndose un tercero, aclarando inmediatamente—: Naturalmente, Missy olerá mi aliento en cuanto entre por la puerta y sabrá que he rebasado en una unidad el cupo de tabaco y de alcohol.

«¿Te limita el consumo de cócteles y de cigarrillos? ¿Acaso Missy es tu mami?».

Resulta extraordinario lo subversivos que se pueden volver nuestros pensamientos tras un cóctel de más.

—No me has contestado —inquirió el socio arrastrando levemente las palabras.

—¿Era una pregunta?

—Tal vez solo una deducción sobre el destino inevitable.

—¿Es que mi destino es tan evidente?

—Solo si permites que lo sea.

«¿Como tú?».

No dije nada.

—La verdad es que tienes un talento analítico para el derecho

contractual —prosiguió—. Y para encontrar los fallos críticos en el lenguaje jurídico de los contrarios. Hablando en serio, has impresionado a un grupo de elegantes ejecutivos farmacéuticos suizos de dudosa moralidad… Y, por el camino, has logrado que quedemos bien. Dado que yo también acudí a la Facultad de Derecho de Harvard, sé que no tienes tiempo para actividades extraescolares durante el semestre. Pero estoy seguro de que podemos encontrarte un puesto estival bien remunerado con nosotros el próximo año.

—Es tentador —dije mientras pensaba «pero quiero pasar la mayor parte del próximo verano en París». Aunque también me preguntaba si Isabelle, quien acabaría de ser madre, querría verme de nuevo.

—Pero no te voy a ofrecer nada hasta que no contestes a mi puñetera pregunta —me espetó el socio apuntándome con el tercer Martini en la mano.

Sonreí, ya que sabía que si lo hacía sería para jugar a mi favor.

—«¿Así que me imagino que harás todo esto pronto?». ¿Es esa la pregunta?

—Exacto.

—Somos los arquitectos de nuestras propias prisiones —dije—. Aún no he decidido qué forma tomará la mía.

Quería contarle a Isabelle este diálogo. Quería plantearme por escrito si estaba encaminándome hacia una trayectoria profesional que no deseaba. Sabía que tenía una cierta predisposición cognitiva para las complejidades jurídicas; para sus matices retóricos y sus interpretaciones a varios niveles. El derecho es menos empírico de lo que pensamos. La habilidad para manipular una narrativa con el fin de interpretar un fallo a tu favor se parecía a la creación de una novela (aunque no es que yo tuviera aspiraciones en el campo de la literatura, ni que tan siquiera pudiera imaginarme cómo se elaboraba una aventura de ficción desde los cimientos). También quería preguntarle por su embarazo y decirle que pensaba mucho en ella.

En su lugar, descarté esas ideas. Me repetí a mí mismo: «Se ha acabado; te lo dejó claro en su última carta. Acéptalo». Tenía que dejar de obsesionarme con un pensamiento que me había surgido repetidas veces durante mi semana loca con Siobhan: toda esa

carnalidad voraz y rabiosa solo había servido para poner de relieve el dolor que aún sentía por Isabelle, y que el sexo con ella nunca era solo sexo, sino algo parecido al amor… A pesar de que ella nunca me había dejado usar esa palabra para referirme a nuestra situación.

Algunas semanas antes, me había planteado enviarle una postal navideña. Decidí que era mejor respetar su deseo de que no hubiera contacto entre nosotros.

Retomé las clases en la Facultad de Derecho unos días después de Año Nuevo. Mi vida prosiguió tomando tintes ascetas, monacales. Seguí dedicándome en cuerpo y alma al trabajo. Pasaron los meses y, a principios de abril, el invierno dio paso a unos tímidos indicios de la inminente primavera. Sin embargo, unos días después, la temperatura bajó de golpe y una tormenta de nieve que había aparecido de la nada azotó Boston y sus alrededores durante treinta y seis horas. Cayó del cielo un metro de nieve, como si se tratase de una goma de borrar celestial que eliminaba todo lo que estaba al alcance de la vista. Afuera la movilidad era limitada, casi imposible. Las clases se cancelaron, se suspendió el transporte público. No se permitía circular en coche hasta que esa cascada de nieve terminara.

El segundo día, la claustrofobia comenzó a arraigarse en mi interior. Me enfundé mis mejores botas de invierno, el único jersey grueso que poseía, mi parka, la bufanda y los guantes. Me aventuré al mundo exterior. Era el único inconsciente que me había atrevido a salir en tales condiciones extremas, pero llegué a la Facultad de Derecho. Cuando entré (sí, la puerta delantera estaba abierta), llevaba un trozo considerable de nieve conmigo; nieve que comenzó a deshacerse en cuanto entré en contacto con el excesivo calor del interior. Había una máquina expendedora en la que, con una moneda de veinticinco, podías comprar o bien un café flojo o un chocolate caliente o un té verdaderamente horrible. Elegí el chocolate. Mientras la máquina expulsaba un líquido marrón claro en un endeble vaso de plástico, decidí comprobar mi buzón, pensando que estaría vacío.

No lo estaba.

Había una carta esperándome. Con un sello francés, un matasellos del distrito 6 de París, su caligrafía negra estilizada,

inconfundible. Casi me da un infarto. Rasgué el sobre. Mi tendencia natural siempre hacia lo negativo hacía que me esperase lo peor. Eché un vistazo por encima para localizar las dos marcas reveladoras: el saludo inicial y la despedida final.

El primero estaba en inglés:

> Queridísimo Samuel:

Y el otro, en francés:

> *Je t'embrasse très fort.*

Prometedor.

Entre ambos, lo siguiente:

> Me disculpo por mi tardanza en escribirte esta carta. Mi hija, Émilie Irène de Monsambert, nació el 7 de marzo de 1978. Su llegada al mundo no fue una travesía fácil. Estuve de parto durante más de doce horas. Se encendieron todas las alarmas cuando vieron que el bebé tenía el cordón umbilical alrededor del cuello. Después los médicos entraron en pánico y me tuvieron que practicar una cesárea de urgencia. Anestesia inmediata para *maman*. Me intenté resistir a gritos porque quería estar en mi sano juicio cuando mi hija llegara a este caos que es la vida. Pero, dado que tenían que abrirme el abdomen en dos, tenían que sacarme de la realidad durante unas horas. Cuando me desperté, volví a gritar de nuevo. Porque vi que la cuna de al lado de mi cama estaba vacía. Por supuesto, me puse en lo peor y enseguida pensé: si también me han arrebatado a este hijo, francamente, no voy a ser capaz de seguir adelante. Pero la enfermera de guardia me tranquilizó; me dijo que había dado a luz a una niña que estaba en la UCI para una «observación rutinaria», lo que hizo que me volviera a poner en lo peor. A pesar de que me encontraba completamente débil, insistí en que me dejasen verla. La enfermera se negó. Grité más aún. Mi marido (quien, según parece, había estado durmiendo en una silla al lado de mi cama durante toda la noche y acababa de salir a fumarse un cigarrillo justo antes de que yo volviera en mí) estaba de vuelta en la habitación e intentaba por todos los medios que me calmase, diciéndome que había estado en la UCI y que todo parecía ir bien.
>
> Como te he dicho, la hemos llamado Émilie, y es realmente

maravillosa. Tiene un halo de tranquilidad y de luz. Por supuesto, no soy nada objetiva. Por supuesto, amo a mi extraordinaria hija de manera intensa e incondicional. Por supuesto, aún tengo miedo de que sufra daños de crecimiento derivados de su parto complicado, aunque los médicos no paran de asegurarme que todo ha ido bien. Pero ese es el problema con las tragedias del pasado, lo eclipsan todo. Y no puedes evitar pensar si el destino te tendrá en su punto de mira de nuevo… Como lo hizo durante la dramática llegada al mundo de Émilie. Aunque quizás esa sea otra consecuencia de la tragedia: te hace creer que la capa superficial de la vida no es que solo sea frágil por definición (algo que casi es una verdad empírica), sino que se resquebrajará y te engullirá por completo en cualquier momento. Pero yo soy, por naturaleza, una pesimista romántica; alguien quien cree que la felicidad, si se encuentra, es terriblemente efímera. Y ahora que leo todo esto de nuevo, me disculpo por mi tono de preocupación. Émilie es capaz de emanar un brillo apaciguador, pero en este momento está sufriendo cólicos y es posible que en la última semana no haya dormido sin interrupción más de dos horas seguidas. Con mi consentimiento, Charles se ha ido a dormir a la habitación de invitados.

Y estas son todas las noticias desde París. Solo me queda decirte que pienso en ti, con cariño, con pasión.

Cuando al fin me acordé de que mi chocolate caliente estaba esperándome en la máquina expendedora, este ya estaba frío. Tras leer y releer la carta de Isabelle tres veces seguidas, recuperé el cacao aguado, bebí un trago y, a continuación, eché a andar hacia la gélida tarde. Cerca de la Facultad de Derecho, en Brattle Street, había una cafetería que servía *chocolat chaud* aderezado con un chorrito de brandi. Cumplía su cometido y, a su vez, estaba mezclado con una pizca de *nostalgie française*. Me senté en un cubículo y bebí a sorbos mi chocolate alcoholizado y releí cuatro veces más la carta de Isabelle, esta vez con ojos de jurista, para tratar de distinguir sus innumerables matices. Me centré en los detalles de la aparente indiferencia de Charles: el hecho de que estuviera fumándose un cigarrillo cuando Isabelle volvió en sí tras la anestesia; el hecho de que ya no durmieran juntos. ¿Eso dejaba entrever los problemas que se avecinaban entre ellos? ¿O me estaba haciendo ilusiones? Ilusiones tontas.

Respondí a Isabelle usando el papel rayado de mi cuaderno de responsabilidad civil. Le dije que estaba muy contento por ella; que Émilie parecía fabulosa y que tenía que confiar en las confirmaciones reiteradas de los médicos de que esta había salido ilesa de un parto complicado…

En cuanto acabé de escribirlo, arrugué el papel y comencé en uno nuevo. Sabía perfectamente que, si le decía a Isabelle que no se preocupase por su hija, se lo tomaría como una falta de sensibilidad extrema. Era mejor no hacer uso de esa manera tan americana de dar esperanzas: un optimismo excesivo a toda costa. Era mejor mostrar empatía y decirle que comprendía perfectamente por qué seguía preocupada por el bienestar de Émilie y que pensaba en ella mientras pasaba por las noches sin dormir y por la angustia que ocasiona un recién nacido.

Me fui a la oficina de Western Union en Harvard Square y le envié un telegrama felicitándola, añadiendo que tendría un descanso después de los exámenes (y antes de la beca de prácticas que esperaba conseguir) y que podría estar en París el 14 de mayo para pasar una semana, si ella daba el visto bueno.

Una semana después, llegó un telegrama.

Nos vemos en el número 9 de la rue Bernard Palissy el 15 de mayo a las 17 h. El código de la puerta sigue siendo el mismo.

Je t'embrasse fort

Isabelle

París.

Estaba de vuelta en París.

Y París me hacía feliz.

Omar estaba de guardia en la recepción del hotel. Se acercó a mí para darme un abrazo y un beso en cada mejilla.

—¡Mismo abrigo! —comentó.

—¿Qué tal va todo? —le pregunté.

—Bueno, ya sabe; lo de siempre. Pero han cambiado algunas cosas. Esta vez le he ubicado en un lugar mejor.

La habitación era exactamente igual que el agradable cuchitril en el que había perdido el tiempo con alegría unos meses atrás, solo que esta vez estaba ubicada en el piso superior, con vistas a los

tejados del distrito 5 y no a un callejón. Tenía un pequeño balcón. Me llevó cinco minutos deshacer las maletas. Salí a la pequeña extensión de hormigón suspendida en el sexto piso y rodeada por una barandilla descascarillada. Vi que el Jardin des Plantes, un espacio verde muy frondoso, estaba cerca. Curioseé desde las alturas los cafés y los cines; la niebla baja y las farolas que cubrían París con un manto de luz sombría. Dejé veinte francos de propina a Omar y le pregunté si me podía subir una tisana para ayudarme a dormir. Le pedí un cigarrillo porque me entraron unas ganas repentinas de fumar después de meses de abstinencia. Aún se podía fumar durante las clases y en un piso de la biblioteca de la Facultad de Derecho, por no hablar de la residencia de estudiantes donde descansaba mi cuerpo por las noches por aquel entonces. Pero había sido un buen chico y había dejado los cigarrillos al comenzar mis estudios. Dado que estaba de vuelta en París —una de las ciudades del tabaco por antonomasia—, no pude resistirme al deseo. Omar me ofreció uno de sus Camel Filters y un mechero. Me lo fumé con mucha ansia de pie en el balcón. El mareo inicial dio paso a la calma proporcionada por la nicotina. El bálsamo del peligro. París y los cigarrillos. Isabelle y los cigarrillos. Cómo la deseaba en ese momento.

La misma pésima modalidad de inodoros de pie. Las mismas duchas estrechas contiguas. Desayuno en mi antigua cafetería habitual. El propietario me saludó con la cabeza desde la barra cuando entré. No como si dijera «cuéntame, ¿dónde te has metido todos estos meses?», sino más bien como estuviera de vuelta tras el fin de semana. Me senté en un taburete en la barra. Sin pedírselo, me puso delante *un citron pressé, un croissant, un grand crème* y el *International Herald Tribune* del sábado. Me comí el desayunó y leí el periódico de hacía dos días, y traté de aplacar mi desazón. Las expectativas, especialmente aquellas que se han forjado durante meses, son un pozo sin fondo; un laberinto sin salida. Lo único que podía hacer era presentarme a la hora acordada y ver cuál sería el panorama entre nosotros.

Era uno de esos días traicioneros en París en los que la lluvia heladora se niega a irse; en los que todo es gris; en los que te descubres pensando: «Vivo perpetuamente enmohecido». Eché un vistazo a mi copia de *Pariscope*. Encontré un cine que abría en una

hora en la rue des Écoles. Allí me refugié hasta las cuatro y media de la tarde. Para entonces, Emil Jannings era un hombre roto, un académico que había perdido el control debido el amor que sentía por una inalcanzable Marlene Dietrich y por la caída del Berlín de los años veinte. La lluvia había remitido. Paseé por callejuelas hacia el Teatro del Odéon. Luego giré en la rue de Rennes y continué hacia la estrecha calle adyacente: Bernard Palissy.

Había libros nuevos en el escaparate de la oficina de Les Éditions de Minuit. Las mismas cubiertas simples y uniformes. Las mismas fotografías de autores cautelosos que corroboraban: «Aquí no publicamos literatura para todos los públicos». Tecleé el código de la puerta. Clic. Entré al patio. Me dirigí a la *Escalier C*. Su nombre, el tercer timbre desde arriba. Lo pulsé. Silencio. Esperé unos treinta segundos. Lo pulsé de nuevo. Silencio. Mierda. Quería encender un cigarrillo para tranquilizarme. En cambio, mantuve pulsado el timbre por última vez durante unos diez segundos. Silencio. Me encendí ese cigarrillo. Así que este es el resultado, me dije. Me han dejado plantado en un patio de París. Sin duda, ha debido de surgir algún tipo de problema que no le haya permitido acudir a nuestra cita. Eso, o se ha dado cuenta de que lo que una vez tuvimos, a pesar de su limitación en el tiempo, ahora era insostenible tras la llegada de su hija al mundo.

La puerta se abrió emitiendo un sonido. Pegué un bote. Podía entrar. Tiré el cigarro. Agarré el pomo y empujé justo antes de que el zumbido se detuviese.

—Hola…

Su voz desde lo alto de las escaleras. Dejé de lado mi prudencia. Comencé mi subida, recordando cada recoveco de esa escalera. Cuando llegué al descansillo final, tenía los brazos abiertos, listos para rodear a Isabelle. Pero nada más verla, se me cayó el alma a los pies. De pie sobre el quicio de la puerta como siempre, con un cigarro en la mano (como siempre), una sonrisa triste en la cara (como siempre), y con aspecto de no haber dormido en semanas, incluso en meses. Con ojeras profundas debajo de los ojos. Su piel pecosa más que pálida, del color del polvo de la tiza. Con un semblante aturdido, desmoralizado. Pero lo más desconcertante era la más que evidente pérdida de peso. Isabelle siempre había estado ágil. Ahora parecía que hubiera sido víctima de una peste salvaje o

de hambruna. Estaba demacrada, cadavérica, daba la sensación de estar inmensamente agotada. Se percató de que su estado distinto me había dejado de piedra. Sin embargo, tiré de ella hacia mí, agarrándola con fuerza.

—No tan fuerte —susurró—. Podría romperme.

Aflojé el brazo. La agarré con cuidado por los hombros. Me incliné y le di un beso en los labios. Labios que se mantuvieron cerrados. Me retiré. La miré con precaución.

—¿Qué ha pasado?

—Entra.

Entramos al estudio. Puse los ojos como platos cuando vi el estado de su escritorio. Antes ordenado, sistemático, se encontraba abarrotado de notas arrugadas y de ceniceros llenos hasta los topes, tazas de café sin lavar, tres botellas de vino medio vacías, manuscritos, papeles que se caían al suelo. Había una pila de platos en su diminuto fregadero, la cama sin hacer, las sábanas sin cambiar desde hacía semanas; todo el estudio, hacía meses inmaculado, ahora mostraba todos los signos no solo del abandono del hogar, sino del evidente desorden interno de la dueña.

Isabelle me observó mientras lo asimilaba. Alcanzó mi mano. Dejé que pasara los dedos por los míos.

—Si quieres huir ahora mismo, lo entenderé.

Volví a atraerla hacia mí, pero retrocedió. Su cuerpo se tensó como si le resultara insoportable estar cerca de mí. Se sentó en el sofá, apagando su cigarrillo en un vaso de *whisky* que contenía unas quince colillas. Se encendió otro Camel Filter. Vislumbré como un pequeño escalofrío recorrió sus manos.

—Entonces… —dije por fin.

Cerró los ojos, emitió una débil sonrisa acompañada por un sollozo.

—Te debía haber enviado un telegrama la semana pasada…

—¿Para decirme?

—Que no vinieras. Que todo es demasiado complicado para mí ahora mismo.

—Cuéntame.

—Mi médico lo llama tristeza posparto. Algo que afecta a las malas madres que no se merecen tener hijos.

Se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar

descontroladamente. Procedí a sentarme con ella en el sofá. Ahora sí aceptó que colocara los brazos a su alrededor mientras ella escondía la cabeza en mi hombro izquierdo y se desahogaba. La abracé durante unos cinco minutos. Parecía como si hubiera arrastrado todo ese dolor durante mucho tiempo y solo ahora pudiera desprenderse de él. Cuando por fin se calmó, se incorporó de un salto y se esfumó al aseo.

Mi cerebro iba a toda velocidad. Era evidente que, sea lo que fuere lo que le hubiera sucedido, era algo que en aquel momento estaba fuera de su control. Era presa de fuerzas oscuras y despiadadas.

Volvió minutos después, aún con los ojos rojos por haber llorado, pero se había maquillado y recogido el pelo en una coleta.

Le tendí la mano.

—Siento que todo sea tan complicado en estos momentos.

No se movió.

—Y yo siento que hayas dedicado tiempo y dinero para atravesar el Atlántico y enfrentarte a este *bordel*. Especialmente, al desastre que soy.

—¿Por qué es un desastre?

—Porque a pesar de todo lo que pueda desearte en este instante, la idea de que me toquen… Tú o cualquier otro hombre…

—No tengo por qué tocarte si a ti te resulta imposible ahora mismo.

—Pero tú quieres tocarme, ¿no?

Tuve que contener una sonrisa.

—Claro que quiero tocar todas las partes de tu cuerpo. Estar dentro de ti. Pero si no es posible…

Ocultó su cara entre las manos.

—Soy una *catastrophe*.

—No digas eso… Esto escapa a tu control.

—No conoces los detalles, los hechos.

—Cuéntamelos.

—Me resulta tan difícil contarlo…

—No te voy a juzgar.

—Todo el mundo me está juzgando. *Todo el mundo*.

—¿Por qué?

Una pausa larga. Dio dos caladas profundas a su cigarro.

—Según mi médico, cuando tienes «tristeza posparto» eres propensa a la locura; a hacer cosas de las que nunca habías sido capaz anteriormente.

—¿Cómo cuáles?

—No poder dormir durante días y días… Pero no porque tu preciosa hija no te deje dormir, sino porque han aparecido unas voces extrañas en tu cabeza. Voces que te susurran pensamientos cargados de dudas y culpa y desgracias. Voces que te sugieren lo peor que te puedas imaginar. Y entonces, un tiempo después, te descubres a ti misma mirando fijamente a tu hija mientras duerme —la hija que soñaste tener, la hija que te va a ayudar a aliviar el dolor atroz con el que has estado cargando— y piensas: «Tal vez debería matarla y luego matarme yo». Y te vas corriendo a la cocina, espantada por la voz que te acaba de sugerir hacer cosas tan atroces. Una vez allí, caes de rodillas y te golpeas la cabeza contra los azulejos de la cocina en un intento por callar esas voces horribles.

—¿Cuándo te pasó eso?

—Pasó varias veces el primer mes después del nacimiento de Émilie. Mi marido me encontró mientras trataba de romperme la cabeza y me llevó al hospital. Me ingresaron en el ala de psiquiatría. Mientras aún seguía mostrando todos los síntomas de esta locura, y también llorando por mi hija, Charles les dio permiso para que me sometieran a un tratamiento de choque. Me enteré tan solo unos minutos antes de que me llevasen al quirófano para ese «procedimiento». Grité y chillé y les supliqué que no siguieran adelante, pero los médicos insistieron en que era la mejor solución para mi problema. No te puedes ni imaginar qué se siente al estar amarrada a una camilla y que te hagan morder una barra de goma dura para evitar que te muerdas la lengua, y tener electrodos colocados en la cabeza, y luego…

Se dio la vuelta. Quería alcanzarla, pero estaba acurrucada en una esquina del sofá, deliberadamente fuera de mi alcance.

—¿A cuántos de estos «tratamientos» te sometieron? —pregunté por fin.

—Tres.

—¿Y…?

—Me vinieron bien. Me los aplicaron todos en el transcurso de

doce días. Me evaluaron cuidadosamente. Los médicos estaban contentos con mi progreso. Me recetaron unas pastillas para ayudarme a dormir y controlar mi estado de ánimo. Charles ya había contratado a una enfermera materno infantil para supervisarme mientras cuidaba de Émilie. Imagínate, qué desgracia; añorar tener una nueva hija y luego verte obligada a tener a alguien que la proteja de ti.

—Pero está claro que no eras tú…

—Eso no es lo que piensa la familia de Charles. Es el problema de los ricos de cuna, esperan un comportamiento impecable a cualquier precio. Y si te atreves a trastornarte… Es el mayor defecto imaginable. Mi suegra me visitó en el hospital, vestida de Chanel, y me miró como si yo fuera un niño de la calle que hubiera entrado en su vida a empujones. ¡Y su tono!: «Mi pobre hijo nos ha contado el incidente de la cocina. Qué ideas, tratando de abrirte la cabeza a golpes contra el mármol italiano. Muy decepcionante, Isabelle. Todos sabemos que tener un hijo no es un asunto sencillo, querida, que las cosas pueden torcerse un poco. Algo sé sobre la tristeza posparto. Pero lo has convertido todo en una ópera de Wagner; tu propio *Ocaso de los dioses*».

—Y Charles, ¿supo estar a la altura mejor que su madre?

—No seas sarcástico.

—No es mi intención.

—Sí lo era. Y entiendo el porqué. Sí, Charles fue *correctivo* —creo que es la palabra adecuada— con su madre. Aunque, a decir verdad, aún se acobarda ante ese pequeño sargento. Sin duda, le estará diciendo a su hijo: «Te advertí sobre casarte con alguien que no perteneciera a nuestro estatus social».

—Charles seguramente no piensa así.

—Espero que no, pero podría haber contestado algo como: «Bueno, *maman*, eso es un poco extremista». Sin embargo, no hay manera de que ponga a esa arpía en su lugar. O de que se arriesgue a ofenderla al defender a su mujer de sus comentarios despectivos y ofensivos. Eso violaría todo tipo de protocolos *noblesse oblige*… Los aristócratas franceses son tan exclusivistas como la mafia cuando se trata de la familia. Ay, parezco una adolescente enfadada quejándome de todo…

—Tienes poco de adolescente.

—Es exactamente lo que soy según *madame* de Monsambert y todo su clan.

—Bueno, son unos idiotas y están muy confundidos.

Se estiró para tocarme la cara.

—Eres tan americano.

—¿Te supone un problema?

—Qué va. Al contrario, es un soplo de aire fresco. Eres demasiado bueno conmigo.

—Porque tú eres demasiado dura contigo misma. Y porque es evidente que has pasado por un infierno.

Se terminó el cigarrillo y, acto seguido, se encendió otro. Se percató de mi expresión de asombro ante su consumo de cigarrillos desaforado, que era mucho más extremo que la última vez que habíamos estado juntos. Por aquel entonces, solo fumaba un par por hora. Ahora era uno detrás de otro. Vio mi preocupación, pero la interpretó como un reproche.

—No te vas a poner en plan fascista con el tema de la salud y vas a empezar a citar investigaciones médicas americanas sobre cigarrillos y el cáncer de pulmón, ¿no?

—¿Por qué tendría que hacerlo si ya eres consciente de ello?

—*Touché* —dijo mientras sacaba su Zippo y encendía el nuevo cigarrillo que ya tenía entre los labios—. Si no tuviera el tabaco creo que ya me habría tirado a las vías del metro. Pero pensé en Émilie. Pensé en ti.

Asimilé estas palabras intentando no parecer demasiado sorprendido… o satisfecho. Fracasé.

—No deberías jugar a las cartas, Samuel. Te delatas con facilidad.

—Nunca hubiera pensado…

—¿Qué? ¿Que tengo lo que los americanos llamáis «sentimientos» por ti? Quizás unos sentimientos más profundos de lo que te puedas imaginar. Y que han aumentado significativamente durante esta larga ausencia.

Quería hablarle de la gran soledad que me había acompañado durante los meses pasados; de la agonía silenciosa por haber estado alejado de ella. En su lugar, le tomé la cara entre las manos.

—Eres preciosa —manifesté.

—Mentiroso. Peso menos que una pluma, parezco un esqueleto,

un fantasma. Estoy demacrada y…

La besé con suavidad en los labios. Se resistió.

—¿Cómo puedes desear a alguien tan horrible?

—Eres todo lo que deseo.

La besé de nuevo. Le caían lágrimas en las mejillas.

—No puedo hacer esto.

Otro beso. Esta vez no trató de resistirse, pero rompió a llorar con más intensidad si cabe.

—No me merezco esto, ni a ti…

—Cállate —susurré y la acerqué a mí.

Estuve unos cinco minutos abrazándola con fuerza mientras lloraba desconsoladamente. La manera en que se estaba desmoronando resultaba desconcertante. Lloraba tan fuerte, con tanta violencia, que temía que un vecino asustado apareciese en la puerta preguntándose qué tormento estábamos recreando en este estudio diminuto. Nunca había presenciado una pena tan salvaje. Algo en mi interior me señaló que no pronunciara ni una palabra de consuelo, porque Isabelle era inconsolable en ese momento. La abracé todo lo firmemente que pude mientras ese inmenso espasmo de pena la oprimía. Cuando finalmente se sosegó, levantó la cabeza de mi hombro y susurró:

—Por favor, no me mires. Soy horrible.

—Eres preciosa.

—Cierra los ojos e imagíname siendo preciosa.

Es lo que hice. A continuación, abrí los ojos. Se había ido. Oí cómo encendía la ducha.

Me arrasó una oleada repentina de cansancio, de *jet lag* con retraso. Las presiones demenciales del semestre pasado, las turbulencias de la última hora, el tormento que rodeaba a Isabelle. A duras penas llegué a la cama deshecha con unas sábanas apestosas que hacía semanas que no se cambiaban.

Hora de dormir.

No recuerdo haberme quedado dormido.

Pero recuerdo con claridad ese momento cuando me desperté sobresaltado y vi que estaba solo en el estudio, en silencio. Durante un instante me pregunté: «¿Dónde estoy?». Enseguida, mi memoria reunió los recuerdos de los últimos minutos con Isabelle antes de que se marchase repentinamente al aseo y que todo el drama y los

cambios de horarios transatlánticos pudieran conmigo. ¿Y ahora? Ahora era… ¿Cuándo? ¿Y qué hacía aquí, y dónde estaba mi amor, y…?

Me senté erguido. Alcancé el cable del foco de la lámpara de pie ubicada al lado de la cama. Una bombilla chisporroteó, parpadeando intensamente como si se tratase de una luciérnaga en la última actuación de su corta vida, pero había la luz suficiente para ver que, según mi reloj, eran las cuatro y seis minutos de la mañana. *Merde, merde, merde*. Había estado fuera de combate durante al menos diez horas. Me levanté y me acerqué al baño; la bombilla se consumió justo cuando alcancé el interruptor. Oriné. Abrí la ducha diminuta y encontré jabón y champú. Me lavé, me sequé y volví a la habitación oscura, encendí la luz del escritorio y encontré una llave y una nota que decía:

Mi Samuel:

No me sorprende que cayeras desfallecido después de mi comportamiento de esta tarde. Si yo fuera tú, habría huido de este apartamento, y también del país. Nunca podré disculparme lo suficiente por la naturaleza extrema de mi comportamiento. Podría apelar a la «tristeza posparto» o a lo que los médicos llaman una «crisis nerviosa», pero mejor me hago cargo de mis acciones sin excusas. Tu delicadeza, tu decencia, tu paciencia… Gracias.

Cuando te quedaste dormido, no pude soportar la idea de despertarte para lanzarte a la noche parisina cuando me tuve que ir para estar con Émilie. Así que decidí dejarte en paz y dejarte una llave. Hay una pequeña máquina de café y buen café italiano esperándote en la placa térmica de la cocina. Coge esta llave y cierra, por favor. Y si puedes soportar mi compañía de nuevo, estaré de vuelta a las 17 h.

He descubierto algo esta noche: *mon jeune homme* se ha convertido en un hombre fantástico.

Je t'embrasse très fort

Isabelle

Leí la carta dos veces. A la parte de mí que siempre necesitaba consuelo, el niño que ansiaba que sus críticos y distantes padres dijeran que era un «buen chico», sus palabras le parecieron un bálsamo, reconfortantes. Pero también me puse a pensar: esto es

amor. No solo vi su dolor, sino su inmensa soledad. Una soledad que, a pesar de todas las diferencias de nuestras respectivas vidas, se podía comparar con la mía. Sin lugar a dudas, su esposo no le había dado todo el apoyo que necesitaba mientras sorteaba aquel bosque oscuro en el que había entrado tras el nacimiento de su hija. Aunque tal vez no hubiera sido tan directo al respecto como su malvada mamá, con su silencio era tan crítico como aquella arpía. Y había permitido que Isabelle se sintiera una mujer y una madre con carencias debido a su descenso pasajero al mundo de la locura, a pesar de que estaba seguro de que era plenamente consciente de que ella estaba luchando contra unas fuerzas psíquicas fuera de su control.

Deseaba con todas mis fuerzas salvarla de esa gente terriblemente juiciosa e injusta. Estaba dispuesto a dejarlo todo en espera para estar con ella en París. O, si ella también sabía que el nuestro era un amor que podría ser transformador, tal vez quisiera arriesgarse y venirse a Cambridge con Émilie, y podríamos criarla como nuestra hija y yo acabaría mis estudios de derecho y después…

«Y después…».

Eso era lo peor.

«Y después…».

Una vida feliz para todos. Jurarnos amor eterno a diario. El gozo de la domesticidad reinando en nuestra casa. Émilie creciendo bilingüe. Isabelle traduciendo manuscritos. Yo acabando la Facultad de Derecho y llegando a tener tal fluidez en francés que, rápidamente, conseguiría trabajar en un importante bufete de abogados anglofrancés. Y más tarde, a principios de los ochenta, tendríamos un hijo juntos y…

Encontré un paquete de cigarrillos en la mesa de Isabelle, cogí uno y lo encendí. Busqué mi ropa interior, pantalones y camiseta, y me vestí. Encontré la máquina de café y el paquete de un café muy aromático y me preparé una cafetera pequeña. Era la primera vez en semanas que había dormido profundamente. Me bebí mi taza de café expreso entre caladas al cigarro y pensé de nuevo en mi pequeña fantasía sobre una vida real con Isabelle… Me imaginaba que le decía, en medio de su crisis, que sería mucho más feliz si lo dejaba todo y viajaba al otro lado del Atlántico para vivir con un

pobre estudiante de Derecho en una pequeña buhardilla de Cambridge, Massachusetts. A esas alturas, conocía lo suficiente a mi amada como para darme cuenta de que nunca abandonaría el cierto nivel de vida que le proporcionaba lo que ella había llamado una vez el «confort burgués». Y, al darme cuenta de esto, me alcanzó un atisbo de claridad antes del amanecer: debía dejar de lado la ilusión de que alguna vez pudiéramos tener algo más allá de esas horas juntos por la tarde. Isabelle me lo había hecho saber a su tranquila, firme, sensual manera desde el principio, pero era entones cuando yo comprendí que una parte importante de mi interior no había querido ver lo que tenía justo delante de mí. Me había estado repitiendo: «Al final verá que el único camino hacia la felicidad pasa por hacer ese viaje a mi lado…».

«Qué tontería».

No, no podía ser duro conmigo mismo. El amor puede colocarte en un trance ficticio, lleno de diversas posibilidades. El amor también puede frenar de golpe tal ensimismamiento. Tanto que, mientras vas observando las vistas que te ofrece la esperanza —también conocida como «el futuro»—, puede que acabes estrellándote contra el parabrisas.

Ah, el futuro. Cuando estás enamorado es imposible tener solo en cuenta el aquí y ahora. Siempre hay una reflexión futura sobre vuestra vida juntos. Estar en pareja es estar continuamente obsesionados con el futuro.

Pero estar con Isabelle significaba estar anclado en un presente definitivo, a sabiendas de que el futuro sería exactamente igual que la vida en la actualidad, incluso en medio de las turbulencias y con un gran revuelo en la vida de uno de nosotros. Ese fue mi momento de claridad previa al amanecer, después de diez horas de sueño seguidas, con un segundo café expreso y otro cigarrillo: la aceptación de que no podría soñar con una vida con Isabelle. Esta era la vida con Isabelle y no iba a ceder más allá de sus ya de por sí calculadas restricciones.

Había una tristeza que impregnaba esta asimilación… Y también una extraña liberación. No era necesaria ni la monogamia ni la fidelidad emocional, ni el pensar que ella era mi «alma gemela». Aun así, había un matiz en esa aceptación de la libertad: sabía que si aceptase mi planteamiento (una vida real juntos), yo le sería fiel

de buena gana dado que ella era mi «alma gemela»… Aunque Isabelle rechazaba completamente esa denominación.

—No vuelvas a decirme que soy el amor de tu vida —me comunicó a las pocas semanas de comenzar nuestro romance el año pasado cuando, en efecto, yo había osado expresar tal afirmación—. Eso crea el peor tipo de expectativas. Es la condena de una pareja por haber colocado el listón demasiado alto.

Las cosas eran así; mi alma gemela no quería serlo, pero quería que yo me comportara como tal cuando estaba en su ciudad y que aceptara limitar mis sentimientos a ese rato de las cinco a las siete, momento en que compartíamos nuestra «unión».

Después de haber elaborado esa frase tan astuta en mi cabeza, no pude evitar sonreír. Miré alrededor del estudio y me sentí fatal por Isabelle —a quien le gustaba el desorden controlado en su escritorio, pero la limpieza en todo ese pequeño espacio— porque había decidido que su caos interno se materializaría en su estudio. Sin duda, en su apartamento una niñera y una limpiadora disimulaban su inestabilidad, si es que ella había permitido que esta transcendiera en casa. Pero aquí estaba dando rienda suelta a la teoría del caos, viéndolo de nuevo a la tenue luz de la noche, y supe inmediatamente que tenía que hacer algo. Dado que contaba con tiempo suficiente y con un deseo instintivo de poner orden en ese desaguisado, me acerqué de inmediato al fregadero y rebusqué en el armario inferior. Encontré bolsas de basura y una modesta colección de artículos de limpieza. Antes de empezar, abrí la diminuta nevera y descubrí un pequeño recipiente de cristal con yogur natural que, según la fecha en la tapa del papel de aluminio, aún no estaba caducado. Hallé varias onzas de chocolate negro en un armario y las devoré. Hacía más de quince horas que no había probado bocado y tenía hambre. Preparé otra cafetera, que me despertó más aún si cabe, y me puse manos a la obra, comenzando por la pila de platos del fregadero. En unos veinte minutos, todos estaban limpios y secos y colocados. Vacié los ceniceros, tiré la fruta podrida del frigorífico y las verduras del armario que habían comenzado a parecerse a un cultivo de penicilina. Encontré un limpiador multiusos y un trapo que no estaba demasiado sucio y limpié todas las superficies del apartamento. Tiré en una bolsa de plástico negra el contenido de las tres papeleras, recogí todas las

páginas manuscritas esparcidas en el suelo alrededor de su escritorio y las coloqué en orden. Ordené todos los demás documentos de su escritorio. Limpié el polvo de su máquina de escribir manual. Localicé una fregona y un cubo, y limpié los azulejos de la cocina y del baño. Encontré una vieja aspiradora, que se parecía a una que mi abuela podría haber usado en sus tiempos, pero que cumplía con su cometido. Una vez que esa máquina del pleistoceno hubo absorbido toda la suciedad de las alfombras, deshice la cama y cogí las toallas del aseo, primero para usarlas para limpiar el fregadero y la ducha. Descubrí una botella de lejía, un cepillo y limpié el inodoro.

Cuando finalmente miré mi reloj, eran casi las seis de la mañana. Metí la ropa de cama y las toallas en una bolsa de plástico. Vi una cesta de ropa sucia en la esquina entre la cama y el escritorio llena de ropa interior sucia, dos pares de vaqueros, una camisa blanca y otra negra; lo metí todo también en la bolsa de plástico. Tomé mi chaquetón negro de marinero, me guardé la llave en el bolsillo y me aventuré afuera. La oscuridad aún envolvía las calles y caía una lluvia ligera, traicionera. Caminé rápido paseando la bolsa de ropa sucia por las aceras vacías del *boulevard* Saint-Germain hacia el metro en Mabillon. Me encendí un cigarrillo una vez dentro del vagón que se dirigía al este, me apeé en Jussieu y anduve cinco minutos hasta Le Select. El jefe mencionó que era la primera vez que me había visto a esas horas de la mañana. Me sirvió el desayuno habitual y me entregó el periódico del día anterior. Más cigarros. Y luego, a las siete, una visita rápida a la lavandería de al lado. La señora mayor que llevaba el negocio (creo que era rumana; era quien me había lavado la ropa todas las semanas el año anterior) me dijo que sí, que podría tenerlo todo lavado, doblado y separado por colores para las tres de la tarde, pero que si quería que lavara a mano y planchara las camisas, serían quince francos más por cada una. Me libré de la bolsa y me fui a mi habitación. Me puse un chándal y unas zapatillas con las que me había agasajado semanas antes de mi viaje a París y me fui trotando hasta el Jardin des Plantes.

Después de recoger la colada a las tres, me detuve en una floristería cercana y compré un ramo de lirios. Media hora más tarde, estaba de vuelta en el estudio de Isabelle. Me preguntaba si

ella habría llegado antes que yo; si iba a entrar y encontrármela boquiabierta por la transformación a la que había sometido a su desordenado estudio. Pero estaba vacío. Saqué la colada, rehíce la cama y colgué las toallas, que ahora olían a detergente de lavanda. Encontré un jarrón, lo llené de agua, usé las tijeras para acortar los tallos de los lirios y organicé las flores en el austero recipiente de cristal, colocándolo en la mesita auxiliar donde ella solía comer. Luego hice una lista de cosas que necesitaba —papel higiénico, papel de cocina, lavavajillas, más café, más artículos de limpieza— y salí del apartamento, cerrando la puerta tras de mí. Había una tienda en la rue de Rennes que tenía todo lo que buscaba.

A las cinco, mientras subía las escaleras del *Escalier C* del número 9 de la rue Bernard Palissy, oí a una mujer —por la voz parecía que de mediana edad— en el segundo piso gritando reiteradamente:

—*Tu ne peux pas me faire ça… tu ne peux pas me faire ça*.

Me quedé rezagado en su puerta durante unos instantes, esperando la réplica del contrario. Pero no hubo respuesta, solo un silencio seguido de:

—*Tu ne peux pas me faire ça… tu ne peux pas me faire ça*.

Y luego el silencio de nuevo.

Subí las escaleras, esperando que llegase a mis oídos el habitual «Hola» melódico pronunciado por Isabelle.

—Hola —grité mientras subía otro tramo de escaleras.

Silencio.

Cuando llegué a su puerta, vi que estaba abierta. Pero ella no estaba, como de costumbre, de pie junto a la misma, sino que estaba sentada en su escritorio, con un cigarrillo en la mano. El manuscrito que yo había colocado ahora estaba esparcido por todas partes, algunas páginas a la izquierda de su máquina de escribir. Estaba golpeando las teclas cuando entré. Ni me miró.

—Buenas tardes —dijo mientras tecleaba—. Deja la llave que te di en la mesa y luego, por favor, márchate.

—¿Qué? —respondí, pensando: «No ha querido decir lo que acabo de escuchar».

—La llave en la mesa… Y cierra la puerta cuando te vayas.

Me acerqué al escritorio.

—No he dicho que puedas entrar.

—Voy a entrar.

—No, no vas a hacerlo.

Regresé a la puerta; el chiquito del Medio Oeste que había en mí no quería quebrantar ninguna norma.

—No lo entiendo.

—¿De veras?

—¿He hecho algo malo?

Dejó de escribir y, por fin, me miró.

—Creía que eras mi amante, no mi criada.

—¿Se trata de eso?

—Cómo te atreves a arreglarme.

—¿Arreglarte? Solo creí…

—Está loca, está histérica y se ha convertido en una descuidada…

—¿Has dormido esta noche?

—¿Así que ahora dices que estoy fea?

—¿Has dormido esta noche?

—Deja de intentar cambiar de tema.

—Estaba intentando ayudarte. Solo creía que podrías…

—«¿Qué?». ¿Beneficiarme del orden impuesto por un americano maniático que viene a colocar el desorden que es mi vida?

Estaba gritando. Me quedé ahí, con la bolsa de artículos de limpieza entre los brazos, pillado por sorpresa por una furia que no alcanzaba a comprender. Lo único que parecía evidente era que la materia oscura la había vuelto a envolver.

—¿Ha pasado algo grave? —pregunté—. ¿Émilie está bien?

Se puso de pie.

—¡Te atreves a insinuar que estoy poniendo en peligro a mi hija otra vez!

—Isabelle, mi amor…

—¡No soy tu puñetero amor!

Y entonces, de la nada, me lanzó el cenicero que estaba en su escritorio. Las colillas volaron por los aires mientras el objeto atravesaba el estudio. Me quité de en medio justo cuando se estrellaba contra una hilera de vasos de las estanterías de la cocina, partiéndolos todos en mil pedazos. Miré asombrado a una Isabelle cuya cara estaba llena de rabia, de odio. Solté la bolsa y bajé corriendo las escaleras. Empujé la puerta que daba al patio para

apresurarme por sus adoquines. Crucé el estrecho pasillo de la entrada, salí a la diminuta calle y di un giro rápido a la derecha. Iba corriendo en dirección a la rue de Rennes cuando un taxi frenó y el conductor empezó a gritarme. De pronto, me di cuenta de que casi me había adentrado de lleno en el tráfico vespertino. Un policía me agarró por el cuello de la chaqueta y me devolvió a la acera en el preciso instante en el que el conductor del taxi salía enfurecido de su vehículo.

Caía una lluvia constante. Además de estar emocionalmente conmocionado, también estaba empapado. Me apresuré hacia el *boulevard* Saint-Germain cabizbajo. Hice algo que nunca solía hacer en París: montarme en un taxi. Una vez dentro, me acurruqué en un rincón del asiento trasero, temblando y llorando, mientras el conductor me miraba de reojo por el retrovisor, perturbado por mi inestabilidad y mis lágrimas.

Cuando llegamos al hotel, Omar me miró mientras pasaba a toda prisa por delante de él.

—¿*Monsieur* Sam? —dijo.

Negué con la cabeza y subí a mi habitación. Una vez allí, me deshice de mi chaqueta y de mi ropa, y cogí mi albornoz. Me recosté sobre la cama, abrazando una almohada como un sustituto de la mujer a la que debería estar abrazando ahora mismo en una cama de la otra punta de la ciudad. Una mujer que acababa de rebelarse contra mí de la manera más repentina y feroz. ¿Qué había hecho para merecerme todo eso? ¿Qué línea había cruzado al atreverme a limpiar su apartamento? ¿Había violado su privacidad? Tenía la sensación de haber realizado una buena acción y haber sido castigado injustamente. ¿Era un ingenuo?

Varios minutos después, llamaron a la puerta.

—*Monsieur* Sam, déjeme entrar.

Omar.

Me obligué a levantarme. Abrí la puerta y vi a Omar con una bandeja en la mano.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada malo. Solo me han roto el corazón.

—Eso siempre es malo. Le he traído una tisana para que le ayude a relajarse. Y un calvados pequeño.

—Eres muy amable.

—Estaba preocupado por usted.

—Estaré bien —le mentí.

Omar entró y acomodó la bandeja en la mesa diminuta que también hacía las veces de escritorio.

—Deje otros cinco minutos la tisana en infusión —me comentó—. Le debería ayudar a dormir.

Dado que me había levantado a las cuatro de la mañana y había cometido el fatal error de atreverme a limpiar el estudio de Isabelle —un acto interpretado como una grave forma de manipular el terreno en mi beneficio por razones que aún no podía comprender—, una ola de fatiga me estaba sacudiendo de nuevo, de la misma forma que lo había hecho ayer por la noche tras el melodrama con Isabelle.

—Eres muy buena persona, Omar —apunté.

—Y usted también —agregó él—. No deje que nadie le diga lo contrario.

«Pero lo dicen, lo dicen», quería replicar, pero no lo hice porque la autocompasión era algo que mi padre nunca había soportado y que yo evitaba diligentemente, ya que lo consideraba inútil y contraproducente.

—Tan solo necesito dormir —respondí, tendiéndole un billete de diez francos.

Omar levantó la mano. —Invita la casa.

—Pero esto es para ti —le dije.

—No es necesario, pero gracias. Llámeme si necesita cualquier otra cosa.

Me dejó solo. Di un sorbo al calvados, agradeciendo la manera en que la quemazón del brandi de manzana aplacaba mi ansiedad en aquel momento. Un cigarrillo y el pensamiento de que el tormento mental que había poseído a Isabelle era el que la había llevado a actuar de manera totalmente fuera de lo normal me calmaron aún más. O, al menos, eso es lo que quería creer. Había otra voz en mi cabeza —la voz del abogado de la acusación que tenía en mi interior— que me animaba a plantearme si ella había mostrado con anterioridad ese lado patológico; uno lleno de rabia persistente y de atisbos de violencia. Quería pensar lo contrario… Repetirme que la locura posparto actuaba en su nombre y que no debería creer en esos matices oscuros que ahora percibía en ella.

Bebí un poco más del calvados mientras me fumaba el cigarrillo con ansia y trataba de mantener a raya la rabia y la tristeza y la decepción profunda, pero fracasé. Recurrí a la tisana. Tenía un sabor mentolado y a medicina. Pensé: «Estoy de vuelta en París y, después de dos noches corriendo, me voy a la cama a una hora normalmente reservada para los niños de siete años». No es que mi reloj interior fallase un poco, sino que estaba totalmente estropeado. Me terminé la tisana y decidí tirarme en la cama y dormirme la siesta, diciéndome a mí mismo que pondría la alarma de mi pequeño reloj de viaje a las nueve de la noche. De esa forma, podría ir a cenar fuera y luego dirigirme hacia la rue des Lombards para acabar la noche en algún garito de *jazz*. Me recosté en la cama y cerré los ojos en un intento por olvidar las últimas horas. Me dormí de inmediato; un golpe de gracia. Después, sin previo aviso, llamaron a la puerta.

—*Monsieur* Sam, *monsieur* Sam…

No era la voz de Omar. Era la de Tarak, el recepcionista nocturno turco. La habitación estaba completamente oscura. Mi reloj de cuerda emitió un brillo débil: 3.13 de la mañana. *Merde. Merde. Merde*. Otra valiosa noche parisina malgastada en dormir. Encendí la luz de la mesita de noche.

—*Monsieur* Sam, *monsieur* Sam…

—Ya voy, ya voy…

—Tiene visita.

—¿Yo? —respondí, queriendo añadir «pero si no conozco a nadie aquí».

Excepto…

—¿Una mujer? —pregunté. Asintió y añadió:

—Se lo he dicho… «Estamos en mitad de la noche, probablemente esté arriba dormido». Pero fue muy insistente. Me dijo que le anunciara que un taxi le está esperando.

—¿Un taxi?

—Es lo que ha dicho.

—¿No puede subir ella?

—Un taxi le está esperando.

—¿Por qué?

Tarak se encogió de hombros.

—De hecho, me entregó cien francos cuando dije que no le

podía despertar. Y me dio esto —añadió.

Uno de sus elegantes sobres de color marfil estampado con su caligrafía en tinta negra en la parte frontal: «Samuel». Dentro:

Mon amour:

> Si puedes perdonarme mi locura y esta intrusión en mitad de la noche, te estoy esperando abajo. Dame la oportunidad de darte la más apasionada de las disculpas.

Reflexioné durante unos tres segundos.

—Dile que ahora mismo bajo —repliqué.

Tarak sonrió con satisfacción.

—Muy bien, *monsieur*.

Dos minutos más tarde, bajé los seis pisos que me separaban de la entrada. Y allí estaba, con su pelo rojo suelto sobre los hombros, la cara demacrada, los ojos rojos, un chubasquero negro rodeándole un cuerpo cada vez más reducido, con un cigarro encendido entre los dedos. Al escuchar que me acercaba, se giró y se dirigió con rapidez hacia mí, cogiéndome la cara entre las manos, besándome con delicadeza en los labios y susurrándome:

—No merezco tu piedad.

—¿Por qué el taxi?

—Vamos a Bernard Palissy.

—Pero podríamos subir a mi habitación.

—Bernard Palissy… *c'est nous*.

—¿Estás segura?

—Me odias, ¿no es así?

—Qué va. Solo estoy…

Podría haber terminado la frase con diferentes palabras: preocupado, temeroso, asustado, inseguro, indeciso. Pero Isabelle apoyó la frente contra la mía.

—¿Serías capaz de perdonarme? —preguntó.

—¿Qué le has dicho a tu marido?

—Está fuera… Con su amante. Le dije a la enfermera de noche que cuida de Émilie que no podía dormir, que me iba a la oficina a trabajar y volvería bien entrada la mañana. Le pareció bien, ya que la niñera entra a las nueve.

—Pero tal vez el apartamento esté muy ordenado. O, bueno, el

hecho de que me hayas intentado golpear con un cenicero en la cabeza…

Presionó con más fuerza su frente contra la mía y me agarró con fuerza por los hombros.

—Lo entiendo si quieres alejarte de mí ahora mismo. Pero eso me mataría, mi amor. Me mataría, porque no estoy bien. Esta tarde tuve que resistirme a saltar por la ventana. Porque no me merezco a Émilie, no te merezco a ti. Porque Charles y su familia están en lo cierto; soy un fracaso como madre y como mujer. Y ahora también te he fallado a ti.

No apartó su cabeza de la mía mientras me susurraba todo eso. Sentí sus lágrimas en mi cara. Sentí su cuerpo demacrado, y casi podía distinguir las olas de angustia que la atravesaban. Era mi turno para abrazarla con más fuerza.

—Montémonos en el taxi —dije.

No dijimos nada durante los diez minutos de trayecto por las oscuras y vacías calles. Rodeé con un brazo a Isabelle, quien a su vez tenía la cabeza apoyada en mi hombro mientras me apretaba con fuerza los dedos mi mano libre. Cuando llegamos a la puerta principal, introdujo el código, me tomó de la mano y me condujo a través del patio y de la escalera en forma de caracol. Mantuvo los dedos sobre los míos todo el camino hasta la puerta principal, como para destacar que era consciente de que había hecho algo potencialmente inadmisible, irreparable… Y que no quería dejarme ir. Cuando abrió la puerta de su estudio, reparé inmediatamente en que había barrido los trozos de cristal. También las colillas y la ceniza y los fragmentos del cenicero.

—He limpiado el desastre que provoqué —me confirmó mientras me atraía hacia ella—. No volverá a suceder.

—Ya es parte del pasado —le mentí.

—No, no lo es —me contestó mientras me acariciaba la cara—. Ha sucedido… Y tengo que vivir con las consecuencias de lo que he hecho, la forma en que me he burlado de tu bondad y cómo he tratado de herirte. Cómo…

—Déjalo —dije y la besé intensamente mientras pensaba que era la primera vez que no había sido ella quien había dado una conversación por terminada cuando se había tornado demasiado efusiva. Unos instantes más tarde, me estaba quitando la chaqueta,

el jersey, desabrochándome el cinturón con los dedos. Al mismo tiempo, yo le desabotonaba la camisa y posaba los labios en su cuello, mientras con la mano libre le levantaba la falda. Nos quitamos la ropa rápidamente. Caímos de espaldas sobre la cama y me introdujo dentro de ella con apremio, para acto seguido envolverme con las piernas y susurrarme que fuera lo más delicado que pudiera. Me dejó empujar hasta sus entrañas sin moverse ni un ápice. Cada vez que yo estaba a punto de comenzar el movimiento hacia delante y hacia atrás, ella apretaba las piernas a mi alrededor con más fuerza.

—No te muevas. No te muevas nunca. No voy a dejar que te vayas.

Pero se movió al ritmo de unos leves empujones hacia arriba, lentos, casi imperceptibles mientras yo estaba quieto, aún dentro de ella. El efecto era casi alucinógeno gracias a los movimientos graduales, lentos, intensos. Estábamos tan unidos como era humanamente posible; sus ojos prácticamente taladrándome, el anhelo, la necesidad y el deseo regían el momento. La convulsión creciente le sobrevino primero a ella, provocando que ocultase la cara en mi hombro desnudo y me mordiera. Ahogué un aullido y exploté segundos después, golpeado por una intensidad acrecentada por la tensión delirante del día, y por la mezcla de necesidad, angustia y una pizca de indecisión recién descubierta que se estaban mezclando en mi interior.

—*Je t'aime* —afirmó mientras nos abrazábamos con fuerza.

—*Je t'aime* —contesté, aunque esta vez había un signo de interrogación pendiendo sobre esa declaración.

¿Isabelle se dio cuenta de ello? ¿Es por eso que se levantó y encontró unos cigarrillos y el segundo cenicero del estudio y me preguntó si quería un aguardiente? ¿O *une mirabelle*? ¿O vino? Debía estar hambriento porque llevaba en la cama desde las seis, ¿no? Había queso y una *baguette* que había comprado bien entrada la tarde. ¿Quería que me preparara algo?

—Estaría bien —repliqué—. Y sí a lo del vino, por favor.

Mi tono, como siempre, fue sosegado, cortés. Pero también podía sentir un distanciamiento revelador por mi parte; una sensación de no saber qué hacer con la mujer que ahora caminaba desnuda hacia la cocina. La lámpara con un solo foco, que Isabelle

había encendido cuando entramos, iluminaba de forma oblicua la estancia, haciendo que todo me pareciera enigmático, ficticio. O, al menos, así es como yo interpreté los haces de luz que se posaban sobre las estrechas caderas de mi amante, que se contoneaban a cada paso que daba, haciendo que la desease de nuevo… Al mismo tiempo, otra parte de mí se preguntaba: ¿Es posible que todo haya acabado?

—Ten cuidado con los pies —le indiqué, justo antes de que pisara las baldosas de la cocina.

—Tienes toda la razón —respondió al mismo tiempo que se alejó, abrió la puerta del baño, se calzó unas sandalias y se puso una bata—. Piensas en todo.

—Lo que menos necesitamos ahora mismo ninguno de los dos es que te hagas un corte en los pies.

—Sobre todo cuando estás pensando en esfumarte bien lejos.

—Nunca dije que haría tal cosa.

—Pero lo estás pensando.

—Estoy pensando… en que estoy muy contento de que estés mejor.

Isabelle puso los ojos en blanco y me brindó una sonrisa entre divertida y melancólica.

—Admiro tu diplomacia, Samuel… Pero siempre he tenido la capacidad para detectar cuando entra la duda en escena. Y, siendo sincera, quién puede culparte por estar lleno de dudas en este instante, después de que te haya lanzado un pesado cenicero de cristal.

—Me atacó alguien lleno de rabia; sé que no eras tú, que estabas presa de tu enfermedad. Y ni siquiera tuve que esquivarlo. Así que, si bien es cierto que lo lanzaste, no me apuntaste a mí.

Me levanté y me puse la ropa interior y la camiseta. Isabelle parecía asustada.

—No te vas a ir, ¿no?

—En absoluto. Simplemente estaba pensando en que prefería comer con algo de ropa antes que desnudo.

—Ah, bien —contestó—. Todo estará listo en unos minutos.

Utilicé ese tiempo para ir al aseo y deshacerme de la siesta larga y del enredo apasionado con una ducha rápida.

Mientras estaba usando la ducha y una pastilla de jabón para

enjabonarme, repetí nuestro último diálogo en mi cabeza.

«No te vas a ir, ¿no?».

Resulta extraña la forma en que el equilibrio del poder en una pareja puede cambiar en un instante. Y, aunque este cambio se había producido debido a un momento de ira violenta, no me preocupaba tanto el incidente en sí, sino la forma en que había alterado mi manera de ver las cosas. Antes de que el cenicero volase por los aires, estaba desesperado por compartir una vida con Isabelle y pensaba obsesivamente en que había encontrado una parisina guapa e intelectual como en mis sueños, alguien que encima aguantaba la inocencia americana de mis veintipocos. Tan solo quería ser capaz de convencerla para que abandonase a su marido adinerado y su estilo de vida *grand bourgeois*.

Pero acababa de vislumbrar su miedo a perderme. ¿Me otorgaba eso una sensación de superioridad, de poder? En absoluto; no quería ostentar el poder sobre ella. Al contrario, solamente quería una vida con Isabelle. Durante todo el año anterior, había estado esperando una carta en la que me comunicase que, pensándolo mejor, nuestro pequeño acuerdo tendría que suspenderse por una serie de motivos lógicos: distancia geográfica, una redescubierta fidelidad hacia su marido, que el nacimiento de su hija había hecho que se comprometiera totalmente con el proyecto familiar, mi inmadurez, que había encontrado a otro Samuel; uno que, por suerte, vivía a tiempo completo en París. Si se hubiera decidido a abandonarme, ¿en dónde iba a encontrar otra Isabelle de Monsambert?

Pero ahora… ¿Con las ilusiones hechas pedazos como los cristales rotos? Era una metáfora frívola. La había visto durante una situación desesperada. No tenía ni idea de su tristeza posparto. Me di cuenta de que en realidad no tenía ni idea sobre cómo era Isabelle más allá de esta habitación. Pero había ido a buscarme, se había aventurado hasta mi hotel de medio pelo en mitad de la noche y me había dicho que me quería. Algo que, un día antes, me hubiera parecido música celestial y hubiera iluminado mi interior con un optimismo resplandeciente, y todo lo demás.

Cuando el amor se declara tras un traspié temerario… Ese amor es el que más cuesta aceptar. Y, aun así, lo que menos deseaba en ese instante era que los días que nos quedaban antes de mi regreso a Boston se vieran empañados por la inseguridad, por la duda. O

tener una de esas discusiones de pareja que te abocan a una desesperación compartida. Era la mitad de una noche parisina de mayo. Habíamos evitado el desastre gracias a su valentía al presentarse y sacarme de la cama. Acabábamos de hacer el amor de una manera que evidenciaba la complicidad apasionada que sentíamos el uno por el otro. ¿Acaso no era mejor actuar como si hubiéramos olvidado por completo el melodrama de la tarde anterior? Y hacer como si no hubiera nada más que decir sobre todo lo que había ocurrido hasta mi partida el domingo. Teníamos ese instante y algunos más por delante antes de que se acabase la semana y yo tuviera que volver a las responsabilidades con las que había decidido ocupar mi vida. Isabelle estaba al otro lado de esa puerta endeble. Quería lo que ella simbolizaba; al menos durante los próximos días.

Más tarde, esa noche, mientras nos bebíamos una botella de Saint-Émilion, me dijo:

—Si hubiera tirado el cenicero a Charles, me habría encerrado otra vez.

—¿Fue él quien te internó en el ala de psiquiatría?

Asintió.

—¿Y también estuvo de acuerdo con los tratamientos de electrochoque?

Una calada larga y profunda al cigarrillo, una mirada a la mesa.

—Firmó los papeles necesarios, sí.

—¿Le odias por eso?

—Yo estaba muy mal. No podía tomar una decisión racional, o eso es lo que me dijeron. Yo no quería un tratamiento tan extremo. Me hizo perder la memoria y el equilibrio durante más de dos semanas. Pero sí me devolvió una parte de cordura. La medicación que me pautaron posteriormente también mantuvo a raya los deseos locos de mi interior. Pero luego la dejé.

—¿Por qué?

—Porque, aunque sofocaba mis brotes, también me volvió insensible. No podía trabajar, escribir, sentir. Parecía como si mi cuerpo estuviera sedado; como si mi cerebro estuviera recubierto de algodón. No tenía ningún tipo de deseo físico, aunque no es que Charles manifestase de manera alguna que quisiera un contacto apasionada conmigo, porque ya tenía a su cariñito para esos

asuntos. Pero mi amante estaba al otro lado del Atlántico. Quería recordar cómo era desear y ser deseada. El tenerte dentro de mí. El clavarte las uñas en la espalda y sentir cómo explotabas en mi interior. Algo que, durante meses, había echado de menos. Algo que, a pesar de estar bajo el efecto de los tranquilizantes, estaba desesperada por sentir de nuevo. Así que unos días antes de tu llegada, dejé la medicación.

—¿Fue una decisión sensata?

—¡A la vista está que no! Pero gracias por tu sutileza. De hecho, ha sido una locura, como he podido comprobar hace unas horas. He llamado a mi médico después del incidente. Me ha dicho que, en vez tomar las dos pastillas que me había prescrito tres veces al día, ahora debería tomarme una tres veces. Le he preguntado si podía tomarme solo media, pero me ha dicho que es arriesgado y, en realidad, no quiero tener que volver a por más electrochoques horribles. Pero, mientras estés aquí esta semana, voy a mantener esa dosis baja. Necesito sentirte. Necesito *sentir*.

—¿El tiempo no lo calmará todo, como cuando una fuerte tormenta se aleja?

—Eso es lo que me dicen los médicos. Pero también quiero dejar este tema atrás. Es miércoles por la mañana. Tenemos hasta el viernes por la noche para estar juntos. Y luego desaparecerás.

—No para siempre.

—Pero durante un largo periodo de tiempo.

—Podría cambiar eso.

—No, no podrías. Y yo tampoco. Una vez, mi madre me contó que, al principio de su relación, mi padre pronunció una gran declaración: «Nuestro amor es eterno». La realidad, principalmente como yo la recuerdo, fue otra; una larga caída hacia el distanciamiento; un deterioro que empañaba sus vidas y que tiñó por completo mi infancia y adolescencia.

—Cuéntame más —dije mientras servía el vino.

—Ya he hablado alguna vez sobre ello.

—Solo de forma escueta. Cuéntame más.

—Pero no tenemos mucho tiempo.

—¿Cuándo te tienes que ir esta mañana?

—A las diez, diez y media como muy tarde.

Miré mi reloj.

—Entonces tenemos seis horas.

—Pero es una historia triste. Porque la mayoría de los matrimonios son tristes.

—Puesto que nunca he estado casado, que mi padre es distante y mi respetable madre era cariñosa a su modo… Digamos que todavía ansío encontrar el amor.

—Y yo —replicó mientras pasaba los dedos por mi pelo.

Se hizo el silencio mientras esa declaración compartida flotaba entre nosotros.

—¿Quedarnos hablando de manera íntima hasta el amanecer es una faceta del amor? —pregunté.

—Al menos hasta el amanecer.

—Cuéntame tu historia. Quiero conocerla con todo lujo de detalles.

Hablar hasta el amanecer. Una luz que surge a través de las demás azoteas. La noche se despierta. La botella de Saint-Émilion casi vacía. El cenicero lleno e Isabelle, en pleno flujo de revelaciones delicadamente articuladas, encendiendo un cigarrillo detrás de otro. Compartió conmigo cómo, cuando tenía trece años, había vuelto a casa pronto del colegio con unos horribles dolores menstruales, y se había encontrado a un hombre semidesnudo que salía del aseo de sus padres.

—Era un poco fofo y tenía un bigote ridículo, algo muy popular por aquel entonces. Era uno de los compañeros de trabajo de mi madre en el liceo. Le divirtió bastante mi incomodidad al verle salir en ropa interior; llevaba unos calzoncillos de color azul claro con lunares… Muy graciosos. Me sonrió y dijo: «¿Le digo a *maman* que has vuelto a casa pronto?», y se volvió a la habitación. Podía oír cómo conversaban en voz baja, deprisa, inquietos. Al fin *maman* salió, claramente recién vestida, su pelo y maquillaje desintegrados, castigándome por volver a casa pronto. Intenté explicarle lo de mis dolores menstruales y me mandó a mi habitación. Recuerdo estar acurrucada en la cama, llorando por culpa del dolor que se había apoderado de mí y de la confusión que rondaba mi cabeza. Unos quince minutos después, *maman* llegó con una aspirina y un paño frío. Me indicó que tomase la pastilla y que me tumbara bocarriba en la cama mientras me aplicaba el paño en la frente. Se sentó a mi

lado y me pidió que olvidase lo que acababa de ver, y que le prometiera que nunca le hablaría a papa sobre el «amigo» de *maman*. Y dijo: «Un día tú también te casarás y descubrirás que, como dijo una vez Alexandre Dumas, las cadenas del matrimonio son de veras muy pesadas y a veces necesitas a otras personas para que te ayuden a sostenerlas». No tenía ni idea de lo que hablaba, solo que ella y yo ahora compartíamos un secreto. Me aseguró que nunca volvería a presenciar tal escena.

A continuación, tras apagar el cigarro, apuntó:

—Es gracioso cómo repetimos tantas cosas de nuestro pasado. *Maman* nunca acabó su doctorado. Yo tampoco. Ella se casó pensando que disfrutaría de una pasión eterna. Yo también, aunque siempre supe que Charles, una vez que me tuviera, volvería a sus costumbres de *grand bourgeois*. E igual que *maman* —quien murió el año pasado de un enfisema con sesenta y seis años— yo también tengo mi propio *jardin secret*. Fue Charles —quien tiene el suyo propio cerca de su oficina— quien me compró este estudio en donde comenzamos nuestra historia mientras estaba aún casado. Con el tiempo, eso me permitió seguir con mis propias aventuras mientras él seguía con las suyas. Así que, de alguna manera, hemos repetido su primer matrimonio, incluso tras aseverar que nuestro matrimonio sería… sí, lo voy a repetir de nuevo… *la passion eternelle*.

Le pregunté si nuestro pequeño acuerdo era una repetición de sus anteriores romances. Me tocó la cara, se inclinó y me besó.

—¿Me estás preguntando si soy una especie de mujer de vida alegre, un personaje sacado de Colette? ¿Como Léa en la novela *Chéri*; una cortesana anciana con una predilección por los hombres jóvenes?

—Tienes poco de cortesana.

—Me sorprende que conozcas la palabra.

—Mi vocabulario va más allá de los asuntos legales. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Nunca deberías preguntarle a una mujer por sus anteriores amantes. Y si una mujer empieza a hablarte con todo lujo de detalles sobre sus ex, deberías replantearte enseguida el buscarte a otra.

—Entonces no tienes que contestar a mi pregunta.

—Gracias. Pero que sepas que, aparte de una pequeña aventura que duró *quinze jours* en la época en que descubrí la primera amante de Charles, tú eres mi único amante. Y sigues estando en mi vida más de un año después de nuestro primer encuentro. Y te lo he dicho, *je t'aime*. ¿No son suficientes respuestas?

Nos volvimos a la cama. De nuevo, nuestra forma de hacer el amor fue inicialmente tranquila, gradual, deliberada, queriendo prolongar la intensidad que iba en aumento. Fijé la mirada en toda ella, viéndola deleitarse en la pureza de mi pasión. Concentrada en el movimiento de nuestros cuerpos, en la forma en que encajábamos, meciéndonos como uno solo, tan juntos y, a la vez, cada uno en su esfera independiente. Vi cómo abría los ojos, cómo los cerraba, poniendo las manos en todas las partes de mi cuerpo. La forma en que cambiaba de ritmo o en que me dejaba cambiar nuestra posición. Colocándola sobre mí. Con las dos manos sobre sus muslos mientras la empujaba hacia arriba. Viéndola sobre mí, con los ojos entrecerrados, su cara cambiaba entre una contorsión de placer y un abandono creciente. Y no podía evitar pensar que ese tipo de intimidad era tan deseada, tan anhelada porque también era algo excepcional.

—Si te viera día sí y día también, nuestra vida cambiaría —expuso más tarde Isabelle mientras estaba recostada sobre mi pecho.

—Solo si lo permitiéramos —contesté—. El truco está en mantener la llama de la pasión.

—Adoro tu ingenuidad, *mon jeune homme*, y que creas en todos esos ideales quijotescos fantásticos sobre las parejas. Si quieres seguir manteniendo tales fantasías, que son estupendas, no vivas nunca con nadie, nunca tengas hijos e, indudablemente, no lo formalices con el matrimonio. Pero harás todo eso, igual que lo hice yo, porque no se trata tan solo de que sea lo que se espera de nosotros, sino de que nos aseguramos a nosotros mismos que es lo que queremos.

—Pero el amor con alguien al que consideras…

—«¿El verdadero y único? ¿El amor de mi vida? ¿Mi alma gemela?». Yo, en particular, creo que lo último es lo más dudoso. Pensamos que hemos encontrado a la pareja ideal para

acompañarnos en este viaje difícil que es la vida… Y luego descubrimos que lo que queremos en un determinado momento ya no es lo que antes anhelábamos. Las necesidades cambian. También lo hace la percepción que tienes del otro… De la misma forma que la persona a la que has jurado amor eterno tiene sus propias dudas sobre ti. ¿Doy la sensación de ser alguien a quien le han roto las ilusiones? En absoluto. Porque empecé mi matrimonio con Charles muy enamorada, pero consciente de que el matrimonio es un contrato social con muchas cláusulas complementarias y mucha letra pequeña. Sobre todo cuando la familia a la que te unes tiene una visión del mundo perteneciente al siglo XVIII en la que todo el mundo ocupa un lugar según las sentencias y dictados tradicionales. Aún compartimos el amor y, ocasionalmente, un rato apasionado. Pero no como esto, no como nosotros. Que es por lo que no te puedes marchar dentro de cuatro días.

—Secuéstrame entonces —espeté.

—¿Te gustaría?

—Por supuesto. Quítame el pasaporte. Enciérrame aquí dentro. Tu esclavo del amor, saliendo solo para tomar aire puro y pastís.

—No hay aire puro en París. El pastís es algo que debes beber en Marsella. Y los esclavos del amor inteligentes se aburren rápidamente. Y huyen.

—Volveré.

Me sujetó por los hombros con fuerza, con la cara contraída.

—¿Me amas, Samuel?

—Rotundamente.

—¿Incluso después de lo que has visto esta semana?

—Especialmente después de lo que he visto esta semana. Si te dijera que eres aquello que siempre he deseado…

—Yo respondería que seguiré siendo todo lo que siempre has deseado, siempre y cuando no vivas conmigo. Que es por lo que se me va a partir el corazón dentro de dos días cuando te tenga que decir adiós, y por lo que quiero que te vayas. Porque es la única forma en que acabarás volviendo.

Isabelle se fue a las diez de la mañana. Estábamos de vuelta en la cama a las cinco. Estaba levantada y vestida y acompañándome a la puerta a las siete. Al día siguiente, volvimos a la cama a (qué sorpresa) las cinco de la tarde. Sobrepasamos treinta minutos

nuestro tiempo juntos, ya que Isabelle se fue a las siete y media. Mientras bajábamos las escaleras, le pregunté:

—Ya que mañana es la última vez que vamos a estar juntos hasta dentro de muchos meses, ¿podríamos salir a cenar fuera?

Me citó a Jacques Prévert, un escritor destacado en los años cincuenta, que una vez mencionó: «*Paris est tout petit*».

—Si escogemos un restaurante cerca de aquí, me van a ver contigo —aseveró.

—Vayamos a uno en un distrito más alejado. ¿Conoces a alguien en el 19?

—No he ido nunca al *dix neuvième*.

—Entonces descubrámoslo juntos.

—Pero allí no hay nada.

—¿Cómo lo sabes si nunca has estado?

—De la misma forma en que puedo percibir que en la Antártida no hay más que nieve y hielo sin tener que haber estado nunca. Aun así, no podría ir porque este fin de semana debo unirme a Charles para acudir a un asunto familiar en Normandía. Lo que significa que tengo que irme con Émilie y la niñera sobre las seis. Por lo tanto, ¿podríamos vernos a las tres?

—¿Tengo otra alternativa?

—No te lo tomes así.

—¿Por qué no? Solamente estoy durante una semana aquí. Podrías haberte inventado una excusa y decir que no podías ir este fin de semana y haber pasado otros dos días conmigo. Sé lo que vas a decir; esta es la forma en que las cosas funcionan entre nosotros. *Un cinq à sept*. Y lo acepto. Tal y como he aceptado todo lo demás durante esta semana.

—No es justo.

—De hecho, es muy justo. Me he mostrado paciente, empático y comprensivo mientras tú sorteabas este asunto escabroso. No te estoy pidiendo un *quid pro quo*. Sin embargo, me dejas muy claro que tan solo soy una nota al pie en tu vida.

—Sabes que no es cierto. Te he confesado tantas cosas estos últimos días. Y pensaba que tú habías llegado a aceptar nuestro acuerdo.

—Evidentemente, lo he aceptado. Pero tú impones todas las normas, Isabelle. Cuándo te puedo ver, cuándo no. Tú puedes

decidir venir en medio de la noche para rogar que te perdone. Y te lo concedo y vuelvo aquí contigo. Consigues todo lo que quieres de mí. Te pido tan poco. Seguramente podrías haberle dicho a tu marido millonario que este fin de semana te quedabas en París. Pero déjame adivinar: hay una gran reunión en el *chateau* familiar de Normandía y, como la buena esposa del banquero aristócrata que eres, debes mantener las apariencias, incluso después de que tu marido y su espantosa madre te encerraran en el ala de psiquiatría…

—Me da igual lo que piense su madre, fue Charles quien me llevó a ese hospital y aprobó los tratamientos de choque para que mejorase y para proteger a Émilie. No me encerró. No me alejó de mi hija. Y, aunque no ha derrochado empatía, tampoco me ha dado la espalda, lo que, dados sus orígenes, resulta extraordinario. No cabe duda de que no quieres escuchar eso porque haría de Charles alguien complejo, con matices y no el cliché unidimensional, prepotente, frío y autoritario que quieres que sea. Ese cliché que te permite sentirte como un héroe trágico, rechazado por su amada que prefiere al viejo rico.

—Bueno, no cabe duda de que has mostrado tus cartas —señalé—. Así que por qué no me voy y te dejo con tu vida feliz y tu marido apasionado y tu…

Intentó alcanzar mi mano. Yo la aparté poseído por una rabieta.

Me cogió por los dedos y me llevó de nuevo a la cama.

—Te dije antes de que vinieras que los fines de semana eran inviables —replicó Isabelle—. Te aseguro que prefiero estar en la cama contigo a dar un paseo bajo la lluvia el sábado por la tarde con mi cuñada, una diseñadora de interiores cuya visión estética está aún anclada en el Versalles de Luis XIV. Pero es lo que hay. No te he prometido una cosa y luego he cambiado de opinión. Sabes cuáles son los límites… Pero también sé que te vas a seguir rebelando contra mí hasta que te enamores.

—*Estoy* enamorado.

Se inclinó y me besó.

—Y yo también. Y ahora tengo que irme a casa. Hasta mañana…

Mañana… Viernes. Tres de la tarde. *Quinze heures* en su idioma. Fuerte lluvia. El tercer día seguido con un tiempo gris. Había

pasado la mañana de la misma forma que había pasado la noche anterior: matando el tiempo de forma refinada. Cafeterías, librerías. Cafeterías, museos. Cafeterías, un cine. Cafeterías. París estaba inundada. Yo sentía que una agitación interna me arrasaba de nuevo. La desaparición de las posibilidades; la vuelta a Boston el domingo a las nueve y media de la mañana que no era negociable, y a la mañana siguiente, de vuelta a la rudeza de la Facultad de Derecho. Un sistema educativo con el que me comprometería durante los próximos dos años y pico antes de salir en desbandada para aprobar mi examen de acceso a la abogacía y establecerme dentro de alguna jerarquía jurídica corporativa, siendo la meta más habitual llegar a socio antes de los treinta. Una parte de mí se preguntaba: ¿por qué no obtenía la licenciatura y luego me iba a hacer algún tipo de voluntariado o algo tropical y húmedo durante unos cuantos años? Una temporada dando clases en el Alto Volta, o trabajando en un proyecto de tratamiento de aguas en Papúa Nueva Guinea. Fantasías pasajeras que sabía que no podía llevar a cabo. Aunque, como le había dicho a Isabelle cuando estábamos en la cama, me daba cuenta de que tenía cierta flexibilidad de elección siempre y cuando no me quedara atrapado dentro de las restricciones de la responsabilidad.

—Tu vocabulario, tu uso del idioma… son cada vez más ricos —me dijo Isabelle mientras estábamos tumbados tras el coito a lo largo de su cama.

Me puse a pensar que teníamos menos de noventa minutos antes de que tuviera que marcharse a su fin de semana familiar bajo los cielos grises de Deauville (o yo quería que, como mínimo, fueran tan grises y húmedos como lo habían sido los de París desde mi llegada). En dos ocasiones mientras estábamos haciendo el amor, había visto que Isabelle me penetraba con la mirada para luego apartar la vista con aires de preocupación y tristeza.

—¿Te estoy poniendo melancólica, triste? —le pregunté.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te veo afligida.

Fue en ese momento cuando elogió mi vocabulario perfeccionado y me preguntó si todos esos documentos jurídicos que estaba leyendo me estaban ayudando a ponerme las pilas con el léxico.

—La jerga legal es árida, con muchos detalles —aclaré—. Pero uno de los pocos beneficios que tiene es su léxico. A veces creo que descubrir nuevas palabras es mi forma de mantenerme cuerdo entre la trivialidad de todo lo que tengo que interiorizar.

—La traductora que llevo dentro da su aprobación. Mi padre solía decirme: «Tienes que aprender constantemente… Aunque sea algo sencillo como una nueva frase, el nombre de un lugar en el que nunca hayas estado, una calle con la que te hayas topado por primera vez».

—Creo que se llama curiosidad.

—Dime tres sinónimos de «curiosidad».

—¿Es un examen?

—Podría serlo. Venga, tres sinónimos que podría usar.

—Inquietud, interés, intromisión.

—Eso cubre todo un abanico de lo positivo a lo negativo.

—¿Acaso no lo hacen la mayoría de las palabras? Incluso algunas palabras amables como «bueno» vienen cargadas con matices: positivo, agradable, respetable, mejor, *recherché*.

—¿Y cuáles son los sinónimos de «distancia»?

—París, Boston.

—Intuyo una visión del mundo que está tomando forma.

—Lo que yo intuyo es demasiado tiempo hojeando un diccionario de sinónimos por culpa del aburrimiento y de la soledad.

—¿Por qué te sientes solo?

—Porque tú estás aquí en París, lejos de mí.

—Encuentra a alguien allí entonces.

—Ya te lo he dicho: no tengo tiempo para «alguien allí».

—¿Ni siquiera para el sexo?

—Eso conlleva mucho trabajo.

—No es tanto trabajo.

—Te sorprenderías. El sexo en Estados Unidos es más transaccional.

—Estoy segura de que en una universidad tan cosmopolita como la tuya puedes encontrar a alguien a quien que le agrade la idea del sexo por el sexo.

—Pero eso no es esto; nosotros.

—Por eso mismo sería simplemente sexo.

—Si te propusiera que me vinieras a visitar a Boston…

—¿Y dejar a mi Émilie aquí? Imposible.

—¿Digamos que la traes contigo?

—¿Y me llevo también a la niñera para que cuide de mi hija mientras tú y yo hacemos el amor?

—Podríamos cuidar de ella nosotros mismos.

—Pero eso implicaría tenerla en la misma habitación mientras nosotros…

—¿No duerme ella en la habitación que compartes con Charles?

—Charles es mi marido; Charles es su padre.

—Y ella tiene apenas unos meses y no sabría exactamente quién estaba en la cama con mamá…

—Déjalo ya. No va a suceder. Así como tampoco nos vamos a ver fuera de París, fuera de este estudio, más allá de las últimas horas de la tarde. Hemos estado dando vueltas al tema sin parar toda la semana. Temo que te vayas de mi vida. El otro día, tras el incidente con el cenicero, pensé: «Se va a ir y nunca le volveré a ver». Ese pensamiento me destrozó, pero, cuando me presionas para que esto vaya a más, yo me alejo.

—Preguntarte si puedes visitarme no es exigirte que dejes a tu marido. Simplemente quiero hacerte saber que espero que no pasen meses hasta que nos veamos de nuevo. No me acuses de tentar a la suerte cuando, en realidad, estoy aceptando la situación.

La penetré hasta sus adentros, tomándola por la cabeza para que estuviera frente a la mía. Podía sentir cómo se tensaba y se contraía. La besé intensamente, penetrándola con más fuerza. Estaba rebosante de lujuria y deseo y tristeza con una pizca de ira que lo impregnaba todo.

—La gran cuestión es: ¿qué es lo que quieres tú? —le susurré.

Su respuesta fue hacer presión sobre mí, empujando y empujando hasta que llegó al orgasmo con un aullido sordo; yo hice lo propio instantes después. Después, un largo silencio. Y luego ella lo rompió diciendo:

—Dentro de unos años, de una década, recordarás estos momentos en esta cama y pensarás: hubo una época en la que podía llegar al orgasmo dos veces en una hora.

—Dice la mujer cuyo marido tiene cincuenta años.

—Has tenido que mencionarlo.

—Porque tú estabas, a tu manera, estableciendo una comparación.

Otro silencio.

—Aún no has contestado mi pregunta —repuse—. ¿Qué es lo que quieres?

Se sentó y encendió un cigarro.

—Cuanto más mayor seas, con mayor claridad lo verás; lo que quieres cambia todo el tiempo. Por eso es una pregunta que no tiene una sola respuesta. Todos decimos: «Quiero esto, quiero lo otro, te quiero a ti». La verdad es que no tenemos ni idea.

—Así que… ¿me quieres a mí?

—Por supuesto.

—Y, sin embargo, no me quieres.

—Oh, te quiero. Pero no tanto como para obviar la vida que me he creado, a pesar de los defectos que esta pueda tener en algunos niveles.

—Entonces quieres esa vida y no quieres esa vida.

—Eso es, exactamente. Y es por lo que la vida es una farsa, pero una, definitivamente, primordial. Porque es la única farsa que vas a tener.

Una hora más tarde, dejamos el apartamento. Eran las cinco en punto. Isabelle quería estar en casa en veinte minutos y en el coche con su marido y con su hija antes de las seis. Si todo iba bien, estaría abriendo la puerta de su castillo en Normandía a las nueve.

—¿Y qué vas a hacer esta noche, mi amor? —me preguntó mientras remoloneábamos durante unos instantes en el estrecho pasillo entre el patio y la puerta principal.

Me encogí de hombros y resistí la tentación de contestarle: «Desde luego, no voy a ir a un castillo como tú». Pero el rencor siempre deja un regusto terrible y le resta lustre a una apariencia digna. Lo mejor es interpretar el papel de hombre que puede manejar la vuelta de su apasionada amante con su esposo e hija. Le busqué la mano. Quería tomarla entre mis brazos y devorarla contra los buzones del pasillo, pero, cuando intenté acercarla, se puso rígida.

—Ya nos dijimos adiós arriba —recalcó—. Aquí abajo podría acceder al edificio alguien que conozca de Les Éditions de Minuit y vernos.

—Y hay que mantener las apariencias cueste lo que cueste.

Me soltó la mano.

—Sabes que así es como están las cosas.

—Sí, lo sé, y lo acepto.

Le tomé la mano de nuevo. Me la apretó con fuerza.

—No me gusta la idea de decirte adiós —confesó.

—Pero es lo que solemos hacer.

—¿Vas a volver este verano?

—Después de mis prácticas en Nueva York… Sí, puedo sacar una o dos semanas antes de volver a la universidad. ¿Supongo que estarás fuera todo agosto?

—Así son las cosas por aquí.

—Bueno, entonces… *On verra*.

—Tienes que volver —susurró.

—*On verra*.

—Deja el tono existencialista.

—Soy realista —contesté—. Quiero volver. Pero… *on verra*.

Se inclinó sobre mí y me besó suavemente en los labios. Cuando se volvió hacia la puerta empecé a seguirla.

—Deja que me marche yo primero —apuntó.

—¿Por si acaso Charles tiene espías apostados en la salida?

—Por si acaso me encuentro con alguien que conozca. Y no deberíamos estar discutiendo estas cosas en este momento, ya que, en cuanto cruce esa puerta, voy a empezar a añorarte.

—Porque has decidido que no puedes tenerme.

—Porque he decidido que no se puede eludir el destino propio.

—¿Y cuál es, si tienes a bien decírmelo, tu destino?

—Saber que tengo que mandarte de vuelta a tu vida en Estados Unidos, tu realidad americana, a la vez que sé que también te echaré de menos a diario… Y que me dará pavor que abras los ojos, encuentres a otra persona y me abandones.

—Eso es lo que se conoce como una contradicción —repuse.

—Todo nosotros estamos formados por contradicciones. Por eso el amor es tan difícil y tan necesario.

—¿Para intentar acallar las contradicciones internas?

Otro beso en los labios.

—Exacto, mi amor —dijo—. Pero todas esas contradicciones internas… nunca se acallan por completo, ¿no?

Una mirada rápida a su reloj.

—Se nos ha acabado el tiempo —me comunicó.

—Por ahora.

—*On verra*.

—*Je t'aime*.

Y antes de escuchar si yo le respondía con una declaración de amor parecida, se fue.

Tres semanas después de mi vuelta, recibí una carta de Isabelle:

> Hoy estaba traduciendo un poema de Pablo Neruda sobre la naturaleza etérea de los asuntos carnales y tuve unos pensamientos de lo más eróticos sobre ti. ¿Te puedo tentar a que vengas una semana este verano? Pienso en ti, en nosotros… y suspiro anhelándote.
>
> *Je t'embrasse très, très fort*
>
> —*Ton* Isabelle

Ton Isabelle.

Tu Isabelle.

Le contesté:

> Comparto los pensamientos eróticos. Me he topado con esta cita: «Es increíble como una idea pequeña puede absorber una vida entera». Totalmente cierto. Este verano estoy de becario en Nueva York. Trabajo hasta el 18 de agosto y podría estar en París a la mañana siguiente. Debo volver a Cambridge el 29 de agosto porque empiezo las clases dos días más tarde. ¿Podrías encontrar la forma de estar en París durante esa última semana de agosto? Espero que sí. Yo también te anhelo.

Dos semanas más tarde, otra postal de Isabelle:

> Reserva tu vuelo. Estaré en París el 20 de agosto, *mon jeune homme que j'adore*.

Yo le escribí:

> Estaré en el número 9 de la rue Bernard Palissy a las 17 h el 20 de agosto.

Eso fue a finales de junio. Ocho semanas más tarde, a días de mi llegada, no tuve otra opción que mandarle el siguiente telegrama:

> Me temo que debo cancelar mi visita para verte. Ha sucedido algo muy importante. Amor.

3

Amor.

Amor verdadero. Amor de verdad. Mutuo.

Correspondido.

Sin ataduras… Bueno, por el momento. Amor.

¿Lo estaba buscando?

¿Acaso no lo buscamos todos?

Amor.

Cerré mi telegrama a Isabelle con esa palabra, «amor», a sabiendas de que se podría entender de dos formas. Una despedida, aunque una que no iba seguida de mi nombre. Una omisión intencionada. Porque también estaba manifestando que ya no ansiaba una vida con ella porque la había encontrado en otra parte.

Amor.

Al día siguiente, un telegrama de París llegó al bufete de abogados de Nueva York en donde realizaba mis prácticas como respuesta:

> Los enigmas siempre van acompañados de matices reveladores. Supongo que cancelas porque te has enamorado por completo de alguien, pero no me lo quieres decir directamente. Si has encontrado el amor, me alegro de verdad por ti. De la misma manera que espero que esto no sea un carpetazo definitivo. Sabes dónde encontrarme.
>
> *Je t'embrasse…*

No respondí. No era necesario. Y sí, admito que en parte estaba satisfecho porque el enigma hubiera resultado un poco pasivo-agresivo. A mi vuelta a Estados Unidos después de esos días complicados en París, me había metido de lleno en mi vida como becario para intentar acallar mi desazón interior. Y, a pesar de que habíamos intercambiado alguna postal o carta aquí y allá (y hecho

planes para nuestro encuentro a finales de agosto), una parte de mí seguía pensando que estaban abocados al fracaso. Y yo quería y merecía más.

«Quería más».

¿Alguna vez te has planteado cómo esa afirmación dicta la trayectoria de tu vida íntima? ¿La necesidad de algo más allá de lo que tienes en la actualidad? ¿La creencia de que debe haber una versión mejorada del amor que persigues; un baluarte para plantar cara a toda la incertidumbre de la vida?

Así que, sí… Quería más. Y sí, una parte de mí estaba secretamente enfadada con Isabelle por no querer darme más. «Te quiero y ahora me voy a casa con mi marido, el padre de mi ansiada hija» nunca es la mejor forma de despedirse de un amante que se queda deambulando de noche por la calle. Sin embargo, por otra parte, podría argumentarse con tino que yo había participado en ese ardid romántico. Entonces, ¿para qué oponerme a las normas que no me gustaban pero que aceptaba de todas formas?

Ese es el dilema contra el que había estado luchando desde mi vuelta de París. A pesar de los significados ocultos provocativos y los chispazos dramáticos, la sensación de una pasión verdadera no se había disipado. Pero era un espacio que tan solo ocupábamos durante algunas horas al final del día laborable. Estaba separado de todo lo cotidiano, eso es lo que lo convertía en algo excepcional y alejado de la vida compartida que yo decía querer encontrar.

Había empezado a escribir muchas cartas (cartas arrugadas y lanzadas a la papelera más cercana) en las que había escrito diferentes versiones de la misma queja: que, a pesar de que ella lo era todo y que, en cierto modo, yo estaba locamente enredado con ella, ella siempre sería inalcanzable. La verdad sea dicha, me dolía en lo más profundo de mi ser, pero, como solía razonar tras escribir las diferentes variantes con mi máquina de escribir, ella lo sabía. Y que yo lo pusiera por escrito no iba a cambiar su mentalidad, sus razones cuidadosamente argumentadas para mantenerme dentro del decorado doméstico que se había construido. Así que, en su lugar, le envié una serie de novedades agradables y entrañables sobre mi vida; siempre con algunos toques de deseo erótico aquí y allá, y recordando que quedaba poco para finales de agosto. En sus cartas charlaba de manera serena y me explicaba que la vida se había

estabilizado, que Émilie era maravillosa y que Charles «estaba bien». También escribió lo siguiente:

> Y sí, sigo pensando tenerte dentro de mí y me descubro deseando coger un avión a Boston o a Nueva York, pero sé que es imposible siendo Émilie tan pequeña. Cómo me gustaría convencerte para que sacaras tiempo y vinieras algunos días en cuanto acabes los exámenes.

Pero sabía que yo había aceptado unas prácticas en Larsson, Steinhardt & Shulman. Comenzaba obligatoriamente el lunes después de mis exámenes finales. Era un trabajo prestigioso para un bufete líder de altos vuelos, un trabajo de verano bien pagado: setecientos cincuenta dólares a la semana. Encontré una habitación en un apartamento de Morningside Heights compartido con varios estudiantes de Derecho de Columbia. Mis compañeros de piso también trabajaban jornadas de doce horas. El chico al que subalquilaba la habitación estaba pasando esos tres meses en el Tribunal Supremo. En Larsson, Steinhardt & Shulman me tocó con Mel Shulman, el socio con más antigüedad y alguien que disfrutaba de «un buen contrato conflictivo». Estaba especializado en pleitos, pero también hacía sus pinitos en el turbio derecho sucesorio. Sin duda, era de la vieja escuela y no era nada rimbombante. Me otorgaron un cubículo junto a su oficina, donde me deleité encontrando flaquezas estructurales y constructos erróneos en documentos aparentemente inmaculados. Esos elementos sutiles en un testamento que daban margen de maniobra a nuestro cliente para poder impugnar aquello a lo que Mel Shulman había llamado la «manipulación de la herencia». El trabajo era muy minucioso y riguroso y me lo tomé al pie de la letra. Preparé informes detallados para el señor Shulman sobre todos los asuntos que me mandaba investigar. Me animaba a hacer las veces de un detective jurídico; «riguroso, pero también creativo en lo relativo a lo retórico» y parecía contento con mi trabajo.

«En cuanto acabes en Harvard, aquí tienes tu casa», me dijo pasadas unas semanas del verano. Le di las gracias y no tuve ningún reparo en trabajar diez o doce horas al día. También hice hincapié en regresar al apartamento casi todas las noches a las nueve y quitarme el traje y volver a salir en pantalones cortos y en camisa

de trabajo para explorar los garitos de *jazz*, los pequeños cines y los tugurios del Upper West Side.

Unas tres semanas después de haber empezado mi trabajo, me encontraba hojeando *Village Voice* mientras cenaba comida japonesa en soledad en un pequeño antro de la calle 116 cuando me percaté de que había una doble sesión de Raymond Chandler en el cine New Yorker, en la 88 con Broadway. Era viernes por la noche. Tenía todo el fin de semana por delante y, sorprendentemente, había salido de la oficina a la razonable hora de las seis de la tarde, así que podría llegar con bastante tiempo antes del comienzo de la película a las ocho menos cuarto. Llevaba en mi bandolera un suéter como defensa contra el aire acondicionado y también un paquete de Gauloises de un cartón que había comprado en un sofisticado estanco de Madison Avenue. Me acabé mi plato de *tempura* y tomé el metro dirección sur hasta la calle 86. El New Yorker era un maravilloso palacio del cine con una marquesina *art déco*, un interior desgastado y un balcón donde se podía fumar. La doble sesión siempre valía tres dólares y esa noche echaban *El enigma del collar* con Dick Powell y *La llave de cristal*; dos rarezas. El lugar estaba medio vacío. Me senté justo en la primera fila del balcón. Me encendí un Gauloise y abrí mi ejemplar del *New York Times* de ese día y oí una voz detrás de mí:

—Un hombre que fuma Gauloises y que no lleva lentes oscuras en el interior.

Me giré y me encontré a una mujer de mi edad. Pelo castaño, ojos color avellana, una sonrisa inteligente, hermosa de manera discreta, sobria. Le sonreí.

—¿Quieres uno de mis franchutes? —pregunté.

—Según mi padre (un veterano orgullosamente perturbado de Cuerpo de Marines de los Estados Unidos), para los soldados un franchute era sinónimo de condón.

—Bueno, mi padre también fue un marine trastornado, pero dado que es un baptista redomado de Indiana, nunca tuvo relaciones sexuales durante la guerra.

—Es obvio que tuvo una después.

—Tal vez en un par de ocasiones.

—¿Estás seguro?

—Bueno, soy hijo único.

—Se pone interesante la cosa.

Se apagaron las luces.

—Gracias por el franchute —dijo, rozándome levemente el hombro.

El enigma del collar había quedado muy anticuada: una película de serie B de cine negro repleta de malas actuaciones. Seguí el argumento, pero estaba embobado pensando en mi sucinta interacción previa.

—Bueno, no es *El sueño eterno* ni por asomo —aseveró mi vecina cuando pasaban los créditos.

—Pocas se asemejan —dije mientras se encendían las luces.

—Así que… ¿un aficionado al cine como yo?

—Cuando el tiempo me lo permite.

—¿Y cuando no es así?

—Me paso el día inmerso en libros de derecho.

—Hay cosas peores en las que estar inmerso.

—¿Como cuáles?

—Embalsamar, trabajar en una funeraria. Contabilidad de costes, análisis actuarial. Ser proctólogo. ¿Te importa si te cojo otro de tus franchutes?

—Solo si me dices tu nombre.

—Rebecca. ¿Y el tuyo?

—Sam.

—Sam, el de los elegantes cigarrillos franceses. Déjame adivinar, los compraste en París, donde estuviste durante algunos meses antes de volver a casa para seguir el sueño americano de una vida segura.

—Gracias por constreñirme a un cliché cultural.

—¿No dijo George Orwell que todos los clichés son, en esencia, verdaderos?

—Qué buena cita. Y déjame adivinar: tú acudiste a Sarah Lawrence o a Hampshire o a una de esas universidades vanguardistas y extravagantes y trabajas en un lugar muy esnob y elegante como el *Paris Review* o el *New York Review of Books*.

Las luces se estaban atenuando para dar paso a la siguiente película.

—Soy abogada.

Y así era según me contó en un tugurio al que me llevó en

Broadway con la 83. Rebecca Wilkinson había crecido en Nebraska, hija de un profesor de literatura exiliado desde Nueva Inglaterra a una universidad estatal. Su madre era una poeta muy apreciada a nivel regional que había tenido una gran crisis mental diez años antes, justo cuando Rebecca había comenzado su etapa de adolescente, y había entrado y salido de hospitales psiquiátricos desde entonces.

—Papá bebe, mamá sufre ataques de nervios, yo soy su única hija. Hui.

Nueva York siempre fue su sueño, su vía de escape de las provincias y de la desesperanza familiar, su Moscú. Obtuvo una beca para Barnard, donde le fue genial. Obtuvo una beca para estudiar Derecho en Columbia y hasta cinco bufetes de alto postín le ofrecieron un puesto como asociada tras graduarse. Ella eligió unirse a Millbank, Ritter & Cage, en donde había una mezcla de clientes corporativos de alto nivel con una cantidad considerable de trabajo altruista para causas sociales.

—Como es mi primer año allí, no me han dejado a cargo de ninguno de los trabajos interesantes relacionados con la pena de muerte, ni con las acusaciones de racismo institucionalizado contra blancos en Alabama que han aterrizado en mi escritorio. Hay que conocer los entresijos corporativos y aceptar su dinero. Ya sabes de qué va esto: sígueles la corriente durante los próximos ocho años mientras seas asociado, crea tu lista de clientes, factura muchas horas para demostrar que eres rentable… Cuando tengas treinta y pico conviértete en socio y comienza a decidir qué quieres hacer con tu vida.

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

—Convertirme en la mejor abogada defensora que lucha por una causa justa de mi época, liberar a hombres y mujeres condenados por errores en la justicia, destapar actividades ilícitas corporativas de gran calibre. Rebelarme. Conocer al hombre de mi vida y tener un par de hijos, pero sin dejar de lado una vida laboral completa y fantástica. Tal vez tomarme seis meses sabáticos y vivir en París, como hiciste tú. Si anunciase a mis jefes que quiero huir contigo a París durante seis meses… *Au revoir* a la posibilidad de ser socia. Pero quizá debería esquivar toda esa seguridad en potencia y vivir en la *rue*… Dime una calle de París.

—Rue Bernard Palissy.

—Descríbemela: sus características, sus dimensiones, sus edificios y tiendas, el barrio…

Intenté hacer lo que me pedía sin insinuar ninguna implicación personal con el lugar. Su respuesta:

—¿Así que la mujer de la que estás enamorado vive allí?

—¿He hablado de amor? —pregunté.

—No es necesario.

—¿Acaso soy tan transparente?

Se encogió levemente de hombros, sonriendo irónicamente otra vez.

—¿Vais muy en serio?

—Era un acuerdo. Un acuerdo apasionado.

—¿Era? ¿Entonces se ha terminado?

—Se ha terminado —contesté, pensando al mismo tiempo: ¿acabo de decir una verdad a medias? ¿Una mentira? O, tal vez, una ambición: encontrar una manera de evitar el dolor silencioso que llevaban consigo la mayoría de pensamientos sobre Isabelle. Sentado frente a Rebecca, con quien llevaba unos treinta minutos hablando, ¿estaba ya planeando una ruta de escape emocional? ¿A menudo nos enamoramos porque es el momento adecuado y porque queremos curar las heridas de una pasión que no fue como queríamos que fuera, a pesar de que, tal y como la experiencia empezaba a enseñarme, cuando se trata de asuntos del corazón, la narrativa siempre se desvía de lo que una vez te imaginaste?

—¿Terminado de verdad? —inquirió Rebecca.

—¿Cuándo se acaba de verdad algo así?

—No tengo nada que objetar al respecto.

Estuvimos sentados en la barra bebiendo hasta las dos de la mañana; la conversación fluía con facilidad y nuestra interacción era reconfortante a la par que excitante. No hay que subestimar nunca la carga erótica de una conversación inteligente con alguien que te ha gustado desde el primer minuto y de quien estás recibiendo una respuesta conforme. Ella insinuó que acababa de poner fin a algo importante.

—Vengo del mismo sitio que tú —aseguró—. Hablando desde mi experiencia, acabas sufriendo una úlcera de estómago grave. Pero, igual que tú, no voy a decir nada al respecto… Al menos de

momento. Excepto que es muy reciente y que no quiero caer en eso de nuevo.

Descubrí que vivía en el Upper East Side.

—Es un barrio acomodado, pero tengo una ganga increíble y, en realidad, el barrio aún tiene retazos del Nueva York del pasado. Tal vez te invite alguna vez… si quieres seguir con esta conversación y ver a dónde nos lleva.

—Sí, me encantaría.

—¿Te parecería poco romántico si te doy una tarjeta de visita, como los japoneses?

—*Kanpai*. ¡Salud! —pronuncié la única palabra japonesa que conocía.

Sacó un bolígrafo y escribió un número en la parte trasera.

—Este es mi número fijo. Tengo un contestador automático por si no estoy en casa, algo indispensable en Nueva York, y comparto secretaria en el trabajo con otros cinco asociados.

—No te quepa duda de que si estás fuera te llegará un mensaje.

—Eso es si te dignas a llamarme.

—¿Te estoy dando a entender de alguna forma que no lo voy a hacer?

—Todavía no me has dado tu teléfono.

—Porque estaba esperando a que tú terminaras de darme el tuyo.

—O eso dices.

—¿Por qué ese tono de duda?

—Demasiadas decepciones.

—Intentaré no decepcionarte.

—Eso es lo que dicen todos.

—No soy «todos».

—¿Cómo se dice «ya veremos» en francés?

—*On verra*.

—Me gusta como suena. ¿Tu amiga, la de la rue Bernard lo que sea, usaba esa palabra a menudo?

—Sí, la usaba. —Podría haber añadido que era su concepto favorito, su visión del mundo y, como tal, una expresión que siempre usaba.

—*On verra* —dijo Rebecca, probando la expresión de nuevo—. Tiene una musicalidad agradable. Y es tan francés. ¿Me llevarás a

París?

—¿No crees que primero tendríamos que cenar juntos?

—*Touché*. Sigo esperando tu número de teléfono.

Escribí el teléfono de la centralita principal de Larsson, Steinhardt & Shulman. Le expliqué que la recepcionista era bastante tradicional y que no le agradaban las llamadas ni los mensajes para los becarios de verano. Y que el teléfono del apartamento donde subalquilaba una habitación no tenía contestador automático.

—Yo me ocuparé de la recepcionista estalinista de tu bufete. Acompáñame al taxi… Y, dado que mañana es sábado y no creo que tengamos que jugar a «necesito esperar cuarenta y ocho horas para no demostrar demasiado interés», por qué no me dices dónde vamos a ir a cenar y luego yo te sugiero que vayamos a la sesión de las once de la noche en el Village Vanguard. ¿Conoces a Bill Evans?

—La verdad es que no.

—Tienes una gran carencia educativa. Sugiere un restaurante, me vale cualquier cosa barata y animada.

Mencioné Asti's, un pequeño antro en la calle 12, no muy lejos del Vanguard.

—¿Mañana a las ocho?

—Me agrada la idea de un colega del Medio Oeste que desdeña la idea de que la cena tiene que ser a las cinco y media de la tarde. Quedamos así. Acompáñame a coger un taxi, necesito dormir.

Fuera del tugurio, detuve un taxi amarillo que iba a gran velocidad. Frenó de forma súbita, con ese estilo kamikaze que parece exclusivo de todos los conductores de Nueva York.

Rebecca me atrajo hacia sí y me besó sin rodeos ligeramente en los labios.

—Déjame poner a prueba mi pésimo francés —me dijo mientras me rodeaba el cuello con los brazos.

—Adelante —respondí besándola.

—*Je suis ton destin*.

Y, después de ese último beso, se fue.

Anduve treinta manzanas de vuelta a mi piso subalquilado al tiempo que iba rememorando todo lo que acababa de suceder.

«Soy tu destino».

Mientras me dirigía al norte de Broadway, iba pensando: decides en el último momento ir a una sesión doble de cine negro, escoges

sentarte en la primera fila del balcón, eliges un asiento determinado, te enciendes un pretencioso cigarrillo francés y, detrás de ti, encuentras a la mujer más locuaz y divertida. También sola. También, por lo visto, soltera…

¿Es esto lo que se conoce como casualidad: la música aleatoria, accidental y fortuita que crean las circunstancias y el azar que podría dirigir de manera repentina toda tu vida por un camino completamente diferente?

¿Y por qué, durante todo el trayecto a casa, estuve pensando si era la mujer que he estado buscando? ¿Porque era cierto? ¿Porque quería que fuese cierto? Aún sin saber absolutamente nada sobre ella…

La noche siguiente cenamos juntos. Hablamos sin cesar. Fuimos a la sesión de las once de la noche de Bill Evans en el Vanguard y su genialidad me dejó tan enmudecido que nos quedamos a la actuación de la una de la madrugada. Cuando salimos a la calle casi a las dos y media de la mañana, Rebecca me cogió de la camisa y dijo:

—A excepción de las dos magníficas horas de piano, hemos estado hablando sin parar desde las ocho de la tarde. Y lo que ha pasado entre nosotros ha sido cuando menos maravilloso. ¿Nos esfumamos ahora *chez moi*?

Podría haber dicho tantas cosas en ese momento, en especial sobre el estilo tan directo de Rebecca, sobre que era evidente que le gustaba tener el control. Pero me quedé embelesado de esa manera en que los hombres se embriagan cuando son deseados. La adulación te abre todas las puertas. Añade a esto una conversación inteligente con una mujer brillante y encantadora, que me hacía reír y de la que resultaba obvio que era fácil enamorarse. Sobre todo porque era de mi edad, estaba disponible y, como yo, deseaba una relación seria.

—Esfumémonos —contesté mientras la tomaba entre mis brazos y le daba nuestro primer beso apasionado.

Su apartamento estaba en un edificio sin ascensor de la calle 85 Oeste, entre Lexington y la Tercera. Era pequeño y estaba decorado sin entusiasmo, casi aséptico, pero minuciosamente organizado y limpio. Me observó mientras lo contemplaba, lo evaluaba.

—No juzgues un libro por su cubierta —dijo mientras me atrajo

para sí.

—¿Soy tan transparente?

—Totalmente. Lo veo todo.

Y caímos en la cama.

Ambos acabábamos de estar bebiendo durante seis horas seguidas, lo que provocó que nuestra primera vez haciendo el amor fuera una chapuza; no hubo nada de fuego ni de pasión. Apenas duró unos minutos antes de que Rebecca cayera sobre mí emitiendo una especie de gemido ambivalente. Cuando recuperé el sentido, ya era bien entrada la mañana y olía a café. Rebecca salió de la diminuta cocina desnuda, con una jarra de café y dos tazas entre las manos.

—Buenos días —me saludó con una voz llena de la confusión de la mañana siguiente—. Me parece que necesitamos cafeína italiana.

—A mí también.

Se sentó a mi lado en la cama. Nos bebimos toda la cafetera y luego la tiré de nuevo a la cama. Tuvimos sexo de resaca; muy fatigados, pero con la necesidad de demostrarnos algo el uno al otro. ¿Quién dijo una vez que la historia de todas las relaciones íntimas se escribe durante la primera semana; que todas las señales acaban surgiendo durante esos primeros días? Gracias al impulso de querer ser amado, tiendes a obviar ciertas verdades evidentes y a aceptar la emoción amorosa de todo ello. No es que hacer el amor con Rebecca fuera una catástrofe. O, yéndome al extremo opuesto, algo banal. Al acto tampoco le faltaba intensidad. La noche anterior, durante la cena, Rebecca me había contado que había sido capitana del equipo de *lacrosse* de Barnard; que le gustaban los deportes por su «dureza competitiva».

Dureza competitiva.

Era un buen resumen sobre el sexo con Rebecca. Era desordenado, escandaloso, a veces salvaje, a veces simplemente tosco. Pero, a diferencia de Siobhan —quien era casi carnívora—, reflejaba una profunda necesidad y una soledad igual de intensa, y yo respondía inmediatamente a su ferocidad. Porque reflejaba por completo la soledad que yo también sentía.

Si con Isabelle el curso de la historia había sido largo e intrínsecamente sensual antes de hacer el amor —contenido, exploratorio, que crecía hasta llegar al éxtasis—, entre Rebecca y yo

había *rock and roll*, pero con un regusto de tristeza. Me di cuenta de ello cuando escondió la cara en mi hombro mientras sollozaba en silencio durante unos instantes.

Cuando le susurré «¿Puedo hacer algo por ti?», su respuesta (puesta en perspectiva) fue totalmente reveladora:

—No me dejes nunca… Incluso si se me va de las manos.

—¿Por qué se te va a ir de las manos?

—Porque soy mi peor enemiga.

—Qué inquietante.

Me acarició la cara.

—No si descubres cómo manejarme.

Eso también era muy propio de Rebecca: no intentaba esconder las cosas malas. «Lo tomas o lo dejas».

Su franqueza me parecía embriagadora. Una parte de mí quería igualarla con la mía propia; me dije a mí mismo que juntos podríamos calmar la soledad interior de alguna manera. Toda esa loca certeza en tan poco tiempo. Pero también eso era amor. La prisa por creer que ella era todo lo que yo buscaba; que, tras unas pocas horas, nos habíamos adentrado juntos hacia algo extraordinario.

Las siguientes semanas pasamos prácticamente todas las noches en su apartamento. Tanto que acabé avisando con antelación para dejar mi subalquiler y trasladé mis escasas pertenencias a su diminuta casa.

Aquí van unas cuantas cosas que enseguida aprendí sobre Rebecca:

Le encantaba el sexo a primera hora de la mañana sin falta, e incluso aunque yo hubiera estado trabajando hasta tarde, me despertaba con un empujoncito, buscando un éxtasis instantáneo y rápido. Así como también le gustaba hacer el amor al menos tres veces a la semana por la noche temprano cuando llegaba a casa de la oficina y necesitaba «un antídoto sexual contra toda la banalidad del día».

Organizaba minuciosamente su vida y el sexo. Estaba de acuerdo con la manera en que me había adaptado a su manía de que todo estuviera en su lugar: colgar las toallas del baño de una determinada manera; garantizar que todas las copas de vino estuvieran alineadas según su tamaño; que las revistas colocadas en

abanico sobre la mesita auxiliar estuvieran en el orden correcto. Pese a esa necesidad de controlar todo lo doméstico (algo de lo cual ella misma se burlaba con facilidad), tenía un lado decadente fantástico. Un lado «Veamos cuatro películas este fin de semana» o «Vayamos a tres conciertos de *jazz* hasta las cuatro de la madrugada» o «Recorramos los tugurios del Lower East Side». También le encantaba visitar librerías y me llevó a sus tiendas de discos de *jazz* preferidas cerca de Columbia y hacia Waverly Place.

Ese era otro aspecto que me causaba una atracción profunda e instantánea: había adoptado con mucho gusto su estatus como neoyorquina de adopción. Sin embargo, se veía a sí misma como una bohemia y odiaba cualquier cosa relativa al ascenso social. Estaba obsesionada con todos los elementos de la justicia social —ya estaba tratando de vincularse a un caso sobre derechos de los homosexuales que impugnaría la ley vigente del estado de Nueva York relativa al impuesto de sucesiones para las parejas de hecho del mismo sexo—. Le horrorizaba la decisión del Tribunal Supremo de respaldar la pena de muerte y estaba «fervientemente» decidida a liderar la batalla legal contra sus injusticias derivadas.

«Pasión». Su palabra favorita. Era una gran apasionada de tantas cosas. Sobre todo, como me recordaba la mayoría de días, de «mí».

Era lo mejor que le había pasado nunca, el hombre que siempre había soñado conocer. Hablamos sobre cómo sortear todas las tentaciones evidentes de ser socios en un bufete; cómo, quizá con el tiempo, podríamos crear nuestro propio bufete alternativo: joven, superinteligente, progresista, que aboga por las causas perdidas. Oh, cuántos planes teníamos después de apenas unas pocas semanas rápidas juntos… Rebecca afirmó sin lugar a dudas que querría tener hijos, pero que los criaríamos por debajo de la calle 14 y evitaríamos todas las tentaciones del extrarradio a las que aún sucumbían tantísimas parejas. Pero esperaríamos tres o cuatro años antes de tener hijos, hasta que Rebecca cumpliera los treinta… Para entonces ya tendríamos nuestro bufete de abogados propio, sin debernos a ninguna infraestructura corporativa más que a la nuestra; decididos a que nuestra vida profesional y personal fuera completamente original e independiente.

Planes, planes.

A Rebecca le encantaban los planes.

Porque Rebecca necesitaba orden. Porque todo en su vida antes de llegar a Nueva York había sido un desorden, sus dos padres intelectuales habían decidido «vivir en una eterna comuna» en lo relativo a la vida doméstica y a la crianza de su hija.

—A mis padres les encantaba el caos. Mi madre trabajaba en nuestro ático, un estudio diminuto que daba la sensación de no haberse limpiado en cinco años, se negaba a tener un lavavajillas y, cuando tenía siete años, me dijo que si quería ropa limpia y planchada a partir de entonces, tendría que aprender a usar la lavadora y la plancha. Papá era peor, aún más desordenado. Creo que no les vi comprarse ropa nueva en diez años. Su lema era «usarlo hasta que se caiga a pedazos». Cultivar verduras en el jardín y vivir de ellas. Obsesionarse con la creación de su propio montón de compost. Utilizar periódicos antiguos en vez de papel higiénico, ¿cómo íbamos a dañar a los árboles limpiándonos el culo con ellos? Dejarse llevar por el áshram y fruncir el ceño ante cualquier cosa concerniente al dinero…

—Pero es evidente que has heredado de ellos el interés por la justicia social —afirmé.

—Totalmente. Pero también han hecho que necesite vivir con un gran nivel de organización y con objetos agradables a mi alrededor. Este apartamento es un subalquiler. Y odio lo aséptico que es. Pero ahorré siete mil dólares el año pasado y quiero tener otros diez mil en mi cuenta antes de Año Nuevo. Y tengo otros quince mil en un banco de Omaha de la herencia de mi abuelo. Si lo junto todo podré pagar la mitad del precio de un apartamento de dos dormitorios en el West Village. Ya he elegido el lugar. Justo al lado de University Place y la calle 11. Con un cincuenta por ciento de financiación, la hipoteca y los gastos me salen por unos quinientos veinticuatro dólares al mes. Pero el año que viene cobraré ochenta mil dólares. Mis padres siempre les decían a sus amigos alternativos: «Rebecca se está rebelando contra nosotros al entregarse el derecho corporativo con sus retribuciones altas…». ¿Crees que hablo demasiado sobre el dinero y sobre cómo puede serme útil?

Me reí y le contesté:

—Como alguien que se crio en la casa más austera y aburrida de Indiana, y a eso nadie me gana, me hace muy feliz acogerme a un mejor porvenir junto a ti.

Planes, planes. Llevábamos dos meses de romance y ya estábamos planeando el futuro: que haríamos turnos para visitarnos todos los fines de semana en Nueva York y en Boston; que aceptaría el puesto como asociado ofrecido por Larsson, Steinhardt & Shulman y me mudaría de forma permanente a la ciudad (al piso que Rebecca habría comprado a una cooperativa al año siguiente) y, a corto plazo, que cancelaría mi viaje a París previsto para finales de mes.

Amor.

Decidimos no tener secretos entre nosotros; velar siempre por una claridad y una honestidad total entre nosotros. Por eso Rebecca me contó todo sobre el socio de otro bufete de abogados de cincuenta años, Stephen Maidstone, con quien había tenido una aventura muy intensa durante casi un año… Y que había terminado cuando su mujer se había enterado de todo.

Decir que Rebecca había apostado por esa relación era quedarse corto, algo que ella también admitía.

—Steve me dijo que era el amor de su vida.

—¿Y tú opinabas lo mismo sobre él?

—¿Lo dices porque a ti te he dicho que eres el amor de mi vida?

—Quizá…

—Steve era extraordinario. De facha corporativa y conservadora. Pero salvaje en privado.

¿Quería escuchar esto?, me pregunté para mis adentros mientras ella ensalzaba a este miembro de la junta directiva del Scarsdale Golf Club, un hombre poco interesado en la cultura, que rara vez leía nada más allá de documentos legales, pero que se convertía (a ojos de Rebecca) en Henry Miller cuando tiraba el traje y la corbata de Brooks Brothers al suelo de ese mismo apartamento donde yacíamos desnudos en su estrecha cama doble.

—Sé que suena absurdo; estaba tan unida a un hombre al que una tabla actuarial le parecía literatura erótica y por quien desarrollé una obsesión estúpida… Que ahora veo que fue una retorcida transferencia de papi… Arremeter contra mi despreciado padre *hippie* dedicándome en cuerpo y alma a un estirado por antonomasia.

Yo evité hablar sobre mi pasado más reciente. Si hablaba sobre la vida en París, pondría en peligro muchas cosas que francamente

no quería echar a perder. Sobre todo si expresaba la gran tristeza que sentía en determinados momentos importantes.

Me preguntaba cómo podía estar enamorado de Rebecca y, al mismo tiempo, estar preocupado para mis adentros por Isabelle… Era consciente de que Rebecca era la mujer de la que me tenía que enamorar porque era, a todas luces y en muchos aspectos, la mejor opción; suponiendo que se pueda elegir cuándo enamorarnos. Y estaba haciendo un análisis jurídico de nuevo, aunque también me repetía que estaba destinado a conocer a esta mujer… Y con quien era realmente posible tener un futuro.

Tras releer ese último párrafo no puedo dejar de sorprenderme de mi gran certeza; mi decisión de que debía aceptar la agenda romántica que Rebecca estaba creando para nosotros tras tan solo unas semanas, pero de cuya creación (la verdad sea dicha) yo también era cómplice. Sí, es posible que una parte de mí pensara que todo estaba sucediendo muy deprisa y que estaba contribuyendo a esa *grande vitesse* porque me había convencido a mí mismo de que efectivamente era lo que deseaba; de que era el destino correcto para mí.

¿Estaba ignorando deliberadamente todo lo que estaba frente a mí? Aparte de ser una obsesa del control —algo de lo que ella era consciente y se tomaba con humor—, en realidad, no veía nada que me enviase señales de advertencia funestas del tipo: «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!». Sí, estaba el hecho de que el sexo, aunque siempre fue sólido, nunca se acercó a lo sensual, pero a ella le gustaba y lo buscaba habitualmente. No podíamos creer la suerte que habíamos tenido, nos animábamos mutuamente y parecíamos entender cuando el otro necesitaba apoyo de manera desesperada. Parecía que convivíamos bien en su pequeño espacio y comprendíamos que ambos necesitábamos nuestro espacio. Hablábamos sin cesar. Y cuánto deseábamos ambos que esta relación saliera adelante; en qué medida creíamos que si todo salía bien, muchas de las dudas y temores de nuestro interior se verían aplacados.

Con ánimo de ser transparente, le acabé contando todo sobre Isabelle. A su favor, Rebecca nunca fue prejuiciosa, ni tampoco celosa. Tan solo quería estar al corriente del calibre de mis sentimientos por esa «semiaccesible parisina de tus sueños». Yo

apenas había querido conocer detalles sobre su amante, pero Rebecca quería saberlo todo: cómo empezó, nuestras citas, los meses de anhelo, la vuelta comprometida por la «tristeza posparto» de Isabelle. E incluso dejó caer que si yo quería ir a París a verla, ella no me lo impediría… Pero que no podía prometerme que estuviera esperándome a mi vuelta.

—Eso no significa que te vaya hacer la cruz para siempre. Solo que no puedo decirte cómo me sentiré si decides que ese es el destino por el que quieres apostar. Pero respetaré tu decisión.

Cancelé el viaje después de esto por medio de aquel telegrama a Isabelle, repitiéndome que era la decisión correcta, que había encontrado a una mujer maravillosa y que debía dejar de ir detrás de alguien que nunca se iba a comprometer de verdad y con quien, dadas las circunstancias geográficas, no tenía ningún futuro. Una parte de mí me hizo convencerme: definitivamente, era lo mejor. Y con un telegrama me mandó sus mejores deseos con una elegancia y un desapego propios de su forma de ver la vida.

No puede conseguir que me devolvieran el dinero del pasaje. Rebecca se compadeció de mí y movió cielo y tierra para encontrar unas vacaciones alternativas para los dos. Antes de que pasaran veinticuatro horas, ya habíamos convenido pasar unos días al norte del estado de Nueva York en una cabaña adentrada en los Adirondacks. Llevamos libros, vino, botas para caminar y trajes de baño para zambullirnos en las frías aguas de los lagos glaciares. Nos alejamos del mundo durante diez días seguidos. La cabaña era sencilla, básica, completamente aislada. Cogimos el coche de alquiler en dos ocasiones durante la semana y media que estuvimos allí para conducir media hora hasta la tienda más cercana y hacer acopio de víveres. Hicimos el amor dos veces al día. Dormimos como marmotas. Leímos. Hubo largos periodos de tiempo en los que no intercambiamos ni una palabra, pero nunca tuvimos la sensación de que ese silencio significara algo más que lo cómodos que nos sentíamos el uno con el otro, tanto como para poder estar callados. También había momentos en los que nos era imposible dejar de hablar. Era entonces cuando me maravillaba cómo nuestro interés mutuo era inagotable; cómo la conversación siempre era excitante; cómo nos entendíamos.

¿Lamentaba no encontrarme en París? Por supuesto. Echaba de

menos la vida más allá de la previsibilidad americana. Quería desayunar en Le Select, frecuentar pequeños cines y subir los cuarenta y ocho escalones hasta el refugio debajo de la cornisa de Isabelle, donde estaría con un cigarrillo entre las manos, con su deseo por mí tan definido.

Pero todos eliminamos los asuntos peliagudos que desvirtúan la versión impoluta de aquello que queremos proyectar en la sala de cine de nuestro cerebro. Por ejemplo, el hecho de que todas las noches a las siete estaría dando un paseo solitario por la ciudad, desamparado e intentando, sin mucho éxito, no imaginármela en casa con su marido y su hija. Cada vez que sentía una punzada de añoranza por París, intentaba aferrarme a esa imagen.

En cambio, eché un vistazo a la maravilla elísea de los Adirondacks y miré fijamente a Rebecca, que estaba en la hamaca colgada entre dos árboles inmersa en lo último de John Updike, y pensé: qué bien estoy aquí.

Después de diez días, Rebecca me llevó desde las carreteras secundarias del norte del estado de Nueva York hasta los rincones más septentrionales de Nueva Inglaterra, para luego bajar a Cambridge. Abrí de nuevo mi habitación de la residencia y mi novia me hizo saber que era necesario que invirtiera en una cama de matrimonio decente si iba a venir a visitarme cada dos semanas durante los próximos veintiún meses. Al día siguiente, fuimos a una tienda de muebles de Porter Square y elegimos una cama bastante amplia con un cabecero de caoba y un colchón sólido.

—Nuestra primera cama decente —dijo Rebecca cuando hube entregado un cheque por valor de trescientos treinta y cinco dólares.

Rebecca compartió esa cama conmigo cada dos fines de semana durante los siguientes nueve meses. De la misma forma que los fines de semana restantes yo compartía con ella la suya en Yorkville. Me convertí en un experto en estudiar como loco en el autobús Greyhound al que me subía dos veces al mes los viernes a las tres y treinta y cinco después de mi última clase, hincando de nuevo los codos en el bus de vuelta el domingo a las seis y cuarenta y seis. Rebecca llegaba en el tren Amtrak con destino Boston South Station pasados unos minutos de la medianoche, ya siendo sábado de madrugada, lo que nos concedía dos noches juntos antes de que ella

también se dirigiera de vuelta a su mundo profesional en el servicio dominical de las cinco y cuarto. Los días que no compartíamos nos venían bien. El placer de vernos después de cinco días separados era inmenso. Se estableció un ritmo. Dos días de pasión y placeres compartidos, y luego cada uno de vuelta a su realidad. Dado que una llamada de larga distancia entre Boston y Nueva York seguía siendo cara, habíamos establecido un horario en el que Rebecca me llamaba desde su oficina al teléfono comunitario ubicado en mi planta de la residencia.

El segundo año de la Facultad de Derecho fue más intenso si cabe. No tenía vida más allá de las clases, el estudio y mis fines de semana con Rebecca. Ella, en cambio, cada vez se frustraba más debido a la ingente cantidad de casos de alto postín que llevaba. Cuando cerró el trato de su piso justo antes de Navidad, señaló con una nota de ironía y resignación que «he intercambiado mi libertad profesional por entrar en el mercado inmobiliario de Nueva York» (un apartamento de dos habitaciones en un octavo piso, cerca de Washington Square Park).

Ese año pasamos la mayor parte de la Navidad inmersos en su mudanza y comprando muebles con su paga extra navideña. Rebecca estaba obsesionada con el diseño y decidió que quería un estilo danés, sutil y moderno. Tenía buen ojo y la necesidad imperiosa de que todos los detalles del interiorismo y la decoración fueran perfectos. Acepté viajar con ella a Omaha durante el fin de semana de Año Nuevo. Un lugar con un frío ártico, plano, vacío, una ciudad en declive posindustrial y dos padres que llevaban su hippismo envejecido razonablemente bien, y que eran acogedores de una manera distante. Su casa era, en efecto, un caos comunal, como si el orden fuera un crimen convencional. Traté de percibir si aún tenían una relación íntima como pareja o simplemente se llevaban bien a su estilo «abrazaárboles». Aun así, este evento para «conocer a los padres» fue bastante bien.

Estar en pareja, sobre todo al comienzo del periplo, es reafirmarte en que vuestra relación será maravillosa; la excepción a todas las reglas románticas habituales que, por lo visto, entran en escena cuando lo cotidiano comienza a imponerse.

Durante el siguiente año y medio, aunque era ella quien tenía la casa más lujosa, Rebecca insistió en subir a Boston dos veces al mes.

Porque, de nuevo, éramos una pareja y ambos teníamos que demostrar nuestro compromiso, y qué mejor forma de hacerlo que viajando de un lado al otro para visitarnos una vez por semana.

Dieciocho meses. Los exámenes finales del segundo año. Otro trabajo estival en Larsson, Steinhardt & Shulman. Una escapada de dos semanas para hacer senderismo en Montana. Mi último año en la Facultad de Derecho. La graduación. Un trabajo en Larsson, Steinhardt & Shulman. Me mudé al apartamento de Rebecca. Y cuando sacó el tema de la boda, de fijar una fecha, pero evitar la ceremonia tradicional, dije que sí sin dudarlo. ¿Por qué? La palabra «certeza» me vino a la mente, aunque también esta me atormentaba y me inquietaba.

Fijamos la fecha de nuestra boda para el 21 de diciembre de 1980, justo seis meses después.

Ahora las piezas de la vida encajaban. Cumplía todos los requisitos. Y me decía: eres feliz.

Y seguía en contacto con Isabelle.

Respondí a su telegrama tras mi cancelación de la semana de agosto.

> Gracias por tu generosidad y cariño. Siempre pensaré en ti.
> *Je t'embrasse*, Sam

Pasaron los meses. Más tarde, en octubre, llegó una carta.

> Mi querido Sam:
>
> Finales de otoño en París. Una oscuridad envolvente. Y te echo de menos. Tengo pocas novedades. Émilie duerme toda la noche. Sonríe continuamente. Todos me dicen que tiene un semblante muy feliz. Estoy de acuerdo. Pero en mis momentos más lúgubres me pregunto: ¿cuánto tiempo mantendrá esa eterna sonrisa una vez que las realidades de la vida empiecen a amontonarse? ¿Y cuando descubra en la escuela lo mezquinas que pueden ser las otras chicas?
>
> Pero, como te digo, me pasa durante mis episodios depresivos. De los que cada vez hay menos, gracias a las terapias con electricidad aplicadas a mi cerebro. Caí al abismo un par de semanas después de que te fueras. Volvieron los horribles pensamientos infanticidas. Charles me descubrió en medio de una

noche en la cocina mientras me golpeaba en la cabeza en un intento de silenciar las voces patológicas enloquecidas que habitaban en mi interior. Me internaron durante cuatro semanas. Me sometieron a una terapia con electrochoques aún más fuerte. Perdí la memoria a corto plazo durante algo más de un mes. Me permitieron recuperarme. Me encontré anhelándote con una intensidad que, en parte, tenía que ver con las secuelas del tratamiento… Pero que también era un deseo auténtico por todo lo que tenía que ver contigo, con nosotros.

Por eso estaba contando los días a la espera de agosto y de tu llegada y de estar de nuevo en tus brazos.

Y fue entonces cuando llegó tu telegrama.

¿Estoy celosa de esa mujer con la que estás ahora?

Por supuesto.

¿Me siento como si hubiera perdido a alguien por el que aún siento un amor profundo y verdadero?

Por supuesto.

¿Estoy siendo un poco exagerada… a lo que vosotros los americanos soléis referiros como «tener las emociones a flor de piel»?

Por supuesto.

Pero ahí están.

Las cartas sobre la mesa… Como también decís vosotros los yanquis.

Y más cartas sobre la mesa, aunque tú no me hayas contado exactamente qué es lo que está pasando… ¿Quién es ella? ¿Lo vuestro va en serio? Que hayas cancelado tu visita a París me da una gran pista. El más profundo arrepentimiento me ha embriagado desde que abrí el telegrama y me di cuenta: ya te han elegido (como siempre supe que pasaría).

No sé qué más decir. Excepto que no te culpo por renunciar a mí. Porque no te di esperanzas. Porque, y ahora lo veo, estoy atrapada en mi propio confinamiento, más similar a un lujoso callejón sin salida que a una prisión. Y sí, estoy escribiendo la presente a altas horas en el estudio de mi casa, con muchas puertas cerradas para asegurarme de que Charles no me oiga escribir. Y cuando acabe de escribir voy a meter la carta en un sobre sin leerla y escribir tu dirección y coger mi abrigo y dirigirme al buzón más cercano y enviarla antes de que tenga la oportunidad de releerla y de cambiar de opinión.

Je t'aime… Y, por favor, no me cuentes nada sobre ella en tu respuesta. Aunque me muera por saberlo todo.

Y si cambias de opinión y puedes venir de alguna forma a París…

De algún modo, ¿la carta me desconcertó? Usando sus propias palabras: «Por supuesto».

Me preguntaba si ahora que había descubierto que me había enamorado, Isabelle mostraba un ápice de remordimiento de conciencia porque estaba fuera de su alcance.

Si hubiera seguido estando soltero y loco por ella, ¿la balanza del poder se inclinaría hacia el mismo lado? ¿Me hubiera mantenido cómodamente a cierta distancia y dependiente de ella? ¿O mi cambio de situación había puesto de relieve la continuidad de su propia situación, de sus propias elecciones?

Y luego estaba lo que significaba esa carta en mi relación sentimental con Rebecca. Sabía que era absurdo creer que era solo cuestión de pensar en ello de manera dicotómica. Pero, por primera vez, Isabelle estaba entreabriendo la puerta a algo más allá de nuestras tardes. Aunque tenía la sensación de que eso también iba ligado a que yo ya no estuviera disponible. Y, a pesar de que una parte de mí sentía un anhelo acuciante por ella, la parte más racional de mi cerebro me alertó: «tú también estás reaccionando a lo que está fuera de tu alcance y que siempre lo ha estado».

Evidentemente, a Rebecca no le hablé de la carta. Y cuando vino a visitarme unos días más tarde y pasamos rápidamente a la cama, y el sexo fue más intenso y rápido que nunca, me descubrí imaginándome a Isabelle… Y en el hecho de que hacer el amor con ella —bien fuera lenta o aceleradamente— siempre conllevaba una carga y densidad eróticas que con Rebecca eran básicamente inexistentes.

Pero lo que había con Rebecca era complicidad. Una sensación de poder establecer los cimientos de una vida juntos, con unas referencias compartidas que no necesitaban traducción.

Ansiamos aquello que no podemos tener y, al mismo tiempo, nos preguntamos si lo que tenemos, que nos aporta mucho de lo que siempre hemos querido, es demasiado fácil.

Sigue el curso de esa lógica retorcida, un juego de espejos contradictorios, y acabarás con carencias en todos los frentes. Persiguiendo el amor como si fuera una fantasía escurridiza en lugar de algo serio y estable.

Naturalmente, Rebecca me preguntó si había tenido noticias de Isabelle después de cancelar el viaje a París.

Le hablé sobre el telegrama en que había hecho patentes su tristeza y sus buenos deseos.

—¿Te entristeció leerlo? —preguntó.

—¿Acaso no nos sentimos todos en cierto modo tristes cuando algo se termina, incluso si, en el fondo, somos conscientes de que no era lo mejor para nuestra salud emocional? Pero ya está superado.

Mentía.

Porque ¿cuándo se supera de verdad algo tan íntimo y valioso por lo que has pasado tantas noches en vela?

Nunca le dije nada a Rebecca sobre esa carta magnífica que me llegó desde París a principios de otoño. Y como ella nunca me volvió a preguntar si sabía algo de Isabelle, no sentía que la estuviera engañando. Tampoco le dije nada cuando, aproximadamente dos semanas después de recibir la carta, decidí que era hora de responder.

Escribí:

Querida Isabelle:

La verdad es que me has dado mucho material para reflexionar… como de costumbre.

Primero déjame decirte cuánto siento que hayas tenido que recibir una dosis extra de infierno. No me hago a la idea de lo horrible que es por lo que pasas y mucho menos de tener que soportar el tratamiento estipulado. Me alivia leer que parece que lo peor ya ha pasado y, de haberlo sabido, nunca te hubiera mandado un telegrama tan escueto. También debo decirte que, por todo lo que me has contado en diversas ocasiones, es evidente que Charles es un buen hombre. Y alguien que, claramente, es amable contigo y muy comprensivo. Así como, según lo que tú me has contado, él también puede contar contigo. Espero que no suene hipócrita por mi parte, pero tenéis suerte de teneros el uno al otro.

Lo que me recuerda a tu carta, a tu declaración de amor. En ocasiones anteriores, cuando yo me he expresado en tales términos, tú me has dicho que no me lastimase con una declaración que no podía ser correspondida… Que era un presuntuoso por creer que, desde el principio, el amor era

recíproco y compartido en su totalidad.

Y ahora que las cartas están sobre la mesa… Tengo sentimientos encontrados. Porque se llama Rebecca. Es una mujer magnífica y divertida y hermosa. Tiene aproximadamente mi edad y es una abogada altamente cualificada. Vive en Nueva York. Me dice que soy lo que siempre ha querido. Y, la verdad sea dicha, yo no puedo hacer una declaración tan determinante. Porque tú eres todo lo que siempre he querido. Pero, incluso ahora, sigues fuera de mi alcance. ¿De veras dejarías todo, cogerías a Émilie y comenzarías de cero aquí conmigo? Ya hemos hablado de esto antes. Tú misma has dejado claro en tu carta que vives en un callejón sin salida muy agradable. No creo que yo lo denominara de esa forma. Y sí, hubo un momento concreto hace unos meses en el que, si me hubieras propuesto lo que me propones en este momento, me hubiera entregado a ti por completo. Pero lo que también he aprendido durante mi relativamente limitada experiencia vital, y durante los últimos meses con Rebecca, es que no tenemos idea de lo que es una verdadera vida íntima con alguien hasta que la hemos vivido. No era capaz, por múltiples razones, de hallarlo contigo. Y no es un reproche, tan solo la realidad. Rebecca y yo tenemos que desplazarnos, pero nos vemos todos los fines de semana. Y así es como hemos empezado un proyecto de vida juntos.

Al releer todo esto me pregunto: ¿realmente todas estas coyunturas de la vida se producen por casualidad? Hablamos del destino, del amor verdadero. Algo que sentí extraordinariamente junto a ti. Eso unido a que no fue el momento oportuno.

Y ahora…

Me disculpo por ser tan directo sobre Rebecca. Me dijiste que no querías saber nada. Pero creo que es mejor que lo sepas: ella es mi futuro. ¿Quise que ese futuro fuera contigo? *Bien sûr*. Pero…

Momento oportuno. Todo se reduce al momento oportuno.

Y sí, *je t'aime*… Pero no de manera *futur proche*.

Siempre seré tu amigo.

¿Era una carta despiadada? ¿Había cierto grado de venganza porque supiera que lo que soñaba tener con Isabelle estaba fuera de mi alcance? ¿Estaba dejando que un sentimiento de superioridad lo empañara todo? Ahora tenía a alguien importante en mi vida… Alguien que me deseaba de verdad y que no me había apartado para seguir con su vida anterior. Por fin Isabelle se daba cuenta de

lo que había perdido. Y, a pesar de cuánto seguía deseándola, traía consigo demasiadas cargas. Mientras que con Rebecca había vía libre y despejada, sin residuos.

O al menos eso era lo que yo me decía en ese momento.

Después de esa carta, hubo un silencio largo desde París. Meses de silencio. Ni una palabra. Yo estaba inmerso en el trabajo y en los fines de semana con Rebecca. Resultaba interesante cómo, tras una carta decisiva, queríamos cualquier confirmación de que aún existía una posibilidad, de que las cosas no eran irreparables, a pesar de que las hubieras manipulado para que así lo fueran.

«Siempre seré tu amigo».

Teniéndolo en cuenta de manera retrospectiva, lo más demoledor que le puedes decir a un examante es que ahora solo quieres que seáis colegas, dándolo por terminado por razones autojustificativas. Te sabes poseedor de un gran poder al afirmar tal cosa; al eliminar toda posibilidad de volver a la intimidad. Incluso aunque te convenzas de que esa decisión es para mejor, estarás lamentándote de que se haya cerrado una puerta bruscamente. Y tienes que hacerte cargo de esa situación —aunque intentarás convencerte a ti mismo sin parar de que la otra parte también ha desempeñado un papel en esta retirada—, de que tú has hecho algo tan extremo porque no te han dejado otra opción o porque estás seguro de que esa acción radical es lo que es por tu bien.

Pero, a menos que la otra parte esté trastornada o que suponga un impacto negativo tan grave como para causarte daños psicológicos, el hecho de degradar una historia de amor a una amistad siempre está teñido por los remordimientos. Y también está acentuado por una pregunta subyacente: ¿por qué pasamos tanto tiempo quemando los puentes románticos? Como me decía siempre Isabelle, no es necesario ser tan radical, tan tajante al respecto. La vida debería vivirse bajo el prisma del principio existencial de: *on verra*. Ya veremos.

Así que, aunque no me sorprendía no recibir una respuesta, me embargaba un ápice de decepción. Rebecca solo me preguntó en una ocasión si seguía en contacto con mi *Parisienne inamorata*. Le dije que había escrito a Isabelle para informarla sobre mi nueva vida y que, en consecuencia, lo nuestro se había terminado. Rebecca sonrió, me besó y me susurró «gracias» al oído. Ya no había

competencia. Me tenía para ella por completo, y yo me daba por satisfecho.

Ese verano, en algún punto en lo alto de una montaña de Montana, cuando me desperté antes del amanecer en una pequeña cabaña en un rincón del noroeste de la cordillera Bitterroot, una revelación me perturbó. Rebecca aún estaba profundamente dormida. Me vestí sin hacer ruido y salí para ver cómo la noche daba paso al día. Una leve niebla luminosa atenuaba los fuegos artificiales propios de las estrellas. Luego apareció un punto en el centro del cielo. Uno que se comenzó a expandir como una línea blanca dibujada cartográficamente que delimitaba el horizonte. Momentos después, como si se tratase de un telón doble elevándose, la línea se abrió hacia arriba, hacia abajo. La majestuosidad épica de las vertiginosas Montañas Rocosas me envolvió; un horizonte de una belleza tan pura, tan primigenia que se me cayeron las lágrimas.

Observé las vistas que me rodeaban: prehistóricas, con parajes nevados (incluso a finales de agosto), un paisaje escarpado. Y pensé en mi amante, la noche anterior en la cama, ocupándose de una sentencia jurídica compleja, con un bloc de notas en las rodillas, tomando una cantidad ingente de notas, diciéndome que haríamos el amor por la mañana. Me vino a la cabeza aquella cita de Nietzsche sobre una pequeña idea tomando la vida entera. Así como la idea de que, cuando se trata de elegir entre los grandes placeres de la carne y el rigor técnico de la ley, digamos que ella se encontraba dividida.

Horas más tarde, después de nuestros diez minutos de pasión a media mañana, dimos una gran caminata en un espacio abierto, mientras la senda se estrechaba, se complicaba. Mientras estábamos al borde de una pendiente vertical, mirando a toda esa amplitud prístina, me cogió de la mano y empezó a exclamar:

> En esta espaciosa tierra nuestra,
> entre tantísima vulgaridad, entre la escoria,
> contenida y a salvo en su centro, en su corazón,
> anida la semilla de la perfección [*].

Luego me hizo saber que acababa de citar a Walt Whitman. Rebecca, sumamente culta. Sumamente bien informada. Sumamente

cultivada. Y, sin embargo, también poseedora de cierta rigidez a la hora de querer que la vida fuera como ella sentía que debía ser, y un poco compulsiva cuando las cosas no iban acordes a su plan maestro. Y cuando un poco de alcohol estaba involucrado en la ecuación. Empecé a notar una cierta tendencia a la terquedad que, en dos ocasiones recientes, se había convertido en una pizca de ira.

—¿Estás insinuando que he sido brusca con esa camarera? —me preguntó una noche de camino a casa tras una actuación en el Vanguard.

—Tiendes a ponerte un poco irascible después del tercer Manhattan.

—Puedo soportar tres cócteles con facilidad. Lo que no puedo soportar es la grosería.

—No te ha dicho más que «parece que tiene mucha prisa esta noche» cuando insistías en pedir la cuenta.

—¿Estás de acuerdo con ella en que soy doña Impaciente?

—Cariño…

—Nada de «cariño»…

Se liberó de mí y siguió caminando furiosamente por la calle. Una parte de mí quería ir detrás de ella. Otra estaba totalmente desconcertada por ese arrebato. Pero, instantes más tarde, volvió hacia mí corriendo, arrepentida. Me rodeó con los brazos, y con los ojos llenos de remordimiento dijo:

—No ha estado nada bien por mi parte.

Y me aseguró que este arrebato era una excepción. Lo que denominó un «in vino stupidus». Por mi parte, yo le aseguré que ya había olvidado el incidente.

Pasaron semanas, meses. No hubo más rabietas de una Rebecca ebria. Seguí viviendo entre Nueva York y Boston. Silencio desde París. Había comenzado a aceptar paulatinamente que mi carta había puesto fin a todo; que yo lo había terminado. Y esa sensación era agridulce. Había tristeza por el contacto que se había perdido, que yo había concluido de manera rotunda. Alivio porque ahora estaba libre de gran parte de las dudas y podía terminar mi baile entre la mujer que tanto me deseaba y la mujer que me mantenía a la espera. Sobre todo porque anhelar algo que está fuera de nuestro alcance forma parte de la naturaleza humana.

Y entonces, de la nada, llegó un telegrama. El portero de la

residencia llamó a mi puerta.

—Western Union para ti —gritó el chico—. ¿Estás ahí?

—Estoy aquí —respondí.

Zas. El sonido de un sobre deslizándose debajo de una puerta, planeando sobre el parqué y yendo a parar cerca de mis pies. Un telegrama a las siete y cuarenta y seis de la mañana nunca trae consigo buenas noticias. Me imaginé que mi padre había dejado este mundo y que una de sus hermanas malhumoradas (eran cuatro, todas desagradables) me había enviado un mensaje haciéndome partícipe de su «deceso» (una palabra que ya odiaba porque eludía la realidad de la muerte). Así que respiré profundamente y abrí el sobre amarillo para leer el corto mensaje en mayúsculas.

> En Boston durante tres días. ¿Podemos encontrarnos mañana en el Ritz-Carlton a las 13 h? Pienso en ti. Muchos besos, Isabelle.

Mi primera reacción fue el escepticismo. Me quedé perplejo y estupefacto.

¿Isabelle en Boston? Absurdo. Ella nunca salía de Francia, excepto cuando iba de vacaciones a algún punto de Italia en vez de a Normandía.

¿Isabelle… *en Boston*?

Leí innumerables veces su telegrama con gran atención, intentando buscar un significado a cada cadencia de su estructura, para acabar concluyendo que era una estratagema. Pero una en la que sus intenciones eran evidentes (una cita en un hotel, *muchos besos*), y ella sabía cuál era el desenlace que deseaba. Me estaba ofreciendo la oportunidad de no verla, de cerrar la puerta para siempre en el caso que decidiera negarme a cruzar el río Charles para ir a la cita y, a su vez, me estaba desafiando a visitarla. A no resistir la tentación. A volver a jugar en el mismo campo que ella cuando estábamos juntos en París, el de la clandestinidad. Sabía que yo salía con alguien. Sabía que era algo serio. Sabía que yo lo había dado todo por terminado por esas mismas razones. Y, sin embargo, ella estaba aquí, en la ciudad, *mi ciudad*, haciéndome saber que las cosas entre nosotros no habrían terminado… siempre y cuando yo me encontrara con ella en el hotel más lujoso de Boston mañana a la una.

Una parte de mí quería mandar un telegrama de vuelta de

inmediato: «No, gracias».

Una parte de mí quería quedarse de brazos cruzados y dejar pasar la oportunidad.

Otra parte de mí quería involucrar a Rebecca en todo esto y, de esa forma, demostrarle mi infinita lealtad y mi autocontrol. Una gran parte de mí descartó la idea enseguida porque estaba impulsada por el miedo y la culpa, a pesar de que todavía no había nada por lo que sentirme culpable. Pero por mucho que quisiera y necesitase a Rebecca, había otra parte de mí que sabía que si le hablaba sobre este telegrama, sobre esta invitación para retomar el contacto, sería como haber abierto la caja de Pandora.

Sabía que traería consigo muchas turbulencias, ¿para qué quería cargarla con todo esto? Una ex, si es que podía hablar de Isabelle en esos términos dado que nunca habíamos sido pareja, se había puesto en contacto conmigo queriendo quedar, queriendo más. Contarle eso sería transmitirle mis pensamientos encontrados a la mujer que amaba. El silencio era la opción más inteligente.

Y una gran parte de mí también conocía una gran verdad expresada por un profesor de derecho: «Como les solía decir a los clientes: un secreto compartido ya no es un secreto».

Me gustaría poder decir que tuve un momento de confusión sobre si debía o no debía quedar con Isabelle. Sin embargo, me decidí rápidamente mientras corría de buena mañana por la ribera del Charles.

No estaría bien por mi parte no ver a Isabelle durante su estancia aquí en Boston. Habíamos tenido una relación íntima importante que ahora estaba en el pasado. El hecho de no presentarme era inmaduro y un insulto al placer que nos habíamos proporcionado el uno al otro; a la pasión y la intensa familiaridad que compartíamos. Pero iría a la cita teniendo algo claro: no cruzaría la frontera de la intimidad con ella. No traicionaría lo que tenía con Rebecca para conectar de nuevo con una fantasía vespertina que nunca había tenido un futuro. En ese momento, yo tenía un futuro con alguien. Ya no estaba solo en el mundo. No iba a poner eso en peligro bajo ningún concepto.

Así que fui a la oficina de Western Union en Harvard Square y pagué un dólar noventa y cinco para que la siguiente misiva cruzara el río.

Encantado de quedar contigo mañana para comer en el Ritz a las 13 h. Con mis mejores deseos, Samuel.

Formal y agradable y… fría, como una confirmación de asistencia de negocios. Ella había puesto sus cartas sobre la mesa. Yo acababa de mostrar las mías.

Esa noche, sobre las once, justo cuando me iba a ir a dormir, sonó el teléfono. Rebecca. Estaba algo tensa, como solía estarlo cuando tenía un mal día, y escupía bilis sobre sus colegas de trabajo y sobre un cliente que era un sinvergüenza.

—Y me he tomado dos copas de vino de más y tengo los peores putos dolores por la menstruación ahora mismo y estoy hasta las narices de todo esta noche, y no sé cómo cojones aguantas a un desastre como yo y…

Le aseguré que todo estaba bien entre nosotros, que cuando se acabara la semana estaríamos juntos, pero que beberse cuatro vasos de vino en un corto espacio por la noche tal vez no fuera el mejor antídoto contra un día duro…

—¿Me estás acusando de beber para ahuyentar mi desesperación?

—¿Estás desesperada?

—No lo sé.

—Solo piensas eso porque estás un poco harta del mundo esta noche. Y otra cosa: no eres un desastre en absoluto.

—¿Por qué me llamas eso?

—Porque te lo has llamado a ti misma hace unos instantes.

—¿Sí?

Ay, Dios…

—Todo irá bien, mi amor.

—¿Por qué siempre me parece que me tienes que dar una charla motivacional? —me preguntó, con un tono de enfado provocado por el alcohol. Su tono y su vehemencia me desconcertaban en cierto modo.

—Cariño —dije—, creo que es mejor que hablemos mañana cuando te encuentres mejor.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —preguntó, sacando a relucir su ira.

—Buenas noches —repliqué mientras colgaba el teléfono.

Volvió a sonar de inmediato. Mi instinto me dijo que no

respondiera. En cambio, seguí el recorrido del cable del teléfono hasta el enchufe de la pared y lo desconecté. Coloqué la cabeza entre las manos. Me puse a pensar en lo horrible de la situación…, en si era una prueba de que había asuntos ocultos, una parte de ella que había estado fuera de mi campo de visión hasta ahora.

Dormí mal. Cuando me desperté antes del amanecer, conecté el teléfono de nuevo. Mientras me preparaba una taza de café instantáneo en el diminuto hornillo que había instalado en la habitación, el teléfono comenzó a sonar. Miré mi reloj: las seis y cuarenta y siete. Esta vez respondí.

—No he dormido… He estado al teléfono desde que me colgaste, intentando llamarte otra vez.

Rebecca hablaba a media voz, parecía muy alterada.

—Desconecté el teléfono —expliqué y añadí—: y también he dormido mal.

Escuché un sollozo al otro lado de la línea. Luego:

—No te culparía si quisieras que lo dejáramos después de mi espectáculo lamentable.

—¿Qué te pasó?

—Una botella de vino, eso es lo que me pasó. Me excedí porque el día había sido una mierda.

—Pero ya te había visto con una botella de vino en tu sistema y las cosas nunca se habían puesto así de feas.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Otro sollozo. Y entonces:

—Si me dejas, me muero.

—Es un poco extremo, Becca.

Era el nombre cariñoso que tenía para ella. Lo usé en ese momento para tranquilizarla.

Otro sollozo.

—Lo siento tanto, tantísimo. —Vale.

—Eres demasiado bueno. No te merezco. Te quiero, Sam.

—Y yo a ti.

Y, sin embargo, iba a encontrarme con Isabelle a la una del mediodía.

Había decidido vestirme de una manera acorde con el Ritz. El verano anterior, Rebecca me había llevado de compras a Brooks Brothers en busca de un traje versátil. Azul oscuro. De raya

diplomática, de solapa ancha. Ella había insistido en que también me comprara tres camisas de color azul pálido y una corbata a rayas, diciéndome que si quería entrar en el mundo jurídico corporativo, tenía que vestirme con el uniforme requerido.

¿Por qué me puse eso en ese momento? En parte porque el Ritz de aquel entonces imponía un código de vestimenta de chaqueta y corbata en su bar y restaurante. Pero también para que Isabelle se olvidara del aspecto bohemio de imitación que lucía en París… Ahora era un abogado (o casi). Si se empeñaba en preguntar, le diría que mi novia había escogido esa ropa para mí y que yo me sentía muy cómodo llevándola (lo que, siendo sinceros, era una verdad a medias).

Era una mañana fría de diciembre. Tomé la Red Line que cruzaba el río hasta Park Street. Tenía algo de tiempo, así que crucé el Common y los Public Gardens mientras comenzaba a nevar. No fue de ayuda para sofocar la impaciencia y la angustia que me traspasaban.

Llegué cinco minutos antes de lo establecido. Pero ella ya estaba allí, en un reservado que hacía esquina. Con un cigarrillo encendido. Un cuaderno y una pluma y algunas páginas de un manuscrito desparramadas enfrente de ella. Me percaté de que se había deshecho de la escualidez que la había caracterizado tras la depresión. Llevaba el pelo rojo suelto. No me vio entrar, lo que me permitió detenerme a unos tres metros de ella y contemplarla. Su elegancia, su belleza contenida, su extraordinario resplandor que me había cautivado en aquella librería del *boulevard* Saint-Germain donde nos conocimos. Sentí que algo se exaltaba en mi interior, algo tan extraordinario como alarmante: amor.

Levantó la vista de los papeles. Me vio contemplándola. Me dirigí hacia ella. Me tendió las manos. Yo las tomé entre las mías.

Las agarró con más fuerza mientras la atraje hacia mí y le di un beso en cada mejilla, *à la française*. Entrelacé los dedos con los suyos.

—Es un placer verte —susurró.

Nos sentamos. Buscó mi mano de nuevo. Tomé la suya. Un momento de silencio en el que simplemente nos miramos el uno al otro. Me recuperé en un momento.

—¿Qué te trae por Boston? —pregunté.

—Mi marido. Participa en una conferencia bancaria que se celebra aquí durante dos días. Estaremos en Boston solo cuatro noches. No me gusta dejar a Émilie durante mucho tiempo…

—¿Y cómo está Émilie?

—Ya tiene dos años. Es el amor de mi vida.

—Me alegro por ti. Y me alegra ver que te encuentras mejor.

Cogió su paquete de cigarrillos. Me ofreció uno. Acepté.

—Un cigarrillo francés de los de verdad —señalé mientras la cabeza me iba a mil por hora.

—Estoy tratando de reducir mi consumo —replicó—. Siempre fracaso en mi intento.

—Cada uno tiene una forma de sobrevivir.

—¿Cuál es la tuya, Samuel?

—El trabajo.

—¿Van bien los estudios?

—No puedo creer que vaya a acabar dentro de unos meses. Y entonces seré un hombre trabajador.

—Y dime, ¿qué tal está tu amada? —Su tono era amable, sin un ápice de rencor.

—Rebecca está bien. Llega el viernes.

—Entonces estamos de suerte, yo me voy mañana por la noche.

—¿Por qué te pusiste en contacto conmigo ayer?

—Quieres decir, ¿por qué no cuando llegué el domingo por la tarde? Porque tu última carta era bastante tajante y temía que, si me acercaba a ti, me dijeras que me marchase o que no me respondieras en absoluto.

—Pero entonces…

—Pero entonces, ayer por la mañana di un paseo largo por Harvard Square. Cruzando el precioso campus. Pasé por la Facultad de Derecho, deseosa de que el destino hiciera que nuestros caminos se cruzaran. Aunque sé que era un sueño absurdo, pero uno que delataba mis deseos más profundos. Y entonces vi un Western Union y decidí probar suerte con un telegrama.

Me cogió la mano y dijo:

—Samuel. ¿Qué pasaría si estuviera dispuesta a empezar una vida contigo aquí, en Estados Unidos?

—¿Lo dices en serio?

—No lo diría si no fuera en serio.

—¿Y qué me propones? Venir con Émilie, mudarte a mi habitación de estudiante de sesenta metros cuadrados…

—Pensaba en Nueva York. Cuando acabes dentro de unos meses, podríamos alquilar un apartamento. Y sí, Émilie vendría conmigo. Pero tú estarías trabajando. Y tengo amigos que trabajan en la Alliance Française de allí y me han dicho que podría impartir clases a media jornada. Lo que te quiero decir es que estoy lista para intentar una vida a tu lado.

—¿Y qué te ha hecho decidirte ahora a «intentar» una vida completamente nueva a mi lado?

Nuestras miradas se encontraron.

—El miedo.

—¿A qué?

—A no arriesgarme. A apostar solamente por lo seguro. A despertarme un día dentro de diez años bien entrada la mediana edad y pensar: ¿por qué no actué en consecuencia con lo que mi corazón siempre me decía que debía hacer?

Un silencio largo. Eso era lo que una parte de mí quería. Y, sin embargo, otra parte de mí estaba aterrorizada por ello. Vivir con esta mujer despojada de improviso de su lujosa zona de confort parisina. Instalándose conmigo en un pequeño apartamento. Mudándose con una hija. Y entonces —y sí, estaba pensando aceleradamente—, si quería un hijo con Isabelle… Bien era cierto que una parte de mí quería hijos, al fin y al cabo, en teoría, aunque no inmediatamente… Pero si quería tener ese hijo con Isabelle, ella ya tenía treinta y ocho años… Así que lo teníamos que concebir pronto. ¿Quería cargar con todas esas responsabilidades a tan corto plazo? ¿Ponerme en una tesitura de la que me sería muy difícil escapar?

Apretó mi mano. No me escapé. La miré directamente. Pensé de nuevo que era hermosísima. Y ahora estaba junto a mí, diciéndome todo lo que había anhelado durante años y… ¿con qué frecuencia pasa eso en la vida? Pero seguía pensando en Rebecca. Con ella iba sobre seguro, compartíamos tantas cosas. Y la decisión de Isabelle me había parecido demasiado repentina, demasiado precipitada. Pero me tentaba en demasía.

—Me has dado mucho en lo que pensar —dije.

—No pienses. Actúa. Desde ya. La habitación del piso de arriba

está libre.

Cerré los ojos, repitiéndome que no debería cruzar esa línea. Si me marchaba ahora mismo, me llevaría conmigo un gran arrepentimiento. Y si subía con ella, también me marcharía cargado de remordimientos.

¿Qué es la lealtad? ¿Acaso se puede quebrar en un instante? ¿Se romperá la de Rebecca y mía después de que me acueste con Isabelle? ¿Y cómo actuaré ante la mujer a la que he dicho que la quiero, y que, en efecto, quiero, dentro de dos días?

¿O estaba dándole demasiadas vueltas? Desentrañando los argumentos de ambas partes implicadas. Intentando racionalizar mis deseos frente a lo que las convenciones me decían que no hiciera.

—Te quiero a ti, Samuel. Ahora me doy cuenta. Pero es una decisión para otro día. En cambio, estamos justo en el medio del aquí y del ahora. Sube conmigo.

Si esto hubiera sido un panfleto religioso, sería el momento de la tentación satánica. O, al contrario, la conversión de san Pablo en el camino de Damasco. Una decisión moral de alto calibre. Una elección crucial.

Todo el mundo busca un significado más profundo en casos como este. «Tomé el camino de la traición porque…» (rellenar con autojustificaciones). O: «Evité tener esas relaciones sexuales que tanto deseaba más allá de mi relación principal porque sabía…» (insertar todos los tópicos obvios autocomplacientes de caballero).

La verdad es que cualquiera de las dos opciones traía consigo un punto de arrepentimiento y una pena en potencia. Nos han dicho que nos tenemos que comprometer, entregarnos, ser fieles a una persona; tan solo a una. Y esperamos lo mismo de esa persona con la que hemos decidido construir una vida. Pero, si somos sinceros con nosotros mismos, tenemos sentimientos divididos, sobre todo con lo relacionado con asuntos íntimos.

Y, en ese instante, decidí que si cerraba la puerta a una tarde con Isabelle, ¿qué ganaría a cambio más que remordimientos permanentes por haber evitado un momento decisivo de pasión?

Sabía lo que estaba pensando. Se inclinó y me susurró:

—La libertad es lo más difícil de sobrellevar.

Buscó dentro de su bolso, sacó una llave y la deslizó por la

superficie de la mesa que nos separaba.

—Habitación 706 —dijo y, a continuación, vi cómo sus estrechas caderas se balanceaban contra la ajustada falda de cuero mientras cruzaba el bar y entraba en el vestíbulo principal del hotel.

Eché un vistazo a mi reloj. La nieve se arremolinaba en el exterior. Pensé: quiere una vida a mi lado. Todo lo que he deseado y ahora tengo a mi alcance. Aunque también era consciente de que lo que me acababa de proponer me asustaba mucho. ¿Cómo es posible que una vez que tenemos lo que siempre hemos creído querer nos asustemos ante el hecho de tener que vivir la vida que conlleva la supuesta realización de nuestros sueños?

Me levanté.

El ascensorista llevaba puesto uno de esos uniformes azules de los años treinta, con una gorra almidonada que le daba un aire a refugiado de la Marina albanesa. Vio el número de la llave que llevaba en la mano y me llevó al séptimo piso sin preguntar. La habitación 706 estaba al final del pasillo. Llamé a la puerta. Su voz me llegó desde el otro lado:

—¡Está abierto!

Entré. Las pesadas cortinas rojas estaban corridas. Las luces eran tenues. Una vela iluminaba la habitación. Una cama enorme. Una colcha de terciopelo destapada a la mitad. Isabelle. Desnuda. Su pelo en todo su esplendor.

—Date prisa —apuntó.

Tiré la chaqueta del traje al suelo, me quité los zapatos negros y los pantalones de raya diplomática, la camisa y la corbata almidonadas, mis bóxer. Caí en los brazos de Isabelle, envuelto por la calidez de su cuerpo. Me empujó sobre el colchón y colocó las piernas a mi alrededor; su boca contra la mía. Con las piernas extendidas hacia mí, me indicó el camino hacia su interior con una mano mientras susurraba:

—Te quiero ya.

Y me tuvo de inmediato. Su cuerpo se estremeció al mismo tiempo que me presionaba hacia abajo. Me deslicé hacia sus entrañas. Sus gemidos fueron inmediatos mientras le sujetaba las piernas y empujaba hacia arriba. Quieto mientras se balanceaba, sus gemidos *in crescendo*. Me levanté para besarla, con las manos perdidas entre su exuberante pelo. Nos movíamos hacia arriba y

hacia abajo a la par. Su placer aumentaba. Qué bien nos conocíamos y de qué forma tan íntima. Una complicidad infinita entre los dos. Hacer el amor tan unidos, piel con piel, era nuestra forma de comunicación definitiva.

Cuando llegó al orgasmo, la recorrieron escalofríos. Después, me tomó la mano que tenía en su clítoris y me mordió el dedo índice. Justo antes de cogerme la cara entre las manos y mirarme tan profundamente a los ojos como nadie lo había hecho nunca.

—*Je t'adore* —susurró.

—*Je t'adore* —contesté.

Era muy consciente de la calidez que nos arropaba. Sus curvas. Cómo cambiaba la forma en que me introducía y sacaba de sus adentros. Moviéndose a mi ritmo.

Perdí la noción del tiempo. Me olvidé por completo de cualquier asunto más allá de esa habitación, de esa cama. Me contuve todo lo que pude. Y luego, al mismo tiempo, todo explotó. Acabé derrumbándome sobre su hombro, un temblor posterior por todo mi cuerpo, un sollozo reprimido en la garganta.

Isabelle, casi de inmediato, levantó la cara contra la mía, con los ojos llenos de la pasión del momento.

—Nosotros —exhaló.

—Nosotros.

La miré fijamente a los ojos. Mantuvimos la mirada durante algunos minutos, sin querer perder la intensidad de la mirada con la que nos veíamos el uno al otro. Y no pude evitar pensar que hay momentos en los que todas las complejidades que te amargan desaparecen momentáneamente y descubres la euforia del éxtasis. Cuando la conexión es tan simple y, a la vez, tan profunda y apabullante en el plano erótico.

Estuvimos callados durante bastante tiempo. Con los brazos rodeando firmemente al otro, inmersos en el calor que habíamos producido juntos. Y, sin decir ni una sola palabra, la tristeza empezó a colarse entre nosotros. Toda esa pasión común, toda esa maravilla (y la constatación tácita de que nunca sucedía lo mismo con otras personas) se vio socavada al comprender que mañana ella volvía al otro lado del Atlántico. Con su marido. A su vida totalmente civilizada en la Ciudad de la Luz. Al día siguiente, Rebecca cogería el último tren desde Nueva York y nos tomaríamos

un vaso o dos de vino tinto y luego pasaríamos a la cama y nos daríamos placer mutuamente durante unos minutos y dormiríamos hasta bien entrada la mañana siguiente y nos levantaríamos y discutiríamos sobre dónde ir a desayunar y sobre si debíamos obtener unas entradas con descuento de estudiante de última hora para la Orquesta Sinfónica de Boston. Y tomaríamos un buen *brunch* en algún lugar. Y visitaríamos librerías. Y veríamos una película antigua en el Brattle o en el Orson Welles. Y cruzaríamos el Charles. Y comeríamos algo por Chinatown. Y veríamos a Ozawa dirigir la estupenda orquesta sinfónica de Boston. Y volveríamos a mi habitación y a la cama grande que habíamos comprado juntos y haríamos el amor de nuevo y nos dormiríamos quince minutos más tarde y yo me diría a mí mismo: qué día tan agradable y culto hemos pasado. Y qué mujer tan agradable y culta es, y me reconfortaría pensando que había tomado la decisión correcta.

—No quiero que te vayas —dijo Isabelle.

—Esa siempre ha sido mi frase —repliqué.

—Ahora también es la mía.

Pasó el dedo índice derecho por el perfil de mi cara.

—¿Puedes quedarte esta tarde aquí?

—Tengo un seminario a las cuatro de la tarde, y es ineludible, a menos que quiera pasar a la lista negra de mi profesor.

—El trabajo es así.

—Pero podría volver aquí mañana a las doce.

—Tenemos que dejar la habitación para entonces.

—Ven a verme.

—Charles ha hablado con alguien para que nos lleve a Salem, para ver dónde juzgaron y quemaron a las brujas.

—Cancélalo y vente a mi habitación.

—También hay una comida de despedida de la que no me puedo librar. Créeme, desde que confirmaste que podías verme hoy, he intentado subrepticiamente encontrar maneras de escaparme. Pero Charles me ha hecho saber que quiere que vaya. Pocas veces me pide algo.

—¿Podrías pasarte esta noche entonces?

—Vamos al Symphony Hall a las ocho; es parte del programa de conferencias. Charles va a ir directamente allí desde el aeropuerto y tengo que desempeñar mi rol de esposa previamente en la recepción

antes del concierto.

Se hizo el silencio mientras la realidad me golpeaba: era mi única oportunidad de estar con Isabelle.

Como siempre, era transparente para ella.

—Nunca hubiera pensado que querrías volver a verme.

—Una parte de mí no quería porque dolía demasiado… Saber que estabas fuera de mi alcance.

—Y ahora no lo estoy.

—Pero sigues sin estar disponible esta noche ni mañana.

—Y tú aún no has tomado una decisión. No estoy tan loca como para esperar que lo hayas hecho. Sé que es importante. Para ambos. Y, por lo tanto… Tiempo, reflexión, pensamientos…

Por un instante pensé: «¿Y si rompemos con todo y somos insensatos? ¿O huimos hacia la loca y maravillosa posibilidad de tener un futuro juntos?».

Pero todo esto iba acompañado de un pensamiento simultáneo: «Demuéstrame tu compromiso real librándote de una de tus obligaciones maritales mañana. Muéstrame que tu lealtad ahora es hacia mí…».

—Si tan solo pudiera verte de nuevo mientras estás aquí —dije.

Isabelle se puso tensa. Captó el trasfondo de inmediato.

—Y si no puedo, vas a pensar que no estoy tan comprometida con lo nuestro, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—Pero está implícito.

—Lo que está implícito es que te quiero. Y eso ha surgido de la nada más absoluta. Y es completamente fantástico y da vértigo. Y te quiero más que a nada.

—Pues me tienes. Solo que ni hoy ni mañana. Solo tienes que decirlo y estaré aquí.

La abracé con fuerza.

—El mundo se acaba de poner patas arriba.

Eran casi las dos y media. Me quedaba una hora de viaje desde la ciudad a Cambridge, tenía que llegar a casa y quitarme el traje y caminar durante diez minutos desde la residencia hasta mi seminario.

—Tenemos media hora —anuncié.

—Me imagino en qué vamos a invertirla.

No pudimos dejar de mirarnos, excepto durante los instantes en los que el placer era tan intenso que ella cerraba los ojos y se aferraba a mí con un deseo y una necesidad que yo había sentido en el pasado, pero que ahora estaba marcada por lo que acabábamos de decirnos. Tras llegar al éxtasis, escondió la cabeza en mi hombro y comenzó a sollozar.

—Va a ser tan horrible estar mañana en esta cama sin ti.

—Ven a verme más tarde. Mi casa está a diez minutos en taxi del Symphony Hall, justo cruzando el río.

—Charles y yo tenemos una norma. Nunca hacemos nada que avergüence a la otra persona.

—Pero si tienes planes de dejarle…

—Tengo un gran respeto por él como para contárselo aquí, en un viaje de negocios en que necesita centrarse y mostrar una inmaculada imagen pública al mundo. Todo esto puede esperar hasta París. Además, nunca hablamos de mis amantes.

Amantes. El uso del plural. Un tema que habíamos tratado en contadas ocasiones en el pasado porque yo no quería asomarme a ese abismo en el que los celos hacen acto de presencia.

Pero ahora…

—Y desde que hemos estado separados, desde que has superado la depresión, ¿ha habido alguien más?

Cogió los cigarrillos que estaban en la mesa al lado de la cama. Era evidente que había formulado la pregunta equivocada.

—¿Por qué es eso tan relevante?

—Así que has estado con alguien.

—Y tú.

—Pero existe una diferencia. Tú estás casada, yo no. Yo te deseaba. No te podía tener. Porque *estás* casada. Así que es normal que fuera vulnerable a los intereses románticos de otra persona.

Se encendió un cigarrillo y le dio una calada enérgicamente.

—No te hagas el jovencito inocente, Samuel. Todos tenemos necesidades. El sexo es una importante, como ya sabes. Y el sexo por el sexo es diferente del sexo como un gesto de amor. Lo que hay entre nosotros es amor. Como se ha demostrado de nuevo esta tarde.

Un silencio largo. De repente sentí cómo me golpeaba una ola de culpabilidad. Culpabilidad agrandada por una confusión enorme.

Isabelle me acababa de decir que compartía su cama con alguien más mientras yo estaba en otro lugar. ¿Sería cuestión de tiempo que encontrara un hombre en Nueva York tras haber comenzado una vida conmigo? ¿Me estaba diciendo que todas estas declaraciones de amor se hacen sobre la base de que la fidelidad podría mutar? ¿Y que existe la certeza de que el deseo exclusivo se acabará yendo a pique?

—Tengo que volver —dije al mismo tiempo que salía de la cama y recogía mi ropa.

—Te has enfadado —contestó ella.

—Solo estoy tratando de procesarlo…

—¡Procesar! ¡Procesar! ¡Tú y tu necesidad tan americana de obtener respuestas! De intentar descifrar algo de esto; los misterios de la carne, del deseo, de lo que significa ser una pareja y cómo esto conlleva una magnitud y unas limitaciones profundas. Quieres claridad en medio de la contradicción humana. Solo vas a encontrar más incongruencias. Y cuanto antes lo entiendas, antes comprenderás que la fidelidad a uno mismo es la mejor forma de dar amor de manera adecuada a los demás.

—La fidelidad significa justamente eso; ser sincero con alguien a quien has prometido perdurabilidad. Algo que yo no he sido esta tarde.

—Pero ¿te has sido fiel a ti mismo?

El teléfono de al lado de la cama comenzó a sonar. Isabelle se acercó, lo cogió, escuchó quién estaba al otro lado de la línea y se sumergió de inmediato en la llamada.

—*Oui, chéri. Dis-moi. Comment je peux t'aider?*

Él. Charles.

Terminé de vestirme. Encontré un bloc de notas en la otra mesita de noche y escribí: «Reúnete conmigo esta noche, por favor. Aquí te dejo mi dirección. Y aquí tienes el teléfono del conserje del piso inferior. Recibe mensajes. Te espero después de tu concierto. *Je t'aime*».

Isabelle vio cómo escribía la nota y, a continuación, dejaba el bloc de notas bocabajo en la cama. Miré mi reloj: tres y cinco. Tenía que apresurarme. Isabelle aún estaba absorta en la conversación con su marido, encargándose de algo que él necesitaba con urgencia. Estaba escribiendo una gran cantidad de detalles en una libreta del

hotel. Di unos leves toques a mi reloj, dejándole ver que me tenía que marchar de inmediato. Levantó la mano que tenía libre con un gesto de desesperación. Le era imposible colgar la llamada. Me acerqué a ella. Coloqué la mano izquierda sobre su exuberante pelo rojizo. La atraje hacia mí, obligándola a dejar el teléfono a un lado mientras envolvía su boca con un formidable beso. Me siguió la corriente durante aproximadamente diez segundos, luego escuchó la voz de su marido por el teléfono que preguntaba:

—*Chérie, t'es là?*

Fue la señal para zafarse de mí y volver con el hombre que estaba al otro lado de la línea.

—*Oui, mon amour…*

Me quedé quieto. Preguntándome qué hacer a continuación aparte de irme.

Isabelle hizo de nuevo un gesto como diciendo: circunstancias que no puedo controlar. Luego gesticuló tres palabras: *je t'aime*.

Yo las agradecí asintiendo con la cabeza. Me fui.

Cuatro horas más tarde, cuando volví a mi habitación cansado tras el seminario y los eventos del día, encontré esperándome un telegrama que alguien había metido debajo mi puerta.

> Mi amor: Siento mucho haber estado ocupada de otra forma cuando te tuviste que ir. No puedo ir esta noche. Imposible. Pero lo que es posible es todo lo que prometí hoy. Escríbeme a París para decirme que sí y empezaremos a hacer planes importantes.
>
> *Je t'aime*.

Vi que había mandado el telegrama desde una oficina de Western Union en Boylson Street, no muy lejos del hotel. Isabelle estaba cubriendo su rastro al no enviar esta misiva de amor desde el Ritz que pagaba su marido.

Una noche intensamente fría y, tras una pausa, la nieve había vuelto a caer. Antes de dejar mi habitación, vestido para soportar el frío, escuché en la emisora NPR local de mi radio que había una alta probabilidad de que, si seguía nevando, al día siguiente el aeropuerto cerrara. Mi medidor de expectativas románticas se disparó. El vuelo de Isabelle no podría despegar. El concierto, cancelado. Me llamaría o me enviaría un telegrama. Se inventaría una excusa para escaparse durante unas horas. Mañana estaríamos

tumbados en mi amplia cama. Tendría tiempo de cambiar las sábanas y practicar el arte de la compartimentación antes de que Rebecca llegase el viernes. O, si después de unas cuantas horas en los brazos de Isabelle estaba convencido de que era realmente el destino que tenía que seguir, le contaría todo a mi novia y aguantaría su rabia y sus reproches violentos y aceptaría ser una escoria que no sabía la maravillosa historia que estaba tirando por la borda con una maravillosa mujer que me apoyaría completamente sin importar lo que pasara. Me diría que estoy persiguiendo algo que solo estaba destinado a existir en ráfagas de dos horas de pasión clandestina. Diría que la vida cotidiana con mi fantasía francesa y su hija durarían tres semanas. No iba a poder abrirme paso en un bufete y ocuparme del sueño errático de un bebé que no era mío. «Será entonces cuando tu mierda romántica se apagará en un periquete, señorito Adolescente». Diría que estaba dando la espalda a una vida neoyorquina que ya estaba lista para mí y a una mujer que entendía mis rarezas y defectos, como yo los suyos, que podría no ser una hedonista de mirada frenética, pero a quien le gustaba el sexo y que se entregaba a mí todas las noches (tal vez de manera apresurada, pero nunca con indiferencia). Una mujer de mi mundo, que hablaba mi idioma, que me entendía.

Sí, indudablemente parecía la persecución de la fantasía de la mujer inalcanzable; una mujer que me había mantenido a raya y que ahora había cambiado de parecer sin previo aviso, probablemente por un capricho. O quizá por las secuelas de la perturbadora depresión que acababa de capear. ¿Tenía alguna idea sobre cómo iba a ser la vida diaria con ella? A diferencia de con Rebecca, con la que ya había estado conviviendo a medias y con la que congeniaba bastante bien.

No, adelante, tira todo por la borda por la ilusión de lo que hasta ahora no podías tener. Cava tu propia fosa, echando tierra hasta que ya no puedas ver la luz del sol…

Toda esta escena me daba vueltas por la cabeza mientras me bajaba la cremallera de la cazadora para ponerme una bufanda alrededor del cuello. Un momento de verdades incómodas. Obligándome a sentarme en la cama y a agarrarme al somier, como si este símbolo de comunión conyugal con Rebecca fuera un lastre en medio de una gran cantidad de ilusiones.

Mientras me impulsaba para ponerme de pie y adentrarme en la helada nocturna de Nueva Inglaterra, me puse a pensar que, gracias a esa última tarde tan ansiada con Isabelle, había podido darme cuenta de cuánto valía la pena lo que tenía con Rebecca. Así era como compartimentaba lo que había sucedido (aviso de autojustificación): volver a estar en la cama con Isabelle me había convencido de la idoneidad de comprometerme por completo con Rebecca.

Era un gran tópico americano: repercusiones tras un pecado. Redención cortesía de una conciencia llena de culpa.

La ansiedad es el vértigo de la libertad.

Otra vez esa frase.

Me atormentó durante una gran parte de la noche. Me repetí que hay libertad en la estabilidad. La certeza intrínseca de saber exactamente en lo que te vas a inmiscuir y por qué.

Pero ¿acaso sabemos alguna vez en qué nos estamos metiendo realmente? ¿Conocemos la trayectoria de la historia en la que estamos adentrándonos cuando tomamos una decisión que envía nuestra vida por un camino no predestinado? A pesar de que la propia naturaleza de ser pareja es creer que juntos podréis invertir en ese futuro en el que la felicidad es posible.

Otra vez dormí mal esa noche. A la mañana siguiente, Boston estaba cerrado por completo dado que la nieve seguía cayendo. No despegó ningún vuelo, las clases se cancelaron. Dediqué todo el día a revisar una monografía y a preparar casos prácticos. Dediqué todo el día a esperar una llamada que podría cambiar el curso de los planes que estaba a punto de poner en marcha. O un telegrama. O su llegada a mi puerta que hubiera sido una señal de…

¿Qué señal necesitaba en realidad?

Ya me había convencido de cuál era la mejor decisión. Lo había analizado detenidamente. Como hacemos muchos de nosotros… Nos decimos que nuestros razonamientos son los correctos, cuando la mayor parte del tiempo son simplemente intentos por aplacar el miedo interno.

Aun así, más tarde me llegué a preguntar cuál hubiera sido el resultado si Isabelle hubiera llamado aquella tarde en que estuvimos atrapados por la nieve. O si hubiera recorrido el trayecto hasta la parada de Arlington T y cambiado de tren en Park Street y

salido en Harvard Square y encontrado mi habitación. La acción te envía hacia una dirección. La inacción, hacia otra. Pero al final somos nosotros quienes tomamos la decisión a raíz de las decisiones ajenas. De la misma forma que ellos toman sus decisiones basándose en las señales que les transmitimos. O no.

Así que esperé a que acabase el día. Y no recibí nada.

Dormí mal otra vez.

A la mañana siguiente, compré en The Coop una postal de T. S. Eliot. Debajo de una foto del gran poeta ya con una edad avanzada había una cita del poema «Los hombres huecos»:

> Entre el movimiento
> y el acto
> cae la Sombra. [*]

En la otra cara escribí la dirección de Isabelle en París. Y este mensaje:

> *Me voy a casar con Rebecca.* Je t'aime…

Dos pensamientos contradictorios en una frase.

¿No es así cómo reaccionamos la mayoría de veces? ¿Aunque no queramos mostrárselo a los demás?

Compré un sello internacional. Eché la carta en un buzón.

Sabía que, esta vez, habría un silencio permanente.

Me confundí.

De hecho, volví a saber de Isabelle. Siete años más tarde.

4

Siete años.

Había terminado la carrera de Derecho. Me había mudado a Nueva York.

Me había instalado en el apartamento de Rebecca.

Me había incorporado a Larsson, Steinhardt & Shulman.

Mi padre había muerto debido a un cáncer de páncreas. Fue una muerte tan rápida y despiadada como la que sufrió mi madre. No nos vimos mucho a lo largo de los años. Siguió manteniendo su distancia conmigo con, estaba seguro de ello, el apoyo de mi madrastra, Dorothy. Acepté este distanciamiento neutral, pero seguí manteniéndole al tanto de mi vida por medio de una carta dos veces al mes. Siempre me respondía con un tono afable, informativo, distante. Iba una vez al año a pasar un fin de semana a su casa en Indiana, siempre cuando Dorothy se encontraba fuera de la ciudad. Ella fue quien me llamó la mañana después de que el cáncer pusiera fin a su vida, diciendo que había sucedido rápidamente. No me creí esa afirmación, y podría haber exigido a mi madrastra saber por qué había tardado tanto en decirme que él se moría. Decidí no tener esa conversación y volé a Indiana. Me senté al lado de su frío cuerpo que yacía en un ataúd abierto en la funeraria local. Fui al funeral y mantuve la compostura cuando el pastor baptista habló sobre cómo había sido un padre ejemplar para mí y que siempre había estado orgulloso de mis logros. Me mordí el labio con fuerza al mismo tiempo que veía cómo introducían su féretro en la tierra del Medio Oeste. A medio camino entre Indianápolis y el aeropuerto con mi coche de alquiler, me detuve en el arcén de una carretera asfaltada de dos carriles vacía y salí a los campos de maíz. Me apoyé en el capó de aquella camioneta Ford prestada y lloré durante varios minutos como el niño confundido que realmente sentía que era. Luego volví al coche y me alejé mientras iba

pensando que a menudo lloramos por lo que debería haber sido y por el final de una triste historia cuya trayectoria ya no se podría cambiar.

Dos meses después de que mi padre pasara al otro mundo, Rebecca y yo nos casamos.

Ella quería una boda tradicional, aunque pequeña. Precisamente ese fue el tipo de boda que tuvimos, con cien invitados. Nos fuimos de luna de miel a la costa Amalfitana. Épica, vetusta, con unas vistas sublimes. Un respiro del mundo. Hicimos el amor dos veces al día. Un agradable descanso compartido. Los tres últimos días los pasamos en Roma. Quise mudarme allí en el acto.

—¿Te recuerda a París? —preguntó Rebecca mientras paseábamos de la mano por el Trastévere.

—Me encantaría mostrarte París —contesté.

—Mejor esperamos unos años —replicó Rebecca.

Me convertí en neoyorquino. Me encantaba ser neoyorquino. Los ritmos frenéticos de la ciudad, su originalidad, la forma en que la buena y la mala vida coexistían en un espacio tan reducido, la creencia magníficamente arrogante de que Nueva York era su propia ciudad estado, en cierto modo, más allá de la sensibilidad del resto del país… Lo aceptaba todo. Al igual que a Rebecca, no me interesaba el juego de la escalada social. Cuando llegaba el fin de semana, visitábamos pequeños cines, pequeños teatros, garitos de *jazz*, librerías. Asimismo, nuestro grupo de amigos iba creciendo; sobre todo eran parejas jóvenes de profesionales como nosotros, muchas de las cuales empezaban a tener hijos y estaban resistiendo la tentación de mudarse a las afueras. Hablábamos con frecuencia sobre cómo nosotros, cuando tuviéramos hijos, tampoco nos moveríamos de las calles salvajes de Manhattan. El mundo prolijo y de clase media de Westchester y de Connecticut nunca sería para nosotros.

Nuestro matrimonio iba bien, ambos estábamos tan ocupados y estresados que la vida entre semana parecía continuo estudio de tiempo y movimientos. Nos encontrábamos totalmente centrados y motivados para seguir el ritmo a nuestros mundos jurídicos y a los plazos de nuestros tiempos hipercompetitivos. El sexo entre semana se convirtió en un evento inusual. Los fines de semana dedicábamos al menos una mañana y una noche a la intimidad, la cual, incluso

cuando intentaba tomármelo con más calma, no iba más allá del cuarto de hora habitual. «Quieres demasiadas florituras», se quejaba Rebecca cuando yo trataba de argumentar que no teníamos que darnos tanta prisa cuando hacíamos el amor. «Me gusta que sea rápido e intenso y, admitámoslo, tú tampoco le haces ascos. Y la semana pasada, cuando estaba muy estresada, aun así acepté follar contigo un martes por la noche y un viernes por la mañana… Y ese polvo al amanecer fue tras solo cuatro horas de sueño».

Me dije: «ignora este tipo de diálogos». Cuando éramos capaces de desconectar de las turbulencias de la vida jurídica (la necesidad de facturar una considerable cantidad de horas, la necesidad de encontrar nuevos clientes, de hacer contactos con una constante asiduidad, de ganar a cualquier precio), encontrábamos refugio en la cultura y en el otro. Rebecca fue consciente al cabo de aproximadamente un año de que la estima que le tenían en su bufete estaba empezando a desaparecer. Sobre todo después de que fallara estrepitosamente en un caso. Un caso sencillo de negligencia criminal contra un chaval de un instituto privado que había matado a su novia cuando conducía borracho. Los padres de la chica habían interpuesto una demanda millonaria a la familia sumamente rica del chico. Pero el abogado del chico había destapado que la chica —que tenía dieciocho años y cuyo nombre era Samantha— había sido arrestada por conducir ebria diez días antes del fatal accidente. Se ve que su padre, un pez gordo de Wall Street, había conseguido que le retirasen los cargos a cambio de un discreto intercambio de dinero con los policías que la habían arrestado en Mount Kisco (un barrio muy rico y privado de las afueras, a menos de una hora al norte de la ciudad). El abogado del chaval había usado este detalle sin piedad durante la vista, argumentando que la chica se había metido solita en todo tipo de problemas, entre los que se incluía haberse subido al coche del novio borracho. El juez desestimó el caso. A pesar de que el padre era culpable de no haberle hablado a Rebecca sobre ese incidente, los más veteranos la acusaron de incompetente. Todos indicaron que no había sido lo suficientemente incisiva al investigar el caso y que había dado una imagen negativa de su bufete. Y le hicieron saber que sus opciones para ser socia eran nulas.

Fui (eso espero) un marido comprensivo cuando Rebecca cayó

en picado después de este duro golpe. Tan solo dieciocho meses antes había estado tan segura de que iba a conseguir ser socia, y ahora había descendido a lo que se podría describir como las cinco etapas del duelo de Kübler-Ross, siendo la negación la primera y mayor de todas. Cuando le golpeó la realidad y se dio cuenta de que conseguir un trabajo nuevo estando ya en los treinta iba a ser una tarea ardua en el mundo jurídico ultracompetitivo de Nueva York —donde, si se percibe que has fracasado, eso juega en tu contra—, comenzó la etapa de la «ira». Como yo era la persona más cercana, y dado que había ascendido a socio por la vía rápida en mi bufete, hubo un tiempo (unos ocho meses) en el que tuvo arrebatos continuos. No es que me dijera cosas horribles directamente. Pero las decía de los demás. Y estaba decepcionada con la vida. Se lamentaba de que ella también era una abogada brillante y que, joder, no era justo que me hubieran ascendido a mí y a ella no. Por supuesto, estaba totalmente de acuerdo con ella. Al mismo tiempo, fui haciendo preguntas discretas y moviendo algunos hilos entre bastidores y la dirigí a otro bufete; más pequeño, menos relevante en su significado metropolitano, pero aun así hecho a medida, con un historial de justicia social de peso. Creí, por lo que sabía de los socios, que considerarían que Rebecca era una buena opción. Solo había un problema: el puesto no era de socia. A ella no le gustó nada eso, sobre todo porque pensaba que el bufete estaba exactamente dentro de su escalada progresiva. Cuando la animé a aceptar el trabajo y a esperar a ver cómo se desarrollaba todo, se cabreó conmigo, diciéndome que se había enterado de que yo había estado acelerando los trámites para conseguirle ese trabajo y que por qué cojones estaba haciéndome pasar por su padre (aunque este fuera un puto *hippie* insoportable) y…

La noche previa a ese arrebato yo estaba trabajando a deshoras en la oficina, lidiando con un caso sobre una mujer anciana a la que su hijo había retirado de su herencia antes de morir (a los sesenta años) por un linfoma. Era su mujer quien se encontraba detrás de esa acción y yo aún estaba intentando encontrar un enfoque en el testamento corregido (y pruebas entre la correspondencia que había solicitado entre la esposa y el abogado del difunto) para crear una ventaja jurídica para conseguir que esa Lady Macbeth llegara a un acuerdo justo con mi clienta (sobre todo porque esta estaba cerca de

los noventa y necesitaba dinero para pasar los últimos años de su vida). Cuando el reloj se acercaba a la medianoche, decidí que era hora de irme a casa. Me levanté. Fui al amplio baño de al lado de mi oficina. Evacué y me eché agua en la cara. Me vi en el espejo. Un abogado de unos treinta enfundado en un traje, aún más bien joven, con algunas marcas de cansancio en los ojos. Sin canas, sin un aumento de talla considerable, aunque para ello era fundamental que acudiera al gimnasio cinco veces por semana, lo que significaba que me debía levantar a las cinco y media de la mañana, además de las, entre doce y dieciséis, horas que dedicaba a mi trabajo habitualmente. Me sobrecogió una punzada momentánea de arrepentimiento. Isabelle. París. Lo que podría haber sido. Y la vida que me había construido.

Como le dije a Rebecca: «Una de las muchas cosas que me encantan sobre mi trabajo es la forma en que descubro que el comportamiento humano excede la ficción diariamente».

—Encantarte tu trabajo —contestó Rebecca de forma monótona, cansada tras otro día complicado—. Qué lujo. A mí me encantan pocas cosas en este momento.

—Esa perspectiva cambiará —le dije—. Y espero que seas consciente de lo mucho que te quiero.

—Amada por un hombre que, al contrario que yo, ha ascendido rápidamente a socio. El genio de los fidecomisos y las herencias. El gurú jurídico de los desastres ajenos.

Esa noche me topé con un desastre que me tocaba más de cerca. Cuando entré al apartamento, vi que no solo había restos de comida china para llevar esparcidos por la mesa del comedor, sino que también había restos arrojados contra las paredes de color blanco roto junto con una mancha roja gigante; el resultado de una copa de vino lanzada como un proyectil contra la misma superficie. Había unas gotas de un gran tamaño a lo Jackson Pollock entre los restos del salteado que estaban adheridos a la superficie. Desde la radio FM de nuestro equipo de alta fidelidad salía *rock and roll* a todo volumen. Y Rebecca estaba inconsciente en el suelo al lado de una botella vacía de un muy buen Margaux y otra a la mitad de un Pauillac. Tenía la boca abierta. Estaba empapada por el vino y el vómito, con un pequeño charco de ambos cerca de la cabeza. Aún llevaba puesta la ropa de trabajo, la falda completamente

levantada, su blusa blanca y también su chaqueta cubiertas por todo lo que había vomitado. Me agaché rápidamente a su lado para asegurarme de que seguía respirando, de que todavía estaba viva. Gimió cuando le di una bofetada en las mejillas y abrió los ojos de golpe, ojos que delataban su embriaguez.

Me puse manos a la obra. Levanté a Rebecca. La llevé al baño. La coloqué en el váter de forma que no se pudiera resbalar del asiento. La desvestí. Abrí el grifo y tapé el lavabo. La acerqué. Le dije: «Voy a meterte la cara en el lavabo… No te asustes». Aun así luchó y gritó mientras lo hacía, sin poder articular una palabra. Le limpié la cara. Se la sequé con una toalla. La llevé al dormitorio y la enfundé en su pijama y la metí debajo de las mantas. Luego estuve una hora barriendo los trozos de cristal y limpiando la pared y el suelo con un cubo de agua caliente con jabón, poniendo en orden el caos. Mientras, pensaba en aquella mañana al alba en el apartamento de Isabelle cuando también estuve limpiando su desastre mientras trataba de no asustarme demasiado por los extremos de su depresión posparto. Quería hacerlo bien y temía la posibilidad de una pérdida inminente. Canalicé mi ansiedad a través de un orden extremo.

No fue fácil quitar la marca de vino en la pared de nuestro salón. Me di una paliza, pero me obsesionaba por completo la idea de eliminarla. Me quité toda la ropa menos la camiseta y el bóxer para evitar deteriorar mi traje. Cuando todo estuvo de nuevo en un estado aceptable, me di una ducha caliente y me serví una copa o dos del Pauillac 1979 de la botella que Rebecca había dejado inacabada. Después me tiré en el sillón mientras pensaba: esto es un mal augurio de lo que está por venir.

Nuestro sofá contaba con una cama extraíble. Lo abrí y me quedé dormido durante cuatro horas, luego me levanté y volví a nuestro dormitorio. Rebecca aún dormía, respirando fuerte, pero sin señales aparentes de posibles problemas médicos. Me duché y me vestí para ir al trabajo, me bebí un buen tazón de café y le dejé una nota: «Llámame… Te quiero». Pero, mientras iba de camino a la oficina, una pregunta horrible invadió mis pensamientos: ¿estábamos destinados a fracasar como pareja?

La llamada llegó alrededor del mediodía. La voz de Rebecca tenía tintes de una resaca aguda y, además, de una conmoción

tremenda.

—¿He hecho alguna tontería?

—¿Quieres decir que no recuerdas tirar los restos de tu comida de Sichuan y una copa de vino a la pared antes de vomitar y desmayarte?

Un sollozo prolongado al otro lado de la línea.

—Soy una mierda.

—Simplemente eres tu peor enemiga. ¿Qué pasó?

—Al final del día de trabajo, uno de los socios me hizo ir a su oficina y me dijo que mi agresividad ponía a todos de los nervios. Y que, en una reunión esa misma tarde, habían decidido despedirme con efecto inmediato, con una paga íntegra hasta fin de año… Cuando, de todos modos, hubiera tenido que irme.

—¿Y esa es la razón por la que has tenido que emborracharte hasta el punto de hacer una obra de arte contemporáneo en la pared usando un buen vino y comida para llevar del Happy Valley?

—Buscaré ayuda.

—Tú decides.

—No me vas a dejar, ¿no?

—¿Podemos hablar más tarde sobre eso? —pregunté—. No hay nada que decir. Excepto que lo siento en el alma.

Esa noche cuando llegué a casa, Rebecca se me abalanzó y me llevó a la cama. Yo me dejé hacer. Cuando acabó, hundió la cara en mi hombro desnudo y anunció:

—Esa locura alcohólica no volverá a suceder.

Rebecca fue fiel a su promesa y yo no tenía razones para pensar que estábamos abocados al fracaso… Al menos no por culpa de ese tipo de locuras. Dado que fue un incidente puntual, no la iba a inscribir en ningún programa de doce pasos. Ni iba a ponerme moralista. Cuando ella no estaba consumida por sus propios demonios, cuando el estrés tóxico intrínseco a ella no amenazaba con sobrepasarla, era una mujer comprometida, inteligente y astuta. A su favor, comenzó a ir a terapia. A correr cinco kilómetros al día. Redujo su consumo de alcohol a tan solo dos vasos de vino diarios. Consiguió otro puesto como asociada y aceptó que no iba a llegar a ser socia, pero que si no armaba ningún lío, sería un trabajo para toda la vida. Le dije que debería seguir con la búsqueda de otros puestos que la encaminaran hacia el cargo que siempre había

deseado. Pero, tras su despido y su gran crisis de furia desatada, había dejado de obsesionarse con la grandeza de ser socia. Sobre todo porque ahora había decidido que era un buen momento para quedarse embarazada.

Una parte de mí siempre había querido ser padre. Si Isabelle me lo hubiera permitido, hubiera tenido un hijo con ella… Para mí, un hijo es la mayor expresión del amor en una pareja. Y, asimismo, porque sabía que siempre me perseguiría la sombra de un padre que, debido a sus tristes circunstancias, no supo estar presente para mí. Así que sí, en mi deseo propio de ser padre había grandes pinceladas de «lo puedo hacer mejor», para demostrar en silencio al hombre que me había evitado cortésmente toda la vida que, a diferencia de él, podía involucrarme y ser muy cariñoso. Aunque la responsabilidad de ser padre me asustaba un poco. La otra parte de mí, el abogado que quería encontrar soluciones a los desórdenes de la vida; que aún creía en la posibilidad de redimirse tras la infelicidad y el caos personal, también creía que tener un hijo podría reavivar las llamas del amor que una vez había compartido con Rebecca y que, últimamente, se había visto sumido en la presión de nuestros futuros laborales y la competitividad entre ambos.

Gané el caso de la anciana e hice que le otorgaran tres millones de dólares del patrimonio de su difunto hijo. Asimismo, detuve la tentativa de los tíos de unos niños huérfanos por atacar el fondo fiduciario por valor de treinta millones de dólares de sus sobrinos, que habían quedado huérfanos cuando murieron sus padres en un accidente de avioneta en Nantucket. A nuestro bufete le fue muy bien en ambos casos. Yo estaba en una racha ganadora, pero al mismo tiempo seguía los consejos de Mel Shulman, mi mentor, y mantenía un perfil bajo.

—A pesar de que presiento que no es para nada tu estilo —me dijo el señor Shulman después de que se desestimara en los tribunales el caso contra el fondo fiduciario—, recuerda siempre esta regla clave de la vida: nunca te enamores de ti mismo. El éxito es frágil.

Eran los ochenta, una época de un evidente consumo desenfrenado y de una prosperidad material extrema. Ganaba una gran suma de dinero y veía cómo muchos compañeros y algunos de

nuestros amigos cometían toda clase de excesos para mantener las apariencias. Yo hice lo contrario. Don Prudente, don Precavido, don Reservado. Y alguien que facturaba más horas que nadie en el bufete.

—¿Para qué trabajar? —soltó Rebecca una noche en una cena con sus amigos de Columbia—. Este genio que me acompaña gana cuatrocientos mil dólares al año y, aun así, no le importa vivir en nuestro modesto piso. El año pasado pagó el resto de la hipoteca gracias a su cuantiosa paga extra navideña.

—«Modesto» no es la palabra que se me viene a la cabeza para referirme a nuestros ciento diez metros cuadrados en el West Village.

—Pero nos podríamos permitir algo más grande —repuso Rebecca.

Acababa de romper la norma de consumir tan solo dos vasos de vino y se veía con ganas de sacar a relucir un tema que provocaba tensión en nuestra pareja delante de todos.

—No es el momento ni el lugar.

—Ups, parezco una socia minoritaria frustrada, perdón, asociada… ¿Tú eres el socio principal en este matrimonio?

—Ahora no, cariño —repliqué mientras le apretaba la mano con fuerza por debajo de la mesa y miraba a propósito su cuarta copa de vino ya vacía.

En el taxi de vuelta a casa, se calló cuando le dije:

—Qué bonito lo que has dicho. Siempre relacionado con ser «tu peor enemiga».

—Tal vez te deberías casar con otra persona. Tal vez deberíamos dejar de buscar un hijo. Tal vez ya no estoy a tu nivel.

—Tal vez deberías plantearte hablar en terapia sobre tu problema con la bebida.

—Bah. Me he pasado un par de copas del límite. Y no es como si fuera a manejar maquinaria pesada. Ni a llevar a los niños al colegio. Y es la primera vez que he bebido de más desde la última crisis… Que fue hace unos seis meses, ¿no?

—No me gusta sacar los trapos sucios a relucir en público.

—Ah, ¿tenemos trapos sucios?

—Como todas las parejas.

—Y qué insinúas, ¿que se los acabo de enseñar a todo el mundo

llenos de mierda?

Silencio. No daba crédito a lo que acababa de oír. Tampoco el taxista, quien negó lentamente con la cabeza. Rebecca lo vio y no le gustó.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —le inquirió.

—Ignórela —agregué.

—Como él me ignora a mí.

—Eso es una tontería y lo sabes —repliqué elevando el tono y, dado que no era común que expresase mi ira en voz alta, Rebecca se acobardó.

La conversación se dio por terminada.

A primera hora de la tarde del día siguiente, mi secretaria me entregó una carta que acababa de llegar esa mañana. Cuando vi el matasellos *Paris 6ème* y esa tinta negra de una pluma tan reconocible, sentí una ola de nostalgia y una ansiedad penetrante.

Mi querido Samuel:

Ha pasado mucho tiempo. Presiento que necesitamos volver a estar en contacto, volver a establecer una comunicación entre nosotros. Eres demasiado importante para mí como para haberte esfumado tras un velo de silencio.

Mis novedades en estos últimos siete años tras nuestro encuentro en Boston son las siguientes. Sigo con Charles. Seguimos bien, como siempre. Émilie ya es una chiquilla, una lectora empedernida con un gran aplomo, incluso cuando tiene que lidiar con los monstruitos de su escuela que le causan muchos problemas (las niñas pequeñas se portan fatal las unas con las otras, yo lo recuerdo vívidamente). Admiro su humor y su optimismo, y voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que mantenga esa perspectiva positiva. Pero, como ambos sabemos, la vida tiene esa capacidad de decepcionar y desalentarnos con el paso de los años.

Hablando de lo cual… Voy a pasar del estilo francés y a hablar francamente: tras tu negación a mi propuesta romántica en Boston, caí en una espiral durante un año. Sobre todo porque era consciente de que no haber ido a verte *chez toi* había sido un error tremendo. La vida tiene esos momentos en los que los demás nos envían una señal que nos pide que mostremos nuestras cartas. Tú lo hiciste tras esa tarde que pasamos en una cama del Ritz. Sé que estabas indeciso, que tenías a tu *petite amie*. Pude sentir

cómo te debatías entre qué camino escoger. Quería con toda mi alma irme después del concierto y estar juntos, desnudos. ¿Me hubiera sido imposible hacerlo? Charles hubiera fruncido su entrecejo lleno de arrugas. Aun así, creo que lo podría haber hecho. ¿Por qué no lo hice? Esa es una pregunta para la que aún no tengo una respuesta completa. ¿No es el mayor secreto de la vida? Quieres esto, pero haces lo otro, a sabiendas de que probablemente estés sacrificando aquello que quieres. Quizá no podía dejar caer delante de mi marido que había alguien importante en mi vida, a pesar de que él había sido muy transparente con respecto a su *affaire*. Quizás una parte de mí tenía miedo de cruzar ese punto de no retorno a tu lado. Estaba preparada de veras para irme a Nueva York con Émilie, pero cuando me pediste (de manera, yo creo, inconsciente) que te mostrase lo serias que eran mis intenciones de dar ese (para mí) gran paso y dejar a Charles y mi vida cómoda y segura…, es evidente que dudé. Si hubieras perseverado e insistido en que cumpliera con mi propuesta de empezar una vida contigo en Manhattan, ¿tal vez me hubiera ido contigo? La verdad, no lo sé. Me gustaría pensar que es lo que hubiera hecho… pero no soy tan valiente como quisiera ser.

Así que sí, me sumí en un periodo de desesperación después de estos eventos. Sabía que te ibas a casar. Sabía que serías fiel a tu esposa, aún más si cabe tras el desliz que cometiste junto a mí. Así como también sabía que la geografía nos separaría, esta vez de verdad. Te había perdido y podía haberlo evitado. Y me pregunté durante un largo periodo de tiempo: ¿mi vida habría cambiado si hubiera cruzado el río Charles en taxi tras el concierto? ¿Había perdido una oportunidad que debería haber aprovechado con los ojos cerrados? ¿Había escogido mal? A pesar de que agradecí la tarjeta navideña que me enviaste unos meses después, decidí no responder porque estaba dolida… Aunque soy consciente de que era yo misma quien me había causado ese dolor. Así como sabía que estaba pagando por todos esos años durante los que era evidente que no iba a dejar a Charles y tú vivías de ilusiones. ¿No es absurdo? Ambos queríamos lo mismo: tenernos el uno al otro. Y no fue solo porque no era el momento adecuado, sino también por mi falta de coraje. Y ahora estás casado. ¿Y yo…?

Yo he estado con alguien estos dos años anteriores. Un periodista. Un acuerdo parecido al que teníamos tú y yo. Un hombre de mi edad. Interesante, pero también casado. Y muy posesivo. ¿Fue amor? En realidad, no. Llenaba un vacío que había

en mi vida, pero no era como tú. Y no, aquello no era como la pasión que compartíamos, la complicidad cuando estábamos juntos. Y se terminó porque el exigió más y no quiso aceptar mis límites.

¿Cuál es el motivo de esta carta? Es una disculpa por no irme contigo aquella noche nevada para así convencerte de que, ciertamente, quería construir una vida contigo. Desearte (de manera tardía) un buen matrimonio, con el deseo de que seas realmente feliz. Y abrir la puerta de nuevo, supongo.

Pienso en ti y espero que todo te vaya bien. Porque he descubierto que «bien» es una buena aspiración.

Je t'embrasse

Ton Isabelle

Releí la carta mil veces. No hablaba del trabajo. No hablaba en profundidad de su matrimonio (como siempre). Estaba evidentemente maravillada por su hija. Pero había un trasfondo de esa desolación callada que siempre acompañaba a Isabelle. Conocía esa melancolía; formaba parte de su vida interior, pero nunca antes la había expresado de forma directa. En el pasado, durante esos momentos excepcionales en los que había admitido vivir en una cierta melancolía privada continua, lo había achacado a que era parte de su *métier*. La mayor parte de su vida profesional la pasaba sola entre textos que esperaban darse a conocer en otro idioma.

Puse a un lado su carta, ya que era consciente de que una respuesta inmediata no iría acompañada de lucidez. Meses más tarde, cuando hube reflexionado, tomé una hoja de papel para mecanografiar y lo coloqué en la IBM de bola de mi escritorio. La encendí y escribí rápido usando los dedos índices:

Mi querida Isabelle:

Me asaltó un pensamiento cuando leí tu carta: compartimos una opinión similar sobre lo imperfecta que es la vida. Eso no nos hace desdichados ni pesimistas. Simplemente, realistas. Y cuando tienes una perspectiva realista sobre todas las cosas… Bueno, ¿no es ahí donde empieza la melancolía? La cual, desconocida para los que no la sufren, es un infortunio que desemboca en un desánimo, desaliento, desamparo, descorazonamiento (todas las D de la desesperanza). Tampoco es algo que se escoja, sino que es un estado mental entre una enfermedad y una preferencia… y con

una creencia: aceptar la desesperanza y no creer en que haya un santo grial de la felicidad que te salvará. Todo es un caos. Tienes que hacerlo lo mejor que puedas en medio de ese desorden, pero no es necesario que lo hagas sonriendo todo el tiempo.

Tu carta me conmovió mucho. Y el hecho de que me hayas hecho saber que la puerta sigue abierta… Se asemeja a una tortura, por las razones evidentes. Por el matrimonio, claro… Y más novedades: Rebecca está embarazada. ¿En qué lugar nos deja esto a nosotros, mi querida Isabelle?

Sí, ese hijo tan deseado que habíamos intentado tener con mucha diligencia y constancia estaba en camino. Rebecca estaba eufórica, quería ser madre. Y cuando con el paso de los meses no se quedaba embarazada, el sentimiento de fracaso personal se entrelazaba con un miedo creciente: tal vez no lo conseguiríamos de manera natural. Tal vez uno de los dos tuviera problemas. Tal vez tuviéramos que aferrarnos a las temibles rondas de pruebas de fertilidad y a los tratamientos de fecundación *in vitro*. Y, sobre todo, Rebecca tal vez no pudiera concebir un hijo.

Era su mayor miedo; su pesadilla en aumento y una que venía acompañada de tantos otros miedos de no ser adecuada que recordaban a los problemas centrales de su mente. El día que volvió del ginecólogo con la confirmación oficial de que sí, definitivamente iba a ser madre, más que aliviada, se sentía triunfante. A pesar de las burlas, el estrés competitivo y los desafortunados momentos de embriaguez, en nuestro matrimonio compartíamos el firme propósito de una meta común. O, al menos, eso es lo que me decía cuando me asaltaban las dudas en mitad de la noche. Y, por lo tanto, sentí una punzada de amor por Rebecca cuando, al llegar a casa del trabajo, se tiró a mis brazos, llorando mientras me hacía partícipe de la gran noticia: había ocurrido, íbamos a ser padres. Estaba aliviado, pletórico y algo abrumado por el pensamiento de que ser padre significaba asumir una responsabilidad colosal para toda la vida. Y era algo en lo que quería sobresalir.

Rebecca, fiel a sí misma, se convirtió en una experta en todo lo prenatal. Estaba decidida a que no hubiera ni una sola complicación durante todo el embarazo y el parto. No bebió ni una gota de alcohol, ni siquiera cuando el médico, en el tercer trimestre, le dijo

que un vaso de vino ocasional podría ser un alivio de la dieta estricta que estaba siguiendo. Debió de haber leído dos docenas de libros sobre el tema y acudió a clases de yoga prenatal que, según ella, la ayudaban a mantener los «chacras centrados» y también, como decía, a «liberarme de todos los supuestos inevitables y catastróficos que reproduzco mentalmente». Aunque no había indicios de un embarazo problemático o de posibles complicaciones, renunció al sexo de pleno. Yo traté de convencerla con paciencia de que no era necesario ser tan extremista. Pero Rebecca se negaba rotundamente, arguyendo que no quería correr ningún riesgo y que tan solo sería durante ocho meses.

Acepté la castidad. Como no quería problemas —y tras haberme prometido no volver a caer después de lo que tuve con Isabelle en Boston—, me resistí a todas las tentaciones que Nueva York me ofrecía. También decliné un viaje de negocios a París porque la tentación de ver a Isabelle hubiera podido conmigo. Ella me había mandado una tarjeta simple en un sobre blanco con el siguiente mensaje: «Os deseo a ti y a tu mujer mucha felicidad por el nacimiento de vuestro primer hijo», lo que entendí como que no quería seguir en contacto. Lo acepté. Me involucré en casa como esposo y padre. Mientras tanto, el trabajo era mi refugio contra esas preguntas que prefieres evitar… De momento.

Nuestro hijo, Ethan Caleb, nació en el New York Hospital el 15 de enero de 1988. Su madre tuvo un parto natural sin anestesia, por decisión propia. Yo no tuve nada que ver al respecto; intenté convencerla de que no siguiera con ese enfoque tan extremo diciéndole que, si se fuera a hacer un empaste, seguro que aceptaría una inyección de Novocain en las encías. Pero Rebecca insistió en que si le ponían la epidural o cualquier otro tipo de calmante, eso no solo le haría «disfrutar menos» de la experiencia, sino que también pondría en peligro al bebé. La ginecóloga de guardia le aseguró que eso no tenía sentido a efectos médicos, que el bebé probablemente preferiría salir al mundo con una madre que no estuviera sufriendo sobremanera (algo que, sin duda, pasaría). Rebecca, en todo su esplendor, se negó a cualquier alivio de su sufrimiento. Por supuesto, yo estuve presente en el parto y estuve aterrorizado por los sonidos que profirió durante todo el calvario. Aterrorizado porque el dolor era tan inmenso y monstruoso y

totalmente innecesario. Ethan llegó al mundo entre sufrimiento. Rebecca estaba tan traumatizada por todo lo que había padecido que, al principio, estaba tan débil que ni pudo sostener al bebé. Yo lo hice en cuanto cortaron el cordón y una enfermera le envolvió en una manta de rizo blanca que enseguida se manchó de sangre. Ethan estaba desconsolado. Cuando le pregunté a una de las enfermeras si no le estaba cogiendo correctamente, miró de reojo a Rebecca para asegurarse de que no podía oírnos (estaba en un duermevela producto del cansancio) y me susurró:

—Siempre ocurre cuando la madre rechaza la inyección. El niño llega al mundo angustiado porque la madre también lo está. Pero se calmará y se le olvidará todo lo sucedido.

Mientras llevaba en brazos a mi hijo por primera vez, me sentía abrumado y con miedo. ¿Lo haría bien? La magnitud de la paternidad era abrumadora. Pero también lo era el amor incontenible que sentía por él. Quería decirle: «Siento que tu llegada al mundo haya sido tan difícil, pero te prometo que todo va a ir mejor a partir de ahora».

Rebecca superó el trauma del parto y se zambulló en la maternidad con una intensidad apabullante. No quería ni oír hablar de ayuda externa. Se mudó al otro dormitorio, que, por supuesto, habíamos convertido en la habitación del bebé para soportar las noches de sueño intermitente y asegurarnos de que yo podría dormir. Me ofrecí a encargarme los fines de semana, que era cuando podía permitirme estar cansado y compartir la carga de la *nuit blanche*. Pero ella estaba totalmente decidida a hacerlo todo por su cuenta, incluso si tenía que sacrificar las horas de sueño y luchar contra el cansancio. También anunció a las seis semanas, cuando se suponía que debía volver al bufete, que quería extender la duración de su baja para compartir «un momento muy importante en casa» con Ethan. La empresa aceptó, siempre y cuando esta extensión no fuera remunerada. Yo la apoyé, pero por dentro me preguntaba si su deseo de dedicarse a tiempo completo a la vida de nuestro hijo recién nacido no sobrepasaba peligrosamente el compromiso paterno habitual. Sabía que si seguía esa línea de pensamiento, me adentraría en arenas movedizas; estaría cuestionando su gran impulso maternal. Pero estaba contemplando cómo surgía una racha atípica; estaba literalmente día y noche con Ethan,

durmiéndolo en su habitación, en la que se había instalado una cama supletoria para ella. Cuando intenté sacar este tema con ella, dejando caer con dulzura que no tenía por qué ser «mami veinticuatro horas», reaccionó con furia:

—¿Quieres decirme que no cumpla plenamente con mis funciones?

Le señalé que no era necesario llegar a plantearse tan siquiera la idea de la perfección con respecto a la maternidad, que, como estaba descubriendo (cuando Rebecca me dejaba estar con mi hijo), ser padre por primera vez tenía mucho de improvisación y era algo que se aprendía sobre la marcha.

—No me importa en absoluto encargarme de las noches los fines de semana —le repetí—. No me importa volver a casa para quedarme con él si quieres salir con amigos, ir al cine, al teatro. Y, siendo sinceros, deberíamos contratar a una niñera y salir juntos una noche.

—¿Y dejarle solo con otra persona? Qué disparate. Dime que no estás diciendo más que tonterías.

Su tono rozaba la cólera. Yo la dejé en paz.

El sexo, por fin, volvió a nuestra vida matrimonial. Sobre la décima semana tras el parto, me dejó hacer el amor con ella de nuevo. Sabía ella estaba dividida: en parte apasionada, en parte con la cabeza en otro lado. No hice comentarios al respecto. Estaba tan contento por volver a estar con Rebecca. Era una experiencia que venía en pequeñas dosis, tal vez dos veces por semana, y cada vez más rápida. «Pongámonos a ello y acabemos cuanto antes». Debería haber insistido en hablar sobre nuestra recién estrenada intimidad veloz —y sobre el foco de Rebecca en Ethan— ya que sabía que se estaba convirtiendo en algo enfermizo. Mantuve la cabeza gacha. Me enterré aún más en el trabajo. De puertas afuera, acepté la *ideé fixe* de mi mujer. Evité cualquier oportunidad que se me presentó de manifestar mi preocupación, porque, según lo que las experiencias recientes me habían demostrado, esos comentarios desembocarían en un conflicto incómodo. Y yo no quería tocar ese tema.

Casi nueve meses después de que Ethan llegara a nuestras vidas, Rebecca se reunió con los socios de su bufete. Aceptaron su vuelta. Ella estuvo de acuerdo cuando le propuse buscar una niñera de día

para Ethan. Llevó a cabo las entrevistas con el rigor de un agente de la CIA que estaba eligiendo a sus agentes secretos en Europa del Este. Entrevistamos a varias posibles niñeras y convenimos en contratar a Rosa, una mujer dominicana de unos treinta años, extrovertida y, sin duda alguna, capacitada. Nos pareció una buena nueva, y yo celebraba internamente que esta se hubiera percatado de la ansiedad que le provocaba la vuelta al trabajo a mi esposa y que supiera cómo aplacarla. Cuando volvió de vuelta a su trabajo como abogada, Rebecca llamaba a Rosa a todas horas. Hay que reconocer el mérito de la niñera, quien tenía una paciencia infinita con su empleadora, aunque a veces me dejaba caer comentarios del tipo: «Su mujer no debería preocuparse tanto por Ethan, cuanto más tranquila esté ella, más tranquilo estará él», que indicaban que Rebecca le parecía un poco controladora. Aun así, se creó una rutina de trabajo entre ambas. A su vez, nuestra vida personal se sumió en la monotonía. Mi esposa volvió a dormir en la cama conyugal durante toda la noche. Una noche cada semana, salía con amigas; otra, teníamos lo que llamaba nuestra «cita nocturna» e íbamos a cenar fuera y a disfrutar de algo cultural, seguido de una dosis de sexo.

Empecé a ir a clases de francés tres veces por semana. Con una jovencita de Lyon llamada Danielle, de casi treinta años. Me iba bien. Yo era, según ella, un alumno atento y minucioso y ella era una profesora exigente. Quedábamos todos los lunes, miércoles y jueves a las seis de la tarde en mi oficina, aunque si el trabajo me lo impedía, no le importaba cambiar de día. Le hablé desde el principio de vivir en París y de cómo quería obtener un nivel de fluidez en francés aceptable. Trabajé arduamente e hice los deberes. Nunca le conté a Rebecca que estaba yendo a clases intensivas de francés. Me temía que pudiera pensar que aún no había superado mi romance con Isabelle y que era una manera, en cierto modo, de seguir conectado a ella. Lo que es posible que fuera verdad. Pero consideré que era mejor no sacar el tema y dejar los libros de vocabulario en la oficina y volver a casa después de las clases para pasar la noche con Ethan.

Pasaba cinco noches a la semana con mi hijo. Había acordado que la noche del viernes saldría con un nuevo amigo. Se llamaba David Kennicott y era un periodista del *Wall Street Journal* que se

acababa de divorciar y estaba gravemente afectado por ello. El rato que pasaba con David se convirtió en un apoyo, ya que también era padre. Su hija Polly, que tenía siete años, ahora vivía en una casa adosada en la calle 70 Este con su madre y la nueva pareja de esta. Las chicas con las que salía David siempre eran alocadas y se preguntaba si desprendía una onda de «me encantan los problemas» para que atrajera a ese tipo de mujeres. También era muy astuto y divertido, y le encantaban el *whisky* y los cigarrillos (fumaba sin parar) y los saxofonistas tenores (tocaba en una banda aficionada y no lo hacía mal). Le gustaba que nos viéramos una vez por semana. Fuimos a todos los clubes de *jazz* de la ciudad. Confiábamos bastante el uno en el otro y yo podía hablar con él de las vicisitudes de mi matrimonio y sobre cuánto me preocupaba abordar esos problemas directamente con mi mujer tras haber encontrado un cierto equilibrio, que sabía que era tan frágil como una copa de vino. Un domingo, David vino a tomar el *brunch* a casa y realmente le cayó bien Rebecca, aunque, cuando le presioné más tarde, admitió que su ansiedad por ser la madre perfecta era más que evidente. Me aconsejó dejar las cosas como estaban por el momento y alegrarme de que todo estuviera estable entre nosotros.

—Tener un hijo crea una dinámica completamente nueva en la vida de una pareja. Y puede dar lugar a situaciones conflictivas. Alégrate de que, de momento, su locura se haya calmado un poco y de que estás pasando por la inercia marital: sexo, la salida semanal, no tener peleas sobre «no hacer lo que te corresponde» y toda esa mierda predecible. Tan solo cruza los dedos para que no suceda nada grave que rompa el equilibrio. Una crisis podría dejar a la vista todos los parches temporales de una manera peligrosa.

Palabras claras, pero es que David era muy franco al respecto.

Palabras premonitorias también. De las que me acordé semanas después cuando Rebecca me dijo que tenía que trabajar hasta tarde y que había pedido a Rosa que se quedara con Ethan. Yo había quedado con David para disfrutar de nuestra noche de *jazz* y *bourbon*. Me ofrecí a cancelarlo. Acababa de pasar dos semanas sin tener un día de descanso encargándome de dos casos extensos. Ella insistió en que saliera, que me despejara. Rosa se quedaría hasta las diez de la noche y, como era fin de semana, no tendría que venir al día siguiente temprano.

—Sé que le vendrá bien la paga de las horas extra —repuso.

Así que salí con David. Trajo consigo una amiga, una joven guionista llamada Phoebe Rossant. Me pareció atrevida, divertida, aún más vulnerable que David y, al principio, algo altanera cuando se dirigía a mí… Principalmente porque yo llegué directamente del juzgado vestido con mi traje oscuro de Brooks Brothers. Cuando se enteró de que pasaba mis días lidiando con fideicomisos y herencias, hizo un par de bromas a mi costa diciendo que me dedicaba a la parte «funeraria» del derecho. Pero dirigí la conversación hacia un debate sobre lo que yo denominaba la nueva Edad Dorada y provoqué que acabara hablando de los problemas que tenía a la hora de intentar crear una serie familiar divertida y vanguardista con una decidida inclinación feminista en un mundo en el que de lo único que se hablaba era de comprar un gran *loft* en Tribeca. Y de que de lo único que hablaba nuestra generación de «profesionales urbanitas» era de pasar el verano en los Hamptons. Y del valor de la cartera de acciones. Y de cuántos trajes de Armani posees.

—¿Cuántos tienes tú? —preguntó jocosamente.

—Ningún Armani —contesté—. No tengo nada de diseñador. Tengo tres trajes de confección.

—Y se pone la chupa de cuero y unos pantalones negros cuando sale por ahí a escuchar *jazz* —añadió David.

—Un hombre con identidades en conflicto.

Me encogí de hombros.

—Igual que tú, lidio con la narrativa. Igual que tú, estudio la capacidad infinita de la gente para complicarse la vida y complicársela a los demás. Igual que tú, tergiverso historias. Y, como bien sabes, el dinero y el sexo no es solo lo único que nos mueve a nosotros —bueno, y a todo el mundo—, sino que son las motivaciones centrales que acechan detrás de la mayoría de dramas personales.

Phoebe miró a David y dijo:

—¿Por qué no me habías presentado a este tipo antes?

No supe qué contestar. Solamente pensé que era maravillosa… Y que habíamos conectado de inmediato.

¿Acaso fue justo ese el momento en que muchas de las dudas que acumulaba sobre el matrimonio —todas las obsesiones tras el

parto y los dramas del año anterior— me habían pasado factura, traduciéndose en un interés por otra persona por primera vez desde aquella ocasión, muchos años atrás, en la que abandoné el Ritz entre la nieve, cuando me pregunté si nuestro matrimonio inminente sería la decisión correcta? En aquel momento me juré no volver a probar los efluvios de la infidelidad. Ahora era padre. Con Rebecca ya no había romance, pero sí estabilidad. Y la estabilidad era de vital importancia para el futuro de Ethan. Se nos dice que el matrimonio implica empeño. Pero el matrimonio es un compromiso endemoniado. Si dejamos a un lado aquella única excepción —antes de intercambiar los votos—, había sido fiel. Había sido constante. Había tenido paciencia. Había sido comprensivo, aunque a veces pensara en lo solo que estaba. Porque mi mujer había estado conviviendo con un demonio desde el día en que su carrera frenó en seco. Y yo había optado por ignorar la creciente fragilidad de nuestra pareja apoyándome en el trabajo, dejándole espacio para desarrollar sus locuras sin oponerme, dedicándome a lo que se me daba bien en momentos de confrontación: huir de las discusiones, esquivar las crisis inminentes, darme por satisfecho de haber superado otro día más sin melodramas. El resto, trabajo y más trabajo. Y había una pregunta que me inquietaba: ¿mi obsesión por ganar todos los casos en el trabajo provenía de lo perdido que me sentía en casa?

Vi cómo Phoebe miraba mi anillo de matrimonio. La segunda vez que lo hizo, cerré el puño de manera instintiva, como si quisiera ocultar su existencia. Ella se dio cuenta y sonrió. Sacó un cuaderno y un bolígrafo y escribió un número junto a su nombre.

—Me tengo que ir. Pero quiero que me llames.

Arrancó la hoja y me la tendió.

—Si quieres, puedo organizarte una visita al estudio de nuestra serie policíaca. Aunque realmente preferiría que me invitaras a una cerveza.

—Me gustaría continuar esta conversación —contesté.

Tenía ganas, pero también sabía que «bajo ningún concepto debes complicarte la vida». Sin embargo, la voz de chico malo susurraba en mi cabeza: «Por supuesto que tendrías que complicarte la vida».

Phoebe se inclinó hacia mí y me dio un leve beso en los labios

mientras me dijo en un susurro:

—Estaré esperando esa llamada.

Cuando se marchó:

—Maldito Sam. Te has ganado a la siempre distante Phoebe a la primera.

—No era en absoluto lo que pretendía.

—Y por eso ha dado resultado.

—Pero yo no esperaba ningún resultado.

—Sin duda, parecías angustiado.

—Venga ya.

—Se dio cuenta de que ocultaste tu alianza. Ambos nos dimos cuenta. Captó el mensaje al vuelo; hombre interesante con una situación complicada en casa.

—Me halaga, pero no voy a hacer nada al respecto. Las cosas en casa no van tan mal.

—¿Acaso van bien?

Esquivé la pregunta afirmando que ya era muy tarde y tenía que irme a casa. Cuando llegué allí, encontré a mi mujer despierta con nuestro hijo en brazos y aterrada.

—Cuando llegué, un poco antes de las diez, Rosa me dijo que Ethan había vomitado varias veces durante la noche y que estaba desganado. Cree que debe ser un simple virus. Lo que me preocupa es que los vómitos y la desgana también son síntomas de la meningitis.

—¿Tiene un sarpullido, convulsiones o algo así? Déjame comprobarlo. ¿Lo puedo coger?

Efectivamente, parecía que Ethan estaba febril y sumido en un sueño profundo. Cuando traté de despertarle, no reaccionó ni al sonido de mi voz ni a los golpecitos que le propinaba cada vez con más frecuencia.

—¿Estás segura de que no tiene sarpullidos?

—He mirado por todas partes.

Justo en ese instante, levanté una de sus piernecitas y le revisé la planta del pie. Rebecca estaba junto a mí cuando vio lo que yo y dejó escapar un «Ay, joder, no…». Porque ahí, en la planta del pie, había unos puntitos rojos y marrones; un sarpullido que ya empezaba a generar ampollas.

—¿No lo habías visto antes? —le pregunté al mismo tiempo que

trataba de controlar mi ansiedad.

—Joder, es evidente que no lo había visto. ¿Acaso piensas que estaría aquí tan tranquila sabiendo que mi hijo tiene meningitis?

—No te estaba acusando. Pero nos tenemos que ir a urgencias ahora mismo.

Durante una crisis, como pude darme cuenta con los años, mi voz siempre se suavizaba, y tomaba tintes inquietantes. Me dirigí a la puerta principal con Ethan en brazos.

—¡Lo llevo yo! —gritó Rebecca mientras tomaba una manta para protegerlo del aire acondicionado que estaría omnipresente en todos los interiores. Sin discutir, le entregué a nuestro hijo. Salimos por la puerta, montamos en el ascensor y subimos al primer taxi que pude parar en la calle. Nuestro hospital más cercano, St. Vincent, tenía fama de tratar a los pacientes como animales. Era preferible cruzar a toda velocidad la ciudad hasta el New York Hospital, donde había nacido Ethan, ya que era un oasis de calma en el Upper East Side. La sala de urgencias estaba a rebosar un viernes a las once de la noche. Pero en cuanto le comunicamos a la recepcionista nuestras sospechas sobre que nuestro hijo de nueve meses tenía meningitis, descolgó el teléfono y, en menos de dos minutos, un pediatra y dos enfermeras nos atendieron. El médico confirmó aquello que sospechábamos: el bebé tenía todos los síntomas de una meningitis vírica o bacteriana. Solicitó unos análisis de sangre *ipso facto*. Rebecca estaba al borde de un ataque de nervios.

—Si lo hubiera visto… —se lamentaba.

—¿Cuándo han visto que tenía el sarpullido? —preguntó el doctor Hutheesing.

—Hace media hora —contesté.

—Yo llevaba una hora con él antes de que mi marido llegase. No había nada. Se lo juro, le había revisado por completo.

—Oh, la creo, señora —replicó el médico—. El sarpullido puede aparecer súbitamente. Han hecho lo correcto en traerle aquí de inmediato. No se eche la culpa.

—No tenías que haberme dejado trabajar hasta tarde —vociferó Rebecca, aunque, en gran medida, se estaba dirigiendo a sí misma.

El pediatra le puso una mano en el hombro.

—No podía haber hecho nada para impedirlo. Las razones de

una meningitis en bebés…

—¡Podía haberlo impedido! —bramó.

Hutheesing y yo intercambiamos una mirada. Rebecca se dio cuenta.

—¡Ves! ¡Ves! ¡Ambos me estáis culpando!

El médico le dijo algo al oído a una enfermera y, a continuación, se dirigió a Rebecca:

—Señora, mi compañera le va a acompañar a una habitación en la que podrá tumbarse. Y si necesita algo para mantener la calma…

—Joder, ¡no uses ese tono condescendiente conmigo!

—Rebecca, no hables así a…

—Todos sabéis que esto es culpa mía, ¿no?

—Tiene que calmarse, señora —insistió la enfermera mientras le pasaba el brazo por encima de una forma más restrictiva que tranquilizadora—. Venga, vayamos a una habitación en la que pueda descansar…

—No os voy a dejar con mi bebé. No voy…

Trató de zafarse. La otra enfermera, menos intimidante pero, sin duda, igual de fuerte que su compañera, la agarró por el otro lado. Estaba rodeada, atrapada. Comenzó a luchar con todas sus fuerzas, profiriendo insultos y obscenidades, totalmente fuera de sí. Hutheesing me preguntó con la mirada: «¿Te parece bien si la tranquilizamos?». Yo asentí con la cabeza. Rebecca se encontraba en una progresión violenta y era preocupante. Con calma, el médico se acercó a un carro de medicación del que cogió una ampolla y una aguja hipodérmica. Dio indicaciones a una enfermera para que le remangaran la camisa a Rebecca. Ella luchó con más fuerza.

—Joder, ¿es que no vas a mover un dedo? —me gritó.

—Hemos venido aquí por Ethan —respondí de pie junto a la camilla en donde estaba mi hijo y atemorizado por completo al pensar: puede que no sobreviva.

—Agarradla con fuerza —ordenó el médico a sus compañeras poniéndole la inyección en el brazo.

Segundos después, Rebecca dejó de dar sacudidas violentas. Hutheesing le susurró algo más a una de las enfermeras. La otra soltó a mi mujer, quien parecía estar sonámbula. Una enfermera volvió con una silla de ruedas, en la que la colocaron y se la llevaron. El médico me explicó que la iba a mandar al ala de

psiquiatría para que la tuvieran en «observación». Me preguntó si había mostrado «signos de compulsiones obsesivas» anteriormente. Yo asentí.

—Es evidente que necesita ayuda. Pero ahora es su hijo quien más la necesita.

Luego hizo otro gesto a una enfermera, me comunicó que iban a llevarse a Ethan en ese mismo instante a la UCI pediátrica y que iba a pedir que le hicieran una punción lumbar para recoger líquido cefalorraquídeo (LCR). Me explicó que, cuando hay un caso de meningitis, el LCR suele mostrar una caída severa de los niveles de glucosa junto con un recuento de glóbulos blancos en aumento y un nivel de proteínas peligrosamente alto.

—¿Puede tener secuelas graves? —pregunté.

—No le voy a decir que no se debería preocupar por eso en este momento. La verdad es que indudablemente puede haber complicaciones futuras. Sin embargo, ayuda el hecho de que nos haya traído al niño de inmediato y que su mujer no viera ningún sarpullido cuando le revisó una hora antes. En fin, vamos a tardar varias horas en saber algo. Yo si fuera usted me iría a casa y descansaría. Dé su número a la recepcionista y le llamaremos en cuanto…

—Prefiero quedarme aquí —contesté.

—No lo dudo. Pero no sabremos nada hasta mañana por la mañana. ¿Para qué va a dormir toda la noche en una silla de plástico si su presencia aquí no va a cambiar las cosas? Su mujer ha sufrido una crisis. Su hijo necesita una figura paterna en sus cabales. Váyase a casa, por favor. ¿Quiere algo para conciliar el sueño?

Negué con la cabeza. Le pregunté si me podía quedar al lado de Ethan mientras le sometían a todas esas horribles pruebas. Me hizo entender que era imposible.

—Váyase a casa, señor. Déjenos su número de teléfono. Le llamaremos en cuanto sepamos algo.

No quería marcharme, pero el doctor Hutheesing insistía. Quizá tenía razón y yo necesitaba descansar para afrontar lo que estaba por venir.

—¿Lo superará? —inquirí.

El médico dudó antes de decir:

—Las siguientes cuarenta y ocho horas son críticas.

Encontré un teléfono público en la sala de espera y llamé a David. No respondió. En un mensaje de voz sucinto, le pedí que me devolviera urgentemente la llamada. Me fui a casa. Me senté al lado del teléfono, bebiendo *whisky* durante dos horas. Llamé al hospital. Hablé con la enfermera de la unidad de cuidados intensivos pediátricos. Ethan seguía igual. Me desvestí. Me metí en la cama. Intenté dormirme. No fue posible. Llamé a la UCI otra vez. No había novedades sobre Ethan y la enfermera me dijo que si le daba mi número se encargaría de que el doctor Hutheesing me llamara en cuanto llegase a las ocho y media de la mañana. Le di las gracias y puse una alarma. Sabiendo que el médico me llamaría pasadas unas horas, pude dormir. La alarma sonó a las ocho y media y el médico me llamó a las ocho y treinta y seis. Me comunicó las buenas noticias: Ethan estaba estable, estaba fuera de peligro, pero le preocupaban «un par de problemas crónicos». Cuando le insistí sobre el tema, me dijo que prefería discutirlo en persona. Le pregunté sobre Rebecca. Ella también estaba «estable», pero había habido un incidente cuando se había despertado y no había cesado de insistir en visitar a su hijo en la UCI. La enfermera le había comunicado que tendría que esperar hasta que llegase el pediatra y ella había explotado y se había intentado fugar del ala de psiquiatría («No es una tarea fácil, dado que todos los accesos están permanentemente cerrados»). La tuvieron que inmovilizar y sedarla de nuevo. Enterré la cabeza entre las manos y le comuniqué que estaría en el hospital en menos de una hora.

Ethan estuvo en la UCI pediátrica durante casi diez días. Durante todo ese tiempo, el doctor Clarke, el residente a cargo de aquel lugar, confirmó que estaban preocupados por que, a pesar de que ya se había librado del virus, la meningitis hubiera afectado a largo plazo su audición, equilibrio, riñones e hígado.

—Puesto que es un bebé, no podemos asegurar a ciencia cierta que el daño sea grave, permanente, leve o inexistente. Hemos realizado algunas pruebas básicas y me preocupa su audición. Pero el tiempo lo dirá. Lo siento, no puedo ser más preciso al respecto. Al menos ha salido adelante. La meningitis puede llegar a tener consecuencias fatales.

A Rebecca no le conté nada hasta que volvió a casa. Se

obsesionó por completo, leyendo todo lo que encontraba sobre la meningitis, usando sus conexiones para ponerme en contacto con dos destacados expertos en la enfermedad. Me enteré de muchos posibles efectos adversos. Los expertos confirmaron lo que el doctor Clarke me solía repetir: dada la corta edad de Ethan, aún era demasiado pronto como para determinar la gravedad de los daños.

A mi mujer le dieron el alta el mismo día que los médicos me dejaron llevarme a mi hijo a casa. Seguía diciendo en voz alta de manera reiterada que ella tenía la culpa de la enfermedad de nuestro bebé; que no tenía que haber trabajado hasta tan tarde aquella noche… Intenté convencerla de que era una locura, que un virus es un virus y que no podía haber hecho nada para proteger a Ethan contra el mismo. Luego se puso en mi contra, diciéndome que si yo hubiera estado en casa esa noche… Y eso me provocó un ataque de culpa considerable. Yo también me había estado mortificando desde aquel día, repitiéndome que, si no hubiera estado por ahí coqueteando con otra mujer, habría vuelto al apartamento una hora o dos antes; algo que podría haber resultado decisivo.

Rosa, que estaba de vuelta a tiempo completo, le dejó claro a Rebecca que ninguno de los dos habíamos sido responsables de nada de lo que había sucedido y que se estaba torturando sin razón. Su respuesta fue amenazarla con el despido. Yo intervine para decirle a Rosa que no se lo tuviera en cuenta, que estaba desquiciada. Sin embargo, cuando llevamos a Ethan a nuestro pediatra, el doctor Ellingham —a quien los médicos del New York Hospital le habían informado de toda la situación—, mi mujer casi se vuelve loca cuando este nos comunicó que quería hacer unas pruebas estrictas de audición y equilibrio a Ethan, dado que le preocupaba una posible sordera. El médico también le dijo a mi esposa que necesitaba ayuda médica urgente, sobre todo después de enterarse de que había dejado de tomar la medicación para estabilizar el ánimo que le habían recetado durante su estancia en el hospital.

De vuelta a casa en taxi, le pregunté a Rebecca por qué había dejado el Valium si la había ayudado a mantenerse estable los últimos diez días.

—Porque no me merezco la estabilidad. Porque no me merezco

tomar nada que alivie mi malestar psíquico.

Tras insistirle, empezó a ver a un nuevo terapeuta quien, a su vez, le recomendó que acudiera a un psiquiatra porque era evidente que necesitaba ayuda farmacológica. Volvió al Valium y, durante varios meses, estuvo estable. Eso nos vino muy bien porque, durante ese periodo de tiempo, recibimos unas noticias devastadoras: como resultado de la meningitis, Ethan ahora presentaba una sordera de un setenta y cinco por ciento. No exagero si digo que estas novedades nos dejaron helados. Estábamos desolados. Fuimos a ver a tres expertos otorrinolaringólogos. Escogimos a una mujer alemana que no se andaba con rodeos llamada Helga Cerf. Sometió a Ethan a todo tipo de pruebas, sin descuidar el más mínimo aspecto de su nueva condición.

—En mi opinión, la situación es complicada. Hay un leve funcionamiento del tímpano. Aún hay un eco en su oído interno. Dado que aún no tiene ni un año —y, por tanto, no podemos calcular cómo respondería exactamente a los estímulos auditivos—, en este momento solo podemos establecer que, como ya se os ha comunicado con anterioridad, probablemente haya perdido tres cuartos de su audición. ¿Esto implica que tendrá que llevar audífonos? ¿Tendrá que aprender la lengua de signos para comunicarse? ¿Podrá dominar la expresión oral y comunicarse por ese medio? Ojalá pudiera darles las respuestas definitivas. Les voy a recomendar, si me lo permiten, que intentemos implantarle unos audífonos diminutos para ver si le ayudan a asimilar sonidos y voces, algo fundamental durante su desarrollo. Observaremos la situación muy atentamente y adoptaremos las medidas necesarias para asegurarnos de que Ethan pueda sobreponerse a esta discapacidad.

Esa tarde, cuando llegamos a casa y dejamos al bebé durmiendo en su cuna, Rebecca se encerró en el baño y comenzó a gritar y chillar durante algo más de media hora. No me dejaba entrar ni respondía a mis intentos desesperados por hacer que saliera. Al final, decidí dejar que sacara todo el dolor que tenía dentro y le comuniqué a gritos por encima de su sufrimiento que me iba a dar un paseo.

Me fui a un bar cercano, Chumley's. Pedí una cerveza y un chupito irlandés. Me encendí un cigarro. Enterré la cara entre las

manos. No me permití mostrarme destrozado en público, pero me vi al borde del estrés y el cansancio. Durante días, había intentado mantener a raya lo terrible de la nueva situación de Ethan, de nuestra situación, y el pensamiento repetitivo de que no había sido capaz de protegerle. Acababa de darme de bruces con la trágica realidad. Más allá de haber perdido a mi madre y de haber tenido que lidiar con un padre constantemente alejado, no había pasado penurias ni grandes catástrofes. Nadie a mi alrededor había sufrido lesiones de importancia.

Hasta ahora.

¿Es la tragedia el precio que pagamos por vivir? A decir verdad, hay catástrofes en la vida de las que eres cómplice. Muéstrame un divorcio en el que solo sea culpa de una parte. Donde no haya narrativas enfrentadas sobre qué es lo que fue mal y por qué. Pero también tienen cabida los accidentes; la desgracia siendo el centro de tu vida. Y para un padre no hay una angustia peor que le suceda algo a tu hijo. Ahora era padre de un niño con una discapacidad. Y sabía que ese hecho tremendo y difícil de afrontar daría forma a toda mi vida a partir de ese momento.

Rebecca iba a terapia tres veces por semana. Nos lo podíamos permitir y, durante un tiempo, parecía que le generaba estabilidad. Anunció que quería dejar el trabajo y cuidar a Ethan a tiempo completo. La convencí de que dejara que Rosa le echase una mano (y, aunque no lo iba a admitir, también me servía de muro de contención en caso de un nuevo caso de falta de control), ya que nos podíamos permitir su sueldo. Y también teníamos dinero suficiente para pagar el mejor tratamiento médico para Ethan. Le implantaron quirúrgicamente los microaudífonos. Mi mujer insistía en que suponían una enorme diferencia. Yo no la contradije, pero, tras intentar hacer ruidos fuertes cerca de él, era evidente que no respondía en absoluto al sonido. Rosa me daba la razón en silencio; mi hijo parecía estar sumido en un mundo silencioso. Volvíamos con asiduidad a visitar a la doctora Cerf. Nos recomendó ser pacientes, esperar a ver si, con el tiempo, tanto los audífonos como su desarrollo físico harían que la situación mejorase. Nos explicó que la meningitis aún era demasiado reciente como para evaluar el alcance y la perdurabilidad del daño en la audición. Rebecca instaló una cama individual decente en una esquina de la habitación del

bebé, en donde comenzó a dormir todas las noches. Nuestra vida sexual era inexistente. Aunque no me opuse a la necesidad de mi mujer de permanecer al lado de Ethan, percibí en diversas ocasiones que la falta de intimidad estaba haciendo mella; que un matrimonio sin sexo era uno que se dirigía a un terreno pantanoso.

—¿Nuestro hijo tiene secuelas permanentes y tú solo piensas en correrte?

—No se trata de «correrse», eso lo puedo hacer por mi cuenta. Se trata de un componente imprescindible de la vida en pareja…

—Conozco varios matrimonios que funcionan y para los que el sexo es cosa del pasado.

—Y son personas de mediana edad en las que el menosprecio que sienten el uno por el otro les corre por las venas.

—Te sorprenderías.

—¿Por qué no podemos encontrar un momento de intimidad una vez por semana?

—Porque tengo otras preocupaciones más importantes ahora mismo y porque tengo la misma libido que una ameba.

—Qué buena metáfora.

—Es lo que hay.

—Necesitamos esa conexión, Rebecca.

—Las cosas son como son —me espetó, y ya no quiso hablar más sobre el tema.

A todos nos invade la desesperación en un determinado momento de nuestras vidas, pero me sucedía igual que con la tragedia, estaba pisando nuevos terrenos. Según Isabelle, la melancolía era un estado que trataba de ocultar de miradas ajenas, pero que me definía enormemente. Pero no así la desesperación. Intenté jugar con mi hijo al menos una hora al día entre semana y pasar gran parte del fin de semana con él. Ethan poco a poco dejaba atrás su etapa de bebé para convertirse en un niño. Apenas sonreía, parecía estar encerrado en sí mismo y pocas veces respondía al sonido de mi voz. Me aferraba a esos momentos en los que, si alzabas la voz, podías llegar a llamar su atención. Sin embargo, tenía que ser un grito fuerte e incluso en esas ocasiones tenía la sensación de que, a pesar de que estuvieras a su lado, solo escuchaba una vibración lejana. La doctora Cerf nos animó a hablarle todo lo alto que pudiéramos, pero no durante un largo

periodo de tiempo, para no abrumarle. Los rayos de esperanza eran pasajeros. Y, en mi interior, sentía que una bruma negra lo empañaba todo. Tenía la sensación de estar sumergiéndome en una paulatina desesperación, totalmente impropia de mi personalidad resolutiva y pragmática.

Dado que había sufrido una profunda depresión tras su divorcio, David supo reconocer todos los indicios de mi creciente tormento. Insistió en que empezara a acudir a su psicólogo, un antiguo jesuita llamado Patrick Keogh cuya oficina estaba por la calle 50. Era tan riguroso como humano, y con él me enfrenté a mi infancia solitaria, a mi matrimonio actualmente tóxico y mi búsqueda desesperada del amor. Como es evidente, le hablé de Isabelle y de cómo creía que había perdido algo fundamental en mí cuando la aparté de mi vida. Su respuesta fue:

—Si alguien muestra una ambivalencia permanente con respecto a estar contigo y, de repente, cambia de parecer, es lógico que dudes y estés desconcertado. No te martirices y deja de pensar que fue tu culpa. Isabelle también te perdió.

También me advirtió de que, por lo que le contaba, era posible que Rebecca tuviera un trastorno bipolar y que tenía que estar atento para protegerme a mí y a Ethan en caso de que perdiera el control. Tendría que aguantar sus cambios de humor y sus desvaríos… O marcharme y llevarme a Ethan conmigo.

Cuando llevábamos varios meses con nuestras sesiones semanales, me senté en su sofá antiguo y le conté a Patrick que había iniciado un romance. Patrick me pidió más detalles sobre ella. Le dije que era una guionista brillante y apasionada.

—¿Estás enamorado? —me preguntó.

—Es posible —contesté—. Ella dice estarlo. También dice que la aterra salir herida; que, a menudo, las relaciones con un hombre casado nunca acaban bien.

—A menos que el amor sea recíproco y queráis construir un futuro juntos.

—Es demasiado pronto para saberlo.

—Sí, por supuesto. ¿Y cómo manejas las dificultades derivadas de esta relación, si es que hay alguna?

—Conoces mejor que nadie mi relación con la culpa. Siempre me he culpado por el desapego que mis padres mostraron conmigo;

he sentido que yo era el causante de que Isabelle mantuviera las distancias. Y sí, en parte me siento horrible por traicionar a Rebecca. Pero ella es quien me comunicó que, hasta nuevo aviso, nuestra vida íntima sería inexistente. Eso me ha sentado muy mal.

El romance había comenzado entre dudas. Una noche en que no podía dormir, le envié una carta a Phoebe donde le explicaba que sabía que mi misiva sería algo inesperado después de que hubieran pasado varios meses desde que nos conociéramos. Le conté con detalle todas las novedades: la enfermedad de Ethan y la deriva de mi matrimonio. Me disculpé por ser tan directo, por compartir tantas cosas horribles con ella y añadí una última frase sugiriéndole que, si alguna vez le apetecía salir a tomar algo conmigo, estaría encantado de invitarla a un par de Martini.

¿Cómo me sentí mientras escribía esta carta en mi flamante ordenador de Apple a las tres de la mañana mientras mi mujer y mi hijo dormían en la habitación de al lado? Sí, tenía un ligero malestar, una sensación de que estaba adentrándome en algo muy arriesgado. Y también estaba emocionado. Y, me atrevo a admitirlo: tenía una oculta esperanza.

Esperé al día siguiente para imprimir y enviar la carta desde la oficina. Si lo hubiera hecho en casa, es posible que Rebecca hubiera encontrado el número en la lista semanal de faxes enviados; la inspeccionaba con interés. Siempre había sido consciente de que tenía tendencia a ser celosa. Y, a pesar de que en el pasado le había asegurado en todo momento que siempre le sería fiel, desde que había restringido nuestras relaciones sexuales había incrementado la vigilancia de mis movimientos: a dónde iba y con quién, a quién enviaba faxes desde casa… Tan solo una vez cometí el error de señalar la incongruencia de su sospecha de infidelidad, dado que fue ella quien se negaba a hacer el amor conmigo.

—Pues ve a acostarte con otra —me espetó.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—Eres un hombre libre.

Estaba casi seguro de que estaba presa de la ira y de que no lo pensaba de verdad. Aun así, su furia provocó algo extraordinario: Ethan se estremeció levemente con el sonido de su voz.

—¿Lo has visto? —pregunté emocionado porque nuestro hijo había reaccionado ante un sonido, aunque este proviniera de una

discusión entre sus padres.

—Cada vez que te grito, nuestro hijo nos muestra que siente las malas vibraciones entre nosotros.

—Malas vibraciones que no son necesarias.

—Entonces, ¿debemos celebrar que nuestra vida es un puto paraíso?

—Ethan va a los mejores médicos. Irá a los mejores colegios. Aprenderá lengua de signos. Aprenderá a hablar como pueda y, con el tiempo, quizá pueda hablar correctamente. Y, con el paso del tiempo y el avance de la medicina, es posible que recupere cierto grado de audición.

—¿Vives en el país de las maravillas? Esto es un desastre. Nosotros somos un desastre. Y deberías ir a follarte a otra mujer porque no vas a volver a follar conmigo nunca porque te odio, joder. Y la razón por la que te odio con todas mis fuerzas es que la noche en que contrajo el virus me dijiste que no pasaba nada porque trabajase hasta tarde. Si hubiera estado aquí…

—¿Puedes parar con las locuras?

—¿Locuras? ¿*Locuras*? Estoy pasando por un infierno y dices que es una locura…

—Has vuelto a la bebida, ¿a que sí?

—Bah, que te den por culo.

—El vodka. Ese es tu veneno. Las botellas de Stoli. Porque causan mal aliento y guardas las botellas debajo del saliente de la ventana del baño.

—Menuda puta imaginación.

En ese preciso instante, salió hecha una furia de la habitación y se dirigió al baño. Yo la seguí, pero cerró la puerta de un golpe y echó el pestillo. La ira me poseyó de repente. Le pedí a gritos que abriera la puerta. Intenté forzar la puerta.

—Vamos, jode la puerta —chilló desde dentro. Yo comencé a golpear la puerta con todo mi cuerpo.

—Demasiado tarde, gilipollas —gritó mientras abría la puerta, justo cuando yo estaba a punto de lanzarme por segunda vez. Me caí encima de ella y ambos chocamos con el lavabo. En ese momento, comenzó a arañarme el cuello con las uñas.

—¡Joder! —aullé.

Volvió a intentarlo, pero fui capaz de cogerle la mano.

—¡Venga, pártemela! —vociferó—. Así te puedo despellejar en el divorcio.

La aparté y tomé una toalla para contener la sangre. Vi que la ventana del baño estaba completamente abierta. Me asomé para comprobar la repisa de la ventana. Vacía. Miré hacia el callejón, que estaba ocho pisos por debajo. Estaba seguro de que iba a encontrar una botella rota en el patio, pero no veía nada desde esa altura. Me giré y la empujé, dirigiéndome a nuestra habitación. Metí algo de ropa y artículos de higiene personal en un bolso y me marché. Mientras esperaba el ascensor que me llevaría hacia un mundo liberador, reflexioné sobre la locura en la que se había convertido todo esto. Caos doméstico. E iba a dejar a mi hijo con una mujer fuera de sí. Me di la vuelta. Saqué las llaves y volví a entrar al apartamento. Le dije a mi mujer que nos olvidásemos de lo que acaba de pasar. Ella se encogió de hombros. Llevaba a nuestro hijo en brazos y parecía totalmente exhausta. Intenté coger a Ethan. Al principio mostró sus reticencias, pero, con tranquilidad, le dije que lo que necesitaba urgentemente era irse a dormir. Acabó dejándome tomar a nuestro hijo en brazos y se fue al catre ubicado en la habitación del niño, en el que ya tenía por costumbre dormir todas las noches. Media hora más tarde, cuando estuve seguro de que estaría dormida, entré en silencio en la habitación y dejé a Ethan en su cuna. Cuando estuve en mi habitación, me tomé una de las pastillas para dormir que me había recetado el médico. Tardé más que de costumbre en dormirme; estuve un buen rato mirando el techo de la habitación como si el cosmos me fuera a tragar en cualquier momento. Finalmente, caí rendido durante algunas horas. Cuando me desperté, mi mujer estaba conmigo en la cama, en pijama y abrazándome, llorándome en el hombro, diciéndome cuánto me quería, cuánto sentía haberse sobrepasado de la manera en que lo había hecho. Yo la abracé y le aseguré que todo estaba bien (nada más lejos de la realidad, pero hay momentos delicados con personas delicadas en los que es contraproducente ser sincero). Me besó con pasión. Pero cuando le correspondí, me apartó.

—No estoy preparada —dijo.

A la mañana siguiente cuando llegué a la oficina, había un fax de Phoebe esperándome:

Querido Sam:

Leer tu carta fue una experiencia vertiginosa, tanto como pueden serlo las desgracias de los demás y también… porque te hacen plantearte: ¿Acaso el equilibrio de la vida es tan inestable? Por supuesto, reflexioné sobre tantas cosas, especialmente sobre tu perseverancia y resiliencia latentes. Aunque no tengo hijos —mi primer y (hasta la fecha) único marido nunca quiso tenerlos—, sí que tengo sobrinas y sobrinos (cinco en total; soy el fracaso de la fertilidad en mi familia), uno de ellos con síndrome de Down. Esto fue la estocada para el matrimonio de mi hermano, así que he podido ver los estragos que causa la discapacidad de un hijo en una pareja. Perdona mi franqueza, pero puedo percibir en tu carta que te estás planteando unas preguntas determinantes sobre tu relación de pareja ahora mismo… Pero sí, me gustaría mucho ir a tomar algo contigo pronto.

Ánimo.

Te deseo lo mejor,

Phoebe

Unos días más tarde, le dije a Rebecca que esa noche iba a salir con unos colegas abogados. La mañana estaba siendo difícil porque Ethan apenas había dormido esa noche. Había oído sus gritos ahogados a las cuatro de la mañana y me había levantado de inmediato para proponer a mi mujer que me dejara encargarme y que se fuera a dormir a la cama de matrimonio. Se negó y dijo que ella se ocupaba de todo.

—Mañana tienes un día importante en los juzgados y luego la cena con tus colegas abogados por la noche, ¿no?

—Sigue sin ser justo para ti.

—Deja de ser tan altruista, anda, «don Compasivo». Sé que no soportas nada de todo esto…

—No empecemos…

—Y si no, ¿qué? ¿Me vas a echar la bronca?

Se acercó mucho mientras pronunciaba esas palabras. A pesar de que los alcohólicos eligen el vodka porque su olor apenas se nota, pude distinguir un aroma a patata destilada en su aliento… Además, sabía que Rebecca tendía a ponerse violenta cuando estaba bebida. Y estaba casi seguro de que ese era el caso. Me acabé de vestir, cogí la chaqueta del traje y me dirigí al baño. Una vez dentro, cerré el pestillo, abrí la ventana y, palpando en el exterior, agarré una botella. La introduje en el baño. Un litro de Stolichnaya

casi vacío. Mi parte inquisitiva se preguntaba por qué seguía guardando el alcohol en el mismo lugar, cuando le había comunicado que conocía el lugar donde lo guardaba (todo sea dicho, bien fresquito). ¿Era un acto de desafío, un «que te den por culo» no verbal? Y, por último, ¿bebía tanto que lo tenía que mantener en la clandestinidad?

Volví al salón. Rebecca había caído rendida en el sofá. Miré el reloj: las siete y cuarenta y ocho. Rosa llegaría en cuarenta y cinco minutos. Fui a ver a Ethan a su cuna. Aún dormía. Preparé más café. Decidí que a las ocho y media llamaría a mi secretaria para que avisara a mi asociado de que me encontraría directamente con él en los juzgados y que llevara consigo todos los documentos que necesitábamos. Di un sorbo al café y observé cómo mi mujer triste y alcohólica roncaba. Llegó Rosa. Se dio cuenta de la situación y de que Rebecca no estaba simplemente cansada. Le indiqué con gestos que me siguiera hasta la cocina. Pero antes comprobamos que Ethan siguiera dormido. Fuimos a la cocina y cerramos la puerta. Le serví una taza de café a Rosa y fui directo al grano:

—¿Eres consciente de que mi mujer tiene un grave problema con el alcohol?

Rosa negó con la cabeza.

Le conté todo sobre el alcoholismo de Rebecca, las crisis de rabia que le provocaban, las botellas de vodka escondidas debajo de la ventana… Se quedó en *shock* y me dijo que nunca la había visto bajo los efectos del alcohol, pero que iba al baño con asiduidad y volvía con un gran vaso de lo que hasta ahora creía que era agua. Luego se encerraba en la habitación de matrimonio y se dormía la siesta. ¿Era posible que el vaso contuviera vodka?

—Siendo sincera, creo que me hubiera dado cuenta de que iba bebida. ¿Es posible que beba lo suficiente como para no pensar y que a veces se le vaya de las manos? Si me lo permite, voy a controlar que la botella de vodka no se vacíe durante el día o que no la cambie por otra.

—¿Duerme la siesta todos los días?

—Efectivamente.

—¿Puedes comprobar si el vaso está lleno de vodka? Asumo que sale afuera a pasear o que acude a sus citas con el psicólogo o psiquiatra. Cuando lo haga, ¿puedes registrar el apartamento para

ver si tiene más botellas almacenadas en alguna parte?

—No estoy cómoda con esta situación, señor. Pero entiendo que la seguridad y el bienestar de Ethan están en juego.

—Así es. Y te lo compensaré, Rosa. Con una buena paga extra.

—No es necesario.

—Sí, sí lo es. ¿Puedes quedarte esta noche aunque Rebecca esté aquí?

—Por supuesto, señor.

Mientras entrelazaba las manos con las de Phoebe no podía dejar de pensar en esta conversación y en la horrible escena anterior con Rebeca. ¿Iba a usar el incidente de esa mañana (y todos los recientes acontecimientos) como una forma para justificar lo que estaba a punto de suceder? Sin ninguna duda. Me repetí que, cuando alguien —en concreto, la persona con la que compartes una vida, a la que juraste amor y fidelidad eternos, sin prestar atención a otras, etc.— se niega a tener sexo contigo solo quedan dos opciones: satisfacerse a uno mismo (como hacen muchos) o buscar compañía.

—No tienes prisa por volver a casa, ¿no? —me preguntó Phoebe.

—Estará dormida en la habitación del bebé cuando vuelva, pero me he asegurado de que la niñera se quede toda la noche.

Era mi forma de indicarle que mi matrimonio estaba prácticamente roto. Me apretó la mano.

—Vámonos de aquí —me susurró.

Lo que me sorprendió de hacer el amor con Phoebe por primera vez fue lo necesitada de afecto que estaba, lo vulnerable que era y lo mucho que necesitaba una conexión apasionada. Cómo se entregó y lo incómoda que se sentía por ello, ya que consideraba que esto le hacía abrir su corazón y dejarlo expuesto a posibles daños. ¿Esta es una de las preocupaciones crecientes que tenemos tras haber recibido los golpes de la vida y haber pasado por varios amantes que te han decepcionado? Evalúas tus fracasos románticos y evalúas tu festín de pérdidas y piensas: ¿soy el principal responsable de todo lo que ha salido mal? ¿Es en ese momento cuando te quedas atrapado entre la necesidad y la precaución? No es que Phoebe fuera prudente en la cama. Gozaba de una pasión salvaje, absoluta, con una pizca de una sensación «de vida o muerte». Era contagiosa, y se lo devolví con creces. Pero también

era consciente de lo que todo esto significaba; no sería un asunto sencillo. Este *affaire* se podría convertir en algo más grande… Si así lo permitíamos.

Cuando te encuentras envuelto en una nube tóxica de desesperación, sobre todo una provocada por una relación a la que debes volver todas las noches y que ahora eres consciente de que te está haciendo daño, la idea de ser salvado es emocionante. «Alguien que me cuide». Descubrí rápidamente que Phoebe quería una vida juntos a toda costa. Y yo quería a toda costa un refugio de la vida doméstica. Me di cuenta, desde el principio, de que esos objetivos tan diferentes podrían derivar en serias dificultades futuras, aunque nunca lo dije en voz alta.

Pero al principio estábamos tan cautivados por nuestra conexión, por no estar solos, a pesar de todos los límites implícitos derivados de una unión en la que una de las partes está legalmente unida a otra persona, que no pensábamos en ello.

Aun así, durante meses disfrutamos enormemente del tiempo que pasábamos juntos. Pronto me dio una llave de su apartamento, un estudio en Chelsea. Dejé algo de ropa allí. Dos veces por semana, iba a su casa a las seis de la tarde. Había acordado con Rosa que se quedara también esas noches y le había dicho a Rebecca que quería que disfrutara con sus amigas las noches en las que yo tenía que trabajar hasta tarde (y, por lo tanto, me aseguraba de que Ethan no se quedaba a solas con su madre mientras yo estaba en otro lado). Nada más cruzar la puerta del apartamento de Phoebe, pasábamos a la cama. Nunca nos apresurábamos haciendo el amor y siempre con un deseo ardiente aún más acentuado por la imposibilidad de encontrarnos más a menudo; por nuestra forzada clandestinidad. Todo esto nos concedía una codicia inmensa, una energía embriagadora.

Y, una hora más tarde, me ponía lo que jocosamente llamábamos mi «disfraz urbano» y nos dirigíamos a la noche neoyorquina. Aprovechábamos el tiempo con intensidad; solo teníamos cinco horas juntos dos veces por semana y esto nos hacía sentir que esos momentos juntos eran mágicos. Phoebe decía a menudo que este acuerdo le venía genial. Solía escribir bien entrada la noche. Le habían encargado cuatro episodios al año de su serie de televisión, que no estaba mal pagada. Sus guiones teatrales se

habían representado en teatros pequeños. Prestigiosos, pero no lucrativos. A menudo le preocupaba que los productores decidieran cambiar de guionistas en pos de conseguir nuevos talentos —algo que solían hacer cada dos años— y quedarse sin su principal fuente de ingresos.

Estar con Phoebe nunca era algo banal. Cuando Rebecca decidió ir con Ethan a Santa Bárbara a visitar a una amiga de la universidad (cuyo nombre era Barbara), insistí en que Rosa la acompañase y organizara los vuelos para que así, le dije a Rebecca, ella pudiera disfrutar de su amiga sin tenerse que preocupar por Ethan. Ella era consciente de que lo que yo quería en realidad era asegurarme de que mi hijo estuviera fuera de peligro en caso de que a mi mujer se le ocurriera volver a recurrir al vodka.

Ahora que mi mujer no estaba, Phoebe y yo podíamos pasar siete días juntos. Comprobaba el contestador del apartamento llamando cada pocas horas por la noche para ver si había un mensaje de Rebecca. Normalmente lo había, pero podía llamarla desde casa de Phoebe usando un código en su teléfono táctil para ocultar el número. Una noche Rebecca me preguntó por qué no salía nuestro número en la pantalla del teléfono de su amiga y por qué no aparecía el número cuando introducía el código para volver a llamarme. Tenía una respuesta preparada: había decidido desactivar esa funcionalidad de nuestro teléfono porque estaba en negociaciones con un posible cliente de la Costa Oeste que solía trabajar hasta tarde y no quería que tuviera nuestro número de teléfono fijo.

—Sabes cómo cubrir tu rastro, ¿eh? —me espetó Rebecca.

Tranquilo. No te muestres ansioso ni dejes ver el miedo de que te pueda descubrir.

—¿De qué me hablas?

—Tú me dirás.

—¿Decirte el qué?

—Su nombre.

—¿El nombre de quién?

—De la mujer con la que estás.

—¿Estoy con alguien?

—Es lo que creo.

—Te estás confundiendo.

—Ya veremos —replicó.

—¿Por qué no te preocupas de asuntos importantes de verdad? Como, por ejemplo, de la próxima cita de nuestro hijo con la doctora Cerf. Ayer estuve hablando una hora con ella. Tiene varias ideas sobre las posibilidades educativas que…

—Enhorabuena, has ganado el premio a padre del año. Pero soy yo la que está todos los días con nuestro hijo. ¿No crees que yo soy quien está al tanto de sus progresos? Tú, que solo lo ves una hora por la noche.

—Estoy en casa todas las noches, excepto dos, igual que tú.

—Las noches que pasas con tu amante…

—Las noches en las que tengo que trabajar…

—Sí, claro. Me odias porque ya no quiero follar contigo.

—¿Has bebido otra vez?

Clic. Rebecca había colgado furiosamente.

Había atendido la llamada desde el teléfono que había en la cocina de Phoebe. Pero ella estaba en el salón, echando un vistazo a un borrador de su nuevo episodio. Aunque había intentado mantener la voz baja, sabía que si susurraba en demasía Rebecca sospecharía aún más. Sin embargo, si hablaba en un tono normal, Phoebe escucharía esta desafortunada conversación. Lo que, por supuesto, ocurrió.

—¿Quieres un chupito?

—No quería que escucharas todo eso.

—Lo he hecho. ¿Cuál es tu veneno?

—El *whisky*.

—¿Cuánto tiempo hace que empezamos esto?

—Quieres decir, ¿cuánto tiempo llevamos juntos?

—Sí, eso.

—Ya sabes la respuesta.

—Y tú también.

—Cuatro meses.

—Cuatro meses extraordinarios. Estoy más feliz que nunca.

—Yo también.

—¿Incluso más feliz que durante tu época en París?

—No hemos hablado mucho de eso.

—Lo que me hace pensar que fue algo serio.

—Ese capítulo está cerrado.

A pesar de que de las últimas palabras que había dirigido a Isabelle se desprendía que no podía haber nada en el futuro entre nosotros, la intensa sensación de pérdida siempre estaba ahí… Aunque, eso sí, camuflada ante ojos ajenos.

—¿Y este capítulo? —preguntó Phoebe.

—Tan solo llevamos cuatro meses escribiéndolo.

—Pero si te preguntase ahora: ¿Rebecca o yo?

Silencio. Sabía que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra.

—¿Tiene que ser excluyente? —inquirí.

—Me has respondido con otra pregunta.

—Me has hecho una pregunta muy compleja.

—Intenta responderla.

Cerré los ojos, los abrí y cogí el paquete de cigarrillos.

—Si pudiera dejarla, lo haría. Pero hay que pensar en Ethan. Como sabes, tiene una discapacidad. Y, como ya te he dicho, su madre es alcohólica. Pongamos que gano la custodia de mi hijo. Es un niño que pasará muchos años en rehabilitación en casa y en escuelas especiales de la ciudad. ¿Querrías ser su otra madre?

Phoebe se calló, visiblemente afectada por la pregunta.

—Quiero tener un hijo propio, preferiblemente tuyo. Quiero sentir cómo se mueve y crece dentro de mí, que salga de mí con dolor, o con anestesia, y que haga que me quede despierta y me preocupe por él, y al que dar todo mi amor incondicional. Y, siendo franca, quiero tenerlo ya. Tengo treinta y siete años. Mi reloj biológico se va a quedar sin pilas. Si espero un año o dos, las posibilidades de poder concebir disminuyen. Así que me encuentro en la tesitura de «ahora o nunca». Y estoy enamorada de ti. Y sé que lo que te estoy diciendo te coloca en una posición muy difícil. Pero creo que hacemos una pareja estupenda. Nos ha pasado algo que no ocurre muy a menudo. Y…

Se calló y tomó un cigarrillo. Yo le pasé el brazo por encima.

—Tengo que alejar a Ethan de mi mujer. Eso es primordial. Si crees que puede funcionar que viva con nosotros…

Podía intuir cómo dudaba mientras se encendía un Marlboro Light en silencio, buscando una respuesta. Al final dijo:

—¿Puedo conocerle?

—Podemos organizar algo.

—¿Pero si digo que Ethan puede vivir con nosotros…?

—Sí, te daré el bebé que deseas.

Me apretó la mano con los ojos llenos de lágrimas. Pero no había ni una pizca de celebración en ese momento, sino más bien un halo de melancolía. Por las razones evidentes. Acabábamos de hacer un pacto, un trueque de maternidades del que tenía el presentimiento que iban a derivar gran parte de las tensiones futuras. La besé en la cabeza y dije:

—Sé que traigo conmigo una mochila bien cargada.

—Creo que puedo vivir con ello.

Rebecca volvió a casa dos días después con un Ethan pálido y con aspecto cansado. Me preocupé. Ella tampoco tenía buena cara. Me dijo que habían pasado unas noches de locos, que el niño era incapaz de dejar de llorar a pleno pulmón. Había llamado a la doctora Cerf, quien le había dicho que, dado que ya tenía más de dieciocho meses, era consciente de sus alrededores, y que, probablemente, nuestro hijo estuviera reaccionando al mundo en silencio en el que vivía.

—¿Por qué no me lo has contado todo?

—Porque has estado toda la semana en otra parte.

—Qué tontería, he estado aquí.

—Lo que tú dices sí que son tonterías. Ramon, el portero de noche, me dijo ayer cuando volví que no te había visto en toda la semana.

—¿Lo dijo *motu proprio*?

—Qué va, me lo contó porque le pregunté que si te había visto. Me dijo: «Creía que tu marido se había ido contigo. No ha estado aquí ninguna de las noches en las que yo he trabajado».

—Se equivoca.

—Cuéntame más tonterías. He llamado a Juanita, la asistenta. Le pedí que cambiara las sábanas antes de volver a casa. Vino ayer al apartamento y me llamó para decirme que las sábanas estaban impolutas, como si nadie hubiera dormido en ellas.

—Yo mismo cambié las sábanas después de una mala noche.

—¿Por qué pasaste una mala noche?

—Porque estoy casado con una alcohólica rabiosa. Algo que resulta un poco estresante, incluso si estás a cinco mil kilómetros. Y porque encontré tus reservas de vodka.

—¿Cómo es posible que hayas estado buscando mi vodka si has estado por ahí follándote a tu novia?

—He estado aquí y he tenido mucho tiempo libre. Tanto como para rebuscar en tu armario y encontrar en el fondo una maleta con media docena de botellas de Stoli.

En realidad, había sido Rosa quien había encontrado el alijo y me lo había contado. Se había reunido conmigo en casa el día antes de partir con Rebecca y Ethan a la Costa Oeste. Estaba bastante avergonzada por haber rebuscado en el armario de su jefa. No dijo nada cuando traje la cámara y tomé algunas fotos de la maleta, del alijo de vodka, de su ubicación en el armario, ni cuando entré en el baño y me subí al asiento del inodoro para sacar una foto de una botella medio vacía de Stoli que estaba bajo la repisa de la ventana. Le había prometido a Rosa que no le contaría a mi mujer que ella había sido quien me había ayudado a encontrar las pruebas de su preocupante problema con el alcohol. También le había prometido que iba a seguir siendo la niñera de mi hijo cuando obtuviera la custodia exclusiva y dejásemos el piso que Rebecca había comprado hacía más de diez años. Era justo que ella se lo quedase en el reparto.

—Te estás tirando un farol —dijo Rebecca.

—Tengo fotografías de ello.

—Te estás tirando un farol.

—Las fotografías se consideran pruebas.

—Podrías haber colocado tú todas esas pruebas para…

—Piensa lo que quieras.

—Te quieres divorciar, ¿no?

—Esta situación es insostenible.

—Si crees que puedes obtener la custodia de Ethan…

—Eso es trabajo de un juez.

—A quien le contaré un par de cosas sobre ti.

—¿Como qué?

—Ya verás. Y ni sueñes con pintarme como una borracha. Algo ha sucedido en la Costa Oeste, he conocido a alguien.

—¿Y se puede saber a quién?

—A Jesús.

—Venga ya…

—Es verdad.

—¿Y dónde has conocido a Jesús?

—En el YMCA de Santa Bárbara.

—Ah, ¿suele pasarse por allí?

—Fue en una reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Y qué hacías ahí?

—Mi amiga Barbara me había convencido.

—Porque estabas ebria.

—Porque necesito ayuda.

—Entonces eres consciente del porqué de mi insistencia en que Rosa viajara contigo. Porque estaba preocupado de que te emborracharas mientras tenías a Ethan a tu cargo.

—Deja de reunir pruebas. Porque yo también tengo. Phoebe Rossant. Vive en el 333, en la calle 26 Oeste, apartamento 2B. Llevas dieciséis semanas y dos días quedando con ella. La conociste gracias a tu amigo David, el periodista del *Journal*. A ambos os gusta frecuentar Chumley's y comprar libros en Strand.

—¿Y cómo sabes todo eso? —contesté tratando de mantener mi ira y mi preocupación a raya.

—Como se ha hecho toda la vida, contratando a un detective privado.

—Por Dios, ¿era necesario?

—Por supuesto, dado que me ha proporcionado las pruebas necesarias para comenzar los trámites del divorcio y solicitar la custodia de Ethan.

—Tus argumentos se pueden ver empañados por tu alcoholismo…

—¿Qué pruebas tienes además de algunas botellas de vodka sin empezar y mi reciente sobriedad gracias a Alcohólicos Anónimos?

—¿Y crees que vas a ganar el juicio solo por llevar un par de días sobria y hablar del perdón misericordioso de Jesús?

—Nos vemos en los tribunales, señor abogado. Y quiero que te vayas del apartamento esta misma noche, maldito infiel.

—Que te den por culo —repliqué.

—No vas a dormir aquí.

—Ya veremos.

Me dirigí al dormitorio. Nuestro dormitorio, en el que llevaba meses durmiendo solo. Me senté en la cama. La misma cama en la que concebimos a Ethan. En la que nos habíamos jurado amor

eterno. En la que nos habíamos proporcionado momentos de placer fugaces. En donde solíamos quedarnos hablando hasta altas horas de la madrugada, abrazados, compartiendo complicidad y una visión de futuro conjunta. ¿Fue en aquel momento en el que cruzamos el punto de no retorno? Mi cerebro de abogado no podía parar. Llamé a Gordon Collins, el experto en divorcios de nuestro bufete. Siempre alegre —le gustaba que le llamasen Gordy—, era quien se encargaba diariamente de los coletazos agónicos de innumerables matrimonios rotos. Gordy estaba en casa y no le importó que le llamase. Le expliqué mi situación y su respuesta fue un silbido prolongado.

—No te preocupes. Paliaremos los daños. ¿Cómo te sientes dejando a tu hijo a solas con ella? Sé que habla de su sobriedad y de que siente como si hubiera vuelto a nacer, pero ¿olía a alcohol?

—Me temo que parecía totalmente sobria e íntegra.

—Los borrachines que dicen ya no serlo siempre son así, sobre todo cuando afirman haber conocido a Dios Nuestro Salvador. ¿Crees que puedes pasar la noche con tu novia?

—No sé si estará en casa.

—Si está y quiere recibirte, ve allí. Si no, busca un hotel. Escúchame bien, insiste en pasar tiempo con tu hijo este fin de semana. No dudo que eres un padre muy responsable, pero ahora nos enfrentamos a un divorcio y es necesario mostrar cuanto antes que quieres compartir la responsabilidad de la crianza de tu hijo. Sobre todo en lo que concierne a su discapacidad. Seguramente Rebecca, si está en el octavo día del maravilloso programa de los doce pasos, mañana quiera acudir a una reunión de A. A. para conseguir su chute de sobriedad. Dile que te quedarás con Ethan el tiempo que esté fuera. Otra norma fundamental: aunque te veas cegado por el odio que sientes, sé amable con ella. Pero también sé firme si se pone arrogante y mandona. Sé consciente de que te va a amenazar con todo tipo de consecuencias horribles. Los divorcios tienen su fase intimidatoria, pero no te dejes amedrentar por sus locuras. Mi trabajo es convertir sus peticiones extravagantes en unas racionales. La última norma esencial: no escribas nada, no le dejes mensajes enfurecidos en el contestador y ni se te ocurra amenazarla. Llama a tu novia. O a un hotel. Prepara un bolso. Insiste en quedarte con el niño mañana durante su jornada de

desintoxicación. Lárgate de ahí… Y llámame mañana.

Antes de colgar, le di las gracias a Gordy por su ingenio en estos momentos oscuros.

—Bueno, no vamos a dejar que la señora te arruine. Y tampoco vamos a dejar que te deprimas demasiado.

Después de colgar, llamé a Phoebe. Estaba de suerte. Cogió el teléfono al tercer tono. Le conté a grandes rasgos lo que acababa de suceder. Le dije que si no le importaba que me quedara con ella durante un tiempo.

—Vente ahora mismo.

Encontré una maleta y una funda para trajes. Solamente tardé quince minutos en guardar ropa para una semana. Luego cogí mi abrigo y lo dejé en la puerta principal. Me dirigí a la habitación del bebé. Ethan seguía llorando desconsoladamente a pesar de los esfuerzos de Rebecca por calmarlo.

—Tiene un mal día —señalé.

—Lleva una semana teniendo días malos. Aunque hoy es, con diferencia, el peor. Es evidente que nota las ondas violentas que hay entre nosotros.

—Deja de filosofar.

—Los niños, sobre todo los sordos, sienten las vibraciones de los adultos. Y siente la rabia que hay entre los dos.

—Pero ¿*violencia*?

—Violencia emocional —dijo—. Como, por ejemplo, que me acuses de esconder botellas de vodka.

—Ah, vale, las fotos que he sacado de tu alijo de botellas eran totalmente falsas. Y ahora eres adepta a Alcohólicos Anónimos porque estás investigando sobre Dorothy Parker, no porque tengas problemas con la bebida.

—Me confundes con tu guionista. Te vas directo a sus brazos, ¿no?

—Porque me estás echando.

—Quédate pues.

—¿De verdad?

—No.

—Vale, al menos eso queda claro. ¿Vas a ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos este fin de semana?

—¿Y eso por qué te concierne a ti?

—Me gustaría quedarme con Ethan mientras.

—¿Y esfumarte con él? Ni de broma.

—Sabes que eso no va a suceder.

—Eres abogado, Sam, eres alguien que siempre quiere ganar, siempre quiere tener la razón. Y sé que no vas a estar tranquilo hasta que ganes la custodia exclusiva de Ethan.

—No es eso lo que pretendo.

—Ya estás diciendo más tonterías.

—Tengo derecho a ver a mi hijo.

—Eso es lo que tú crees.

—La ley es así. A menos que la vida del niño esté en peligro. Como, por ejemplo, si está con un progenitor que tiene problemas con el alcohol.

—Nos vemos en los juzgados, señor abogado.

—¿Me puedes dar el número de tu abogado? —pregunté.

—¿Para qué? ¿Para llamarle y ver quién la tiene más grande?

Seguí los consejos de Gordy y no caí en su trampa. Le tendí un cuaderno y un bolígrafo.

—El nombre y el número de tu abogado, por favor.

Vi cómo apretaba los labios, seguramente considerando si mandarme a la mierda o no. O tal vez planteándose si negarse a que viera a Ethan podría jugar a la larga en su contra. Me abstuve de añadir algo como «Seamos civilizados, Rebecca». Eso podría haber encendido de nuevo la chispa de la confrontación, esta vez aún más virulenta. Me quedé esperando en silencio hasta que escribió un nombre y un número de teléfono.

—Gracias —mascullé.

Y me fui.

Esa misma noche, estando con Phoebe en la cama, esta me preguntó:

—¿Me quito el diafragma o no?

—Todavía no has conocido a Ethan.

—No ovulo hasta dentro de dos semanas. No corremos ningún riesgo aunque no me lo ponga.

Dudé. Ella se percató de mis dudas.

—No estás seguro —dijo.

—Quiero que conozcas a Ethan.

—Porque no estás seguro.

—Porque quiero que conozcas a Ethan.

—Y porque el fin de tu matrimonio te ha destrozado.

—¿Y eso te sorprende?

—Por desgracia, no.

—Hace tan solo tres horas que mi relación de once años se ha acabado, y el bienestar de mi hijo está en juego; un hijo, por usar esa expresión que odio, con «necesidades especiales»…

—Vale, vale. Sé que estoy siendo muy egocéntrica y que solo estoy pensando en mí misma. Es algo en lo que han insistido todos los hombres que han estado conmigo.

—No es eso a lo que me refiero. Solo estoy siendo…

—Prudente. Porque no sabes si quieres tener un hijo conmigo. Y la verdad, quién te puede culpar teniendo en cuenta por todo lo que estás pasando ahora mismo. Y teniendo en cuenta también que me aterra encargarme de un niño sordo. No porque crea que no pueda enfrentarme a ello; sé que puedo. Pero me da miedo el trabajo que comporta y que eso haga que desatienda a mi propio hijo. Por lo pronto, quiero conocer a Ethan; sin duda. Y lo que te dije el otro día sobre tener un hijo contigo sigue siendo completamente cierto. Pero…

Se hizo el silencio. Un largo silencio. Luego Phoebe salió de la cama, se acercó a la cómoda, abrió el primer cajón y extrajo una carcasa de plástico en la que guardaba su diafragma y un tubo de gel espermicida y se fue al baño. Cinco minutos después regresó y dijo:

—Estoy lista y segura para ti.

Al día siguiente, Gordy llamó al teléfono de Phoebe bien entrada la mañana (le había dado su número de teléfono con su permiso). Ella no estaba en casa, se acababa de ir a tomar el *brunch* con un productor. No tenía buenas noticias. Según el abogado de Rebecca, esta se negaba a dejarme ver a mi hijo.

—Está al borde de la esquizofrenia, si me perdonas la expresión. Incluso su abogado, a quien conozco de otro caso, ha intentado que entre en razón. Pero está convencida de que si te deja ver a Ethan, te lo llevarás.

—¿A dónde? ¿A Guatemala?

—Algo por el estilo, sí. Deja pasar unos días para que las aguas se calmen y haremos que lo puedas ver.

Necesitaba un consejo de amigo, así que llamé a David. Estaba en casa, escuchando *jazz* a todo volumen. Le dije que estaba pasando por una pequeña crisis. Me indicó un restaurante en Union Square para vernos y tomar un *brunch* en treinta minutos.

David, como era habitual, me escuchó atentamente. Siempre astuto y calculador, me aseguró que, sin ninguna duda, Rebecca había conocido a un tipo en Alcohólicos Anónimos. Un compañero de penas derivadas del alcohol «probablemente sin tanta clase ni cultura como ella, pero que ha pillado al vuelo su necesidad por encontrar una figura protectora; un gurú que está dispuesto a seducirla y beneficiarse de todo lo que ella consiga tras despellejarte en el divorcio».

Sobre el asunto con Phoebe pensaba lo siguiente:

—Es fantástica, pero es cierto que la biología apremia. ¿Quieres darle el gusto y atarte aún más? Puede que sí, puede que no; puede que las dos cosas. Pero sé consciente de que, una vez que te comprometas, quedarás atado a dos hijos de dos mujeres diferentes durante décadas. Vas a tener que cuidar de Ethan hasta que estés senil. Y, si tienes otro hijo con Phoebe, vas a tener que pasarle la pensión hasta que tengas más de cincuenta años. Tú eliges. Es espectacular, pero es posible que dentro de cinco años te encuentres pensando: estoy metido hasta el fondo en un callejón sin salida. Y, como sucede con todos los callejones sin salida, será uno que hayas construido tú mismo.

Había alguien que estaba en una encrucijada aún peor; mi cliente Jeff Swarbeck. Los agentes federales habían acusado a su socio comercial de California, Dan Montgomery, de malversación de fondos para crear un fideicomiso para sus hijos y los de Jeff. Mi cliente era completamente consciente de la existencia del fideicomiso que había contribuido a la reducción de sus impuestos, pero no sabía que Montgomery había usado fondos ilegales para su creación. Ahora se enfrentaba a un caso penal, y el fiscal de California estaba seguro de que Jeff había participado en la malversación y le estaba amenazando con enviarle a la cárcel. No tuve más remedio que ir a Los Ángeles. Mi secretaria reservó los vuelos y el hotel y estuve toda una semana reuniéndome con la acusación, quienes le ofrecieron el siguiente trato a mi cliente: si se declaraba culpable, solo pasaría diez años en la cárcel. Les entregué

una cantidad ingente de pruebas para probar su inocencia. El fiscal intentó marcarse un tanto arguyendo que, dado que iba a compartir el fideicomiso con su socio, Jeff tenía que haber sabido de dónde provenía el dinero. Tras largas negociaciones, el fiscal acabó aceptando retirar todos los cargos contra mi cliente, a cambio de que este declarase en contra de su socio. Caso cerrado. Volví al hotel, llamé a Jeff y le comuniqué que, si cooperábamos con las autoridades, no tendría que ir a la cárcel. Aceptó las condiciones del fiscal del distrito y me dio las gracias. Me acerqué al minibar y abrí una botella de vino de tamaño benjamín. Me la bebí de un trago. Vi mi reflejo en el espejo de ese pretencioso hotel de cinco estrellas y me transporté mentalmente de vuelta a aquel hotel de medio pelo de París, a mi yo de veintiún años que miraba su reflejo sin afeitar en un vaso agrietado y pensaba: bienvenido a *la vie de bohème*. Mientras que en el presente me encontraba inmerso en la dura, frecuentemente sórdida y avara realidad de la vida adulta. Y no había ni un ápice de poesía en ella.

Esa misma noche, le hablé a Phoebe de ese momento de introspección. A lo que ella me respondió:

—Bueno, pues déjalo todo y esfúmate. Vete a París con tu Isabelle, vende todos tus trajes y encuentra ese refugio debajo de la cornisa desde donde puedas escribir versos libres y darte a la absenta.

—De acuerdo, de acuerdo, soy consciente de que es un cliché.

—Todos lo necesitamos. Mírame a mí, tratando de sacar adelante un drama de televisión de primera calidad para las masas. Soy afortunada por poder hacerlo. Afortunada por poder vivir de la escritura, pero quiero ser una guionista de alto nivel, no quiero ser mediocre. Puede que acabe siendo así, puede que no. Puede que dentro de veinte años, cuando me acerque a los sesenta, acepte la decepción como una parte intrínseca de la vida. Porque, en cierto modo, todos estamos decepcionados, ¿no?

—Quizás esa sea una de las razones por las que algunos tenemos la imperiosa necesidad de tener descendencia. Porque guardamos la esperanza de que la siguiente generación tenga más éxito. Hablando de lo cual…

—No me apetece hablar de eso ahora, cariño. He tenido un día muy largo y solamente quiero meterme en la cama y no pensar en

el futuro.

—Mañana hablamos.

—No, hablamos el lunes. He aceptado la invitación de una amiga de la universidad para pasar el fin de semana con ella en Rhode Island. Jayne se acaba de divorciar y es la directora de un internado de niñas bien en Barrington. Voy a subirme a un tren mañana por la tarde y dedicaré mis días a pasear por la playa y beber mucho Chardonnay con mi querida amiga, sin pensar en nada más.

—Qué suerte.

—No es ni por asomo un retiro de tres meses en el Tíbet, pero espero recargar algo las pilas para volver a enfrentarme el lunes a la locura de Manhattan.

—Te echo de menos.

—Me alegra saberlo. Te envío un beso desde la otra punta del continente.

Durante los días que estuve fuera, hablé a diario con Rosa, quien me puso al día sobre Ethan y sobre Rebecca. Me contó que, en efecto, Rebecca iba todos los días a las reuniones de exalcohólicos, y que le había pedido al portero que se llevara todo el vodka y el vino que tenía escondido por la casa. El lunes por la tarde, tras la llamada de rigor a la niñera, llamé al teléfono fijo de Phoebe ya que di por hecho que ya habría vuelto de Nueva Inglaterra, pero saltó el contestador. Le dejé el siguiente mensaje:

—Mi amor, pienso en ti sin cesar. Los días que he pasado lejos me han hecho ver las cosas más claras. Si quieres tener un hijo conmigo, yo también quiero tenerlo contigo. Mi abogado dice que, en el mejor de los casos, obtendré la custodia compartida de Ethan. Eso significa que no dejaré de lado a nuestro futuro hijo como te temías. Siempre haré lo que haga falta por Ethan y lo apoyaré, de igual manera que siempre estaré a tu lado y al del hijo que tendremos juntos. Mi amor por ti no tiene mesura ni límites.

Ah, las palabras de amor *in crescendo*, con una idea implícita de un futuro por compartir. El enigma del amor no funciona si no hay esperanza. Es el cimiento fundamental sobre el que recae todo el proyecto.

Antes de finalizar mi mensaje, le recordé a Phoebe mis números de teléfono y de fax (por si tenía un arrebato romántico y quería

escribirme unas letras) y le dije que volvería a estar junto a ella en pocos días.

Después llamé a David para hablar un rato, pero no me comuniqué con él, sino con uno de sus compañeros del periódico, quien me indicó que mi amigo había cogido un vuelo de última hora a Roma durante el fin de semana y que volvería el lunes próximo.

A la mañana siguiente, tenía una reunión a las ocho y media. Me desperté con la llegada del servicio de habitaciones. El camarero me tendió un sobre sellado, explicándome que, a última hora de la noche, había llegado un fax y me lo habían hecho llegar por debajo de la puerta mientras dormía. Mientras él colocaba los platos, los cubiertos y la cafetera en la mesa, yo abrí el sobre. Me quedé perplejo al ver una carta manuscrita enviada desde el Hotel Raffaello, Via Urbano 3/5, 00184, Roma.

Y, acto seguido, reconocí la letra.

Querido Sam:

Ayer llamé a casa para comprobar los mensajes de mi contestador y escuché el tuyo. Decidí que no podía dejar pasar más tiempo y confesarte algo que surgió de la nada la semana pasada, y que ha cambiado el rumbo de todo para mí.

No voy a edulcorarte los hechos justificándome ni dándote más explicaciones de las que son necesarias. Solo los hechos, puros y duros.

Estoy en Roma con David. Estamos enamorados. Somos pareja. Si estás pensando que todo va demasiado rápido (sobre todo porque hemos sido amigos durante años), pues bueno, como bien sabes, cuando el corazón entra en juego, estamos a merced del destino y de nuestros misterios.

Lo siento,

Phoebe.

No estrujé el papel ni lo dejé caer mientras asumía esta nueva y dura realidad. No me cuestioné su giro radical. Conocía sus razones y su motivación, y sabía que el ser humano es obcecado e incomprensible. Que nunca llegas a conocer a nadie del todo y que la pérdida de un amor verdadero, de un amor con un futuro hipotético en el que ser felices —incluso sin tener una idea real y clara sobre lo que eso significa para ti—, es una herida que nunca

sana por completo.

Capté mi mirada en el espejo del hotel. Un pensamiento irónico me golpeó en ese momento horrible en el que me sentía perdido:

Los cuarenta estaban al acecho.

5

El divorcio: un drama que, inevitablemente, se acaba convirtiendo en un melodrama.

El divorcio: el final del amor, el comienzo del odio (si el proceso se emponzoña, algo que ocurre con frecuencia) y el descubrimiento de que el odio también es una expresión de amor que terminó por envenenarse.

El divorcio: un escenario en el que el dinero es un tema principal porque sirve para distribuir las culpas cuando el amor se ha corrompido y los votos que una vez se juraron se han quebrantado. Aunque, a decir verdad, la infidelidad adopta muchos disfraces, y no solo el deseo físico.

El divorcio: aunque ganes, acabas perdiendo. A menos que, por supuesto, este contrato doméstico legalmente vinculante sea una vía de escape a una situación de caos, violencia o abuso.

—Dado que no ha habido incidentes físicos ni psicológicos con tintes desagradables entre vosotros, y que tenéis un hijo con necesidades especiales que debe ser vuestra prioridad principal, os sugiero agilizar y simplificar el proceso todo lo que sea posible y tratar de llegar a un acuerdo sin incurrir en costes desorbitados —dijo Gordy.

Estaba sentado enfrente de Marc Judson, un abogado menudo, inquieto y que hablaba con gran rapidez que representaba a Rebecca. Ella estaba a su lado, con un vestido azul marino de corte conservador, el pelo recogido en un moño y un crucifijo de oro a plena vista. Hacía seis meses que nos habíamos separado. Nos encontrábamos en una sala de reuniones de la oficina de Judson, y este no paraba de hablar de la conversión de Rebecca al catolicismo y cómo ese hecho la había «transformado». Pasó a comentar la ingente suma de dinero que necesitaba mensualmente como pensión alimenticia y manutención, eso sin tener en cuenta todos los costes

derivados de las necesidades educativas especiales de Ethan. Miré a Rebecca a propósito mientras Gordy exponía su rechazo al presupuesto que tenía delante y que incluía dos masajes terapéuticos (para mantener su sobriedad) y tres citas con su loquero por semana, además de un entrenador personal.

—Este presupuesto es surrealista —espetó mi abogado, comunicándoles que ningún juez de familia aceptaría tal propuesta económica, sobre todo si tenían en cuenta las locuras que habían cometido tanto ella como su nuevo novio.

—Mi clienta se apuntó a Alcohólicos Anónimos *motu proprio*, algo que, por sí mismo, denota la imperiosa necesidad que la mueve para cambiar la trayectoria de su vida. Y en ninguna ocasión estuvo ebria ni incapacitada de ninguna manera mientras tenía a su hijo a cargo. Además, mi clienta únicamente comenzó a beber cuando su cliente —un hombre tan ensimismado en su trabajo que solo prestaba atención a su hijo unas tres o cuatro horas por semana— inició un *affaire* con una mujer que quería formar una nueva familia con él.

Tras esa acusación, me puse tan tenso que Gordy tuvo que colocar un brazo sobre el mío, como si me dijera que, si estallaba en ese momento, ellos saldrían ganando. Así que me mantuve en silencio mientras Rebecca me miraba fijamente con una amplia sonrisa en la cara, creyéndose vencedora.

Este intercambio de acusaciones le costaba más de trescientos dólares la hora a cada parte. Puesto que Rebecca no tenía ingresos, durante las vistas preliminares el juez le había comunicado a Gordy que su cliente era el responsable de todos los gastos derivados del procedimiento legal.

—Es como si estuviera pagándole las balas a mi asesina, joder —le manifesté a mi abogado.

—Bienvenido a los divorcios a la americana de los años noventa —contestó—. Es cierto que tienen cierta ventaja, pero nosotros crearemos la nuestra también. Al final, todo se resume en lo furiosa y vengativa que decida ser tu ex. Tú, por tu parte, juega tus cartas inteligentemente. No te plantees ni por un segundo ganar. Solamente quieres salir de este asunto de la mejor manera posible. Esa será tu victoria.

Como acabé descubriendo, Rebecca estaba muy furiosa. Al

menos podía estar con mi hijo cada dos fines de semana y dos noches entre semana. Encontré una niñera que tenía experiencia con niños sordos. Ethan estaba en la edad en la que los niños ya habían comenzado a hablar. Jessica, una mujer afroamericana de veintiséis años, comenzó a enseñarle la base de la lengua de signos. Se había formado como profesora para niños con discapacidades, pero pronto se había dado cuenta de que la situación económica de la América post-Reagan no era favorable para los profesores. Los recortes en educación hacían que estuvieran muy mal pagados. Para ganar algo más, se convirtió en niñera especializada, y de esa forma podía pagarse el alquiler y vivir medianamente desahogada.

Tras todos los golpes seguidos que recibí, me alquilé un apartamento en el oeste de Manhattan, por la calle 20. No presté atención a la decoración, solo quería que tuviera una habitación extra para mi hijo. Cuando Jessica llevaba varias semanas con él, me contó que estaba aprendiendo bastante bien la lengua de signos. Aceptó enseñarme a mí también y sugirió seguir con la enseñanza en las horas que estaba en casa con su madre. Le comuniqué a Rebecca que pagaría las horas que la niñera pasara en su casa, pero me colgó el teléfono. Semanas más tarde, durante una de las tantas negociaciones en curso entre las dos partes, Gordy hizo que Judson entrara en razón al respecto y que, dado que yo pagaba, Rebecca usara la ayuda de esa profesora especializada diariamente.

—Quiere apretarte hasta la sumisión —me dijo mi abogado cuando Judson le comunicó que aceptarían veinte mil dólares al mes por los gastos educativos de Ethan hasta que cumpliera los veintiún años. Su objetivo era desestabilizarme, ya que estaba pidiéndome la mitad de mi sueldo anual. A pesar de que Gordy me aseguraba que acabaríamos llegando a un acuerdo, que no se alargaría indefinidamente, que debía confiar en su instinto y no dejarme abrumar por la situación, no podía evitar estarlo. Sobre todo porque cuando Phoebe me dejó por mi mejor amigo… caí en picado. Sentía que, en cierta manera, yo me había construido esa vida y me preguntaba qué habría sucedido si hubiera aceptado la oferta de una vida con Isabelle en Nueva York. ¿También hubiéramos acabado divorciándonos? ¿Tendría que pagarle la mudanza? ¿Acaso encadenaba una serie de fracasos amorosos porque era un desastre con ese tema? Gordy me tranquilizó

diciéndome que todo el mundo que pasaba por un divorcio acababa planteándose las mismas preguntas. Y que yo no podía echarme culpa de que Rebecca se volviera una alcohólica ni de la decisión de Phoebe de irse con mi mejor amigo.

—Así se han dado las cosas —replicó.

Qué filosófico, señor abogado. En realidad, conocía desde nuestros inicios la rigidez y la obsesión por el orden de Rebecca. Entonces, ¿por qué no me había parado a pensar antes que, cuando nos enfrentásemos a los momentos más delicados de nuestra relación (siempre los hay), su inflexibilidad y su rabia desencadenarían un comportamiento extremista? De igual modo que había presentido el deseo de David por Phoebe, y que esta tenía muy claro que la discapacidad de mi hijo chocaba con su reloj biológico. Nunca le conté a Gordy sobre la desesperación en la que caí después de recibir el fax de Roma. Dejé de dormir, me sentía desolado, un fracaso. Perdí peso. Perdí casos. Geoff Mitchell, el socio principal, me dijo que era una de las piezas clave del bufete, y recordó mis diez años al pie del cañón jurídico, ganando caso tras caso. Pero había metido la pata en tres casos muy importantes. Todos sabían que estaba pasando por un divorcio horrible. También «presentían» (era su forma de decir que conocían la información al detalle) que tenía «otros problemas personales». Y me propusieron que me tomara un descanso de mis labores procesales, que considerara acceder a un puesto con una carga de gestión mayor. Por ejemplo, dirigiendo una de nuestras oficinas de otro lugar durante un tiempo.

—Sabemos que pasaste un tiempo en París y que hablas francés con fluidez. ¿Qué te parece si te ponemos a cargo de nuestra oficina en París?

Me plantearon esta sugerencia el mismo día que Gordy me había comunicado que la mejor oferta que había podido conseguir de «la otra parte» eran quince mil dólares al mes, que Rebecca se haría cargo de la mitad del dinero de las clases de Jessica y que esta cantidad sería fija hasta que Ethan cumpliera los dieciocho.

—Ten en cuenta que, en cinco años, pensarás que esta cantidad es razonable.

—No hay nada razonable en este asunto.

—Ahí te doy la razón. Y no recurriré al dicho «no hay mayor

peligro que el de una mujer despechada». Siempre se paga un precio por amar y perder ese amor. El tuyo es tanto físico como psicológico. Pues que así sea. La otra parte sabe que, en el acuerdo final, restaremos los costes legales porque no está siendo razonable. Y porque si esto acaba en los tribunales, joder, esperemos que no, un juez verá que ha estado causando daños innecesarios. Es un arma de doble filo. Tengo un cliente cuya mujer le ha dejado por un tenista profesional, un chavalín que tiene quince años menos. El hombre está cegado por la venganza. Pero como le he dicho, la venganza se asemeja a beber veneno con la esperanza de que la otra persona sea la que muera.

Pero Rebecca estaba intricada en su venganza particular. Su abogado le había dicho que lo dejase estar, que era absurdo pelear por un incremento insignificante además de todo lo que ya había conseguido, y que podía salirle el tiro por la culata. Acabó aceptando a Jessica como tutora de Ethan, quien mejoraba cada día con las clases de lengua de signos. La profesora nos dijo que, si seguíamos con las clases particulares intensivas de tres horas al día, nuestro hijo podría manejar la lengua de signos correctamente a los seis años.

Obviamente, Jessica nos contó esto por separado, dado que las vías de comunicación entre nosotros eran inexistentes. Los abogados hablaban en nuestro nombre. Cuando Gordy trajo a colación la idea de que Ethan tuviera seis clases por semana, el abogado de mi ex nos comunicó lo siguiente:

—Mi clienta se pregunta si es posible que su cliente, dado que ahora está soltero, se esté acostando con la profesora de su hijo.

Gordy mandó a Marc Judson a la mierda de una manera educada. Y, al mismo tiempo, me dijo que no picase el anzuelo, que mi ex estaba intentando provocarme. La solución de mi abogado fue muy simple: avisó a la otra parte de que si Rebecca no daba todas las facilidades para que Ethan tuviera seis horas de clases por semana (las cuales pagaba yo, por cierto), llevaríamos el asunto a los tribunales y nos encargaríamos de que se hiciera cargo financieramente de la profesora particular de nuestro hijo, y sería responsable de buscar a alguien que estuviera a la altura de Jessica.

Rebecca se echó atrás. Llegamos a un acuerdo. Uno que no satisfacía a mi exmujer por completo, a pesar de ser muy lucrativo

para ella, pero uno que no me cortaba las alas. El dinero importa. La gente dice que no, aunque casi siempre miente. Algunos están completamente obsesionados con él, el resto de la humanidad agoniza con el tema. En un plano incómodo y, no por ello menos cierto, el dinero es un indicador de nuestro éxito y da forma a nuestra visión de la vida. El dinero también puede significar un atisbo de venganza para aquel chaval al que hacían de menos en el colegio, el que nunca conseguía a la chica que le gustaba, o para una esposa que, tras una infidelidad matrimonial, quiere infligir el mayor daño posible a su esposo a través de él. Ese era el motivo de Rebecca. Finalmente, establecimos los términos definitivos y pude seguir con mi vida. Vida que se estabilizó y dio paso a cinco días de trabajo sin cesar y dos días centrando toda mi atención en Ethan. Y los dos fines de semana al mes que pasaba con su madre, yo trabajaba. Jessica era estupenda, le daba tres horas al día de clases. Yo también aprendí lengua de signos. Y avancé con mis clases de francés. Me dediqué por completo a aquello que era necesario para el bienestar de mi hijo, para mi futuro en Francia y para mi trabajo. Esto me permitió tomarme un respiro mental en medio de tanto dolor.

Poco tiempo después, me enteré de que Phoebe había dado a luz a un niño que había pesado tres kilos doscientos gramos llamado Henry. (¿Quién carga a un recién nacido con el sambenito de un nombre que recuerda a un señor de mediana edad?). Les envié una pequeña nota felicitándolos y, a su vez, recibí una corta respuesta de David. Era la primera vez que sabía algo de él después de que se escaparan a Roma. Me agradeció el gesto y la nota de bienvenida al mundo para Henry y apreció que fuera «tan comprensivo con toda la situación. ¿Quizá podríamos tomar un par de *whiskies* (o lo que surja) pronto?».

A lo que le respondí con mi silencio.

El mismo día que aprendí a decir «te quiero» en lengua de signos, decidí aceptar la propuesta de mudarme a Francia, a condición de que el bufete me pagara los vuelos para volver a Estados Unidos dos fines de semana al mes para estar con mi hijo. Aceptaron. Tras estar en la miseria, tras haber resurgido de mis cenizas, tras terminar la guerra (aunque sabía que habría problemas en el futuro, la gran batalla era cosa del pasado)… ¿qué podía hacer

sino avanzar hacia una nueva etapa de mi vida?

En mi caso, retomar otra historia que había dejado hacía tiempo. Aunque he de admitir que cuando me ofrecieron la posibilidad de vivir en París, mi primer pensamiento fue:

Solamente que esta vez sin Isabelle.

Pero, en realidad, era mi forma de decirme:

Solamente con Isabelle.

Llegué a París a comienzos del invierno. Mi bufete tenía a su nombre un apartamento en el distrito 8, apenas a unas calles de la oficina. Un piso modesto con dos habitaciones, decorado de manera impersonal, con un aire de habitación de hotel internacional. En el barrio solo había oficinas, tiendas exclusivas y alojamientos con precios desorbitados pensados para los pudientes. Una sensación de lujos falsos y de vanidad. Me daba igual. No tardé mucho en tener el apartamento a mi gusto. Libros. Un equipo de música. Unos CD de *jazz* y de música clásica comprados en tiendas extravagantes de los distritos 5 y 6. Varios pósteres de películas enmarcados y colgados en las paredes de color *beige* vacías en el pasado. Una máquina de café decente. Mi máquina de escribir, cuadernos y bolígrafos esparcidos en mi escritorio, y una reciente e imperiosa necesidad de fumar para aplacar la melancolía que me invadía y el hecho de que me estaba perdiendo el día a día de mi hijo. El puesto como director de nuestra oficina en París, cuyo personal estaba formado por otros dos abogados subalternos y un cuerpo administrativo de cinco profesionales, me resultó sencillo. No teníamos casos tan importantes como en Estados Unidos. Solo el de un empresario petrolero kuwaití con sede en París que luchaba por no ser extraditado a Nueva York tras haber sido acusado de fraude fiscal. El resto eran clientes con problemas de residencia internacional o con cuestiones fiscales o con problemas de derechos de autor o con asuntos relacionados con fideicomisos o herencias transfronterizas o…

En general, papeleo de altos vuelos. Nada fascinante, pero no tenía queja. Me pagaban lo mismo que cuando era socio en Nueva York por la mitad de carga de trabajo y sin ninguna presión a nivel

profesional. Mis compañeros eran eficientes, rigurosos y estaban bastante contentos de trabajar en un ambiente del derecho corporativo bien organizado y con poco estrés derivado. Además, el bufete me entregaba una «bonificación por traslado internacional».

Había recuperado cinco de los kilos que había perdido durante mi reciente descenso a los infiernos. No tenía sobrepeso, pero tampoco estaba en forma. Empezaba a estar corpulento, pero al menos conservaba el pelo. Mi cara seguía igual, con algunas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, pero no se había deteriorado tanto como podría haberlo hecho a raíz del caos de mi vida personal.

A lo largo de mi primera semana en la ciudad me hice el chequeo médico de la empresa. Me atendió un hombre aburrido y bien vestido procedente de Líbano llamado Huthwa. Tras las comprobaciones habituales, concluyó que estaba cuatro kilos por encima de mi peso ideal, que le preocupaba mi falta de sueño (y me recetó unas pastillas que me hacían caer rendido, no sin antes advertirme que me lo tomara como un arreglo temporal, ya que podían crear dependencia) y que fumar un paquete de cigarrillos al día era una absoluta locura.

—Te recomiendo dejarlo ahora mismo, cuanto antes. Pero si no te resulta posible, te recomiendo que pienses en una fecha a corto para acabar con tu dependencia. Por lo demás, no estás en mala forma. Las pastillas deberían aplacar los problemas para dormir, aunque tienes que encontrar la forma de dejarlas también. Ya dependemos de suficientes cosas en la vida.

¿Era un médico libanés o un filósofo de primera? Me daba la sensación de que, por el aire de desgana permanente que desprendía, había sufrido tanto o más que yo. También me planteé que tenía que alejarme de la dependencia romántica durante una temporada.

Asimismo, tomé una decisión en el plano laboral: iba a intentar no llevarme el trabajo a casa en la medida de lo posible. En la oficina seguiría siendo tan meticuloso como siempre. Si tenía que cenar con un cliente o ir en viaje de negocios a Ginebra o Lausana (llevábamos algunos casos muy lucrativos de exilio fiscal en Suiza), haría lo que se esperaba de mí y lo haría bien. Y luego volvería a mi apartamento y me enfundaría unos vaqueros y una chaqueta de

cuero y cruzaría en metro el Sena y… desconectaría. El impulso de la ambición, ese sentimiento tan americano de siempre, de estar en la pugna por conseguir algo, había desaparecido. Lo había apartado de mi mente por un tiempo. Nadie lo sabía, solo yo conocía esta ambigüedad que me inundaba. No me quedaba en la oficina ni un minuto más allá de las siete. Tardaba cinco minutos andando a casa. El mismo tiempo que empleaba en cambiarme y volver a salir por la puerta en dirección a una noche de desconexión. Mis pasatiempos eran los de siempre: cine, *jazz*, librerías y cafeterías, pero seguía teniendo un miedo atroz a volver a ser rechazado, hasta tal punto que estaba postergando el ponerme en contacto con Isabelle.

La desesperación era intermitente. Echaba de menos a Ethan, pero podía disfrutar de su compañía dos fines de semana al mes gracias al acuerdo con mi bufete. Hasta me dejaban usar un apartamento que tenían en Manhattan para esas ocasiones. Gordy y la otra parte habían acordado que Jessica nos acompañara durante esos tres días que estaba en la ciudad. Por mi parte, le había pedido a mi secretaria que preguntase a sus contactos en la Embajada si alguien conocía a algún profesor de lengua de signos. Encontró a una mujer americana cuya hija tenía problemas de audición y sabía lengua de signos a la perfección para que me diera tres horas de clase semanales. Asimismo, la empresa me pagaba una hora al día de clases de francés. Me mantenía ocupado tanto cultural como psicológicamente; seguía fumando un paquete de Camel Filters diario y andaba sin descanso, hasta siete kilómetros cada noche. Cuando las pastillas no hacían su efecto y no conseguía conciliar el sueño, intentaba leer o trabajar, pero acababa vistiéndome y terminaba paseando sin rumbo por las calles oscuras, aturdido por el insomnio y la necesidad de vagar.

Una noche, tres semanas después de mi llegada, me hallé despierto pasadas las tres de la madrugada y decidí «correr el riesgo y jugármela en el plano emocional». Así que tomé un folio de la oficina que tenía por casa. Cogí un bolígrafo. Y escribí:

Querida Isabelle:

Estoy viviendo en París. Llevo ya casi un mes por aquí. Por lo pronto, me quedo cinco años. Si quieres verme, ¿te puedo invitar a

comer? Si no es así, no hace falta que me envíes ningún mensaje.

C'est entendu.

Je t'embrasse,

Sam

P. D.: He trasnochado y voy a dejarte esta carta directamente en el buzón, si es que el código de la puerta sigue siendo el mismo.

Puse la carta en un sobre. Escribí «Isabelle» en la parte delantera. Me puse el abrigo. Treinta minutos después me encontraba en el número 9 de la rue Bernard Palissy. Las calles vacías, algún borracho esporádico. Nuevas novelas en el escaparate de Les Éditions de Minuit con las mismas cubiertas que siempre. Su puerta marrón oscuro también tenía el mismo aspecto. Habían pasado muchos años, pero aún recordaba el código: A8523. Clic; se abrió. Hay ciertas cosas que nunca cambian. Su buzón estaba a la derecha. Me adentré en el pequeño patio. Llovía ligeramente. Miré hacia las ventanas de la planta superior, justo debajo de la cornisa. Sus ventanas; oscuras. No esperaba que estuviera ahí… Aunque, por supuesto, sí albergaba una pizca de esperanza. La lluvia se intensificó y me di la vuelta. Hui. Me monté en un taxi en la rue de Rennes y, quince minutos más tarde, estaba en casa. Me quité la ropa, me metí en la cama y, esta vez, me dormí. Quizá porque, tras semanas con la idea rondándome en la cabeza, había tenido el valor de ponerme en contacto con ella.

Me desperté tres horas más tarde e hice la maleta. Esta noche volvía a Nueva York después de cuatro semanas. Caí rendido en el avión durante seis de las ocho horas de vuelo, consciente de que pasaría la siguiente noche en vela. En realidad, no me importaba porque tenía muchas ganas de estar con mi hijo. Cuando llegué al apartamento de la calle 57 Oeste entre la 8.ª y 9.ª Avenida, mi refugio aséptico cortesía de mi empresa al que acudiría mensualmente durante los próximos cinco años, Jessica ya estaba allí con Ethan dormido en la habitación de invitados.

Se encontraba dentro de un sueño tan profundo que cuando me agaché para darle un beso, se quejó levemente y me dio la espalda.

—Menuda bienvenida —comentó Jessica.

Me sorprendí de mi propia sonrisa.

—¿Sabe que vengo? —susurré.

—Sí —contestó—. Y le dije antes de acostarse que cuando se levantara podría encontrarle en la cama grande de la habitación de al lado. Así que, que no se sorprenda si va a despertarle al amanecer.

—¿Se lo has explicado todo en lengua de signos? —susurré de nuevo.

—No es necesario que susurre —puntualizó ella.

Un golpe de realidad me sobrevino, a pesar de que era una realidad que había vivido desde que la meningitis le había arrebatado el mundo de los sonidos. Pero, momentáneamente, mi yo cansado y con *jet lag* había olvidado que no había por qué susurrar para no despertarle… Se me rompió el corazón.

—Es un chiquitín muy despierto y avanza a pasos agigantados —añadió ella consciente de la pena que se reflejaba en mis ojos.

Volví a besar a Ethan en la cabeza y miré a Jessica.

—¡Hola, Jessica! —Dije en lengua de signos—. Estás haciendo un trabajo impresionante con mi hijo.

—Es un niño muy inteligente. Y ya ha empezado a formar frases. Ayer le enseñé esa foto suya y me respondió con el signo de «¡papi!» al instante.

Tal vez fuera por la hora que era (las cinco de la mañana según mi reloj biológico), o por las semanas sin apenas dormir o por el hecho de que aún me estaba acostumbrando a la vida sin Ethan cerca o porque aún me dolía la forma en que Phoebe se había deshecho de mí. Cualquiera que fuera la razón, sentí como se me caían las lágrimas. Había sufrido tanto estando separado de él.

Antes de irme a dormir, fui a verle un par de veces más. Cuatro horas más tarde, sentí cómo alguien me tiraba del pelo. Abrí los ojos y vi a Ethan. Estaba intentando pronunciar palabras, pero emitía sonidos inconexos. Terminó por agitar las manos y signó «¡Papi!» y «¡Bienvenido!». Le cogí entre mis brazos con fuerza y él me imitó tomándome del cuello. A continuación, usó las manos para taparse las orejas y se rio.

—¡Te he echado mucho de menos! —signé.

Como respuesta, una sonrisa. ¿Me había entendido?

—¿Tienes hambre?

Asintió con la cabeza y me llevó de la mano hasta la cocina

donde señaló una caja de cereales Coco Pops que estaba en una estantería. La bajé y él signó que quería la caja. Se la di, la abrió y empezó a comer cereales con la mano.

—Espera a que te eche los cereales en un tazón —le comuniqué en lengua de signos.

Me miró sin entender nada y se aferró a la caja, quejándose cuando le dije que tenía que entregármela. Le signé que dejara de llorar; le expliqué con gestos que simplemente iba a servirlos. Luego cogí un cartón de leche del frigorífico y le mostré cómo añadirla al tazón, aunque tuve que detenerle antes de que se la vertiera por encima. Cuando intentó cogerlos con la mano, le expliqué mediante signos que tenía que abrir el cajón de al lado del fregadero. Sacó una cuchara y se comió los cereales.

En ese momento, sentí una punzada de culpabilidad por estar perdiéndome tantas cosas de su aprendizaje diario y porque era evidente que me necesitaba a su lado. Me aliviaba que Rebecca le hubiera enseñado a usar el orinal y que, con la ayuda de Jessica, estuviera progresando a pasos agigantados en lengua de signos. Su habilidad todavía era limitada, pero podía comunicar determinadas cosas básicas a través de la misma. Ese fin de semana, cuando fuimos al Zoo de Central Park, visitamos la sala de los dinosaurios del Museo de Historia Natural (el T-Rex le encantó y asustó a partes iguales) y compramos juguetes en la juguetería FAO Schwarz (se quedó fascinado), sentí un atisbo de felicidad por primera vez en meses, o en años. Mi vida amorosa estaba hecha trizas y me había convertido en el tipo trajeado del que siempre había renegado, aunque eso no quitaba que me hubiera entregado con ganas a mi carrera laboral. Podía poner en tela de juicio todos los compromisos y las decisiones que había tomado a lo largo de mi vida en las que me había subestimado. Podía cuestionarme por qué no me había ido de mochilero seis meses al Sudeste Asiático o no me había perdido en la Patagonia. O no había cruzado mi país a pie, algo que me prometí a mí mismo durante años. El divorcio me lo había impedido. En realidad, encontré excusas para todas las oportunidades que no había disfrutado. Y ahí estaba yo, un hombre que ganaba más dinero que el noventa y nueve por ciento de la población mundial y que, tras pagar mis impuestos, la manutención, la pensión y las necesidades educativas de mi hijo, me quedaba con

una suma modesta con la que disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Pero no tenía propiedades, ya que el apartamento que compró Rebecca antes de casarnos (y del que yo pagué la hipoteca) se lo quedó ella en el reparto del divorcio. A simple vista era un hombre de éxito, pero no tenía ninguna prueba tangible para demostrarlo y estaba demasiado constreñido por las ataduras del divorcio como para poder comenzar una nueva vida en otra parte.

El fin de semana se pasó demasiado rápido. Cuando Jessica regresó el domingo por la tarde para devolver a Ethan a su madre, lo abracé con tanta fuerza que se resistió y me miró desconcertado. Hasta que se dio cuenta de las lágrimas que recorrían mi rostro e intentó hacerme reír tirándome de las orejas. Lo consiguió, pero se tenía que ir. Tomó la mano de Jessica, quien le montó en su carrito. Cuando se estaban marchando del apartamento, levantó la mano y signó «¡papi!».

Me quedé sentado en el sillón durante un largo periodo de tiempo pensando en que mi hijo era el antídoto a la melancolía que empañaba mis días. Y, a diferencia del resto de personas en las que había buscado el amor y que me habían abandonado en los momentos más críticos, mi amor por Ethan sería, desde luego, un amor incondicional. Sin restricciones, sin límites, sin lugar a dudas.

Media hora más tarde, llegó el coche que había reservado para ir al aeropuerto J. F. Kennedy, donde cogería un avión que me llevaría al otro lado del Atlántico. Aún disponía de hora y media antes del despegue. El vuelo de Air France no iba con retraso, algo totalmente destacable. La vuelta siempre es más corta gracias al viento de cola, por lo que el trayecto es más corto. Crucé la puerta de mi apartamento a las diez, y treinta minutos después estaba de vuelta a la oficina, listo para trabajar. Monique, mi secretaria, me trajo un café. Me vio rebuscar con ahínco entre el correo matutino y sonrió cuando di con un sobre cuadrado y blanco, con mi nombre y dirección escritos con tinta negra. Se retiró para dejarme que lo abriera tranquilamente. Saqué la tarjeta blanca similar a las que había recibido en tantas otras ocasiones, que decía así:

Queridísimo Samuel:

Siempre he tenido el presentimiento de que acabarías viviendo en París durante un periodo más largo de tiempo. Estoy contenta. El pasado es pasado y el presente que nos ocupa es que ahora

vivimos en la misma ciudad. Y, por lo tanto, te digo que no al almuerzo, pero que sí a que me vengas a visitar. ¿Te va bien este martes? ¿A las 17 h? Ya conoces la dirección. Y el código.

Je t'embrasse très, très fort.

Isabelle

Isabelle no sabía nada sobre mis clases particulares de francés durante todos estos años. Desde aquel momento de locura en Boston, apenas habíamos mantenido el contacto. No sabía nada de mi vida, ni yo de la de ella. Le había escrito en inglés porque era la lengua en la que siempre nos comunicábamos y porque tampoco quería que se planteara por qué mis conocimientos de francés habían avanzado tanto. Tal vez eso desencadenara una línea de pensamiento durante la cual se acabase preguntando si es que había conocido a otra mujer francesa desde nuestro último encuentro.

Salí de la oficina a las cinco menos cuarto de la tarde. El taxi iba lento ya que los factores externos (tráfico y lluvia) no acompañaban. Le dije al conductor que me bajaría en la esquina de Palissy con la rue de Rennes. Corrí por la calle, sujetando el impermeable con fuerza, sin tiempo para sacar el paraguas. Introduje el código de la puerta, atravesé velozmente el pasillo y el patio hasta la *Escalier C*. Toqué el timbre. Mi pelo estaba empapado. Clic; la puerta se abrió y escuché su voz desde las alturas:

—Hola…

Subí las escaleras a toda prisa pensando en cómo las había subido doce años antes. A pesar de que mi forma física no era demasiado lamentable, podía notar que no tenía la misma energía de la que un día hice gala. Ella me estaba esperando en la puerta. Había cambiado; no había cambiado. Seguía teniendo la tez pálida, con pequeñas arrugas en los ojos. El pelo, como siempre, de color rojo fuego, aunque con alguna que otra cana. Para no variar, su elección de vestuario para aquella tarde de invierno era una falda larga suelta y un jersey de cuello alto negro. Ahora tenía un peso que entraba dentro de los parámetros considerados estándar, lo que le otorgaba un aire menos frágil, y llevaba unas gafas de carey con una montura grande y redonda. Se acercó a mí.

—*Mon jeune homme*.

—*Tu es si belle* —afirmé mientras la abrazaba.

Me puso un dedo en los labios.

—No digas nada más —susurró para, a continuación, darme un beso apasionado.

Instantes más tarde, estábamos desnudos.

—Estoy muy gorda —dijo con voz queda al mismo tiempo que caíamos sobre la cama y entrelazaba las piernas a mi alrededor.

—*Tu n'es pas grosse. Tu es magnifique*.

—Mentiroso. Mi maravilloso y atractivo mentiroso.

—Tengo poco de atractivo.

—Mentiroso.

Se colocó sobre mí, empujándome todo lo dentro que pudo de ella. Gimiendo con intensidad. Nos movíamos despacio, intencionadamente. Con la mirada siempre fija en el otro, como si tras todos estos años tuviéramos que mantener ese contacto visual por si nos perdíamos de nuevo. Es posible que a ella no le gustara su nueva figura, prueba del paso del tiempo y de la elasticidad de la juventud abandonando el cuerpo físico, pero a mí me gustaba esa nueva Isabelle menos enjuta, más voluptuosa, que me miraba con intensidad. Nos tomamos nuestro tiempo, sin prisa por llegar al final. Sin rastro del erotismo que había caracterizado nuestros primeros encuentros. Estábamos asistiendo a una fusión de nuestros cuerpos silenciosa y pausada. Cuando se desplomó sobre mí, supe que compartíamos la impresión de que la larga ausencia nos había resultado a ambos una tortura inexplicable mientras nuestras dispares vidas habían discurrido separados por un océano durante todos estos años.

—Nos he echado tanto de menos —dijo ella apoyando la cabeza en mi hombro.

—*Moi aussi. Tu as été avec moi tout ce temps… même si…*

—Me puso un dedo sobre los labios de nuevo.

—Así que *mon jeune homme* ha mejorado su francés en mi ausencia.

—*Parce que je voudrais te parler dans ta langue maternelle*.

—Y estoy asombrada por tu nivel. Me atrevo a suponer que quizá también lo hiciste con la idea de volver…

—*Je n'ai jamais prévu le fait que j'allais vraiment revenir à Paris pour vivre ici…*

—Hablas francés estupendamente. Y tu profesor ha hecho

maravillas con tu acento, apenas queda rastro del deje americano de antes, pero sabes que soy una mujer con sus rutinas y metodologías. Como, por ejemplo, encontrarnos aquí por las tardes. Y que el idioma que usemos para entendernos sea el inglés.

—¿Y por qué no podemos *mélanger* ambos?

—Porque me enamoré de ti en inglés. Porque sigo enamorada de ti en inglés.

—¿Entonces sigues siendo inflexible con el idioma y con todo lo demás?

—Bueno, ahora que estás viviendo en París… Que mis circunstancias personales han cambiado en cierto modo… Tal vez pueda ser flexible con el horario para vernos.

—¿Ya no estás casada con Charles?

—Estaremos casados hasta el día en que la muerte nos separe. Pero ya tiene sesenta y cinco años. No es viejo, pero tiene graves problemas de salud desde hace algunos años: diabetes, hipertensión, etc. Los efectos secundarios de una vida adulta manejando mucho dinero, pero desdeñando los beneficios del ejercicio. Yo he conseguido estar delgada hasta hace poco gracias a la típica dieta parisina: cigarrillos y vino tinto.

—Me encanta tu cuerpo tal y como es ahora. Yo también he engordado.

—¡Ves! Lo has admitido. Estoy gorda.

—Oh, venga ya. Tú estás…

—¿Qué? ¿«Voluptuosa»? ¿«Redondita»? ¿«Regordeta»? Todos esos sinónimos inventados por los hombres para suavizar el hecho de que la señora está más gorda más que antes.

—No te olvides de «rolliza»…

Me dio un golpecito en la mano, como una profesora castigando a un alumno travieso.

—*T'es atroce.*

—*Donc, on parle en français!*

—De ninguna manera. Pero podemos abrir el vino que has traído y fumarnos un cigarrillo. Bueno, eso si no lo has dejado.

—Lo dejé durante mi matrimonio. Desde que me divorcié, he vuelto con ansia.

—Estupendo, lo veo bien. Aunque, tras décadas siendo fumadora, en ocasiones me pregunto cuándo considerarán los dioses

que me he salido con la mía durante demasiado tiempo. El día del Juicio Final es inminente.

—Mi abuela fumaba dos paquetes de cigarrillos diarios y vivió hasta los ochenta y pico. Cierto es que estaba orgullosa de ser una arpía baptista.

—No es que sepa del tema, pero ¿supongo que ser baptista y una arpía no son necesariamente sinónimos?

—Si te referías a la abuelita y a sus amigotas de la iglesia, sí.

—Aun así, debería dejarlo —replicó.

—Pues déjalo.

—No puedo imaginarme una vida sin cigarrillos. Son mi ancla en este mundo de por sí inestable.

—¿Has tenido problemas?

—Coge el vino y los cigarrillos, mi amor, e intercambiemos historias de guerra. Por cierto, hay una percha en el armario por si quieres asegurarte de que tu traje esté impoluto para tu próxima reunión.

—No tengo que acudir a ninguna reunión, pero acepto la percha.

Salí de la cama, abrí el armario y me percaté de que Isabelle seguía guardando poca ropa ahí. Encontré la percha. Coloqué el traje en una silla, recogí mis pantalones, alineé meticulosamente las dos perneras, las coloqué sobre la barra de madera de la percha y luego colgué sobre la pieza principal mi camisa de vestir seguida de mi chaqueta. Tomé mi corbata, la doblé con esmero y la guardé en el bolsillo interior. Por último, puse mi uniforme de abogado en el armario.

—Admirable —declaró Isabelle—. Si todo acaba saliendo mal, tienes un futuro brillante como empleado de un guardarropa.

—Qué divertido. ¿El sacacorchos está en el mismo sitio?

—Aquí nada ha cambiado, excepto que me he vuelto más desordenada con el tiempo.

—No me había fijado.

—Mentiroso.

De hecho, era verdad. Había entrado en el apartamento y, acto seguido, nos habíamos encontrado en los brazos del otro. Luego en la cama, compartiendo una pasión silenciosa y profunda. Así que acababa de percatarme del desorden al que se refería. Siempre había sido desordenada, pero ahora había ropa tirada por todas

partes, tres ceniceros llenos de colillas hasta el borde, pilas y pilas de papeles y manuscritos y novedades en su biblioteca, platos y una cafetera sin lavar en el fregadero…

—Me acuerdo de una de las veces; de hecho, la única vez que te quedaste a dormir… Lo furiosa me puse porque osaste recoger mi caos. Fui muy injusta… Y supe que en aquel momento acababas de decidir que nunca podrías compartir *un domicile conjugal* conmigo.

—No fue eso lo que me llevó a rechazar tu oferta de mudarte a Nueva York con Émilie.

Volví a la cama con vino, copas y cigarrillos.

—¿Entonces cuál fue la razón? ¿El amor que sentías por tu futura esposa?

—En parte sí. Aunque también fue por miedo.

Isabelle digirió esa afirmación en silencio.

—Entiendo el concepto. En muchas ocasiones nos alejamos de situaciones que podrían ser maravillosas por miedo a sufrir. A mí también me ha sucedido eso contigo. De hecho, yo fui la que comencé esa dinámica entre nosotros.

—Si lo miro en retrospectiva, puedo ver que me estaba adentrando en la boca del lobo.

—«La vida solo puede ser entendida mirando hacia atrás, pero tiene que ser vivida mirando hacia adelante». Kierkegaard. ¿Fue todo tan mal entre vosotros?

Saqué el corcho de la botella. Serví dos vasos de vino y dije:

—Es una historia muy larga que me va a llevar mucho tiempo.

—Quiero saber hasta donde tú me quieras contar.

Nos encendimos un cigarrillo cada uno y comencé a hablar. Solo me interrumpió cuando llegué a la parte realmente horrible de la historia; la meningitis de Ethan y su posterior pérdida de audición. El descenso al alcoholismo de Rebecca la conmocionó profundamente, pero de una manera muy discreta, muy propia de ella. Cuando terminé, me abrazó y me miró a los ojos durante un buen rato.

—Cuando entraste aquí esta noche, lo primero que pensé fue: bonito traje, aires de triunfador, pero un hombre consumido por la tristeza. Mi Samuel, deprimido… Hasta la forma en que hemos hecho el amor —que ha sido preciosa— para mí ha estado sutilmente impregnada por tu soledad, por tu necesidad de

consuelo. Ahora ya sé por qué. Y solo me queda decirte: qué horrible cantidad de desgracias has tenido que enfrentar.

—Gracias por no usar la palabra «retos», esa palabra con implicaciones tan americanas.

—Es una palabra horrible, pero con lo que has tenido que lidiar… Es una verdadera tragedia.

—Ethan no es una tragedia. La verdad es que nunca he sabido con certeza qué quería. A excepción de a ti.

—No estaría tan seguro de eso. De lo contrario, nos hubieras aceptado a Émilie y a mí en Nueva York sin dudarlo.

—Pero lo que verdaderamente me preocupaba era que, después de que aceptara tu proposición y dejara a Rebecca por ti, al final no vinieras.

Se hizo silencio. Isabelle dio un trago a su copa de vino.

—No tengo la respuesta para esa pregunta —admitió.

—Tal vez el miedo que me daba que cambiaras de opinión derivaba de las normas que imponías a nuestra relación. Las cuales, por otra parte, entendía y respetaba.

—Quizá me comprendes mejor de lo que lo hago yo misma. Quizás hubiera apartado la idea de mudarme con Émilie a Nueva York; después de todo, me siento muy francesa y realmente quería que mi hija creciera aquí.

—¿Qué tal está Émilie? —pregunté mientras me percataba de que no había hablado en profundidad sobre ella.

—Mi hija ya tiene doce años y pasa por momentos difíciles.

—¿Difíciles por qué?

—Esa es una historia para otro día y ya hemos tenido suficiente con una historia triste en esta primera tarde juntos de nuevo. De momento, su vida en un liceo discurre sin demasiados dramas, lo cual es estupendo. Pero su alma es muy frágil y temo que un problema pequeño, pero revelador, acabe devolviéndola a una espiral de nuevo.

Era mi turno de cogerle la mano. Era su turno de esquivar mi mirada.

—No quiero hablar del tema por ahora. Claro que hablaré de Émilie; de sus clases, de sus pocos amigos, de lo que está leyendo o de las películas que va a ver al cine. De las cosas superficiales y normales, pero, si saco el tema de los oscuros recovecos de su

obsesión, solo será porque hayan vuelto de nuevo y la situación se haya tornado insufrible.

—Lo siento tanto.

—Y yo también lo siento por ti.

—La última vez que te vi me dijiste que me amabas.

—Es cierto —replicó— y sigue siendo así.

—Yo también siento lo mismo.

Nuestras miradas se cruzaron fugazmente, pero enseguida miramos para otro lado. Oh, ambos lo sabíamos… Y oh, qué asustados estábamos por saberlo. La atraje contra mí y la besé profundamente.

—Estoy tan contento de estar aquí, en este preciso instante, contigo.

—Y yo de estar contigo. Y ahora… Ahora tengo que vestirme y volver a casa.

Nos veíamos tres veces por semana. Nuestros encuentros se regían por las normas habituales, siempre por la tarde. No insistí en una mayor flexibilidad dado que, por lo que ella había dejado entrever, esa flexibilidad acabaría llegando. Durante varios meses, nuestras citas fueron todos los lunes, miércoles y jueves, a menos que yo no estuviera en la ciudad o que el trabajo nos lo impidiera. El hecho de que mi vida profesional interfiriera en nuestros encuentros era uno de los principales cambios en nuestra dinámica. La mayoría de días, Émilie iba al liceo hasta las cinco de la tarde y después acudía a numerosas actividades extraescolares. Además, tenía una criada que le cocinaba algo o que hacía las veces de hermana mayor hasta que Isabelle llegaba a casa.

—Émilie está pasando por una etapa en la que considera que *maman* es una carcelera o, en el mejor de los casos, una molestia que la avergüenza. Sobre todo teniendo en cuenta que sufre un trastorno depresivo mayor, el cual está siendo controlado mediante fármacos suaves y sesiones periódicas con un terapeuta extraordinario. Así que está contenta de librarse de mí tres días por semana. Y, al mismo tiempo, se quejaría si llegara más tarde de las siete de la tarde. Además es una niña de papá; lo adora y, en este momento, lo prefiere a él. Encima Charles apenas sale de casa, lo que le conviene. No es que quiera estar con él todo el tiempo, pero

el hecho de que esté cerca, en la habitación de al lado, la tranquiliza. Y a ambos nos alegra poder hacer algo que reconforte a Émilie.

Isabelle se interesaba por el progreso en el desarrollo de Ethan; cuántas palabras nuevas había aprendido a signar, cómo se relacionaba con los demás, si nos atreveríamos a enviarle a una guardería con niños oyentes, cuándo vendría a París… Yo hablaba casi a diario con Jessica. Fiel a sí mismo, Gordy me había conseguido cuatro días de custodia adicionales cada mes y había convencido a los socios con menor antigüedad (esto es, los menores de cincuenta y cinco años) de que se apiadaran de mí y me dejasen pasar dos fines de semana y una semana completa al mes en Nueva York con mi hijo, así como sufragar los gastos de vuelo y alojamiento. Por supuesto, había una contrapartida. Esperaban que fuera un asesor de alto nivel y que participara activamente en todos los casos relacionados con fideicomisos y patrimonios importantes; casos que, en los últimos tiempos, habían crecido exponencialmente.

Para mí, los días que pasaba con Ethan eran fechas destacadas del calendario y los esperaba con ilusión. Según Jessica, él llevaba la cuenta de los días que quedaban para mi próxima visita. «¡Papá está aquí!». Así es como me recibía dos sábados por la mañana al mes en el apartamento de la empresa, cuando venía al dormitorio y comprobaba que había llegado la noche anterior cuando estaba durmiendo. En París, seguí acudiendo a clases de signos dos veces por semana. Por lo tanto, cada vez tenía más fluidez para comunicarme con mi hijo.

—Intento tratarlo con toda la normalidad posible —me comunicó Jessica—. Aprenderá a leer a los cinco años, como cualquier otro niño de su edad, y después les tocará el turno a las matemáticas. Nuestro reto más complicado será que haga vida social, que juegue con otros niños. Le he sugerido a Rebecca que busque otros niños con los que pueda jugar. Sigue muy involucrada en Alcohólicos Anónimos y en su iglesia, la cual cuenta con una escuela primaria anexa con una mezcla de personal laico y religioso. Según lo que cuenta, las monjas estarían encantadas de acoger a Ethan, pero temen que no se integre con los demás niños. Le he pedido que pregunte si podemos tener una reunión con la

hermana Moreno, que es la directora de la escuela.

—Debe de haber otras escuelas primarias en la zona a las que podrías acudir como apoyo, ¿no?

—Por supuesto, comenzaré asistiendo a clase con él, pero también enseñaré a alguien para que se acabe haciendo cargo. Y seguiré viéndolo después del colegio y los viernes cuando usted vuelva de París.

Traté de hablar con Rebecca sobre el asunto de la escuela. Le envié un fax para sugerirle que nos sentásemos a conversar para buscar juntos las mejores opciones en la ciudad para nuestro hijo y tomar una decisión consensuada. No cabía ninguna duda de que ambos queríamos que nuestro hijo comenzase a relacionarse con otros niños oyentes lo antes posible.

Rebecca no me respondió.

Isabelle estaba indignada por la falta de diálogo entre mi ex y yo sobre el futuro educativo de nuestro hijo.

—En temas de divorcios, los americanos sois ridículos. Tu infidelidad pesa más que el hecho de que tu mujer llevase un largo periodo de tiempo emborrachándose hasta el coma antes de eso. Te acostaste con otra persona y debes pagar por tus pecados con creces. Y ahora que ha encontrado una religión a la que aferrarse y que se ha convertido en una católica devota puede desempeñar el papel de santurrona contigo. A pesar de que eres tú quien cubre todos los gastos de Ethan y de que te estás implicando en su educación más que ella.

Estábamos cenando —sí, ¡habíamos salido a cenar juntos!— en un diminuto restaurante japonés de moda, justo enfrente del número 9 de la rue Bernard Palissy. Acababa de llegar de Nueva York y, como le había prometido, le había hecho fotos a Ethan y las había revelado justo antes de volver. Isabelle insistía en que cada vez que le visitara le hiciera más para observar su evolución. También le interesaba saber qué libros usaba Jessica con él e incluso había acudido a la sede de la Universidad Americana del *boulevard* Saint-Germain para informarse sobre escuelas primarias en Nueva York. Volvió con cinco sugerencias, incluidos todos los datos de contacto necesarios. Le enfadaba que Rebecca hubiera impedido que Ethan pasara un mes conmigo en París durante el próximo verano, ya que consideraba que era otra de sus expresiones

de venganza.

—Te perdió. Perdió su carrera profesional, no es feliz y está volcando toda su rabia en ti porque así funciona la gente mediocre. Y está usando a su hijo y tu dinero como armas arrojadizas contra ti. Es lamentable.

En ese momento, mientras estábamos cenando y me acariciaba la mano con los dedos para enfatizar así sus palabras y, a la par, tranquilizarme, me sorprendí al pensar que formábamos una pareja real. Su manera de querer protegerme, su interés por Ethan, su deseo por aprender los signos básicos para poder comunicarse con él cuando visitara París… Era una maravilla, pero había muros que no habían caído. Le pregunté en diversas ocasiones cuándo podría conocer a Émilie. Ella se empeñaba en afirmar que, debido a la fragilidad y al apego paternal de su hija, esta no debía saber nunca de mi existencia.

—Sospecharía aunque le dijera que simplemente eres un amigo. Y podría enfadarse y sentirse excluida. Es mejor que dejemos las cosas como están por ahora.

También le había sugerido que viniera conmigo a pasar un fin de semana en Nueva York, pero era muy reacia a dejar la ciudad ni tan siquiera por unos días. Le aterrorizaba que Émilie pudiera caer en el pozo durante su ausencia. Traté de argumentar desde la calma que, en los seis meses que llevábamos juntos de nuevo, su hija no había mostrado ninguna señal de recaída. Y que sería una magnífica oportunidad para que conociera a Ethan y comenzara una relación con él, pero insistía con vehemencia en quedarse en París.

—Sé que puede sonar patético, ridículo e incluso muy próximo a lo provinciano, pero no me gusta viajar. Sufro claustrofobia en cuanto me monto en un avión. No aguanto más de una hora encerrada en ese aparato metálico y siento que no tengo el control, lo que es totalmente cierto. El único motivo por el que acepté el viaje a Boston fue la descabellada idea de que podría encontrarme contigo… Pero necesito demasiadas pastillas de Valium para sobrellevar un vuelo transatlántico de ida y vuelta y, desde entonces, apenas he cogido más aviones.

—Pero si yo fuera contigo… Si estuviera sentado a tu lado…

—No funcionaría. Lo intenté de nuevo hace cinco años con Charles. Nos íbamos de vacaciones a Ciudad del Cabo. Cuando

llegamos al aeropuerto aquí en París, fui presa de un ataque de pánico. Fue tan grave que mi marido tuvo que buscar atención médica y acabé en la enfermería del aeropuerto. Charles, quien tenía una reunión de negocios en Ciudad del Cabo, quería cancelar su viaje, pero yo insistí en que fuera y en que disfrutara de los diez días que habíamos reservado en un hotel de lujo cerca del cabo de Buena Esperanza. Por supuesto, sabía que su amante de turno se uniría a él dos días más tarde, pero no se lo puedo reprochar. Así que si quieres llevarte a tu amante a Nueva York en vez de a mí…

—Ya no estoy casado, así que no tengo amantes. Y no hay otras mujeres en mi vida porque estoy contigo.

—Deberías buscar a otra persona porque yo estoy mentalmente inestable.

—¿Porque no puedes cruzar el Atlántico en avión?

—Porque soy una mujer de más de cincuenta años que ha acudido todos los días durante casi veinticinco años al mismo diminuto apartamento para ocuparse discretamente de sus traducciones, ha permanecido casada con el mismo hombre discreto y decente, y ha pasado fines de semana discretos y decentes en el mismo refugio familiar, un mes al año en la propiedad de mi cuñado en el Var, y ha frecuentado los mismos cines, salas de conciertos y óperas. Nunca he anhelado nada material. Tengo una hija maravillosa, por la que estoy preocupada porque temo que acabe sumida en las profundidades y destroce nuestras vidas en el proceso. Y te tengo a ti, y eso es algo que me hace inmensamente feliz. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en que me he defraudado a mí misma? ¿Que he estado estática cuando debería haber vivido más aventuras? Soy la única responsable de toda esta desesperación.

Pasé los dedos por los suyos.

—Yo también me planteo esas preguntas. Pero, hasta que Ethan cumpla dieciocho años, estoy ligado financieramente a su madre. No lo digo a modo de queja, pero si te dijera: «Dejémoslo todo y mudémonos a Tahití…».

—Te diría que no. No solo porque estoy segura de que la vida tropical es muy aburrida, especialmente en los trópicos francófonos, pero sobre todo por Émilie. Incluso aunque ella fuera adulta, independiente, estable, seguiría siendo un no para mí.

—¿Por qué?

—Porque tengo la edad suficiente como para conocerme. Soy una cobarde…

—Por favor…

—Es la pura verdad. Siempre apuesto por lo seguro. Me he coartado por completo. ¿Esto me hace infeliz? ¿Debía haber visitado sesenta países como ciertos conocidos intrépidos? La verdad, tengo mis límites y lo acepto. Mi vida ha resultado así debido a mis propias decisiones. ¿Sueno melancólica? Claro. ¿He elegido serlo? Creo que sí. ¿Esta melancolía tiene como partida mi ineptitud? Sin duda. ¿Voy a hacer algo para cambiarlo? Más allá de quererte, no.

Acababa de expresar con claridad aquello que yo llevaba tiempo sabiendo para mis adentros; el amor que sentía por mí se veía constreñido por la certeza de que nunca abandonaría París. Su incapacidad por coger un vuelo de larga distancia era un reflejo de ello. Cuando volviera a Nueva York, ¿qué pasaría? Y aun así… Aun así, ahora nos veíamos tres noches por semana. El deseo que teníamos el uno por el otro no había disminuido. Nunca nos quedábamos sin conversación. Me pasaba libros y películas. Y yo le enseñaba canciones de *jazz*.

Al final de esas horas mágicas juntos, volvía a casa con su marido enfermo y su hija frágil. Estaba casi seguro de que, aunque Charles muriera al día siguiente, no aceptaría vivir conmigo de repente, porque era la realidad que habíamos creado durante años. A pesar de que fue Isabelle quien comenzó imponiendo las normas, yo era tan cómplice como ella. Ahora comprendía que había estado usando esa relación como un ideal extraño; un amor que no estaba limitado dentro de un matrimonio ni de otra forma de cohabitación. Una conexión más profunda y fuerte que cualquier otra que había probado y, al mismo tiempo…, transitoria. Sí, éramos una suerte de pareja que, como todos, habíamos conocido de cerca las decepciones y sufrido mal de amores. Y era evidente que eso había incrementado nuestra pasión; esa necesidad imperiosa por conectar y perdernos el uno en el otro. Aun así, podíamos desligarnos cuando quisiéramos. Por fin vivíamos en la misma ciudad. Ya no disfrutábamos solo de nuestras tardes, sino que también lo hacíamos de algunas noches. Teníamos un ápice de estabilidad que

nos habíamos ganado a pulso.

Los meses pasaron y la estabilidad se mantuvo. El invierno dio paso al verano y volví a Estados Unidos para reunirme con mi hijo. Había alquilado una casa en la costa de Maine durante un mes. Regresé a París justo después de que Ethan empezase en la Little Red School House de Greenwich Village. Su madre descartó la idea de llevarlo a la escuela de la parroquia cuando la monja que estaba a cargo le había comunicado que temía que no podían satisfacer las necesidades del pequeño. Clara Flouton, una licenciada en Educación por Columbia, lo acompañaba permanentemente. Su progreso en ese entorno de educación general no era lineal. Se cogió un berrinche la primera semana y, por pura frustración, rompió los bloques de construcción de un compañero de clase. Hasta en dos ocasiones, el director nos avisó (a Clara, a su madre y a mí) de que, a pesar de lo importante que era para la escuela tener un estudiante como Ethan entre sus alumnos, si su mal comportamiento se prolongaba en el tiempo, muy pronto tendría que abandonar la institución.

Rebecca me llamó para invitarme a una reunión con Jessica (que seguía siendo la tutora de Ethan por las tardes) y Clara en su apartamento. Mi exmujer había perdido mucho peso —aunque siempre había estado delgada— y había ganado unas cuantas canas. Con una blusa gris y una falda de lana de un gris más oscuro, se daba un aire a una viuda joven y seria de una región remota de Nueva Inglaterra. Pero supo llevar la reunión. Hacia el final de la misma, decidimos que el niño se uniera a nosotros. Miró a las cuatro personas responsables de su futuro y escondió la cabeza en mi regazo, aferrándose al mismo tiempo a la mano a su madre. Jessica y Clara le comunicaron mediante signos que si quería seguir acudiendo a la escuela tenía que portarse bien. Ethan se echó a llorar. Le cogí en brazos y le coloqué junto a su madre. Signé que ambos le queríamos mucho y que siempre estaríamos unidos por él. Aceptó los brazos de su madre. A pesar de la escena lacrimógena, era casi imposible que el abismo que nos separaba se pudiera arreglar con una escena melodramática (con los abrazos de marras) que no tuviera nada que envidiar a las de Hollywood. Cuando dimos por terminada la reunión, Ethan insistió en que le acostase. Su libro favorito en aquel momento era *Donde viven los monstruos*.

Bajo la mirada atenta de Jessica, interpreté en lengua de signos el texto de Maurice Sendak que tanto le gustaba a Ethan. Rebecca se asomó cuando apenas quedaban unas hojas.

—Muy bien —comentó cuando terminé con un tono libre de dureza, pero sin un ápice de reconciliación.

—Gracias —dije.

Asintió con la cabeza y salió de la habitación. Yo aproveché para marcharme.

En París, la vida seguía su curso. Trabajaba e Isabelle también trabajaba. Sin pedírselo directamente, Monique se encargó de que mi horario estuviera libre para mis encuentros vespertinos. A menudo tenía que acudir a cenas de empresa después de mi cita con Isabelle. Ella se negó a acudir como mi *compagne* a estos eventos, con el pretexto justificado de que los ambientes de las finanzas y del derecho eran muy pequeños y, por respeto a Charles, no podía desempeñar el papel de esposa a mi lado. A pesar de que muchas veces nos encontrábamos a sus amigos o conocidos, resultaba más sencillo ir a la ópera o a un concierto en el Teatro de los Campos Elíseos. Siempre me presentaba como «Samuel, mi amigo abogado de Estados Unidos», destacando así la *amitié* que nos unía y un atisbo de pertenencia. Aunque, según Isabelle, todos se imaginaban que habría algo entre nosotros.

—A ver, explícame la diferencia —dije—. Te pueden ver con tu amante yendo a ver una representación de *Norma*. ¿Pero no me puedes acompañar a una cena de trabajo porque eso implicaría que lo nuestro va en serio?

—El problema es que en ese tipo de eventos, estaría con las mujeres de tus colegas, representando mi papel de esposa también. Es impensable por respeto a Charles, aunque él esté a un lado.

El tiempo pasó rápidamente. Émilie se encontraba bajo una preparación rigurosa para su *bac*, algo determinante para su futura vida académica. Aún no la había conocido y había dejado de insistir. Seguía cruzando el Atlántico con frecuencia para visitar a mi hijo, que se estaba adaptando mejor a la escuela. Había hecho una amiga, Pam Casper. A pesar de que ella no tenía ni idea de la lengua de signos, se las habían arreglado para comunicarse mediante gestos y leyéndole los labios (una nueva habilidad que Clara y Jessica habían estado practicando con él). Mis tres noches

semanales con Isabelle continuaban vigentes. Nuestra cartera de clientes de la oficina de París había aumentado gracias a mí, y mis socios neoyorquinos, siempre obsesionados con los beneficios y con los resultados, estaban muy satisfechos. Ese año me concedieron una paga extra considerable, que deposité en el banco. Había decidido que, dado que no tenía que pagar alquiler, no había ningún motivo por el cual adquirir una propiedad en París, ya que el futuro más inmediato de Ethan sería el que demarcaría el mío propio.

Hay momentos en la vida —escasos— en los que no hay ningún drama a la vista. Ni sufres un dolor importante. Ni estás sepultado por la *merde* horrible de los demás. Durante los siguientes tres o cuatro años, pude manejar todas las situaciones a las que me tuve que enfrentar con solvencia. A Isabelle le sucedió lo mismo. Estábamos a finales de los noventa. La Guerra Fría había terminado ocho años atrás. Clinton ocupaba la Casa Blanca y, dejando a un lado sus escándalos sexuales («¿Por qué no se había buscado una amante más madura y no una adolescente sin experiencia?» comentó mordazmente Isabelle cuando comenzó el linchamiento público contra él), era una época de paz y abundancia.

Cuando llegué a la oficina un lunes por la mañana, encontré una directiva enviada por fax desde la oficina del «jefe de comunicaciones» del bufete en Nueva York. En ella nos instaban a comenzar la transición de nuestras comunicaciones «no vinculantes» hacia el correo electrónico. Asimismo, también nos comunicaron que querían que todos los socios y asociados tuviéramos un teléfono móvil antes de fin de año. Cumplí con sus peticiones, aunque tener un móvil era toda una novedad en París. Isabelle no se tomaba en serio los medios de comunicación electrónicos, decía que era una moda pasajera; que nunca se dejarían de escribir cartas manuscritas. A pesar de sus reticencias, un año después comenzó a navegar por internet y poseía un teléfono de tapa, simple y negro, sobre todo porque su hija le había insistido en ello. Émilie había pasado los dos últimos años viajando por el mundo a expensas del dinero de papaíto e intentando escribir una novela sobre sus aventuras en Nepal, Tailandia, Camboya, Laos, Vietnam y sus nueve meses como vaquera en una finca ganadera al norte de Queensland. Ahora se encontraba en su último año de universidad donde cursaba

Ciencias Políticas, puesto que había obtenido muy buenos resultados en el *bac*. Por fin nos conocimos, habían pasado casi diez años de mi mudanza a París. Isabelle había reservado asientos para ver a una compañía de danza alemana muy popular —Pina Bausch — en el Teatro del Châtelet. Me iba a presentar como «el amigo de *maman*». Había visto tantas fotografías de Émilie durante todos esos años…

Me quedé sorprendido al encontrarme frente a una versión de veintipocos años de Isabelle, con el mismo pelo brillante rojizo, la misma intensidad, la misma belleza discreta y casual. Quedamos para tomar algo antes de la actuación. Isabelle llegaba tarde por culpa del tráfico. Émilie me escudriñó mientras me acercaba a ella. Se dirigió a mí en inglés, pero, en cuanto le demostré mi fluidez con el francés, comenzó a hablar sin cesar. Me preguntó si pensaba que los republicanos se harían con el control de la Casa Blanca en el año 2000 y si Sadam Huseín se conformaría con ser un autócrata delimitado por el territorio iraquí o si sus ambiciones traspasarían las fronteras de nuevo. Me contó que iba a comenzar un curso de árabe intensivo ese verano y que se planteaba en serio apostar por un futuro dentro de la diplomacia.

—Aunque papá me ha dicho que él me ayudaría a abrirme camino si quiero entrar en el mundo de las finanzas internacionales. Dado que es «amigo» de *maman*, debe conocer a papá, ¿no?

—Qué va. Nos movemos por círculos diferentes.

Émilie se sonrió. Y cambió de tema. Isabelle llegó y yo observé la dinámica entre madre e hija. Isabelle era, a todas luces, muy sobreprotectora. Un ejemplo de ello fue la preocupación desmesurada porque su hija había decidido llevar ropa ligera en una noche fría y las preguntas insistentes sobre si ya habían arreglado la calefacción de su estudio en la rue Mouffetard.

—Estoy segura de que el señor preferiría que no hablásemos de tales trivialidades en este momento.

—El señor Sam también es padre —repuso Isabelle—. Cuando tengas hijos, entenderás…

—No voy a tener hijos nunca —espetó Émilie de forma categórica, visiblemente molesta por el comentario de su madre.

—Yo también decía lo mismo hace un tiempo… Cuando no tenía tantas canas y estaba tan fina como tú.

Mis años de abogado me habían enseñado que incluso la más nimia declaración cuenta, así que no dije nada reconfortante como «Sigues siendo fina», aunque no fuera verdad. Igual que yo, Isabelle había ganado algún kilo. No estaba gorda, pero tampoco «fina». Sus canas iban en aumento, empezaban a aparecer las arrugas en su rostro y seguía fumando dos cigarrillos por hora. Cuando compartíamos cama, solía burlarse de mi pequeña barriga, aunque yo trataba de mantenerme en forma haciendo ejercicio cinco mañanas por semana. Isabelle también se reía de mi rutina de *fitness*.

—Es por culpa de tu parte americana: crees que puedes ir a contracorriente y ralentizar el paso del tiempo.

—No te has dado cuenta —contesté mientras recorría su espalda con un dedo índice, besándole de vez en cuando en la nuca— de que a los americanos nos encanta creer que tenemos el control, que podemos vencer a la muerte.

—Es uno de los aspectos más agotadores de tu cultura, vuestra creencia de que podéis arreglarlo todo.

—¿Me incluyes en esa afirmación?

—En tu caso aún hay un atisbo de ello. Pero Francia te ha corrompido.

Pasé las manos por su exuberante pelo y los dientes por su cuello, algo que siempre le había dado un placer inmenso.

—Tú me has corrompido a mí.

Me preguntaba si Émilie se habría dado cuenta de que, cuando su madre hizo la afirmación «Yo también decía lo mismo hace un tiempo…, cuando no tenía tantas canas y estaba tan fina como tú», yo había puesto los ojos en blanco, dando a entender así que no era la primera vez que oía tales palabras salir de su boca. Si era así, resultaba evidente, era un «amigo» que poseía un conocimiento más íntimo. A su favor, no había mencionado nada al respecto e Isabelle probablemente se había dado cuenta de que el secreto ya no lo era tanto. Pasé a hablar sobre Chirac y su habilidad para manejar el centro francés y la consiguiente estabilidad que había establecido. Émilie, de inmediato, rebatió mi punto de vista.

—No sabía que mi madre quedaba con un americano conservador.

—Acepto la parte de «americano» de esa descripción, pero no el

resto.

Acto seguido pasamos a debatir sobre política desde un ángulo sosegado, sin llegar a ser doctrinal, pero vigoroso y bien fundado. Quedé impresionado. Muchas horas más tarde, tras una actuación de danza contemporánea y una cena con tintes clásicos, acompañé a Isabelle y a su hija hasta un taxi. Cuando le di a Émilie el beso preceptivo en cada mejilla, ella me susurró: «Cuentas con mi aprobación».

Cuando se lo conté a su madre dos días después, ella fue quien puso los ojos en blanco.

—Hace tres o cuatro años que se dio cuenta de que Charles y yo teníamos vidas paralelas. Y, además, está en una edad en la que empieza a entender que la vida íntima es más compleja de lo que pueda aparentar.

Alargué mi tiempo en París sin recibir quejas por parte de mis socios. Nuestra filial europea seguía reportando beneficios bajo mi mando austero, aunque insistía en subirles el sueldo a mis siete empleados cada dos años, aproximadamente. Todos los diciembres recibía una paga extra muy cuantiosa en reconocimiento a mi prudencia y mis éxitos; paga que seguía depositando en mi banco neoyorquino. En una de mis visitas mensuales a la ciudad, mi banquero me preguntó qué quería hacer con todo ese dinero que acumulaba.

—Comprar una casa para mi hijo y para mí cuando sea oportuno.

Siempre estaba planeando cómo rescatarle de su madre, aunque era muy consciente de no hablar mal de ella delante de Ethan. Pero ya tenía casi doce años y él mismo comenzaba a mencionar de pasada los inconvenientes propios de la convivencia con su madre. Como su gran devoción (aunque no lo expresó en esos términos) y su insistencia en que acudiera a la iglesia con ella todos los domingos, una experiencia que le resultaba similar al séptimo círculo del infierno (la referencia a Dante tampoco era suya). Se encontraba a gusto en compañía de su madre cuando esta se mostraba un poco más flexible y le demostraba su afecto y felicidad por estar junto a él; en definitiva, cuando sus demonios estaban a raya.

O al menos esas eran las conclusiones que sacaba por lo que me

contaba mi hijo.

Acorde a los tiempos que corrían, Ethan era dueño de un ordenador portátil. Jessica le había enseñado a enchufarlo a la corriente, a esperar a que hubiera conexión telefónica y a escribir un correo a papá, quien le respondía en cuanto lo veía. Ethan era un chaval alto y espigado, que se desenvolvía perfectamente en lengua de signos, leía muy bien los labios y comenzaba a ganar confianza en el terreno de la expresión escrita. Cuando estaba lejos de él, me escribía un mensaje todas las mañanas (para mí, las tardes) y otro por las noches (que me estaba esperando cuando me levantaba por la mañana). El verano anterior, tras años de batalla legal, Rebecca había cedido a que pasara un mes conmigo en París; de mediados de julio a mediados de agosto. Clara vino con él para hacer las veces de niñera durante la primera quincena, ya que yo tenía que trabajar hasta agosto (como gran parte de los parisinos).

Uno de los aspectos más intrigantes para mí de la pérdida de audición de Ethan era el aumento de conciencia sobre otros ámbitos. Por ejemplo, a pesar de que no podía oír las voces de nadie y de que, en cierto modo, el mundo estaba siempre sumido en un silencio para él, no le desconcertó que todo estuviera en otro idioma; aunque cuando descubrió que no podía leer los labios en francés se quedó sorprendido. Su primera visita a París le causó una gran impresión. Se adaptó a la grandeza épica de la ciudad, a su esplendor, a su tamaño y a la intimidad de sus barrios. Le fascinaba el metro. Fue de paseo en barco por el Sena con Isabelle mientras yo trabajaba. Me dijo que «Isabelle era muy simpática», pero que a quien adoraba era a Émilie, quien le llevó a ver un espectáculo de marionetas a los jardines de Luxemburgo, a la Torre Eiffel y al zoo del Bosque de Boulogne; todas las atracciones turísticas que yo siempre había evitado, pero que para mi hijo de doce años resultaban una aventura sin igual.

—¿Puedo venirme a vivir aquí? —preguntó cuando el verano llegó a su fin y teníamos que volver a Nueva York.

—¿Te gustaría?

—Me gustaría vivir contigo… Y con mamá.

Esa declaración no me pilló por sorpresa, solo me entristeció. Porque sabía que iba a decepcionar a mi hijo cuando le comunicara que eso no sería posible; que, aunque siempre tendría una madre y

un padre que se preocuparían por él con pasión, ellos nunca volverían a estar juntos. Cuando se lo expliqué, su respuesta fue la siguiente:

—Quizá mamá y tú os volváis a enamorar.

Escogí mis palabras con cuidado.

—Es una idea adorable, Ethan, pero me temo que no es lo que suele suceder cuando la gente ha decidido que es mejor separarse. Aun así, estamos en una buena situación. Y mira qué bien te va en la escuela. Clara y Jessica están muy orgullosas de ti.

—Pero mamá a veces está triste.

—Eso no es tu culpa, Ethan. Si alguien está triste, es su responsabilidad intentar que las cosas le vayan mejor. Incluso durante situaciones difíciles.

—Pero quiero un final feliz, papá.

No pude evitar pensar: ¿acaso no es lo que queremos todos?

Pero no era el momento adecuado para soltar una ironía. En cambio, dije:

—Tú y yo somos felices cuando estamos juntos.

—¿Eso va a cambiar? ¿Algún día se terminará la felicidad?

—¿Entre nosotros? Nunca.

—Pero la felicidad se puede acabar, ¿no?

No encontré un motivo para mentirle.

—Sí, se puede acabar.

Y unos meses más tarde, eso fue exactamente lo que ocurrió.

6

Cuando las cosas se descontrolan, no hay nada que se pueda contener. La vida puede aparentar ser estable, tranquila, segura. Todo va viento en popa y, de repente, algo se tuerce, las apariencias se rompen en añicos y todo se desmorona con una velocidad que te hace plantearte que, en la vida, no existe ninguna certeza absoluta. Solo una serie de casualidades desesperadas.

París comenzó el año 2000 con una ligera capa de nieve. Dos días antes, Ethan había vuelto a Nueva York después de pasar el día de Navidad conmigo. Era la primera vez que volaba solo, aunque había dispuesto que un empleado de Air France le acompañase durante el embarque y el desembarque. Ya casi tenía trece años y me había expresado su deseo por cruzar el Atlántico solo. Pedí consejo al respecto a Clara y a Jessica. Ambas pensaban que estaba preparado, y su madre, con la que me comunicaba a través de correo electrónico, no se opuso. El 22 de diciembre le recogí en el aeropuerto Charles de Gaulle. Ocho días después, una empleada de la aerolínea (a la que había puesto al corriente de la sordera de Ethan) le colocó una cartulina que rezaba «menor no acompañado» alrededor del cuello cuando facturamos su equipaje. Fuimos de la mano hasta el control de seguridad.

—¿Dos semanas? —preguntó en lengua de signos. Signaba y leía los labios a la perfección. A pesar de todas las consultas médicas e incluso una intervención tres años antes, con la esperanza de que, si implantaban un audífono de última generación en su conducto auditivo interno, podría comenzar a distinguir sonidos —el procedimiento fue a todas luces un fracaso—, no había ninguna esperanza de que Ethan pudiera experimentar el mundo como el resto. Tras el procedimiento quirúrgico, tuve que explicarle a mi hijo que no se había conseguido el resultado esperado; que su situación no cambiaría; pero que, no obstante, eso no le impediría

seguir siendo brillante y vivir una vida extraordinaria.

Un tiempo después, me escribió el siguiente mensaje:

> Pero estoy tan limitado. Me pierdo tantas cosas: la música, los sonidos y las palabras de las películas, tu voz y la de mamá, la de todos los demás. Todos me repetís lo valiente y estupendo que soy, pero me siento tan solo. Y sé que ese sentimiento empeorará con los años.

—Siempre podrás contar conmigo —le dije a través de un mensaje después de recibir su correo.

—No siempre.

—Por muchos años.

—Mamá dice que todo en la vida es frágil.

—Mamá tiene una visión pesimista del mundo.

—Creo que por eso está tan contenta siendo católica.

Me reí. Me asombraba la facilidad de mi hijo para captar las sutilezas de los que le rodeaban.

Esas Navidades, Isabelle insistió en llevar a Ethan a ver *El Cascanueces* al Teatro de los Campos Elíseos. Cuando me pidió que le preguntase a Isabelle cómo iba a entender la trama sin poder oír la música, Isabelle le respondió en inglés:

—Te iré dando golpecitos en la mano al ritmo de Tchaikovsky durante la obra.

Eso fue lo que hizo. Cuando volvieron a mi apartamento bien entrada la noche (había decidido que sería una velada a solas con mi hijo), Ethan me comentó:

—He podido seguir toda la música gracias a Isabelle.

Émilie pasó la Navidad con sus padres en Normandía. Habían rechazado en dos ocasiones su solicitud para formar parte del cuerpo diplomático. Después de terminar la carrera, había empezado a salir con un aspirante a escritor llamado Eric de Saint-Bris y había caído totalmente rendida a sus pies. Pero la depresión y la vulnerabilidad de Émilie se pusieron de relieve en demasiadas ocasiones y se dio cuenta de que Eric no era el hombre tan perfecto como había pensado. Gracias a los consejos de su madre y de su psiquiatra, consiguió dejarlo los días previos a Navidad, justo después de que en una fiesta, bajo los efectos del alcohol y de la cocaína, este la insultase de todas las formas posibles e intentase

abofetearla. Afortunadamente, varios de los presentes ayudaron a Émilie, quien se fue inmediatamente al apartamento de sus padres, despertó a Isabelle y a Charles y se quedó con ellos durante varios días. Sus padres le aconsejaron que se quedase con papá en la casa familiar una vez pasadas las fiestas navideñas para que se recuperase de todo el drama que ese falso escribano despreciable le había infligido. Pero les aseguró que le sentaría bien disfrutar de la nieve de Talloires con unas amigas de la universidad y pasar juntas el Año Nuevo. A regañadientes, sus padres vieron cómo se marchaba de París el 27 de diciembre, rumbo al escarpado este de Francia.

Pero nunca llegó. Antes de salir de París, se encontró con Eric, quien le suplicó que le diera otra oportunidad. Le dijo que era el amor de su vida, que se arrepentía profundamente de todo el daño que le había causado. Ella, en un estado vulnerable y depresivo, se tragó todas esas mentiras. El día de Año Nuevo recibí una llamada al amanecer; Isabelle, al borde la locura. La noche anterior, mientras Émilie paseaba con su novio por el Pont Neuf, comenzaron a discutir y un Eric totalmente borracho había intentado golpearla. Ella se puso tan histérica que no dudó en escaparse y tirarse del puente. La caída era de veinte metros. Cayó con un golpe seco al lado de la ribera del Sena, y el agua se la comenzó a tragar. Gracias a los dioses, una lancha de la policía se encontraba patrullando por el río. Uno de los policías se lanzó al Sena y consiguió que no la atrapase la corriente. Los colegas de este los ayudaron a subir a la embarcación; ya habían llamado a una ambulancia, que la esperaba en la orilla para llevarla urgentemente al hospital más cercano, donde tuvo que acudir también el valiente policía para ser tratado por hipotermia.

Escuché todo el relato horrorizado. Especialmente cuando Isabelle me comunicó que Émilie había caído de espaldas y se había roto dos vértebras de la columna, y que tenía una gran cantidad de agua en los pulmones.

—Podría quedar paralítica. ¡Podría tener daños cerebrales! —gritó histéricamente al teléfono.

Le pedí que me dijera el nombre del hospital.

—No, no, no. No te pueden ver conmigo.

—Joder, eso no importa. Voy a ir.

—Charles está aquí. Y está sumido en el pánico.

—Isabelle, por favor, déjame ayudar de alguna forma.

Clic. Había colgado.

Le mandé mensajes e intenté volver a hablar con ella con frecuencia, pero no supe nada más hasta treinta y seis horas después. Era consciente de que el silencio de Isabelle significaba que quería espacio para gestionar toda esa pesadilla. Pero cuando ya llevaba casi tres días sin noticias, me pregunté: ¿cómo es posible que seamos una pareja si en un momento tan delicado como este no me deja estar con ella?

Justo recibí un mensaje: «Esto ha pasado de malo a terrorífico. Te lo explicaré más tarde».

No recibí más mensajes.

Cometí un error y la volví a llamar. Me respondió el contestador automático. Le dejé un mensaje diciéndole que teníamos que hablar; que necesitaba saber qué pasaba; que estaba ahí para lo que quisiera… Y que «por favor, por favor, déjame ayudarte». Estaba estresado, asustado. Apenas dormía. Estaba enfadado porque no me dejaba formar parte de su vida. Tendría que haber dado un paso atrás y contado hasta diez, pero me sentía rechazado, marginado. No es agradable reconocer que te sientes así. Todos queremos mostrarnos altruistas durante los momentos difíciles de las personas con las que compartimos nuestra vida. Pero ¿era realmente cierto que compartía mi vida con Isabelle? ¿O simplemente era una ilusión a la que me aferraba? ¿Me estaba haciendo saber que, cuando se trata de la familia, «su familia», yo nunca iba a estar incluido?

Tras dejarle ese mensaje tan exigente en el contestador, le envié el siguiente mensaje de texto:

Lo siento. Estoy preocupado por ti, por Émilie. Te quiero.

Su respuesta: silencio.

No supe nada de ella hasta cinco días después, el 8 de enero de 2001. Me envió este mensaje:

Ahora puedo quedar contigo. ¿En B. Palissy mañana? ¿17 h?

Le contesté:

Nos vemos allí. Te quiero.

Su respuesta:

Silencio de nuevo.

Llegué al apartamento a la hora acordada, ni un minuto más tarde. Código de la puerta, atravesar el patio rápidamente, su timbre, el clic de la puerta al abrirse. De repente pensé que ya llevaba muchos años viviendo en París, mi francés era excelente, aunque tenía un ligero acento americano, pero Isabelle se empeñaba en que nuestra comunicación fuera en inglés. Y nunca me había dado una llave de su apartamento, y ella nunca había dormido en el mío. También se negaba a ir de vacaciones conmigo fuera de París.

En la vida, todos vemos lo que queremos ver. Sobre todo en lo que concierne a aquellos con quien, supuestamente, estamos creando un futuro juntos. Hasta que un día ese futuro deja de ser sostenible. Entonces es cuando nos damos cuenta de que hemos vivido en una dimensión alejada de las verdades obvias. Una dimensión de angustia permanente llamada esperanza.

Subí todos los pisos hasta llegar a la buhardilla. ¿Por qué tenía la sensación de estar subiendo a un andamio con una sola salida posible? Cuando por fin llegué arriba, la puerta estaba abierta. Pero, al contrario que de costumbre, Isabelle no estaba esperándome con deseo en la puerta. Estaba sentada en su escritorio, con un cigarrillo de la mano, mirando por la mugrienta ventana, con aire de desamparo.

Me acerqué a ella. Cuando intenté rodearla con los brazos, retrocedió como si la acabaran de pinchar con un alfiler.

—Siéntate en el sofá, Samuel. No nos va a llevar mucho tiempo.

Aun así, intenté tocarla, entrelazar mis dedos con los suyos.

Se retiró de inmediato.

—¿En serio? —bramó llena de ira.

—¿Acaso piensas que quiero acostarme contigo?

—Creo que no te imaginas las consecuencias de tus actos.

—¿Cómo está Émilie?

—Tendrá que usar una silla de ruedas durante al menos un año. Pero los neurólogos creen que se ha librado de la parálisis por los pelos y que, después de muchos años de fisioterapia, puede que vuelva a andar sin ayuda.

—Al menos no ha llegado a quedarse parapléjica.

—Gracias por esa ambigüedad tan americana. Una catástrofe total reducida a un simple desastre; algo que, desde tu punto de vista, debería estar celebrando. «No es tan malo como pensábamos. Y no es una tragedia absoluta, porque de donde yo vengo no creemos en las tragedias. Simplemente decimos que algo ha salido mal».

Pronunció estas últimas frases con un acento americano fingido. Me senté en una silla y saqué unos cigarrillos y un Zippo de mi chaqueta. La ocasión pedía ser acompañada por un cigarro.

—¿Y el agua en los pulmones?

—No tiene daños cerebrales, pero estuvo en un coma inducido durante cinco días después de que le sacasen el agua de los pulmones.

—Lo siento.

—Ah, y Charles —superado por lo que su querida hija acababa de hacerse a sí misma— sufrió un infarto hace dos días. No es grave; probablemente estará fuera del hospital en unos cuantos días. Pero me ha servido de recordatorio; la muerte de mi marido es inminente. No tanto como para morirse mañana mismo, pero en cinco o diez años. Imagínate cómo me siento, cómo nos sentiremos, sabiendo que solo pasaremos de entre cinco a diez Navidades juntos. Charles va a necesitar atención continua a partir de ahora y mi hija también. Charles y yo hablamos anoche. Mentalmente está bien; conmovido, traumatizado, algo asustado… Pero consciente de que no era su turno, no por el momento; de que se le ha concedido un tiempo extra con nosotras. Y me formuló una propuesta, que yo he aceptado: que nos vayamos los tres de París, nos mudemos a la casa de Normandía. Es lo suficientemente grande como para que cada uno tenga su propio espacio y, a la vez, podamos estar juntos bajo el mismo techo. Émilie va a necesitar atenciones a tiempo completo por ahora y un equipo para ayudarla a levantarse, literalmente. No muy lejos de allí hay un hospital con un buen servicio de rehabilitación y podemos contratar a médicos especialistas y fisioterapeutas para ayudarla. Charles podrá disfrutar de la tranquilidad y así dejará de perseguir el dinero y todas las faldas que pasen.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo seré la madre superiora, la mujer a cargo de esta casa de

reposo.

—¿A tiempo completo?

Asintió con la cabeza.

—Tu silencio destila desaprobación. Voy a tirar mi vida metropolitana por la borda, a convertirme en una niñera de postín. Y, sobre todo, a dejar a mi amante americano, por quien sentía adoración hasta que se puso celoso de las desgracias de mi familia.

—No he dicho ni una palabra.

—No es necesario. No me ha pasado inadvertido tu despecho silencioso. Me enviaste, qué, un mensaje por hora cuando te conté que mi querida Émilie se había partido la espalda y casi muere ahogada.

—Pero lo hice porque estaba realmente preocupado por ella.

—Y también estabas preocupado por si sucedía lo que está a punto de pasar… Tenías miedo de que eligiera a mi marido antes que a ti. Pues es exactamente lo que voy a hacer.

—Estás cargándome con todas las culpas de manera injusta.

—Tu mensaje…

—Me disculpé inmediatamente por haberme pasado de la raya.

—Me angustió sobremanera. La presión de tener que ser un apoyo para ti…

—Eso es mentira. Te llamé en tantas ocasiones porque quería ayudar, ser un apoyo para *ti*…

—Porque querías jactarte de ser mi otra mitad.

—*Soy* tu otra mitad.

—*Parcialmente*. Y siempre lo has sabido, siempre te lo he dejado claro. Durante años, durante décadas. El amor que siento por ti… Siempre ha estado ahí. Pero cuando te inmiscuyes…

—No creo que me esté inmiscuyendo. Sabía estabas pasando por un momento muy complicado, solo quería ayudarte…

—Y ahora piensas que estoy siendo injusta contigo.

—Sí, eso es lo que pienso. Pero estás enfadada y eres presa de la tristeza y del dolor. El amor a veces hace que nos enfademos con quien está ahí apoyándonos, por injusto que sea.

—Oh, eres todo un caballero.

—No tienes que tirarlo todo por la borda, Isabelle. No tienes que destruir…

—Si me voy de París…

—¿Vas a vender el estudio y tu *appartament familial*?

Una pausa. Se encendió otro cigarrillo.

—Aún no.

—Así que, en realidad, aunque vivas en Normandía…

—La «realidad» es un concepto flexible. Hasta próximo aviso voy a encargarme de mi hija y de mi marido en Normandía. Hasta próximo aviso… Lo nuestro se ha acabado.

—¿Con qué motivo?

—Si hubieras manejado mejor la situación…

—No la manejé *tan mal*. Estás buscando excusas. Otra pausa.

—Sí, puede ser. Puede que esté siendo injusta contigo. Puede que te esté usando como chivo expiatorio. O puede que esta tragedia haya puesto de relieve mis verdaderas prioridades.

—Cuando dices «hasta nuevo aviso»…

—¡Ves! ¡Ves! Quieres aferrarte a la esperanza.

—Vete con tu hija y con tu marido, por supuesto. Céntrate en ellos. Pero ¿estás segura de querer acabar con lo que tenemos? ¿Algo que no afecta…?

—¿Tú crees que no afecta a nada? ¿Crees que el amor que siento por ti no me lastra, a la par que sé que tengo esta vida que no puedo permitirme perder?

—Nadie te está pidiendo que renuncies a esa vida. Toma perspectiva, por favor.

—El horrible «accidente» de Émilie, el ataque al corazón de Charles… Ambos me demuestran que tomé demasiada distancia de todo.

—No te precipites. Tómate tu tiempo para que las cosas se asienten.

—El abogado, siempre tan racional. No lo entiendes, para mí es vital que esto se acabe. Que no haya más lealtad a medias, más corazón dividido.

—Solo te pido que…

—Sé lo que me estás pidiendo. Y te estoy diciendo que no. Se ha terminado. Puede que no estés de acuerdo con mi lógica, pero la tienes que aceptar. Porque es así. Y ahora, márchate.

¿Por qué tenía la sensación de que siempre había pensado que lo nuestro se acabaría así? Sabía que, dado que lo nuestro no estaba completo, nunca funcionaría. Pero ¿qué funciona y qué está

completo cuando se trata del caos de los asuntos del corazón? No sabía cómo responder a esa pregunta. Ni tampoco cómo rebatir la vehemencia que Isabelle me había mostrado aquella tarde. Ya había tomado una decisión: una elección maniquea a la que se agarraba con fuerza por su propia estabilidad mental. ¿Estaba valiéndose de la difícil decisión de poner punto final a lo nuestro para expiar la culpa que sentía en ese momento? Eso es lo que me parecía, pero evité expresarlo delante de ella para no provocar un cisma mayor entre nosotros. Conocía a Isabelle perfectamente y por eso sabía que si le transmitía mi análisis sobre lo que se le pasaba por la cabeza, se empecinaría más en defender su posición, eso sin mencionar el enfado por haberme creído capaz de adivinar lo que pensaba.

Me puse de pie. Apagué mi cigarrillo. Me acerqué a ella para darle un beso de despedida.

Me dejó besarla en las mejillas. Era su forma de decirme que lo nuestro se había terminado. Me fui, no sin antes decir:

—La puerta siempre estará abierta.

Silencio.

Lo intenté de nuevo.

—Mi amor por ti siempre estará ahí.

Me dio la espalda. La conversación había finalizado.

Y así fue durante muchos años.

Las malas noticias son como el agua sucia que arrastra la marea. Llega a la costa, pero deja residuos tras de sí. Y, como toda agua contaminada, va depositando cada vez más fango en las orillas.

No le hablé a nadie de mi ruptura hasta que volví a Nueva York y mi hijo me preguntó cuándo volvería a ver a Isabelle. Le expliqué que Émilie estaba enferma, que ella estaba cuidándola y que habíamos roto temporalmente, aunque cabía una posibilidad muy real de que no volviéramos a estar juntos nunca más. Ethan estaba perplejo.

—¿No la voy a volver a ver nunca más?

—No lo sé.

—Primero rompéis tú y mamá. Ahora, tú e Isabelle.

Quería explicarle que yo no era quien había decidido romper, pero tampoco quería hacerlo con un tono acusador, como si dijera «es todo por su culpa». A menos que haya violencia física o psicológica de por medio, nunca es culpa de una sola parte. Y la

terrible sinfonía del azar puede acabar con una pareja.

Meses después de que Isabelle me dijera que habíamos terminado, y de que desapareciera de la ciudad, recibí una llamada en medio de la noche parisina. Era Jessica desde Nueva York, aunque allí eran las nueve de la noche. Ethan se había puesto en contacto con ella una hora antes, rogándole que fuera al apartamento lo antes posible. Había encontrado a su madre bocabajo en un charco de su propio vómito junto una botella de vodka. Resultaba que había vuelto a beber. Ethan acudía a la escuela Dalton del Upper East Side y era todo un experto en coger el metro a diario. Un amigo le había invitado a su apartamento después de clase y la madre del compañero había insistido en que volviera a casa en taxi. Alrededor de las ocho llegó a casa y se encontró a su madre en ese estado. Había decidido bajar a la entrada para avisar al portero, quien a su vez llamó al servicio de emergencias y a Jessica. La ambulancia llegó antes que esta y se llevaron a Rebecca al hospital de Bellevue, donde le hicieron un lavado de estómago y la dejaron en observación psiquiátrica. Jessica aceptó quedarse esa noche con mi hijo y yo cogí un vuelo a Nueva York a la mañana siguiente. Ethan estaba traumatizado por haber visto a su madre en ese estado.

—No me obligues a seguir viviendo con ella —me suplicó.

Según los médicos de Bellevue, Rebecca tenía principio de cirrosis en el hígado. El daño era preocupante, pero lo habían encontrado a tiempo. Llamaron a los servicios sociales, quienes consideraron a Rebecca un peligro para ella misma y también para nuestro hijo. Yo tomé cartas en el asunto y les comuniqué que a partir de ahora Ethan viviría conmigo. Organicé una reunión con el socio gerente del bufete para explicarle la situación. A su favor, Rebecca también intervino y pidió verme. Conseguí reservar una sala de visitas del ala de psiquiatría, siempre bajo la atenta mirada de un guarda de seguridad del hospital.

—¿Es necesario? —le pregunté antes de que Rebecca llegara.

El tipo —fuerte, hispano, con un marcado acento de Queens— me contestó:

—Si se refiere a que si tengo que estar aquí mientras se reúne con una de nuestras pacientes…

—Mi exmujer.

—Eso no quita que sea una de nuestras pacientes. Y sí, tengo que quedarme aquí. No se preocupe, nada de lo que diga es de mi incumbencia y no se lo voy a contar a nadie. Pero no puede quedarse a solas con ella, por si le da por hacer algo… poco inteligente. Esas son las normas.

Rebecca apareció minutos más tarde, escoltada por una enfermera de aspecto imponente que la llevaba bien sujeta de un brazo. Hizo un gesto al guarda y la dejó a su cargo. Mi exmujer llevaba puesto un mono amarillo, similar a como me imaginaba que serían los de los encarcelados.

—Señor, dispone de treinta minutos —señaló la enfermera al salir, no sin antes comprobar que Rebecca no llevase consigo ningún objeto de contrabando.

—Piensan que voy armada —me dijo Rebecca.

Sonreí. Mi exmujer todavía mostraba visos del humor mordaz que siempre me había atraído.

—Las bromas no son bienvenidas, señora —le espetó el guarda mientras le señalaba una silla metálica.

—Va a estar todo el tiempo con nosotros —expliqué—. Pero no va a tomar notas. ¿Cómo estás?

—Oh, todo va estupendamente.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Si soy yo la que se ha metido en esta mierda. Te lo acabo de poner en bandeja para que acabes conmigo.

—No entra dentro de mis planes.

—Pero lo que sí entra es quitarme a Ethan.

—Tampoco he dicho eso.

—Después de la que he montado, es lo que haría cualquier juez.

—Nadie está hablando de ir por la vía legal. Me han comunicado que tu hígado muestra principios de cirrosis.

—Eso me han dicho a mí también. He estado acudiendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos del hospital.

—Qué práctico.

—Siempre tan cínico.

—Era una ironía.

—Soy consciente de que tengo las de perder, que tú tienes la sartén por el mango.

—Solo queremos lo mejor para Ethan. He hablado con los otros

socios del bufete. Puedo volverme a Nueva York, si hace falta en menos de un mes. También he hablado esta mañana con Jessica. Se puede mudar al apartamento con su marido hasta que yo vuelva.

Silencio. Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago.

—Ayer estuve hablando durante una hora con una trabajadora social. Me comentó que hay un programa residencial al norte del estado, cerca de Albany. Seis meses de abstinencia, de terapia y de vida en común. No es barato, pero con tu mensualidad me lo puedo permitir y quiero hacerlo. Te puedes quedar con el apartamento; cómpramelo y múdate. Así Ethan no tendrá que cambiar de casa en medio del año escolar. Ya pensaremos en el futuro cuando acaben los seis meses. Por ejemplo, en dónde viviré.

—Es una oferta muy sensata. Y es lo mejor para Ethan, ¿no te parece?

—Sí, yo también lo creo.

Tardé menos de cuatro semanas en encontrar a quien sería mi sustituto en la oficina de París. Rebecca quiso ver a Ethan —bajo la supervisión de Jessica— para disculparse por su comportamiento, que casi la llevó al coma. Recogió todas sus pertenencias y las guardó en un almacén antes de que yo me mudase.

Y así fue cómo me despedí de París.

Llegué a Nueva York a comienzos del verano. Diez días antes de mi vuelta, le envié un correo a Isabelle, explicándole que me volvía a Estados Unidos y las razones que habían motivado esa decisión. También me interesé por la salud de Émilie y de Charles y le pregunté si, puesto que habían pasado varios meses desde nuestra ruptura y que yo me iba de la ciudad, era posible despedirnos; si se encontraba en París, claro.

Recibí su respuesta cuatro días después.

Querido Samuel:

Eres un padre estupendo. Haces bien en volver a Nueva York para rescatar a Ethan de esa pésima situación. Émilie va progresando. Charles está estable. No voy a poder verte antes de que te vayas.

Je t'embrasse
Isabelle

No quise insistir. Hice las maletas, crucé el Atlántico y me mudé

con Ethan. Volví a hacerme al ritmo de la oficina neoyorquina y me encargué de varios casos nuevos. Isabelle me mandó un correo electrónico a tenor de los horribles atentados del 11 de septiembre de 2001, preguntándome si me habían afectado de manera directa. En el preciso instante en que los aviones impactaron contra las torres y el rumbo del mundo cambió, Ethan estaba en el instituto y yo iba de camino a una reunión. Elaboré un correo en el que le explicaba con todo lujo de detalles la terrorífica locura que se desató aquel funesto día, cómo había perdido a dos asociados que estaban reunidos en la segunda torre y que mi hijo estuvo mucho tiempo despertándose en medio de la noche llorando y preguntándome si se iban a estrellar otros aviones contra nuestro edificio o el del bufete. La respuesta de Isabelle llegó a través de una de sus ya típicas tarjetas blancas, con un tono cortés, pero impersonal: «Siento mucho por lo que estás pasando. Pienso en vosotros. *Courage*».

Capté la indirecta. Me consagré al trabajo y a Ethan. Mi hijo tenía un grupo de amigos y se manejaba por Manhattan con aplomo. Empezó a centrarse en lo académico y me comunicó su intención de entrar en una universidad tradicional. Sus notas le abrían la puerta a la élite. Me maravillaba su deseo por no dejarse constreñir por su discapacidad, aunque, cada vez que le hacía saber lo orgulloso que estaba de él, su respuesta era la típica de un adolescente: «Para ya con los halagos, papá».

El inexorable paso del tiempo. Tuve novias, siempre evitando a las treintañeras con un gran deseo por tener hijos. Pensé que estaba enamorado de una psicóloga llamada Natalie hasta que sus compulsiones y manías difíciles de soportar vieron la luz. Tenía una necesidad particular por hablar en detalle sobre su extensa vida sexual previa a nuestra relación. Le hice saber que me resultaba difícil escucharla contar la historia de un *affaire* que tuvo con un colega de unos setenta años —cuando ella apenas rozaba los cuarenta— y describir el cuerpo tonificado del tipo o cómo «era una fiera en la cama».

—¿No te das cuenta de que estas historias están fuera de lugar?

—¿Por qué? ¿Porque estás celoso?

—Porque pareces una adolescente que por fin se acaba de acostar con papi.

Salí durante tres meses con una reportera brillante del *New York Magazine*, hasta que me confesó que la sordera de Ethan la hacía sentirse incómoda.

—Siempre sentiré que no estoy a la altura… Y además su presencia me recordará constantemente que he perdido la oportunidad de tener hijos.

También estuve con una profesora de francés de Columbia que sentía pasión por mi bilingüismo, mi apartamento en Greenwich Village, las veladas en el Vanguard y lo bien que conectábamos en la cama. Sin embargo, unas semanas más tarde me comunicó que su ex, un francés, le había pedido otra oportunidad y que ella sabía que «era el hombre de su vida».

Y luego hubo una abogada alemana que trabajaba en Naciones Unidas, Julianna: alta, elegante, muy cosmopolita y atenta con Ethan. Por desgracia, empezó a mostrar su lado autoritario al insistir en que mis salidas para ir al cine, al teatro o a los clubes de *jazz* no estaban en armonía con sus ganas de pasar la noche en casa con un buen libro.

—Samuel, tienes que dejar de creer que, a tu edad, puedes seguir vagando por la ciudad como un veinteañero sin responsabilidades.

Pensé para mis adentros: «Va a ser que no».

Ethan entró en una de las mejores universidades del estado de Nueva York, Stony Brook, en Long Island, que destacaba por su excelente plan de ayuda para estudiantes con problemas de audición. En el momento de solicitar plaza en la universidad, le pregunté si quería asistir a la vecina NYU. Pero había decidido, no sin razón, que había llegado el momento de volar del nido, así que escogió Stony Brook. El último domingo de agosto, alquilé un coche y conduje dos horas hasta su nuevo campus. Conocí a su compañero de habitación, Frank, otro chico de ciudad que había crecido en Brooklyn. Era un chaval con mucho desparpajo, muy dispuesto a compartir cuarto con un compañero sordo, que ofreció su ayuda a mi hijo para adaptarse durante esos temibles primeros días de universidad. Después de ayudarle a instalarse y de acudir a una aburrida comida para nuevos estudiantes y sus familiares, llegó la hora de la despedida. Ethan se percató de la tristeza que me provocaba tener que separarme de él en ese periodo de transición

entre la adolescencia y la vida adulta.

—Voy a estar bien —me signó—. Porque tú me has enseñado cómo estarlo.

—Y tú a mí —respondí.

—¿Vas a invitar a mamá a cenar?

Rebecca había pasado parte de la mañana con nosotros. Venía de su casa en Albany en donde vivía con su nuevo marido, Fred, un alto funcionario de la administración penitenciaria del estado de Nueva York que había conocido en Alcohólicos Anónimos. Por su parte, ella había retomado su carrera y ahora trabajaba como abogada de oficio en el campo de la asesoría legal. Aún no había tenido el placer de conocer a Fred. Ethan me lo había descrito como un tipo «algo viejo y seco, pero mamá parece feliz con él. Además, es tan católico como ella… Así que supongo que les va bien».

Evité mencionar ese comentario a Rebecca durante nuestra cena en una marisquería que había encontrado cerca del campus. Era la primera vez que cenábamos juntos en muchos años y ambos nos mostrábamos cautelosos. Me di cuenta de cómo frunció los labios cuando pedí una copa de Sauvignon Blanc para acompañar la docena de ostras que había pedido. Me dio la impresión de que, como tantos otros exalcohólicos, deseaba con fuerza tan solo una copa. Intenté no mostrar ninguna emoción cuando se persignó antes de comenzar a comer. El tema principal de nuestra conversación fue Ethan; su enorme progreso y, añadí yo, el papel que ambos habíamos desempeñado para que llegara el día en que pudiera acudir a una universidad ordinaria con la mínima ayuda externa.

—Tú te encargaste de toda la organización —reconoció Rebecca —. De buscar a las profesoras, de explorar todas las posibilidades médicas para ayudarle.

—Y tú te encargaste de educarlo.

—Porque tú me dejaste atrás; a mí y a mis problemas con el alcohol. No te puedo culpar.

—Queda en el pasado. ¿Estás mejor ahora?

—¿Te refieres a si he vuelto a recaer?

—Me refiero a que si eres feliz.

—¿Qué es ser «feliz»?

—Buena pregunta.

—No me puedo quejar de mi vida. Fred es un buen hombre.

Albany es una ciudad más interesante de lo que parece. Vamos a menudo a conciertos o al teatro de la zona, salimos a caminar. Mi trabajo tiene sus partes buenas… Dios, qué banal me está resultando todo. Pero, de verdad, no estoy mal. No es donde me imaginaba estar cuando terminé mis estudios en Columbia, pero no está mal. Me sigo preguntando… Si nuestro hijo no se hubiera quedado sordo tras sufrir la meningitis…

—No te tortures —repliqué—. Lo que pasó está en el pasado. Hemos conseguido afrontarlo.

—O, en mi caso, evitarlo.

—No es así.

—Deja de ser amable.

—Deja de ser tan dura contigo misma.

—La sordera desembocó en nuestra separación.

—Contribuyó en parte. Pero…

—Siempre supe que tu corazón estaba en otra parte.

Una pausa. Di un trago a mi vino.

—No me arrepentí ni por un segundo de haber estado contigo. Te quería.

—Pero era con ella con quien realmente querías estar… Y no podías.

—Eso pertenece al pasado.

—¿De verdad? Estuviste con ella todos esos años que pasaste en París. ¿Y ahora?

—Ahora ella cuida del marido al que nunca dejó y de su frágil hija enferma, quien depende totalmente de ella.

—¿Mantenéis el contacto?

—En realidad, no.

—¿Y lamentas su ausencia continuamente?

Negué con la cabeza. Rebecca sonrió. No fue una sonrisa sarcástica, sino una cargada de compasión.

—No pasa nada, Sam. Ella siempre estuvo presente. Desde el momento en que me di cuenta de que me estaba enamorando de ti, supe que tu corazón estaba dividido. Aun así, aposté por ti y te tuve. Por un momento pensé que me dejarías por ella, pero me elegiste a mí. Lo que, en retrospectiva, puede que fuera un error. Y ahora, después de todos estos años, después de todo el caos, sigue siendo tu gran pasión, tu gran historia. Sobre todo porque ambos

teníais otras vidas. Ansiamos lo que no tenemos y, cuando lo conseguimos, corremos el riesgo de descubrir que ya no lo queremos. Así funciona la mayor parte de las cosas: el amor, la gran búsqueda, la gran angustia, el gran sueño que nunca termina. Sigues soñando con el amor, ¿no?

Di otro trago al vino.

—Por supuesto.

—¿Hay alguien en tu vida en este momento?

Me encogí de hombros.

—¿Así que hay alguien que te llama la atención?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuvimos casados. Y porque, a diferencia de mí, sigues siendo un romántico.

Sonreí.

—Culpable —admití.

—Venga, háblame de ella.

—Todavía no.

Tenía mis motivos para mantener a Lorrie Williams como un «todavía no». Nos conocimos haciendo cola en el Vanguard. Ella estaba con dos amigas, yo iba solo. Se percató de que estaba leyendo *DownBeat* y me preguntó si era músico. Empezamos a hablar.

—¿Siempre vienes solo a escuchar *jazz*? —inquirió.

Le expliqué que estaba divorciado, que tenía un hijo que pronto empezaría sus estudios universitarios y que estaba soltero.

—¿Acabas de salir de una relación? ¿Me estoy entrometiendo?

Hacía dos meses que lo había dejado con Joanna.

—Sí, estoy soltero desde hace no mucho… Pero sin cuentas pendientes.

—Me gusta esa expresión. Yo me divorcié hace cinco años y estoy soltera desde hace poco.

—¿Hijos?

—No quería, al menos no con él.

—¿Y después?

—Fue demasiado tarde, biológicamente hablando. Y tampoco es que fuera la persona correcta.

Las puertas se abrieron para dar paso a la sesión de las once de la noche. Me dijo su nombre y yo a ella el mío. Me presentó a sus

dos amigas; ambas de su edad, ambas con alianzas. Me preguntaron si me quería unir a ellas. Me contaron que estaban celebrando el cumpleaños una de ellas, Joan, y que se habían conocido hacía años en la universidad. Les dije que no quería inmiscuirme en su velada y le pedí el número a Lorrie. Lo apuntó en mi cuaderno y yo apunté el mío en el suyo.

Durante el concierto de Cedar Walton y su trío de esa noche, mi mirada y la de Lorrie se cruzaron varias veces. Esperé las cuarenta y ocho horas de rigor para llamarla y concertar una cita. Me propuso ir a ver cine americano experimental de los años sesenta en el Anthology Film Archives, ubicado en el East Village. No cabía ninguna duda; me estaba poniendo a prueba, ya que era profesora de estudios cinematográficos en The New School. Le gustó que fuera vestido informal. Le gustó que manejara tantos datos sobre el director (Stan Brakhage; una búsqueda en línea ayuda bastante). Como también le gustó que fuéramos a comer a un diminuto restaurante mexicano y hablásemos hasta la medianoche. La acompañé hasta un taxi y le entregué un billete de veinte dólares al conductor para que cubriera su trayecto. Antes de marcharse, me dio un beso breve en los labios y dijo:

—Una noche entretenida.

Así fueron las tres noches siguientes. Hablamos, hablamos y hablamos, y nos conocimos en profundidad. Compartíamos una sensación de conexión con tintes de una duda que provenía del sufrimiento de los fracasos amorosos recientes y de un deseo por esquivar el dolor. Aun así… Aun así, un sábado por la noche durante nuestra cuarta cita, cuando salíamos de un bar a la una de la madrugada, entrelazó los dedos con los míos y dijo:

—Me gustaría que me invitaras a tu apartamento.

Procedimos con mucha cautela en la cama. Lorrie reconoció que llevaba más de un año sin estar con nadie.

—Espero que no te haya decepcionado.

—No pienses eso. Era nuestra primera vez y ambos estábamos nerviosos. Y no ha sido tan terrible. Como dice el dicho: «Mañana será otro día».

A la mañana siguiente, nuestros ritmos se sincronizaron. Una complicidad rápida, madura. Más tarde, salí a comprar el *New York Times* dominical y algunas provisiones. De vuelta al apartamento,

hice huevos revueltos, tosté unos *bagels*, preparé dos Bloody Mary y una cafetera.

—Nuestro primer desayuno juntos —musitó mientras se inclinaba para besarme.

Me gustaba que pudiéramos pasar dos horas sentados en la mesa charlando sin cesar e intercambiando secciones del periódico. Me gustaba que las cosas entre nosotros fluyesen. Podía imaginarnos en cinco o diez años, sentados en esa misma mesa hablando sin parar, tan apasionados el uno por el otro como al principio. Sé que era el romántico que habitaba en mí quien estaba fantaseando con un futuro juntos y que aún tenía que conocer más a la señorita Williams, y ella a mí… Pero era agradable. Nada complicado. Por lo que había deducido de las cuatro veladas que habíamos disfrutado antes de pasar la noche juntos, ella era consciente de sus limitaciones. Admitió sufrir ansiedad y plantearse si realmente se merecía ser feliz. Y yo admití haber comenzado mi matrimonio intuyendo fallos estructurales en nuestra relación. Y que, cuando la única persona con la que había sentido una conexión inconmensurable, pero con la que nunca había tenido la esperanza de tener un futuro, me había ofrecido precisamente eso, un futuro juntos, me habían entrado las dudas.

—Reaccionaste a su negación prolongada en el tiempo —contestó Lorrie.

—Tuve miedo. Miedo a conseguir exactamente aquello que deseaba con tanto ahínco.

—Pero, años más tarde, estuvisteis juntos.

—Sí, pero con las mismas normas. Hubo una oportunidad, pero yo la rechacé. Hubo otra años más tarde y, en aquella ocasión, nuestra relación solo fue a tiempo parcial…

—Aun así, estabais juntos. Según mi experiencia, la posesión a tiempo completo es complicada. ¿Quién sabe cuánto puede durar? Por no hablar de que quién sabe cuánto vamos a durar nosotros. Todos somos efímeros. Esa es la razón por la que cuando hay una conexión verdadera, esta es tan valiosa. Y tan frágil.

Estaba de acuerdo con su visión del mundo. Tras un mes conociéndonos, comencé a pensar en lo agradable que estaba siendo. Ella dormía dos o tres veces por semana *chez moi*, sobre todo porque The New School estaba a diez minutos andando de mi

casa. Era cierto que todavía no nos conocíamos en el día a día, pero íbamos con calma. Aún nos encontrábamos en un punto en el que nuestras respectivas complejidades no se habían enfrentado. Quizá pudiéramos contenerlas; respetar las manías ajenas y aprender a integrarlas en una relación a largo plazo. O quizá, como tantas veces me había sucedido en el pasado, nos sobrepasarían. Pero tenía un buen presagio. Ambos habíamos acordado —sin profundizar demasiado sobre el tema— que íbamos a dejar que los eventos evolucionasen por sí solos.

Ethan estaba pasando por una mala racha en la universidad. Pensaba que la mayoría de sus compañeros eran superficiales y demasiado fiesteros, y quería tener novia.

—Pero soy el chico rarito y sordo, y ¿quién querría salir con un chico sordo?

Si lo comparaba con Manhattan y con sus frecuentes visitas a París, ese rincón de Long Island le parecía un desierto suburbano.

—Pues pide un traslado a la NYU para el próximo semestre.

—Quiero ir a Columbia.

—Entonces tienes que poner más esfuerzo en los estudios.

—¿Quién es tu nueva novia, papá? —me preguntó cambiando de tema.

—¿Por qué piensas que tengo una novia nueva?

—Parece que estás contento.

—¿Quieres decir que hace tiempo que no me ves contento?

—No desde Isabelle.

Isabelle.

Todas las Navidades le enviaba una carta; un par de párrafos para saludarla y un resumen somero de mi vida. Nunca le hablé sobre las mujeres con las que salía, ni sobre la desesperación que me generaba el recuerdo de cómo había acabado lo nuestro. Le ponía al día sobre Ethan, sobre mi trabajo, sobre la vida en Nueva York. Sin poner nunca las cartas sobre la mesa, dejaba que se entreviera que seguía esperándola. Isabelle solía contestarme hablando brevemente sobre Charles, quien cada vez era más mayor y estaba más enfermo, o contándome que Émilie había vuelto a andar y (según la carta de las pasadas Navidades) que vivía de nuevo en París. «Tenemos nuestras esperanzas puestas en ella», decía en su última carta justo antes de despedirse y desearme un

feliz año nuevo… Pero nunca revelaba sus verdaderos pensamientos, su visión de la vida, ni hablaba de nada que tuviera remotamente que ver con nosotros.

Isabelle.

Aproximadamente un mes después de haber conocido a Lorrie, en medio de mi carrera matutina, me di cuenta de que ya no estaba de luto por Isabelle. Porque había conocido a alguien con quien percibía las esquivas posibilidades de una satisfacción razonable.

Y entonces, inesperadamente, Isabelle volvió a mi vida. Aquel viernes por la tarde cancelé todos los planes que tenía previstos para los siguientes días y cogí un vuelo de última hora dirección París. Una vez allí, fui todo lo deprisa que pude a la dirección que me había indicado por correo electrónico. Un correo que decía:

> Mi queridísimo Samuel:
>
> Me ha llegado la hora.
> Me quedan unos días… Tal vez una semana.
> Esta es mi dirección. La última que tendré.
> Sabes dónde encontrarme… Si es que quieres, claro, después del muro que construí para separarnos. Pero como te acabo de decir, el tiempo no está de nuestro lado.
> Isabelle

El vuelo aterrizó al alba. Le envié un correo a Isabelle desde el aeropuerto de Nueva York para avisarla de que iba de camino, que llegaría al día siguiente por la mañana. Me respondió diez minutos más tarde:

> Las horas de visita del hospital son entre las 10 y las 12 de la mañana. Pero acabo de hablar con el enfermero de noche, cuyo turno acaba a las 8 h. Si llegas antes de que se marche, te dejará entrar… Considerando que vienes de Nueva York y que el tiempo apremia. Te espero.

Me monté en un taxi antes de las 6 de la mañana. Media hora más tarde estaba enfrente del hospital americano de Neuilly. Le había enviado un mensaje a Isabelle desde el taxi. Me había respondido diciéndome que el enfermero, un tipo llamado Loïc, me recibiría en la entrada principal a las seis y media y me dejaría

subir a planta sin recibir demasiadas preguntas por parte del personal de la entrada.

«Intenta disimular tu conmoción cuando me veas», me dijo en otro mensaje.

Loïc tenía un aire de insomne permanente, lo que deduzco que va intrínseco a la naturaleza de su trabajo nocturno. Se alegró cuando descubrió que hablaba francés.

—Nos tenemos que dar prisa —me susurró—. Los encargados entran a trabajar pronto y son muy estrictos con las normas.

Enseñé el pasaporte al guarda de seguridad de la puerta, quien me dejó pasar. Loïc me guio por varios pasillos y luego subimos seis pisos en un ascensor de servicio vacío.

—Madame se puso muy contenta al saber que venía. Es importante para ella. Muy importante, diría yo. Ha hecho bien en venir.

Al salir del ascensor, Loïc me llevó rápidamente por más pasillos reservados para el personal y, después, volvimos a la parte pública.

—Está en la habitación 242 —me informó mientras echaba un vistazo a su reloj—. El cambio de turno es a las ocho, así que vendré unos minutos antes. Está en una habitación privada y me aseguraré de que nadie les moleste. Pero si ocurre una emergencia, pulse el botón que hay al lado de su cama.

Llegamos a su puerta, donde había una cartulina blanca que rezaba *De Monsambert*. La vida se reduce a eso, un apellido escrito con un rotulador en una cartulina blanca que tirarían a la basura cuando la vida dejara de ser vida. Entré en pánico; no quería enfrentarme a lo que había detrás de esa puerta, aunque era la única razón por la que estaba ahí.

Loïc llamó a la puerta. No hubo respuesta. La abrió. La habitación era pequeña, con una gran cama de hospital llena de toda la parafernalia médica: goteros y cables de todo tipo y tres monitores de tecnología punta, una bolsa de orina y varios carros con medicamentos, y un pi, pi, pi como banda sonora de fondo; el corazón de mi Isabelle.

Estaba rodeada por ese tipo de tecnología tan apocalíptica. Me había pedido que no me dejase impresionar por su estado, pero fracasé en el intento. Llevaba puesto un traje del hospital que le quedaba tres tallas más grande. Había adelgazado una barbaridad;

estaba demacrada, gris, con las mejillas hundidas, cadavérica. Un elegante pañuelo de seda le cubría la cabeza. Sin duda, lo había comprado hacía tiempo en una *boutique* exclusiva de algún diseñador. Ahora era el único recuerdo de una vida en la que solía usarlo como ornamento, como parte de la imagen refinada que ofrecía al mundo. Quizás era un regalo de su marido o de un amante. Sea como fuere, ahora le servía para cubrir su cabeza sin pelo. Abrió los ojos. Le tomó unos instantes centrar la vista y ver quién estaba delante de ella.

—Si dices que tengo buen aspecto, te puedes ir por donde has venido.

Reprimí una risa que se acabaría convirtiendo en llanto.

—No iba a decir eso.

—Me alegro.

Me señaló una silla de metal al lado de su cama. Hizo un gesto a Loïc, que estaba al lado de la puerta, para indicarle que nos dejase solos. Me senté en la fría silla.

—Cógeme de la mano —me pidió Isabelle mientras me tendía sus dedos que ahora eran todo hueso—. Bueno, si no te importa dar la mano a un esqueleto.

—Cállate —dije mientras me inclinaba sobre ella para besarla. Ella giró la cara, pero yo rocé sus labios con los míos. Labios que habían recorrido cada centímetro del cuerpo del otro.

—Eres un romántico empedernido, Samuel. Tanto que quieres besar a un cadáver.

—Cállate —repetí sonriendo a duras penas. Ella me devolvió un amago de sonrisa.

—Aprecio tu esfuerzo por hacer como si todo fuera normal… Aunque no haya nada de normal en esta situación. Para el personal de esta planta, esto es el pan de cada día. Es aquí a donde están destinados todos cuyo fin es inminente.

—¿Hace cuánto que sabes…?

—¿Que me iba a morir? Desde la muerte de mi tía abuela Véronique cuando tenía seis años. Puesto que ahora tengo sesenta y seis, he vivido durante sesenta años con la idea de mi mortalidad ineludible.

—Me alegra saber que tu humor está intacto.

—Tengo un momento raro de lucidez, quizá porque has venido

tú. Pero… ¿desde hace cuánto que tengo este cáncer terminal? Hace dieciocho meses me encontraron un tumor en el pulmón izquierdo. Cirugía, quimioterapia, radioterapia y remisión. El típico baile del cáncer. Y luego encontraron otro tumor, uno que no se podía contener. Se había propagado a todas partes con una ferocidad y determinación apabullantes. Hace dos meses me avisaron de que, si lo atacaban de manera virulenta, podría vivir un año como máximo. Pero mi oncólogo me advirtió de que sería un año agónico si escogía ese camino, que era mejor aceptar los cuidados paliativos y aprovechar el tiempo que me quedaba. Luego esos últimos «doce meses» se convirtieron en tres. Luego en seis semanas. Luego en «una semana con suerte». Por eso me puse en contacto contigo. Cuando me dijiste que llegarías esta mañana, le dije a Loïc que no quería la inyección de morfina hasta después. La morfina es maravillosa, la mejor compañera de fin de vida, pero no te permite pensar ni expresarte con claridad.

—¿Pero tienes dolores sin ella?

—Claro, pero puedo soportarlo durante un tiempo si a cambio puedo disfrutar de un rato de claridad contigo.

—Lo siento.

—¿Por qué? El cáncer de pulmón es el resultado directo de fumar entre treinta y cuarenta cigarrillos diarios durante cincuenta años. Era de esperar, todo el mundo me solía advertir para que lo dejase.

Silencio. Sentí cómo apretaba los dedos contra los míos, aunque apenas tenía fuerza. Apreté los suyos suavemente, con miedo a que se quebraran.

—He pedido que no haya funeral —me comunicó—, que no haya entierro. Quiero que Charles y Émilie decidan dónde o si esparcir mis cenizas… No quiero una placa debajo de un árbol, ni una urna para poder enterrarla en el cementerio; nada que marque mi paso por esta vida. Quiero simplemente desaparecer.

—Entiendo.

—No estás de acuerdo.

—Yo no soy tú.

—Ah, pero fuiste una parte esencial de mí. Parte que me llevo conmigo hacia lo desconocido.

Me mordí el labio, reprimiendo un sollozo.

—Si empiezas a llorar, voy a pedirte que te vayas. ¿Sabes qué es lo que escribió Puccini en los márgenes de *La bohème* cuando Mimi está a punto de morir? «Sentimiento, no sentimentalismo». Eso mismo les dije a Charles y a Émilie el otro día.

—¿Qué tal está Émilie?

—Hablemos primero de Charles, que está dormido en la habitación de al lado.

—¿En serio?

—Deberías haber visto tu cara. Como si fueras un amante con mala baba a la espera de mi furioso marido para retarle a un duelo. Eso no va a suceder; Charles es un señor mayor que va en silla de ruedas… Y pronto se unirá a mí en el otro mundo. Émilie no está llevando la situación nada bien. Se casó con Jean-Pierre el año pasado. Se recuperó por completo de sus lesiones y está embarazada, lo cual parece un milagro después de todo lo que sufrió. Sus médicos le han dicho que, si tiene mucho cuidado, podrá llevar el embarazo a término. Sale de cuentas en cuatro meses.

—Qué buenas noticias —contesté.

—Siempre quise ser abuela. Poder disfrutar sin sufrir. Pero es otra cosa más que se me ha negado.

La recorrió una ola de dolor. Su cuerpo comenzó a convulsionar, la agonía se hizo patente en su cara contraída. Me puse de pie para pulsar el botón de emergencia.

—No, no —me susurró—. Puedo aguantar un rato más.

Acerqué la silla a la cama para tomarla de las manos.

—¿Qué estaba diciendo?

—No importa.

—Sí importa. ¿Qué estaba diciendo?

—Émilie.

Otra ola de dolor la atacó. Esta vez sí que pulse el botón, mientras que seguía agarrándole la mano. Loïc apareció en la habitación instantes después, justo a tiempo para presenciar una nueva convulsión. Me pidió que me apartase y se puso manos a la obra; verificó el monitor cardíaco, le susurró algo al oído y ella asintió levemente. Cogió una jeringuilla, midió la dosis y se la inyectó.

—¿Morfina? —pregunté.

Asintió. Vi cómo la medicación le hacía efecto, dejándola en un

estado de calma, silencio, de parálisis.

—¿Debería irme? —le murmuré a Loïc.

—Quédese —dijo señalándome la silla.

Me senté. Isabelle estaba mirando al techo con los ojos vidriosos, ahora libre de su dolor. Una imagen me vino a la cabeza sin avisar. Ella a mi lado en la cama, con una sonrisa de satisfacción postcoital, un cigarro en los labios, mirando al techo mientras señalaba: «Con momentos como este en que la vida es perfecta por unos minutos, ¿quién necesita drogas?». Y cómo, esa misma tarde caminando bajo la lluvia de vuelta a mi hotel de medio pelo, el pensamiento de que acabábamos de vivir un momento de amor puro inundaba mi mente.

Volví a cogerle las manos entre las mías. Movió los labios de manera imperceptible. ¿Había sonreído? Era difícil saberlo. Tenía las manos calientes. Sin soltarla, me recliné en la silla. El cansancio me sobrevino y cerré los ojos durante unos instantes. Cuando los volví a abrir, tuve un momento de confusión general: ¿dónde estaba y qué hacía allí? El reloj que había junto a la cama marcaba las seis y cuarenta y ocho. Me había quedado dormido durante algunos minutos, pero no había soltado las manos de Isabelle. Y ella seguía mirando hacia el techo, con un retazo de sonrisa en la cara. Solo que ahora no se movía. Ni respiraba.

Me levanté de un salto y le tomé el pulso en el cuello. Nada. Dirigí mi mirada hacia el monitor del ritmo cardiaco, que ahora emitía un sonido monótono y había una línea plana infinita. Pulsé el botón de emergencia. Loïc no tardó en aparecer. Se percató de la situación, de lo que acababa de suceder. Me pidió que me apartara y se puso en marcha en silencio, con un profesionalismo clínico. Comprobó sus signos vitales con un estetoscopio para auscultar ese corazón que ya había dejado de latir. Apagó el monitor. Retiró la almohada para dejar que descansara en posición horizontal, con la mirada puesta en la eternidad. Al final, le cerró los párpados.

Me quedé ahí parado, sin saber qué hacer, excepto irme.

—Gracias por dejarme entrar antes de que…

—Ella quería verle, le estaba esperando. Pudo venir y verla. Y ahora ella nos ha dejado. Aguantó hasta su llegada. Téngalo presente.

Asentí con la cabeza gacha, apoyándome en la pared en un

intento por encontrar estabilidad en plena caída libre.

—Tengo que avisar a su marido —me informó el enfermero. Fue su forma de decirme que mi tiempo se había terminado.

—Por supuesto, por supuesto.

Mire a Isabelle por última vez. Loïc la cubrió con una sábana. Había dejado de ser; su historia se había acabado. La mía continuaría un tiempo más e Isabelle siempre sería parte de ella. Como lo había sido desde el primer momento, treinta años antes en una librería del *boulevard* Saint-Germain. La trayectoria vital de dos personas alterada por un intercambio de miradas. Pero así es la vida; la sinfonía del azar que envuelve la búsqueda más humana: una pasión que no tenga fin.

Loïc tosió como para darme a entender que debía irme. Asentí, cogí mi bolso de mano y salí al pasillo luminoso. Y me encontré de frente a un hombre fuerte en silla de ruedas, su cara recordaba a un bajorrelieve encontrado en un yacimiento arqueológico, con una gran papada y unos ojos cansados, pero despiertos. Se quedó mirándome. Yo me detuve en seco. Su mirada era intensa. Tras décadas de rabia enmascarada, por fin ponía cara a la sombra que se había cernido todo este tiempo sobre su vida. El otro gran amor de su mujer. Entonces Charles hizo algo asombroso: se levantó de la silla de ruedas. Le costó mucho trabajo y dolor, pero estaba decidido a hacerlo por sí mismo. Una vez de pie, con una mano en la silla de ruedas para mantener el equilibrio, intentó estirarse todo lo que pudo, mostrando su altura. Me cogió del hombro con la mano derecha mirándome fijamente. Sin decir nada, sin intercambiar lamentos ni derramar lágrimas. Solo una pena profunda y callada, compartida por unos instantes.

Se sentó de nuevo en la silla. Loïc salió de la habitación. Charles miró hacia dentro y vio el cuerpo que yacía en la cama cubierto por una sábana. El cuerpo que había sido de Isabelle. Cerró los ojos. El enfermero empujó la silla de ruedas a la habitación y cerró la puerta tras de sí. Mientras me alejaba, vi cómo un asistente provisto de una carpeta retiraba la cartulina con el nombre de Isabelle de la puerta.

En cuanto estuve fuera del hospital, tomé una decisión: no habría paseos nostálgicos por París, ni recuerdos del pasado. Tampoco me

permití reflexionar sobre lo que podría haber sido; esa versión alternativa que todos buscamos. «Sentimiento, no sentimentalismo». Y la vida por delante.

Había varios taxis esperando afuera. Me monté en el primero y le pedí que me llevara al aeropuerto.

El tráfico era fluido. Llegué en treinta minutos. Me acerqué a la taquilla y pregunté cuándo salía el siguiente vuelo a Nueva York. Me dijeron que había un asiento en el vuelo de las once y cinco. Deslicé un trozo de plástico por el mostrador; la transacción se completó en cuestión de minutos. Pensé en Lorrie. El día anterior, la había llamado al móvil desde el aeropuerto para decirle que estaba a punto de coger un vuelo con destino París. Cuando le expliqué el porqué, simplemente me dijo:

—Tienes que ir a verla. Llámame cuando quieras, día o noche, si necesitas hablar.

Le mandé el siguiente mensaje:

> Llegué a París justo a tiempo. Compartimos algunos minutos. Se ha terminado. Vuelvo a Nueva York en un Air France 790. Llego a las 13.15 h. Te llamaré cuando aterrice. Pienso en ti.

El vuelo de vuelta fue como una imagen borrosa. Me puse un antifaz y los cascos y me dejé caer en los brazos de Morfeo tras cuarenta horas sin dormir. Una azafata me despertó veinte minutos antes de llegar al JFK. Miré por la ventanilla: había nevado sobre Nueva York. El mundo estaba inmaculado, libre de toda imperfección. Durante unos instantes, claro.

Aterrizamos. Me desembaracé rápidamente de todas las formalidades administrativas: no me hicieron preguntas durante el control de pasaportes, echaron un vistazo a mi bolsa de mano y me dejaron marchar. Las puertas automáticas se abrieron y salí al bullicio de la puerta de llegada. Todas esas idas y venidas. Dos pasos que siempre se repiten en la vida.

—¡Sam!

¿Me llamaban? No esperaba a nadie…

—¡Sam!

Me di la vuelta y vi a Lorrie. Mi expresión de sorpresa por verla esperándome debió asustarla. Me miró preocupada, inquieta, como diciendo: «¿Me he extralimitado al venir a buscarte?».

Respondí con una sonrisa.

—¡Oh! ¡Hola!

Respiró inmensamente aliviada. Avanzó hacia mí, con la intención de abrazarme. Yo también quería corresponderla. Pero sabía que nunca la conocería de verdad, y que ella también podría decir lo mismo de mí. Porque el mayor misterio de la vida no es al lado de quién buscas el amor. El mayor misterio somos nosotros mismos.

Ahí estaba ella: un posible futuro feliz. La esperanza que todos ansiamos. ¿Sería posible? ¿Encontraríamos la manera de hacernos felices el uno al otro? Y, al mismo tiempo, de recordarnos que no estábamos solos en la oscuridad.

Es lo que todos deseamos.

¿No?

Douglas Kennedy nació en Manhattan el 1 de enero de 1955. Comenzó su carrera escribiendo literatura de viajes, pero sus grandes éxitos internacionales han sido sus novelas. Es autor de *The Big Picture*, *The Job*, *State of the Union*, *The Woman in the Fifth*, *Leaving the World*, *The Pursuit of Happiness*, *Temptation* y *A Special Relationship*.

Tras su paso por la dramaturgia y el periodismo —donde ha escrito para *The Sunday Times*, *The Sunday Telegraph*, *The Listener*, *The New Statesman*, y las ediciones británicas de las revistas *Esquire* y *GQ*— comenzó su carrera como escritor con la literatura de viajes.

Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas y ha vendido más de ocho millones de ejemplares en el mundo. Algunas obras de Kennedy han sido adaptadas al cine —como *La mujer del quinto distrito* o *The big picture*—, y sobre todo en Francia es aclamado por la crítica y el público, y donde se le ha concedido el título de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

Vive a caballo entre Europa (Berlín, París, Londres) y Estados Unidos (Maine).

Notas

[*] N. de la T.: Se refiere a la canción «How Ya Gonna Keep ’em Down on the Farm After They’ve seen Paree?», que fue popular tras la Primera Guerra Mundial. < <

[*] N. de la T.: Traducción de Eduardo Moga, ed. Red Libre Ediciones, S. L. < <

[*] N. de la T.: Traducción de José María Valverde, ed. Alianza Literaria. < <